



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

HETEROLOGÍAS: PASADO, TERRITORIO Y POBLACIÓN
EN COLOMBIA, 1847-1941

ÁLVARO ANDRÉS VILLEGAS VÉLEZ

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA – SEDE MEDELLÍN
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
MEDELLÍN, COLOMBIA
2012

HETEROLOGÍAS: PASADO, TERRITORIO Y POBLACIÓN
EN COLOMBIA, 1847-1941

ÁLVARO ANDRÉS VILLEGAS VÉLEZ

TESIS PRESENTADA COMO REQUISITO PARCIAL PARA OPTAR
PARA OPTAR AL TÍTULO DE DOCTOR EN HISTORIA

DIRECTORA

DR. RER. SOC. DIANA LUZ CEBALLOS GÓMEZ,

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA – SEDE MEDELLÍN
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y ECONÓMICAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA
MEDELLÍN, COLOMBIA

2012

Agradecimientos

Esta tesis dependió de la colaboración de muchas personas para su culminación. Quisiera agradecer, por tanto, a mi directora la profesora Diana Luz Ceballos Gómez por sus acertados comentarios, su generosidad académica y su juicio siempre crítico pero rebosante de simpatía. También fueron valiosos los espacios de discusión compartidos en el doctorado, por lo que agradezco a los profesores Fernando Botero, Luis Javier Ortiz, Yobenj Chicangana, Alberto Castrillón, Diana Ceballos y, por supuesto, a mis compañeros: Catalina Castrillón, Lina González, Andrés Vergara, Claudia Acevedo, Luis Fernando Franco, Luz Eugenia Pimienta y Federico Vélez.

La Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín ha superado con creces su papel de alma mater e hizo posible la realización de esta tesis a través del programa de Becas a estudiantes sobresalientes de posgrado, la Convocatoria Nacional de Investigación 2008 y, finalmente, una Comisión Especial de Estudios. También recibí toda la colaboración posible en la Colección de Patrimonio Documental de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia y en la Biblioteca Luis Ángel Arango, tanto en su sede principal como en su sede de Medellín.

Finalmente, dedico este trabajo a la memoria de mi madre, a mi padre y a Catalina, sin cuyo apoyo constante no estaría aquí.

Resumen

Esta tesis se ocupa de las heterologías sobre la población, a través de las cuales ciertos sujetos fueron producidos como Otros en Colombia entre 1847 y 1941. La distribución y el despliegue de la alteridad durante este período fue desigual, ésta se concentraba, sedimentaba y proliferaba en ciertos lugares y momentos: el pasado, los territorios utópicos y heterotópicos, y las poblaciones y los cuerpos conocidos y poseídos a través de la marca de las diferencias sociorraciales. El énfasis recayó, entonces, en los discursos que definían a los Otros como tipos, razas o etnias. La hipótesis de trabajo fue que la alteridad, más que un obstáculo para imaginar la nación, se constituyó la piedra angular a partir de la cual ésta fue representada, en un proceso en el que los Otros fueron producidos como tales y las elites se situaron a sí mismas en el núcleo de la nación.

Palabras clave

Territorio, nación, historia patria, historia de Colombia, población, alteridad.

Abstract

This thesis deals with heterologías on the population, through which certain individuals were produced as Other in Colombia between 1847 and 1941. The distribution and deployment of otherness during this period was uneven, it was concentrated, and sedimented rampant in certain places and times: past, utopian and heterotopic territories and populations and bodies known and owned by the mark socioracial differences. The emphasis was then on the speeches that defined the other as types, races or ethnicities. The working hypothesis was that otherness, rather than an obstacle to imagine the nation, was the cornerstone from which it was represented in a process in which the others were produced as such and the elites were positioned themselves in the core of the nation.

Keywords

Territory, nation, national history, history of Colombia, population, otherness.

Lista de figuras

Figura 1: Bogotá como centro del país.....	116
Figura 2: Regiones naturales de Colombia.....	117
Figura 3: Tierras bajas y tierras altas de Colombia.....	118
Figura 4: Zonas completamente conocidas y tierras apenas exploradas.....	119

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN.....	4
LISTA DE FIGURAS.....	6
INTRODUCCIÓN.....	9
ESTADO DEL ARTE.....	19
1. PRIMERA PARTE.....	33
1.1. INTRODUCCIÓN: LA ESCRITURA DE LA HISTORIA.....	33
1.2. PRIMER CAPÍTULO: EL ESPESOR TEMPORAL DE LA NACIÓN.....	36
1.2.1. La conquista de la historia antigua.....	37
1.2.2. Una nueva hegemonía sobre el pasado.....	55
1.3. SEGUNDO CAPÍTULO: POÉTICAS Y POLÍTICAS DE LA ESCRITURA DE LA HISTORIA.....	75
1.3.1. El Antiguo Régimen ¿o las huellas de la barbarie?.....	77
1.3.2. La república o las dificultades de la inscripción de la ley.....	92
1.3.3. La utopía o cómo la dispersión performativa de la escritura produce el sin-lugar de la nación.....	103
2. SEGUNDA PARTE.....	107
2.1. INTRODUCCIÓN: HETEROTOPÍAS.....	107
2.2. TERCER CAPÍTULO: EL TERRITORIO NACIONAL ENTRE RÍOS Y LLANOS.....	110
2.2.1. La columna vertebral de la nación.....	115
2.2.2. Una llanura a conquistar.....	134
2.3. CUARTO CAPÍTULO: TODO DOCUMENTO DE CIVILIZACIÓN ES UN DOCUMENTO DE BARBARIE.....	143
2.3.1. La Amazonia: el naufragio del proyecto civilizador.....	144
2.3.2. El Pacífico.....	162
3. TERCERA PARTE.....	170
3.1. INTRODUCCIÓN: BIOPOLÍTICAS.....	170

3.2. QUINTO CAPÍTULO: EL DIFÍCIL ARTE DE GOBERNAR: BIOPOLÍTICA Y PROYECTO LETRADO.....	174
3.2.1. La biopolítica y las escalas de la gestión.....	179
3.2.2. Los límites de la biopolítica.....	194
3.3. SEXTO CAPÍTULO: FORMAR Y DEFENDER LA SOCIEDAD.....	205
3.3.1. ¿Algunos signos de degeneración colectiva?.....	206
3.3.2. Inmigración y mestizaje.....	213
3.3.3. Reformar la población y modificar el ambiente.....	226
4. REFLEXIONES FINALES.....	242
5. ANEXO: OTRAS FUENTES CONSULTADAS.....	246
6. FUENTES.....	251
7. BIBLIOGRAFÍA.....	260

INTRODUCCIÓN

Inclinados ante un palimpsesto de huellas apenas perceptibles, los letrados buscaban extraer del fondo nocturno de la alteridad un saber. Al asignarse a sí mismos esa tarea, en un acto de profunda soberbia, no podían evitar acercarse, temerosos, pero llenos de deseo, a los arcanos de los Otros que los hechizaban, mientras intentaban afanosamente domesticarlos a través de la escritura.

La alteridad que los eruditos perseguían en los espesos y lejanos desiertos verdes, en las oscuras y fétidas habitaciones de los desheredados, en los antiguos trozos de papel disputados al tiempo, en el espesor material de utensilios cuyos fabricantes y usuarios habían muerto hace siglos, la encontramos en los regímenes de verdad que ellos (se) imponían y en las operaciones interpretativas, mediante las cuales los letrados –nuestros otros– construyeron y se apropiaron de sus Otros que también son los nuestros.

Saber sobre un saber, labor hermenéutica sobre la interpretación de los demás, serpiente que se muerde la cola y se atribuye a sí misma, en un nuevo acto de profunda soberbia, la responsabilidad de escribir sobre lo que nuestros otros en el tiempo escribían sobre sus Otros en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, esta operación no es totalmente simétrica, ya que la alteridad radical que preocupaba a los letrados emergía como una voz desprovista de escritura, aunque sea de una escritura que interpelara a quienes hemos sido investidos con la dignidad de la letra, ahora o antes.

La atención debe dirigirse, entonces, a los discursos sobre los Otros, las heterologías, puesto que el Otro sólo aparece como tal en éstas. En ellas se elabora la separación entre un sujeto de conocimiento que descifra el mundo y unos sujetos objetivados que hablan con unas voces desconocidas pero traducibles. La operación heterológica consistiría en fijar esa voz en la página en

blanco, transformarla en escritura y contribuir así al ordenamiento del mundo representado. Esta operación requiere, pues, un objeto de saber: los salvajes, los primitivos, los no-blancos, los posesos, los niños, los pobres, los enfermos, y un instrumento: la traducción; el objeto es definido como *lo que habla*, pero lo dicho se expresa con una voz que desconoce lo que dice, que ignora su sentido, que no sabe que sabe y que, por esto mismo, obliga al erudito a escribir¹.

Entender es traducir escribió George Steiner², *traduttore, traditore* dicen los italianos. Tanto el uno, como los otros tienen razón. Al traducir la voz que la autoriza, la escritura la altera, desvía su sentido, no tiene otra opción. El Otro escrito no es ni puede ser el Otro que habla. Su representación no remite a una presencia originaria a la que sustituye –en este caso, unos otros realmente existentes–, puesto que las heterologías no hacen referencia a ninguna alteridad en sí y por sí misma, sino a la alteridad diferida³ que ellas han hecho posible, pero que no por esto controlan, puesto que su sentido siempre se escapa y la diferencia retorna una y otra vez con toda su extrañeza.

Se trata(ba), también, de la exaltación de la escritura como práctica mítica fundadora de la modernidad, encargada de producir el texto, de transformar a la sociedad en un texto legible, transparente, y de reprimir otras formas de construcción del saber y de organización de la sociedad que opera(ba)n por fuera del imperio de la letra⁴. Durante la formación de las ciudades en la América

¹ Cf. Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México D. F., Universidad Iberoamericana e

² *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1980, pp. 12 y ss.

³ A través del neologismo *différance* indistinguible sonoramente de *différence*, Jacques Derrida argumentó que los signos no podían clausurar totalmente su sentido, puesto que éste siempre se deslizaría hacia otros signos, diferiría en un doble sentido, en tanto se pospondría y en tanto estaría marcado por la diferencia, incluso dentro de ésta también se tendrían dos variantes, la diferencia como lo no-idéntico y la diferencia como desacuerdo con algo o con alguien. Cf. Derrida, Jacques, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 37 y ss.

⁴ A pesar del indudable valor de su trabajo, de Certeau mantiene una posición noreurocéntrica de la modernidad, al fijar el dominio de la escritura y con ésta la emergencia de la modernidad en el siglo XVII, ignorando la formación del sistema-mundo en el siglo XVI y el vasto manto de economía escrituraria que requirió su administración. Cf. *La invención de lo cotidiano I*, p. 147.

hispanica, la palabra escrita fue profundamente valorada y se constituyó en una herramienta de control en un mundo marcado por la novedad, acechado por la naturaleza y habitado por unos sujetos que eran representados como inestables e imprevisibles. Para Ángel Rama⁵, la ciudad barroca existía, ante todo, como un signo que se manifestaba tanto en la materialidad misma de la ciudad como en las actas fundacionales y en los diseños urbanísticos. En el período republicano, se le otorgó la responsabilidad a la escritura de fundar el orden social, a través de la ilustración de las elites, los débiles intentos de instrucción del pueblo, la supremacía de la ley y la inscripción de la norma en una sociedad ampliamente iletrada⁶.

En la modernidad, inaugurada por la administración de la centralidad del sistema-mundo que emergió con el denominado descubrimiento de América⁷, la escritura es mucho más que el acto de representar ideas a través de las letras trazadas sobre una superficie. La escritura es una actividad que construye, sobre un espacio propio, la página vacía, o más exactamente vaciada, un texto que ejerce poder sobre la exterioridad de la cual se ha aislado. Desde esta perspectiva, tres elementos son necesarios para la escritura: 1) una *página en blanco*, superficie autónoma que, dominada por la vista del escritor, le da un lugar propio de producción, un espacio a través del cual se funda la distinción entre sujeto y objeto; 2) un *texto*, conjunto de signos producido por una serie de operaciones

⁵ *La ciudad letrada*, Santiago de Chile, Tajarar, 2004. Cf. Zambrano Pantoja, Fabio, “De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 11, 2002, pp. 9-16.

⁶ Ceballos Gómez, Diana Luz, *Hechicería, brujería e Inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994 y Ceballos Gómez, Diana Luz, “*Quyen tal haze que tal pague*”. *Sociedades y prácticas mágicas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.

⁷ Dussel, Enrique, *1492: el encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*, La Paz, Plural Ediciones, 1994. Dussel, Enrique, “Más allá del eurocentrismo: el sistema-mundo y los límites de la modernidad”, en Castro-Gómez, Santiago et al. (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999, pp. 147-161. Dussel, Enrique, “Europa, modernidad y eurocentrismo”, en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 41-53.

itinerantes, progresivas y reguladas, que trazan en la superficie de la hoja en blanco un (nuevo) mundo; 3) una *función estratégica*, el deseo inapelable de que la escritura tenga una eficacia práctica, que, además de representar el mundo, lo transforme⁸.

En el caso colombiano, las elites decimonónicas, protegidas por las murallas de la ciudad letrada, hicieron de la escritura una de sus principales tareas y preocupaciones. A partir de mediados del siglo XIX, en un contexto marcado por los debates sobre la civilización entre los nacientes partidos políticos, los letrados se ocuparon de una forma cada vez más intensa por definir a sus Otros a través de múltiples discursos, que incluían los relatos de viaje, la historia, el ensayo político, la geografía y la especulación etnográfica y sociológica⁹. A través de éstos, los *hombres* de letras situaron la alteridad inapropiada e inapropiable en las márgenes geográficas o temporales de la nación, en la plebe, en los desiertos o en el pasado, adentro y afuera del relato sobre la nación. Al operar dentro de tal economía escrituraria, buscaban la homogeneidad de la república, al tiempo que la posponían al hacerla entrar en el juego infinito de la *différance*.

La imposibilidad de controlar férreamente la alteridad por parte de las elites y del Estado ha sido considerada como un signo de debilidad y una muestra de la imposibilidad de construir una república fuerte, autónoma y viable. La irrupción del fantasma de los Otros ha hecho que tanto quienes se declaran defensores de una nación homogénea, como quienes se consideran paladines de la heterogeneidad, señalen que el sino trágico de Colombia estaría dado por la larga ausencia de un mercado nacional, la falta de vías de comunicación adecuadas, la debilidad del sistema educativo, la ineficacia de las instituciones estatales y la fortaleza de las

⁸ Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I*, p. 148. Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*.

⁹ Cf. Arias Vanegas, Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005. Rojas, Cristina, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana y Norma, 2001.

solidaridades étnicas, regionales, partidistas y religiosas, que habrían conspirado contra la emergencia y la consolidación de una fuerte consciencia nacional, de una comunidad imaginada de intereses, lealtades y sueños¹⁰.

Esta investigación plantea una interpretación alternativa: en Colombia, la nación como comunidad imaginada se hizo presente en la dimensión pedagógica de los relatos nacionales escritos por los letrados vinculados a las elites, mientras que se escindió y se dispersó en la dimensión performativa de éstos¹¹. En la primera dimensión, la nación imaginada fue construida, a través de una serie de prácticas discursivas, como una totalidad homogénea y continua, poseedora de una *identidad* definida desde sus orígenes¹² y con una temporalidad acumulativa, en la cual se desplazaba desde un pasado inmemorial hacia un futuro prometedor¹³. La escritura de la nación elaboró, en esta dimensión, relaciones inequívocas entre la tradición y el pueblo en el marco de un relato nacional/ista, construido a partir de hitos canónicos que, en el caso colombiano, remitieron a la gradual conquista del territorio iniciada con la conquista, a la transformación de lo indígena y/o lo colonial en pasado distante y muerto, a la progresiva unificación de la población a través del mestizaje y a su aparente homogeneidad religiosa y lingüística.

¹⁰ Cf. Bushnell, David, *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*, Bogotá, Planeta, 2003. Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717–1810)*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1998. Palacios, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia. 1875–1994*, Bogotá, Norma, 2002. Palacios, Marco y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá, Norma, 2002. Pécaut, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930–1953*, Bogotá, Norma, 2001. Para la noción de comunidad imaginada véase, Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 2006, p. 23.

¹¹ Cf. Bhabha, Homi K., “Narrando la nación”, en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 211–219. Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002. Rufer, Mario, “La temporalidad como política: nación, formas de pasado y perspectivas poscoloniales”, en *Memoria y Sociedad*, vol. 14, No. 28, 2010, pp. 11–31.

¹² Se trata, por supuesto, de un “origen” que se postula limpio de disparates, bajezas y errores. Cf. Foucault, Michel, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 1997.

¹³ Temporalidad fundada en la idea de progreso, tal como ha sido descrita por Walter Benjamin, cf. “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, Walter, *Obras*. Libro 1, vol. 2, Madrid, Abada Editores, 2008, pp. 303–318.

La segunda dimensión¹⁴ se refiere a la inevitable dispersión de lo que se intentó fijar en la primera. Las representaciones de nación fueron producidas en ésta como lugares marcados por las rivalidades y la heterogeneidad. Desde esta perspectiva, el problema no se centraba en la identidad de las naciones frente a la alteridad de sus vecinos, sino que la nación misma se convertía en un espacio liminar, un entre-medio, marcado por los discursos minoritarios, las historias heterogéneas, las autoridades antagónicas y las tensas localizaciones de la diferencia cultural, que cuestionaban, y aún lo hacen, la labor de convertir los jirones de la cotidianidad en signos de una nación coherente. La relación de complementariedad y de necesidad entre el Estado, el territorio, la historia y el pueblo colombiano se volvía problemática, contingente, pues era imposible ignorar que extensas zonas del territorio se encontraban aún desiertas –según la denominación de la época–, que numerosos grupos humanos no marchaban por el camino de la civilización y que la población era extremadamente heterogénea.

A diferencia de la mayoría de teóricos, que consideran que las elites nacionalistas son ciegas a la diversidad o la representan, exclusivamente, como el producto de desigualdades socioeconómicas, Homi K. Bhabha¹⁵ restituye la ambivalencia constitutiva de los proyectos nacionales, en los cuales el pueblo es un *a priori* histórico, al tiempo que un sujeto inacabado y en formación.

Desde este punto de vista, la nación es una forma de organización de la diversidad, un campo de interlocución conflictivo, en el cual diversos grupos luchan por instituir modalidades específicas para referirse a las diferencias y a las desigualdades, y por imponer una serie de clasificaciones y representaciones legítimas¹⁶. En medio de esta lucha, algunos grupos fueron definidos como Otros,

¹⁴ Estas dimensiones se presentan simultánea no sucesivamente.

¹⁵ *El lugar de la cultura*.

¹⁶ Grimson, Alejandro, *Interculturalidad y comunicación*, Bogotá, Norma, 2000. Segato, Rita Laura, *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*, Buenos Aires, Prometeo, 2007. Por supuesto, la nación como concepto y como práctica no se agota aquí y, sobre todo, cuando se vincula a la noción de Estado hace referencia a una serie de

alteridad que remite aquí a aquellos colectivos marcados por la negatividad dentro de las modalidades logocéntricas¹⁷ de producción de sentido. Los Otros, así definidos, se constituyen en una réplica doble, inversa o complementaria, pero siempre subalterna, de un sí mismo que se construye también en esa relación¹⁸.

Esta tesis se ocupa, entonces, de las heterologías sobre la población, a través de las cuales ciertos sujetos fueron producidos como Otros en Colombia entre 1847 y 1941. La distribución y el despliegue de la alteridad durante este período fue desigual, ésta se concentraba, sedimentaba y proliferaba en ciertos lugares y momentos: el pasado, los territorios utópicos y heterotópicos, y las poblaciones y los cuerpos conocidos y poseídos a través de la marca de las diferencias sociorraciales. El énfasis recaerá, entonces, en los discursos que definían a los Otros como tipos, razas o etnias¹⁹, las diferencias de género y de clase serán tenidas en cuenta sólo en su articulación con las anteriores.

procesos económicos, sociales y políticos complejos que se desenvuelven en procesos históricos de larga, mediana y corta duración, véase: Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*. Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 1997. Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988. Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, Barcelona, 1997.

¹⁷ Jacques Derrida entiende por logocentrismo la forma, hegemónica en Occidente, de producción de sentido, a través de la elaboración de dicotomías cultura/naturaleza, hombre/mujer, mente/cuerpo, por ejemplo, en las cuales el primer término estaría dotado de positividad – presencia y valor– a expensas del segundo. Esta estructura establece una relación de oposición y exclusión, mientras prohíbe la similitud y la mezcla entre los dos términos. Cf. Gibson–Graham, J. K., “Intervenciones postestructurales”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 38, 2002, pp. 265 y ss.

¹⁸ Estos Otros operan como materializaciones y subjetivaciones de la alteridad. Cf. Bernand, Carmen, “Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico”, en León–Portilla, Miguel (coord.), *Motivos en antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 2001, p. 110 y 111. Cf. Ceballos Gómez, Diana Luz, “*Quyén tal haze que tal pague*”.

¹⁹ La categoría de raza es, indudablemente, la más problemática de las tres. En nuestro medio fue continuamente utilizada sin ninguna sistematicidad o coherencia lógica. En esta tesis siempre que se mencione la palabra raza, se estará haciendo referencia al resultado inestable de un proceso de racialización, es decir, de un proceso de atribución y naturalización de las diferencias humanas en categorías jerarquizadas, en las cuales se ubican grupos específicos de acuerdo a ciertos rasgos que son asumidos como hereditarios e importantes, aunque no necesariamente determinantes, en la constitución de los sujetos que hacen parte de esos grupos. Cf. Appelbaum, Nancy P., *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas 1846–1948*, Bogotá, ICANH, Universidad de los Andes y Universidad del Rosario, 2007.

La hipótesis de trabajo es que la alteridad, más que un obstáculo para imaginar la nación, fue la piedra angular a partir de la cual ésta fue representada, en un proceso en el que los Otros fueron producidos como tales y las elites se situaron a sí mismas en el núcleo de la nación. El reconocimiento de la diversidad no implicó, por supuesto, el respeto de la diferencia, sino un complejo y contradictorio proceso de homogeneización y diferenciación, presente en la economía escrituraria colombiana.

El año de 1847 se constituye en el hito de inicio y su razón de ser remite a las transformaciones ligadas a las reformas sociales, políticas y económicas de mediados del siglo XIX, las cuales hicieron énfasis en la modernización y en la búsqueda del progreso y la civilización. A estas reformas se sumaron las transformaciones demográficas que el país afrontaba y la apropiación de saberes geográficos, económicos, etnológicos y sociológicos. Todo esto llevó a una variada producción de escritos sobre el pasado, el territorio y la población, cuyo ejemplo más conocido son los trabajos de la Comisión Corográfica que inició en 1850, aunque aquí se tomará como punto de partida la publicación en París de una breve carta, de Manuel Vélez Barrientos, en la que emerge el deseo por escribir sobre el Otro del pasado²⁰.

1941, el hito de cierre, está definido por el inicio de la profesionalización disciplinar de las heterologías sobre la población, con la fundación del Instituto Etnológico Nacional ese año. Éste es producto de un proceso de transformación de los saberes y de los discursos sobre los Otros, propiciado por la consolidación en el ámbito intelectual de posiciones culturalistas, la decadencia de la eugenesia por su asociación con el nacional socialismo, la apropiación y la revalorización de lo popular y el paulatino tratamiento de la cuestión social como un hecho “sociocultural” y no racial desde mediados de la década del treinta.

²⁰Vélez Barrientos, Manuel, “Notice sur les antiquités de la Nouvelle–Grenade (1)”, en *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. 8, No. 43–48, París, 1847, pp. 97–109.

En el primer capítulo, se muestra cómo la escritura de la historia antigua se transformó en un campo de batalla y en una tecnología clave para la elaboración de un discurso sobre la nación; de esta forma representar a los indígenas del pasado fue también debatir sobre el presente y el futuro de la república. El segundo, se ocupa de la escritura del pasado más cercano por parte de los letrados, quienes construyeron sus relatos en torno a tres posiciones: la amenaza permanente del retorno de un pasado bárbaro, la tensión presente entre la libertad y el orden, y la nación utópica por-venir.

En el tercer capítulo, se plantea que los letrados decimonónicos velaron el carácter tropical de las tierras altas al tiempo que recluyeron la tropicalidad en las zonas bajas, las cuales fueron consideradas como indispensables para el progreso nacional, al cual, sin embargo, le ponían numerosos obstáculos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, las dos regiones que atrajeron particularmente la atención fueron la cuenca del río Magdalena y los Llanos Orientales. El cuarto capítulo está dedicado a la Amazonia y al litoral Pacífico, ambos fueron lugares privilegiados en la diseminación de lo nacional, la cual pospuso la homogeneización en un futuro imposible de determinar, al tiempo que producía la diferencia al hacer presente en el espacio letrado una nación plural y profundamente desigual, con numerosos y diversos grupos humanos que habitaban tiempos y espacios Otros.

El quinto capítulo se concentra en la dimensión biopolítica de la Comisión Corográfica, ésta buscaba proporcionar el conocimiento necesario para el gobierno del nuevo Estado nacional, un gobierno que no tenía como preocupación central la disposición adecuada de los súbditos en el espacio, como en las reformas borbónicas, sino el descubrir las leyes internas de los procesos socioeconómicos y abolir lo que estorbaba a su cumplimiento, atendiendo a las particularidades del territorio y de la población nacional. El último capítulo describe

e interpreta las polémicas en torno a las formas adecuadas de gestionar la población, en un contexto marcado por la hegemonía de la utilización política de la retórica biomédica, el declive del conocimiento letrado y la emergencia de formas cercanas a los saberes sociales. En medio de este cruce, el mestizaje, la inmigración y la reforma del medio –socionatural– se convirtieron en los ejes de discusión.

Para finalizar esta introducción sólo resta citar a Tzvetan Todorov y su respuesta a un interrogante que también cuestionó incesantemente la realización de esta tesis:

¿No hay en esto cierta complacencia escolástica por el hecho de que sea más agradable manejar los discursos que los acontecimientos? Espero que no. Son dos convicciones que me motivan para hacer esta elección. La primera es que no considera que las doctrinas del pasado sean la pura expresión de los intereses de sus autores; les reconozco también un cierto grado de verdad; pasar por los discursos para acceder al mundo, equivale, tal vez, a tomar una desviación, pero ésta también conduce a él (y, por lo demás, presenta otras ventajas). La segunda es que también los discursos son acontecimientos, motores de la historia, y no solamente sus representaciones²¹.

²¹ Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México D. F. Siglo XXI Editores, 2000.

ESTADO DEL ARTE

El interés por las múltiples alteridades en Colombia es de vieja data, mas no la preocupación por las heterologías que las han formado en el plano discursivo. Tradicionalmente, la diferencia y la subalternidad han sido tratadas como hechos dados, pertenecientes a la naturaleza de la cosas. ¿Qué podría ser más obvio que el pasado no es como el presente, que las selvas húmedas tropicales difieren de las ciudades andinas y que no todas personas y los grupos humanos son iguales? Que esta diversidad fuera producto del espacio, la naturaleza humana o del tiempo, poco importaba, lo importante fue que eran datos objetivos e innegables.

En las últimas décadas, la naturalización de la alteridad ha cedido parcialmente y se considera que ésta es producida dentro de procesos históricos contingentes y generalmente conflictivos, en los cuales los regímenes discursivos han jugado un papel importante. En este capítulo, se hará un balance de aquellas publicaciones que han problematizado la escritura sobre los Otros en el período que nos ocupa, esto implica una doble exclusión: por un lado, de algunos trabajos recientes que se han ocupado del asunto en el Antiguo Régimen y las primeras décadas de la república; por el otro, de numerosas publicaciones, muchas de indudable importancia, que se han concentrado en la alteridad mas no en su producción a través de la escritura.

No se trata, por supuesto, de un ejercicio exhaustivo dada la gran cantidad de investigaciones, por el contrario, se intentará trazar algunos ejes que permitan poner un poco de orden dentro de la complejidad y la multiplicidad de los escritos considerados, lo cual supone un proceso de selección y clasificación difícil y en ocasiones arbitrario, dadas las tenues fronteras que se pueden trazar en tiempos como los actuales, en los que prima la confusión de géneros, los acercamientos teóricos eclécticos y el pluralismo metodológico.

El interés por las heterologías, aunque no se use explícitamente esta noción, ha crecido en el ámbito académico mundial. En el caso latinoamericano, es posible afirmar que las publicaciones que se han ocupado de este tema se han incrementado notoriamente en los últimos veinte años, sobre todo en las universidades y las publicaciones anglosajonas. Una rápida revisión de los catálogos editoriales de las universidades estadounidenses o británicas y de publicaciones seriadas, como *Hispanic American Historical Review*, *Latin American Research Review*, *Latin American Perspectives*, *Journal of Latin American Anthropology*, *Bulletin of Latin America Research* y *Journal of Latin American Cultural Studies*, así lo confirma.

Al revisar con un poco más de detalle algunas de estas referencias es posible identificar ciertos ejes temáticos ligados a la experiencia histórica de algunos países, que marcarían las investigaciones sobre éstos. Sintetizando en extremo, se podría afirmar que en México²² ha primado el interés por la denominada cuestión indígena y por el mestizaje; las investigaciones sobre Ecuador, Perú y Bolivia²³ se han concentrado en su mayoría en la relación entre los pueblos

²² Alonso, Ana María, "Conforming Disconformity: 'Mestizaje', Hybridity, and the Aesthetics of Mexican Nationalism", en *Cultural Anthropology*, vol. 19, No. 4, 2004, pp. 459–490. Knight, Alan, "Racism, Revolution, and *Indigenismo*: Mexico, 1910–1940", en Graham, Richard (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870–1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 71–113. Poole, Deborah, "An Image of 'Our Indian': Type Photographs and Racial Sentiments in Oaxaca, 1920–1940", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 84, No. 1, 2004, pp. 37–82. Poole, Deborah, "Mestizaje, distinción y presencia cultural: la visión desde Oaxaca", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envión Editores, 2007, pp. 201–237. Stern, Alexandra Minna, "From Mestizophilia to Biotypology. Racialization and Science in Mexico, 1920–1960", en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, pp. 187–210.

²³ Cadena, Marisol de la, *Indigenous Mestizos. The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919–1991*, Durham y Londres, Duke University Press, 2000. Cadena, Marisol de, "Are Mestizos Hybrids? The Conceptual Politics of Andean Identities", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 37, No. 2, 2005, pp. 259–284. Clark, A. Kim, "Race, 'Culture' and Mestizaje: the Statistical Construction of the Ecuadorian Nation, 1930–1950", en *Journal of Historical Sociology*, vol. 11, No. 2, 1998, pp. 185–211. Clark, Kim, "Género, raza y nación: la protección a la infancia en el Ecuador (1910 – 1945)", en Herrera, Gioconda (ed.), *Estudios de género*, Quito, FLACSO, 2001, pp. 183–210. Foote, Nicola, "Race, State and Nation in Early Twentieth Century Ecuador", en *Nations and Nationalism*, vol. 12, No. 2, 2006, pp. 261–278. Guerrero, Andrés, "The Construction of Ventriloquist's Image: Liberal Discourse and the 'Miserable Indian Race' in Late 19th–Century

indígenas y el Estado nacional; la esclavitud, su abolición y la población negra han sido constantemente investigadas por los especialistas en Cuba y en Brasil²⁴; la inmigración y el problema de la nacionalización de los inmigrantes han llamado la atención de los especialistas en Argentina²⁵. También existen algunos estudios que intentan dar un panorama general sobre las relaciones entre nación, alteridades sociorraciales y mestizaje América Latina²⁶.

Ecuador”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 29, No. 3, 1997, pp. 555–590. Larson, Brooke, *Indígenas, elites y Estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850–1910*, Lima, IEP y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002. Larson, Brooke. “La invención del indio iletrado: la pedagogía de la raza en los andes bolivianos”, en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envión Editores, 2007, pp. 121–152. Poole, Deborah, *Vision, Race, and Modernity. A visual Economy of the Andean Image World*, Princeton, Princeton University Press, 1997. Prieto, Mercedes, *Liberalismo y temor. Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895–1950*, Quito, FLACSO y Abya Yala, 2004. Wilson, Fiona, “Indian Citizenship and the Discourse of Hygiene/Disease in the Nineteenth–Century Peru”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, No. 2, 2004, pp. 165–180. Zulawski, Ann, “Hygiene and ‘the Indian Problem’: Ethnicity and Medicine in Bolivia, 1910–1920”, en *Latin American Research Review*, vol. 35, No. 2, 2000, pp. 107–129.

²⁴ Ferrer, Ada, *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868–1898*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1999. Fuente, Alejandro de la, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900–2000*, Madrid, Colibrí, 2000. Helg, Aline, “Race in Argentina and Cuba, 1880–1930: Theory, Politics, and Popular Reaction”, en Graham, Richard (ed.), *The idea of Race in Latin America, 1870–1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 37–69. Pena, Eduardo Spiller, *Pajens da Casa Imperial, jurisconsultos, escravidão e a lei de 1871*, Campinas, Unicamp, 2001., Thomas E., “Racial Ideas and Social Policy in Brazil, 1870–1940”, en Graham, Richard (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870–1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 7–36.

²⁵ Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880–1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000. Schneider, Arnd, “Inmigrantes europeos y de otros orígenes”, en Quijada, Mónica, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 141–178. Zimmermann, Eduardo A., “Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890–1916”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, No. 1, 1992, pp. 23–46.

²⁶ Appelbaum, Nancy, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt, “Introduction. Racial Nations”, en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 1–31. Martínez–Echazabal, Lourdes, “Mestizaje and the Discourse of National/Cultural Identity in Latin America, 1845–1959”, en *Latin American Perspectives*, vol. 25, No. 3, 1998, pp. 21–42. Rahier, Jean Muteba, “Introduction. Mestizaje, Mulataje, Mestiçagem in Latin American Ideologies of National Identities”, en *Journal of Latin American Anthropology*, vol. 8, No. 1, 2003, pp. 40–51. Safa, Helen, “Introduction”, en *Latin American Perspectives*, vol. 25, No. 3, 1998, pp. 3–20. Wade, Peter, *Raza y etnicidad en Latinoamérica*, Quito, Abya–Yala, 2000. Wade, Peter, “Afterword. Race and Nation in Latin American. An Anthropological View”, en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt, (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 263–281. Wade, Peter, “Images of Latin American Mestizaje and the Politics of Comparison”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, No. 3, 2004, pp. 355–366. Wade, Peter, “Rethinking Mestizaje: Ideology and

En Colombia también han aumentado notoriamente los estudios sobre estos temas. La bibliografía específica sobre el problema de investigación ha sido agrupada en varios ejes; es conveniente reiterar que no se trata de un balance de la bibliografía sobre los grupos que han sido marcados como Otros, sino sobre las estrategias textuales que los han señalado de esa forma.

Es posible identificar una serie de artículos publicados en el quinquenio que va de 1989 a 1994, que tienen el valor de haber abierto la preocupación por estos asuntos. Estos cinco artículos²⁷ se caracterizan por ser productos aislados dentro de los trabajos investigativos de sus seis autores y por trazar un argumento que se repetirá continuamente en trabajos posteriores y que reducirá las complejas tomas de posición de los letrados e intelectuales colombianos a un discurso racista, elitista, discriminatorio y excluyente, que buscaría la homogeneización a toda costa de la población asentada en territorio colombiano. De este reduccionismo sólo se alejará Frank Safford en un artículo que logra mostrar las fuertes polémicas provocadas por el lugar que debían ocupar los indígenas en las últimas décadas del Antiguo Régimen y las primeras décadas de la república.

Estos trabajos se realizaron desde una perspectiva cercana a la historia social de las ideas y utilizaban como fuentes una decena de escritos publicados en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. De nuevo, el

Lived Experience”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 37, No. 2, 2005, pp. 239–257. Wade, Peter, “Identidad racial y nacionalismo: una visión teórica de América Latina”, en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envión Editores, 2007, pp. 379–402.

²⁷ Bagley, Bruce Michael y Gabriel Silva Luján, “De cómo se ha formado la nación colombiana: una lectura política”, en *Estudios Sociales*, No. 4, 1989, pp. 7–36. Gómez Müller, Alfredo, “Las formas de la exclusión. La perspectiva de J. M. Samper”, en *Gaceta*, No. 11, 1991, pp. 31–34. Helg, Aline, “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, en *Estudios Sociales*, No. 4, 1989, pp. 37–53. Safford, Frank, “Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750–1870”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, No. 1, 1991, pp. 1–33. Urueña, Jaime, “La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano: una mirada histórica”, en *Análisis Político*, No. 22, 1994, pp. 5–25.

artículo publicado por Safford marca una diferencia al combinar fuentes documentales inéditas con fuentes impresas, hecho que podría ser atribuido a que investiga un período más temprano en la cual éstas últimas eran más escasas y a que vincula su problema con el asalto a las tierras comunales indígenas.

Otra serie de trabajos²⁸ más recientes, numerosos y de mayor sofisticación teórica, se han concentrado en las prácticas de normalización y en cómo a través

²⁸ Álvarez Torres, Jair Hernando, “Educación, raza y progreso en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín”, en *Educación y Pedagogía*, vol. 18, No. 45, 2006, pp. 143–155. Calvo Isaza, Óscar Iván y Marta Saade Granada, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002. Cardona Rodas, Hilderman, “La antropología criminal en Colombia: el rostro y el cuerpo del criminal revelan su conducta anormal”, en Márquez, Jorge, Álvaro Casas y Victoria Estrada (dirs.), *Higienizar, medicar, gobernar. Historia, medicina y sociedad en Colombia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 203–220. Castañeda Medina, Sandra Lucía, “Una genealogía del racismo en Colombia: continuidades y discontinuidades del siglo XIX al XX”, en Castro Gómez, Santiago (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2004, pp. 286–319. Castro-Gómez, Santiago, *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910–1930)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009. Díaz, Daniel, “Raza, pueblo y pobres: las tres estrategias biopolíticas del siglo XX en Colombia (1873–1962)”, en Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 42–69. Londoño Blair, Alicia, *El cuerpo limpio. Higiene corporal en Medellín, 1880–1950*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2008. Márquez Valderrama, Jorge, *Ciudad, miasmas y microbios: la irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2005. McGraw, Jason, “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900–1930”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 62–75. Muñoz Gaviria, Diego Alejandro, “El evolucionismo social y la sociobiología especulativa en los autores de la degeneración de la raza: raza y evolución en Colombia entre 1900 y 1940”, en *Revista Educación y Pedagogía*, vol. 17, No. 42, 2005, pp. 131–144. Noguera, Carlos Ernesto, *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, Eafit, 2003. Pedraza Gómez, Zandra, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999. Pedraza Gómez, Zandra, “Y el verbo se hizo carne... Pensamiento social y biopolítica en Colombia”, en Castro Gómez, Santiago (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2004, pp. 185–199. Runge Peña, Klaus y Diego Alejandro Muñoz Gaviria, “El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: el cuerpo en las estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda”, en *Revista Iberoamericana de Educación*, No. 39, 2005, pp. 127–168. Saldarriaga Vélez, Óscar, “Saber pedagógico, sistema educativo e invención de lo social en Colombia, 1870–1970”, en Castro-Gómez, Santiago (ed.), *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2000, pp. 327–347. Sáenz Obregón, Javier, Oscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903–1946*, vol. 2, Medellín, Colciencias, Foro Nacional por Colombia, Universidad de los Andes y Universidad de Antioquia, 1997. Sánchez Silva, Luisa Fernanda, “Almas para el cielo y cuerpos para la república. Imágenes de degeneración y regeneración en las misiones capuchinas del Putumayo y Caquetá (1912–1947)”, en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 14, 2003, pp. 121–143.

de éstas se producen diferencias poblacionales. Las publicaciones realizadas en esta línea han sido en general fruto de preocupaciones de más largo aliento de sus autores, si las comparamos con el conjunto de investigaciones de los párrafos anteriores y en buena parte han sido realizadas bajo los planteamientos del filósofo e historiador francés Michel Foucault. En este segundo conjunto, se observa la utilización de conceptos como biopolítica, gubernamentalidad e invención de lo social, para enfatizar el carácter restrictivo y de regulación poblacional y territorial de las prácticas discursivas y no discursivas de las elites. Estos conceptos permiten identificar mejor las diversidades modalidades de producción de sujetos y objetos, aunque tiende, también, a enfatizar la dimensión excluyente de esta producción.

La mayoría de estas investigaciones combinan fuentes publicadas e inéditas, producidas, principalmente, dentro de los campos del saber médico, la jurisprudencia y la educación, campos básicos dentro del ejercicio del biopoder, tanto en su dimensión anatomopolítica como en su dimensión biopolítica. No es de extrañar, entonces, que uno de los problemas más investigados haya sido la medicalización de la sociedad, a través de instituciones como la familia y la escuela.

En definitiva, se ha tratado de mostrar una transformación en el arte de gobernar en Colombia, en la cual los saberes biomédicos se constituyeron en centrales, pero también se ha planteado que esta transformación ha presentado ritmos e intensidades muy diferentes a las de otros Estados nacionales.

Salvo *Mirar la infancia*, libro pionero dentro de este acercamiento, el resto de las publicaciones son de la década pasada y de la presente y corresponden en buena medida a una transformación historiográfica, que renovó las tradicionales e institucionales historias de la educación y de la medicina por una historia de la pedagogía y de la medicalización, obviamente de aquí se excluyen una serie

importante de trabajos, muchos de ellos inéditos que hacen parte de estas dos líneas de investigación pero que no combinaron su preocupación central con el interés por los discursos que definían a los Otros como tipos, razas o etnias. También es necesario destacar que el marco temporal de estas investigaciones comprende, en su mayoría, las dos últimas décadas del siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo XX, lo cual da luces sobre una discontinuidad en la gestión de la población y en la formación de lo social durante este período.

El tercer conjunto de trabajos²⁹ comparte buena parte de las características de la serie anterior, pero se diferencia en que el énfasis recae en los debates políticos e intelectuales sobre las prácticas de normalización o, en otras palabras, en la divulgación de las propuestas que habían sido discutidas en los terrenos más restringidos de la pedagogía, la medicina y la jurisprudencia. Estos debates remitían a los planteamientos de la eugenesia tal y como se discutían en las primeras décadas del siglo XX en la mayoría de países latinoamericanos³⁰. Buena parte de la polémica estuvo nucleada en torno a las conferencias sobre el problema de las razas en Colombia que se realizaron en el Teatro Municipal de

²⁹ Castro-Gómez, Santiago, "Latinos y sajones. Identidad nacional y periodismo en los años veinte", en *Nómadas*, No. 30, 2009, pp. 66-73. Flórez Bolívar, Francisco J., "Representaciones del Caribe colombiano en el marco de los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX", en *Historia y Espacio*, No. 31, 2008, pp. 35-59. Herrera, Martha Cecilia, "Debates sobre raza, nación y educación: ¿hacia la construcción de un 'hombre nacional'?", en Herrera, Martha Cecilia y Carlos Jilmar Díaz (comps.), *Educación y cultura política: una mirada multidisciplinaria*, Bogotá, Plaza y Janés, 2001, pp. 117-142. Langebaek, Carl Henrik, "La ambigüedad de la diferencia: liberales y conservadores en la conformación de la antropología y la arqueología colombianas", en *Arqueología en Latinoamérica: historias, formación académica y perspectivas temáticas*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2008, pp. 85-108. Pedraza Gómez, Zandra, "El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 9, No. 1-2, 1996-1997, pp. 115-159. Restrepo, Eduardo, "Imágenes del 'negro y nociones de raza", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 46-61. Uribe Vergara, Jorge, "Sociología biológica, eugenesia y biotipología en Colombia y Argentina (1918-1939)", en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Restrepo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 204-221. Villegas Vélez, Álvaro, "Raza y nación en el discurso de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940", en *Estudios Políticos*, No. 26, 2005, pp. 209-232.

³⁰ Stepan, Nancy Leys, *"The Hour of Eugenics". Race, Gender, and Nation in Latin American*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1991.

Bogotá en 1920 y que fueron citadas por la Asamblea de Estudiantes de esa ciudad.

Estas conferencias se concentraron en algunos puntos básicos: la higiene, la educación, la lucha contra los venenos raciales, la inmigración y la colonización. Estos puntos muestran nuevamente la importancia que se le otorgaba a los saberes biomédicos a la hora de ejercer el arte de gobernar. Se trataba, pues, de diagnosticar la situación real de la población colombiana, descubrir sus defectos, sus taras, sus vicios y sus potencialidades y, a partir de este diagnóstico, plantear las medidas terapéuticas necesarias para resolver los problemas de la raza o de las razas en Colombia. La documentación privilegiada por los investigadores, que se han preocupado por tema, ha sido fuentes publicadas, tanto en prensa, como en revistas y libros, puesto que, como ya se planteó, la discusión se desarrolló para ser divulgada entre los ciudadanos alfabetizados.

Otra serie puede ser conformada por las publicaciones que han tomado como objeto de estudio las interacciones entre razas, nación y tipos humanos en el siglo XIX³¹. Aquí las palabras claves han sido mestizaje y exclusión. Estos estudios han mostrado la conformación de una jerarquización racial/regional, que funcionaba a

³¹ D'Allemand, Patricia, "Of Silences and Exclusions. Nation and Culture in Nineteenth-Century Colombia, en Hart, Stephen and Richard Young (eds.), *Contemporary Latin American Cultural Studies*, Londres, Arnold, 2003, pp. 215–227. D'Allemand, Patricia, "Quimeras, contradicciones y ambigüedades en la ideología criolla del mestizaje: el caso de José María Samper", en *Historia y Sociedad*, No. 13, 2007, pp. 45–63. Larson, Brooke, *Indígenas, elites y Estado*. McGuinness, Aims, "Searching for "Latin America". Race and Sovereignty in the Americas in the 1850s", en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, pp. 87–107. Melgarejo Acosta, María del Pilar, "Trazando las huellas del lenguaje político de *La Regeneración*: la nación colombiana y el problema de su heterogeneidad excepcional", en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Restrepo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 204–221. Múnera, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005. Restrepo, Eduardo, "'Negros indolentes' en las plumas de los corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX", en *Nómadas*, No. 26, 2007, pp. 28–43. Restrepo, Olga, "Un imaginario de la nación. Lectura de laminas y descripciones de la Comisión Corográfica", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 26, 1999, pp. 30–58.

la par del proceso de homogeneización nacional emprendido por las elites regionales y que frecuentemente tomaba la forma de lo que se ha denominado blanqueamiento. Estos trabajos generalmente se han realizado desde la historia social, política y cultural y sus fuentes han sido diversas y van desde correspondencia inédita hasta libros publicados por los letrados e intelectuales objeto de interés. Asimismo, las perspectivas teóricas también son bastante variadas, por lo que su agrupamiento es más temático y temporal que metodológico o teórico.

Este conjunto ha mostrado cómo se constituyó y se consolidó tempranamente todo un discurso sobre el mestizaje por parte de las elites. La mezcla racial y cultural fue considerada fundamental para la integración de la población y para evitar los conflictos y las guerras entre grupos diferenciados de la sociedad. Si bien el mestizaje fue deseado, no dejó de ser considerado un proceso problemático, al estar atravesado por las complejas nociones raciales de la época que asociaban ciertos grados de moralidad, de civilización y de capacidad para el progreso con los diversos grupos humanos existentes.

Un quinto conjunto de publicaciones³² se ha concentrado en la articulación entre saberes y prácticas territoriales y los discursos sobre las diferencias poblacionales.

³² Figueroa Pérez, José Antonio, *Del nacionalismo al exilio interior: el contraste de la experiencia modernista en Cataluña y los Andes americanos*, Bogotá, CAB, 2001. Gnecco, Cristóbal, "Territorio y alteridad étnica: fragmentos para una genealogía", en Herrera Gómez, Diego y Carlo Emilio Piazzini (eds.), *(Des)territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, Medellín, La Carreta y Universidad de Antioquia, 2006, pp. 221–246. Gómez, Augusto, "Raza, "salvajismo", esclavitud y 'civilización': fragmentos para una historia del racismo y de la resistencia indígena en la Amazonia", en Franky Calvo, Carlos y Carlos Zárate Botía (eds.), *Imani mundo: estudios en la Amazonia colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2001, pp. 199–228. Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez, "Territorios ausentes: razón y civilización", en Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, pp. 17–37. González Gómez, Lina Marcela, "Imágenes y contraimágenes: territorios y territorialidades en la construcción del Estado-Nación", en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849–1960*, Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2009, pp. 51–76.

El énfasis está puesto aquí en tres puntos. En primer lugar, la relación de equivalencia que los intelectuales establecieron entre los territorios y sus habitantes, así a lugares salvajes y exuberantes corresponderían grupos humanos con las mismas características. En segundo lugar, la relación entre la sensación de vacío regional y escepticismo antropológico o, en otras palabras, entre la enunciación de que una región estaba desierta y baldía y la desconfianza, generalmente acompañada de la ubicación en otro tiempo –lo primitivo–, de la población que allí residía. Y, en tercer lugar y como consecuencia de las anteriores, la marginalización de ciertos territorios que se convirtieron en fronteras no sólo internas, sino también étnicas, raciales, culturales y civilizatorias, por fuera del control estatal y de la inclusión real en la vida nacional.

Varios de estos trabajos han caído, parcial o totalmente, en no observar sino colonialismo interno y discriminación sociorracial en las relaciones que las áreas marginalizadas entablaron con los múltiples centros, olvidando que si bien estos territorios fueron frecuentemente asociados con el pasado, también lo fueron con el futuro de la nación y que, a pesar de que sus poblaciones nativas o sus colonos fueron discriminadas, los papeles que se les atribuyeron fueron lo suficientemente ambiguos como para permitir y propiciar su capacidad de acción y de negociación. Las fuentes utilizadas, salvo excepciones, han sido libros, artículos en revistas e informes escritos por los letrados de la segunda mitad del siglo XIX y los intelectuales de la primera mitad del siglo XX. Los enfoques han sido en su mayoría cercanos a la historia social, a la historia cultural y a la crítica poscolonial.

Jadgmann, Anna-Telse, *Del poder y la geografía: la cartografía como fuente de legitimación en Colombia*, Berlín, Tesis doctoral inédita de la Universidad Libre de Berlín, 2006. Santoyo, Álvaro Andrés, "Paisajes presentes y futuros de la Amazonia colombiana. La lectura de Miguel Triana en 1907", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 11, No. 1-2, 1999, pp. 117-154. Serje, Margarita, *El revés de la nación. territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005. Serna Dimas, Adrián, *Ciudadanos de la geografía tropical. Ficciones históricas de lo ciudadano*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006. Steiner, Claudia, *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000. Wade, Peter, "The Language of Race, Place and Nation in Colombia", en *América Negra*, No. 2, 1991, pp. 41- 66.

Con un énfasis aún mayor en las intrincadas interacciones entre lo territorial y lo étnico/racial, la sexta serie de investigaciones³³ ha mostrado cómo las diferencias poblacionales construidas en torno a la noción de raza en Colombia no son simples elaboraciones alrededor del linaje y la apariencia corporal, pues en el proceso de construcción nacional, las razas se han regionalizado y las regiones racializado. En este marco, se han desarrollado discusiones, con consensos y disensos, sobre las capacidades de progreso, moralidad y prosperidad de las regiones conformadas en medio de este debate. Son particularmente valiosas las historias regionales y locales que han permitido comprender cómo los discursos sobre las diferencias poblacionales, la nación, el mestizaje y el progreso son apropiados y modificados en estas escalas, lo que permite matizar e incluso modificar afirmaciones que se realizan cuando se trabaja a escala nacional. La mayoría de estos trabajos se caracterizan por una rica utilización de fuentes inéditas, que se complementan con fuentes documentales publicadas y podrían ser consideradas como investigaciones pertenecientes al campo de la historia social.

Otro conjunto de publicaciones³⁴ se sustenta en los planteamientos de la serie anterior, pero introduce la novedad de plantear que las representaciones sobre las

³³ Almarío García, Oscar, *La invención del suroccidente colombiano. Independencia, etnicidad y Estado nacional entre 1780 y 1930*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005. Appelbaum, Nancy P., *Dos plazas y una nación*. Leal León, Claudia, “Un puerto en la selva. Naturaleza y raza en la creación de la ciudad de Tumaco, 1860–1940”, en *Historia Crítica*, No. 30, 2005, pp. 39–65. Rhenals Doria, Ana Milena y Francisco J. Flórez Bolívar, “Entre lo árabe y lo negro: raza e inmigración en Cartagena, 1880–1930”, en *Sociedad y Economía*, No. 15, 2008, pp. 123–144. Wade, Peter, *Música, raza y nación. Música tropical en Colombia*, Bogotá, Vicepresidencia de la República de Colombia, DNP y Programa Plan Caribe, 2002.

³⁴ Arias Vanegas, Julio, *Nación y diferencia*. Rojas, Cristina, *Civilización y violencia*. Villegas Vélez, Álvaro, “La elite intelectual colombiana y la nación imaginada: raza, territorio y diversidad (1904–1940)”, en *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 11, 2006, pp. 45–71. Villegas Vélez, Álvaro. “Los desiertos verdes de Colombia: nación, salvajismo, civilización y territorios—Otros en las novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo–peruana”, en *Boletín de Antropología*, vol. 20, No. 37, 2006, pp. 11–26. Villegas Vélez, Álvaro, “Nación y alteridad en Colombia: la población negra y la colonialidad del poder”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 44, No. 1, 2008, pp. 71–94. Villegas Vélez, Álvaro, “Heterologías y nación: proyectos letrados y alteridad radical en la Colombia decimonónica”, en *Signo y Pensamiento*, No. 53, 2008, pp. 24–37. Villegas Vélez, Álvaro y Catalina Castrillón Gallego, “Territorio, enfermedad y población en la

alteridades poblacionales se producen en medio de la tensión entre el proyecto de homogeneización y de diferenciación en la constitución del Estado nacional. Desde esta perspectiva, la definición misma de nación sólo se hace posible mediante la construcción de diferencias internas presentes en el momento mismo de la emergencia y la consolidación de la unidad nacional. Estos trabajos han construido su corpus en torno a fuentes publicadas por los letrados y los intelectuales colombianos que describieron, prescribieron y, también, proscribieron la alteridad. Este enfoque se caracteriza también por su eclecticismo teórico, al combinar la historia cultural, la antropología histórica, la teoría y crítica poscolonial y el análisis del discurso.

Dejando atrás las articulaciones entre territorios y grupos humanos, encontramos una nueva serie que vincula las diferencias poblacionales y el pasado³⁵. Estas publicaciones son bastante recientes y están cercanas a los esfuerzos contemporáneos por realizar una historia de las disciplinas histórica y arqueológica que no se restrinja a una mirada institucional, atenta exclusivamente a los años de la fundación de los departamentos académicos y de las revistas, sino que se centre en la constitución de los objetos de estudio y en lo que ha sido posible enunciar sobre éstos en momentos concretos. Se ha tratado, en buena medida, de hacer una arqueología de la arqueología y de la historia en las décadas previas a

producción de la geografía tropical colombiana, 1872–1934”, en *Historia Crítica*, No. 32, 2006, pp. 94–117.

³⁵ Botero, Clara Isabel, *El redescubrimiento del pasado prehispánico en Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820–1945*, Bogotá, ICANH y Universidad de los Andes, 2007. García Botero, Héctor, “¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos”, en *Memoria y Sociedad*, vol. 13, No. 27, 2009, pp. 41–60. Guarín Martínez, Óscar, “De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX”, en Gómez Londoño, Ana María (ed.), *Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005, pp. 228–246. Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*, Bogotá, Colciencias, 2003. Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Los herederos del pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*, 2 tomos, Bogotá, Universidad de los Andes, 2009. Lleras, Roberto, “Los muisca en la literatura histórica y antropológica. ¿Quién interpreta a quién?”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 92, No. 829, 2005, pp. 307–338. Villegas Vélez, Álvaro, “Civilización, alteridad y antigüedades: el territorio, el pasado y lo indígena en Colombia, 1887–1920”, en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, saberes y representaciones en Colombia 1849–1960*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 33–49.

la profesionalización de ambos campos de saber. Las fuentes privilegiadas para este propósito han sido libros y publicaciones seriadas como el *Boletín de Historia y Antigüedades*.

Finalmente, hay unas pocas investigaciones, todas sobre el Cauca, que valdría la pena resaltar, pues en ellas se muestran cómo los sectores subalternos se apropian y utilizan para sus propios fines las representaciones elaboradas por las elites sobre las razas y los territorios. Las dos primeras³⁶ toman la figura del intelectual y líder indígena nasa Manuel Quintín Lame y muestran cómo éste descoloniza las categorías raciales, al reivindicar de forma creativa y ambivalente su carácter indígena. Mónica Espinosa Arango utiliza como fuente privilegiada un escrito del propio Lame, el cual interpreta a la luz de la crítica poscolonial y la teoría feminista. James E. Sanders³⁷, por su parte, mostró cómo las interacciones políticas entre las elites y el pueblo estuvieron marcadas por las diferencias de clase y de raza. Para este autor, tanto indígenas como negros lograron negociar desde su posición de subalternidad un espacio en la sociedad, espacio en el cual, simultáneamente, se reforzaban y se cuestionaban las clasificaciones poblacionales y los privilegios de cada grupo sociorracial. Las fuentes de Sanders son múltiples e incluyen tanto periódicos como un conjunto importante de fuentes documentales inéditas, que interpreta a partir de un acercamiento marcado por la historia social de lo político.

Esta tesis se ubica, pues, en un campo de investigación relativamente nuevo y dinámico, que atraviesa las fronteras nacionales y disciplinarias. Sus principales aportes y sus fortalezas se encuentran en la atención que presta a la dialéctica entre diferenciación y homogeneización presente en los discursos sobre los Otros

³⁶ Espinosa Arango, Mónica, “El indio lobo. Manuel Quintín Lame en la Colombia Moderna”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, 2003, pp. 139–172. Espinosa Arango, Mónica, *La civilización montés. La visión india y el trasegar de Manuel Quintín Lame en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2009.

³⁷ *Contentious Republicans. Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*, Durham, Duke University Press, 2004.

y, en la revisión de un importante corpus documental que no había sido puesto a dialogar entre sí de manera sistemática, pero que, al hacerlo, muestra la importancia de la interacción entre los discursos sobre el pasado, el territorio y la población en la producción de las múltiples categorías que se utilizaron, entre 1847 y 1941, para referirse a la alteridad en nuestro país.

1. PRIMERA PARTE

1.1. INTRODUCCIÓN: LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

Los discursos sobre las poblaciones pretéritas, primera heterología a tratar, escinden el pasado del presente a través de la escritura; reparten y ubican unos objetos en el campo de la Historia, del dominio de la letra, de la producción y de la acumulación, mientras desplazan otros hacia el fondo nocturno de los mitos y de las historias, fragmentarios, discontinuos, inapropiados e inapropiables. El pasado, tierra nutricia para la nación, cuna de horrores o tiempo roto y muerto, fue transformado a través de la alquimia de la escritura en patria de los Otros.

Para Michel de Certeau³⁸, la alteridad es el fantasma de la escritura de la historia, el elemento necesario pero problemático, que busca, honra y entierra, que le atrae pero le asusta. Este tipo particular de práctica escrituraria parte del deseo de no seguir siendo más lo que se era, de separar el presente de *su* pasado, al tiempo que pretende dar vida a unos sujetos históricos, al transformar a lo Otro en un objeto de saber y, por supuesto, de poder.

Esta primera parte está dedicada a problematizar las preocupaciones históricas en Colombia a través del seguimiento de la emergencia y del tratamiento de dos hábitats particulares de la alteridad vinculados al pasado: la historia antigua y la historia colonial. Como grilla de análisis se utilizarán las nociones de cuadrilátero etnológico y cuadrilátero histórico. Estas nociones fueron elaboradas por Michel de Certeau con el propósito de realizar una historia moderna de la escritura, la cual dividió en cuatro etapas: 1) la organización “etnográfica” de las prácticas escriturarias en su relación con las oralidades –calificadas como salvajes, primitivas, tradicionales y/o populares, que fueron instituidas como Otras; 2) la marginación de las escrituras cristianas que hacían comprensible el cosmos y su

³⁸ Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, pp. 16 y ss.

transformación en simples representaciones o incluso en supersticiones, que debían compartir sus privilegios o ser reemplazadas por un sistema ético y técnico de prácticas aptas para producir una historia propiamente humana; 3) el retorno de la alteridad reprimida a través de la escucha y la escritura de lo dicho en el trabajo del psicoanálisis, y 4) la operación historiográfica que combina un lugar social –un reclutamiento, un medio y un oficio–, unos procedimientos científicos y una modalidad de escritura³⁹.

El cuadrilátero histórico reúne y limita los elementos, que son ubicados dentro de las líneas formadas por las intersecciones de la *temporalidad* –cuadro diacrónico de un sistema social con una historia que se pretende continua–; la *escritura* –forma de comunicación y de transmisión del conocimiento de las sociedades definidas como civilizadas–; la *identidad* –la pretendida continuidad étnico/racial y cultural de la población–, y la *conciencia* –el saber que se reconoce a sí mismo como tal y que no requiere de una presencia externa que le otorgue sentido–.

Este espacio virtual es simétrico e inverso al cuadrilátero etnológico, que también podría ser denominado *pre-histórico*, limitado por la *oralidad* –definida como la modalidad comunicativa de las sociedades salvajes, bárbaras o tradicionales y que dificulta la producción del saber e impide su acumulación–; la *espacialidad* –característica de una población dominada por su entorno y en la cual la naturaleza prima sobre la Historia–; la *alteridad* –como diferencia que plantea una ruptura cultural y que es transformada en desigualdad–, y la *inconsciencia* –propia de quienes, se supone, necesitan ser representados desde afuera, pues, son incapaces de hacerlo ellos mismos–⁴⁰.

Este cuadrilátero plantea una paradoja, que Claude Lévi–Strauss sintetizó de la siguiente manera: “La etnología se enfrenta a recrear un pasado sin historia

³⁹ Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, p. 12.

⁴⁰ Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*.

conocida [...]”⁴¹, es decir, el pasado de sociedades que desde una perspectiva tradicional no tenían conciencia histórica, de grupos humanos que tejían mitos, dispersos, inestables, performativos, pero no una historia unificada y pedagógica, de sí mismos.

Lo que estaba, y aún está en juego, era la construcción de un objeto tremendamente temporalizado, ya que se encontraba anclado en el pasado más distante y marcado por la discontinuidad más radical con el presente, verdadero abismo que incluso la erudición atravesaba a tuestas y luego de mil batallas; pero que, al mismo tiempo, se hallaba ubicado fuera del linde de la Historia, en cuanto no era necesario para escribir la historia de Occidente o del Estado nacional, su existencia era considerada, en definitiva, superflua⁴².

En nuestro país, los eruditos preocupados por el pasado realizaron también, a su modo, la repartición de objetos en ambos cuadriláteros, aunque sin aislarlos completamente, como lo demuestra el período bisagra de la *conquista*. La oficialización de esta repartición se puede ilustrar con la publicación del *Boletín de Historia y Antigüedades* a partir de 1902 por parte de la Academia Colombiana de Historia. Las antigüedades eran, entonces, lo suficientemente históricas para ser tenidas en cuenta por la Academia, pero debían ser claramente distinguidas de la Historia.

⁴¹ *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1987.

⁴² Cf. Chakrabarty, Dipesh, *Al margen de Europa. ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?*, Barcelona, Tusquets Editores, 2008. Eze, Emmanuel Chukwudi, “El color de la razón: la idea de “raza” en la antropología de Kant”, en Mignolo, Walter (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2001, pp. 201–251. Mignolo, Walter. D., “Globalización, procesos civilizatorios y la reubicación de lenguas y culturas”, en Castro–Gómez, Santiago et al. (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999, pp. 55–74.

1.2. PRIMER CAPÍTULO: EL ESPESOR TEMPORAL DE LA NACIÓN

A mediados del siglo XIX, la historia antigua se transformó en un objeto de interés intelectual para algunos letrados neogranadinos. En esta historia, la alteridad del pasado y el pasado como alteridad se concentraban de una forma especialmente intensa, ya que los eruditos se enfrentaban a un objeto histórico salvaje, no sólo porque tratara sobre grupos humanos marcados por el *salvajismo*, sino porque hacía referencia a un pasado sin escritura y, por ende, incontrolable y sin sentido previo desde la perspectiva letrada; un pasado que parecía estar anclado en los tiempos más remotos pero, que regresaba constantemente con toda su carga atávica en los salvajes que habitaban los desiertos o en las personas y grupos marcados por las diferencias raciales que proliferaban en las ciudades. El retorno de lo reprimido, de lo abyecto, se colaba en los pliegues del presente y lo hacía tambalear.

La línea divisoria de la historia antigua con otras modalidades históricas estaba dada por la consolidación del dominio ibérico, es decir, por el triunfo de la escritura sobre la oralidad, de la temporalidad acumulativa sobre la espacialidad despilfarradora, de las identificaciones aparentemente continuas sobre las diferencias y las discontinuidades, de la consciencia sobre la inconsciencia. Esta modalidad histórica buscaba sus objetos en una temporalidad ajena a la letra y, para esto, recurría frecuentemente a las antigüedades; con esta palabra se denominaban a los artefactos elaborados por los pueblos indígenas antes de la llegada de los peninsulares o durante el descubrimiento y la conquista. La atención prestada a estas huellas materiales del pasado se volvería paulatinamente indispensable a la hora de producir un saber sobre el pasado más lejano. En este capítulo, se escribirá una versión de la historia de esta escritura, atendiendo a dos momentos.

1.2.1. La conquista de la historia antigua

El deseo de que el nombre de Colombia hiciera parte del concierto de las naciones civilizadas hizo ineludible la tarea de darle al país un mayor espesor histórico, un rango temporal más amplio al cual remitirse⁴³. Los nacionalismos suelen postular la antigüedad de las naciones que ellos crean, una temporalidad larga y continua es proyectada como una prueba fehaciente de la conformidad de la nación con el orden natural de las cosas. Anthony Smith⁴⁴ ha comparado, al respecto, el papel de los letrados vinculados a los proyectos de formación de los Estados nacionales con el de los arqueólogos, en tanto ambos recrean el pasado y lo resignifican en su presente, con lo cual buscan que sus sociedades se proyecten en el futuro. En nuestro caso, se trató de darle una mayor profundidad temporal a la narración de la nación en su dimensión pedagógica, lo que produjo una suerte de nacionalismo anticuario ambivalente, en algunas ocasiones tímido, en otras radical, ambivalencia que llevaría a la diseminación del sentido que se había querido fijar en un primer momento.

Este nacionalismo, que trataba la historia antigua como un terreno baldío a ser conquistado por la escritura, se sustentó, en buena medida, en una transformación de los enunciados que podían ser producidos sobre los objetos del pasado, ya fueran antigüedades o crónicas. Las primeras pasaron de ser ídolos, que condensaban la presencia del maligno o artefactos que debían ser fundidos por estar fabricados en oro, a objetos artísticos y testimonios de las acciones de los seres humanos en el tiempo, lo que les otorgaba un valor científico, histórico y

43 Cf. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*. Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*. Hobsbawm, Eric, "Introducción: la invención de la tradición", en: Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7–21.

⁴⁴ Smith, Anthony D., "¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 185–209. Para el rol específico de las antigüedades en este proceso véase: Castro-Klaren, Sara, "The Nation in Ruins: Archaeology and the Rise of the Nation", en Castro-Klaren, Sara y Chasteen, John Charles (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2003, pp. 161-195.

simbólico que los hacía dignos de estudio; objetos a partir de los cuales era posible formar un discurso, producir sentido y desplegar un saber. Las crónicas, a su vez, dejaron de expresar una verdad irrefutable para convertirse en una fuente documental ineludible pero peligrosa que debía ser leída críticamente.

Este acercamiento al pasado tuvo como condiciones históricas de posibilidad la formación intelectual de sectores de las elites neogranadinas en Europa a mediados del siglo XIX, el intercambio con las sociedades y las academias de este continente, los contactos comerciales y las sociabilidades eruditas que permitieron el surgimiento de las posiciones sociales de anticuario, de coleccionista y de historiador aficionado, la extracción aurífera y la gUAQUERÍA, y el deseo de mostrar al mundo que lo que hoy denominamos Colombia era una nación civilizada y que su civilización se perdía en la bruma de los siglos⁴⁵.

La historia antigua fue, pues, una práctica intelectual marcadamente transnacional, en la cual la emergencia del americanismo fue central a la hora de construir un campo de conocimiento sobre las antigüedades en el hemisferio occidental. Si bien las redes entre los letrados nacionales y los eruditos europeos fueron asimétricas, permitieron que los primeros participaran en importantes discusiones y publicaran sus libros en París o Berlín, como lo hicieron respectivamente Joaquín Acosta y Ezequiel Uricoechea, o presentaran sus informes en importantes publicaciones europeas, en algunos casos a través de la intermediación de científicos que habían estado en Colombia, como lo hizo Manuel Vélez Barrientos⁴⁶, quien envió una carta a Jean-Baptiste Boussingault, que fue

⁴⁵ Botero, Clara Isabel. *El redescubrimiento del pasado prehispánico*. Gamboa Hinestrosa, Pablo, *El tesoro de las quimbayas. Historia, identidad y patrimonio*, Bogotá, Planeta, 2002. Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Arqueología colombiana*. Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Los herederos del pasado*. Martínez, Frédéric, “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la exposición del Centenario?”, en Sánchez Gómez, Gonzalo y María Emma Wills Obregón (comps), *Museo memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 315-332.

⁴⁶ Vélez Barrientos, Manuel, “Notice sur les antiquités de la Nouvelle-Grenade (1)”.

publicada en el *Bulletin de la Société de Géographie*, en la cual relató un viaje de exploración a varios monumentos antiguos⁴⁷.

En ésta, se narró cómo los rumores sobre la existencia de las ruinas de un monumento de gran envergadura excitaron su curiosidad y lo impulsaron a emprender un viaje para estudiarlo. Luego de explorar el cantón de Leiva sin rumbo fijo y guiado por las dispares e imprecisas informaciones de los lugareños, encontró decenas de columnas de piedra cerca al poblado de Monquirá, lo que le había valido a la zona el nombre de *El Infiernito*, puesto que las personas cercanas a este lugar percibían en todos los monumentos antiguos las trazas del maligno. En su viaje también visitó otros monumentos y una cueva que guardaba una momia y algunos objetos indígenas.

A pesar de su corta extensión, esta carta muestra claramente la emergencia de un nuevo sujeto, el anticuario–explorador y las dificultades a las que se enfrentaba el saber sobre las antigüedades en la República de la Nueva Granada. En efecto, Manuel Vélez Barrientos fue tomado por loco en su viaje a las *Columnas del Diablo* en Ramiriquí, se enfrentó a la superstición de los pobladores locales y a la ignorancia y al desinterés de sus conciudadanos; algo similar denunció Manuel Ancízar cuando unos cuantos años más tarde visitó *El Infiernito*:

Procuré estimular la curiosidad del estanciero, explicándole lo que se conjeturaba de las ruinas i animándole a practicar una escavación. “Quién sabe, señor, lo que será: yo no tengo barra i eso esta mui duro,” contesto señalando el suelo. Era inútil insistir, i hube de partirme de allí sin adelantar nada. Los venideros resolverán el problema; i al espresar este aplazamiento no puedo ménos de recordar lo que me observaba una vez cierto amigo yankee: “su bello pais tiene muchas cosas que investigar; pero sobre cada una de ellas hai siempre un maldito letrero que dice: “¡Mañana!”, i en boca de casi todos los naturales, está una frase todavía mas maldita: ¡Quién sabe!”⁴⁸

⁴⁷ En la publicación aparece por error, como autor de la carta M[onsieur]. Valez.

⁴⁸ Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 i 1851*, Bogotá, Echeverría, 1853, p. 342.

La carta publicada en el *Bulletin de la Société de Géographie* es también importante porque abre una discusión que marcará la historia antigua hasta bien entrado el siglo XX: la atribución de los monumentos indígenas. Vélez Barrientos consideró que si bien estas ruinas no eran comparables con las descubiertas en Guatemala y en México, si atestiguaban la existencia de pueblos avanzados en el camino de la civilización. Para él, los constructores de estos monumentos no fueron los “chibchas”⁴⁹, sino un grupo más antiguo y más civilizado, como lo demostraban, a su juicio, su desgaste multiseccular, la ausencia de vegetación, que acreditaba la antiquísima ocupación humana de la zona y las características constructivas de las columnas que mostraban un desarrollo técnico mayor al de los chibchas en el momento de la invasión peninsular. En San Agustín, el Valle de Aburrá y el cantón de Santa Rosa, en la provincia de Antioquia, también se encontraban, en su opinión, evidencias materiales de civilizaciones superiores a los grupos indígenas que habitaron allí a comienzos del siglo XVI.

Las afirmaciones de Vélez Barrientos sobre *El Infiernito* desataron una pequeña polémica, puesto que el general Joaquín Acosta⁵⁰, en una carta enviada a Edmé François Jomard y publicada en el mismo órgano de la *Sociedad de Geografía*, señaló que los chibchas poseían los medios y los conocimientos suficientes para realizar esta empresa, que por causas que no especificó había quedado inconclusa. En esta carta, se planteaba que la edificación había sido ordenada por el Zaque, uno de los más importantes caciques chibchas, quien, escudado en el despotismo que caracterizaba a la autoridad política en esta sociedad, había ordenado a sus súbditos construir un templo ubicado en clima templado y cercano a su emplazamiento habitual, el territorio de la actual Tunja, situado en tierra fría.

⁴⁹ Se solía designar como chibchas a la población indígena que habitaba el altiplano cundiboyacense, grupo étnico que en la actualidad es designado como muisca, al tiempo que se reserva la palabra chibcha para nombrar una familia lingüística.

⁵⁰ Acosta, Joaquín, “Ruines découvertes près de Tunja, dans L’Amérique Centrale”, en *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. 13, No. 73–78, París, 1850, pp. 299–303.

Acosta sustentó sus afirmaciones en la autoridad que le daba estar familiarizado con el estado de la “cultura chibcha” en el momento de la conquista.

Esta familiaridad seguramente hacía referencia a la publicación un par de años antes, también en París, de *El compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto*⁵¹, que tuvo un papel tan importante para el estudio de este período, como el que tuvo la *Historia de la Revolución de Colombia en la América Meridional* de José Manuel Restrepo para los relatos sobre la emancipación⁵².

Acosta, convencido de la necesidad de instruir a la juventud “en la historia antigua de la Nueva Granada”⁵³, recolectó, comparó y sintetizó las crónicas y los informes manuscritos o impresos de los tres siglos anteriores, elaborando el estudio mejor documentado hasta ese momento, lo que hizo que se conservara como una obra de referencia insoslayable durante cerca de un siglo. Como mérito adicional el *Compendio* contenía numerosos anexos, entre ellos, una carta de Pedro de Heredia, la relación del Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, la descripción de algunas piedras muiscas realizadas por el sabio geógrafo y anticuario francés E. F. Jomard y traducidas por Acosta, y la disertación sobre el calendario de los *muyscas*, indios naturales de este Nuevo Reino de Granada del clérigo José Domingo Duquesne, escrito originalmente en 1795. Muchos de los trabajos posteriores siguieron esta tendencia e incluyeron anexos con fuentes hasta ese momento inéditas o albergaron en sus páginas las primeras ilustraciones de las antigüedades.

⁵¹ Acosta, Joaquín, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*, París, Imprenta de Beau, 1848, p. V.

⁵² Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la república de Colombia*, 6 volúmenes, Medellín, Editorial Bedout, 1969-1970.

⁵³ *Compendio histórico*, p. V.

La importancia del *Compendio* no radica solamente en ser el primer trabajo republicano de gran extensión en preocuparse por la historia antigua, su importancia está dada por lo que allí emerge. Si en la carta de Vélez Barrientos surge el interés por conquistar el pasado prehispánico a través de la escritura y la figura del anticuario–explorador, en la obra de Acosta es posible identificar tres emergencias. En primer lugar, la conversión de la historia de los “chibchas” en parte de la historia nacional, lo que hacía necesario el estudio de ésta; así la historia indígena no sería una historia totalmente Otra sino que es la historia de nuestros–Otros.

En segundo lugar, Acosta acreditó su autoridad intelectual a través de la lectura de fuentes documentales, de la publicación, como anexos, de documentos inéditos y de sus recorridos por buena parte de los territorios presentes en su narración. El autor resaltó su conocimiento personal de las riberas del río Magdalena con su selva exuberante y la presencia de los únicos grupos indígenas del interior que no habían sido reducidos, de la tierra de los paeces a quienes fue a sujetar y “cuya lengua, costumbres, maniobras y ardidés han variado tan poco desde la época del descubrimiento, como el aspecto de las faldas del Huila ó la naturaleza de los desfiladeros y pasos difíciles que forma el río Paez en su torrencioso curso”⁵⁴. Habitó, además, en pueblos de raza chibcha pura, visitó a los cunas en la provincia de Panamá y consultó el Archivo de Indias.

Surge aquí una nueva modalidad de autorización del discurso sobre los Otros, sustentado en un saber a caballo entre lo tradicional y lo moderno, al realizar una primera mirada crítica al pasado y a las crónicas que lo hacían presente, al tiempo que se basaba en su experiencia y en el conocimiento personal de los grupos indígenas. Al enunciar la experiencia como fuente de autoridad, como hecho necesario para la conversión en autor, también se hace evidente un punto central en la heterología que se trata en este capítulo, la de la problemática y ambigua

⁵⁴ *Compendio histórico*, p. VII.

continuidad entre los indígenas del pasado y los indígenas del presente. Para los eruditos decimonónicos, escribir sobre los unos llevaba inevitablemente a escribir sobre los otros, a pesar de la distancia cronológica y de que la historia, como se mostrará más adelante, los había transformado notoriamente.

Finalmente, el general también marcó un hito en las formas de narrar el pasado lejano, por un lado relató la historia de los grandes hombres, en este caso de los caciques y sacerdotes chibchas y de los jefes de las expediciones conquistadoras y, por el otro, realizó generalizaciones sobre diversos aspectos de los grupos indígenas. Los capítulos referidos a los “chibchas” son ilustrativos al respecto, a la par de la narración sobre sus guerras civiles y el encuentro con los peninsulares en los que priman las gestas de las elites, se pueden leer descripciones e interpretaciones generales sobre el gobierno, las ceremonias, la mitología, las actividades económicas y los usos y costumbres, aspectos que eran juzgados bajo la retórica del vicio o de la virtud. De esta forma, la crónica sobre el descubrimiento y la colonización del Nuevo Reino de Granada se convertía en un comentario moral sobre las pasiones, análogo al realizado por José Manuel Restrepo sobre la independencia⁵⁵.

El ser virtuoso o vicioso era equivalente a ser civilizado o salvaje. La discusión sobre la presencia o no de escritura entre la nación chibcha fue de singular importancia ya que, como se ha mencionado, la letra era un síntoma casi inequívoco de civilización, en cuanto era considerada garante de la acumulación del conocimiento a través del tiempo y de la posibilidad de organizar y controlar grandes poblaciones y territorios bajo un gobierno centralizado. En definitiva, el reconocimiento de la escritura planteaba implícitamente el interrogante sobre si la patria de los “chibchas” no sería el cuadrilátero histórico, en vez del cuadrilátero

⁵⁵ Cf. Colmenares, Germán, “La ‘Historia de la Revolución’, por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en AAVV, *La independencia: ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7–23.

etnológico, esta ambigüedad le dará su tono particular a la producción escrita de los letrados nacionales sobre este asunto en el siglo XIX.

Para Acosta⁵⁶, la sociedad “chibcha” sólo había sido superada por los aztecas y por los incas; su carácter civilizado quedaba demostrado, en su opinión, a través de la interpretación de aspectos como el gobierno, de carácter despótico, pero que introducía un principio de orden que lo hacía preferible a la anarquía de los grupos indígenas vecinos; la existencia de una religión organizada con sacerdotes, templos y una cosmología compleja, aunque enlodada por los ocasionales sacrificios humanos; la existencia de un cómputo aproximado del tiempo y la laboriosidad, que les permitió ser buenos agricultores y tejedores, lo cual, sumado a que fueron la única nación americana con moneda, les permitió establecer una importante red comercial. En este sentido, el *Compendio* difundió también una forma de organizar la escritura de la historia antigua a través de una serie de categorías que buscaban comprender la totalidad de la vida indígena, estas categorías recibieron diversos nombres de acuerdo con los letrados, pero podían ser resumidas de la siguiente forma: organización política y jurídica, religión y cosmología, saberes nativos (sobre todo astronómicos y médicos) y actividades económicas.

Los chibchas eran, entonces, criticables sin duda alguna por sus vicios, pero en líneas generales fueron considerados por Acosta como civilizados y virtuosos, como lo demostraba, además, el proceso de unificación y centralización política que algunos caciques habían comenzado a finales del siglo XV. Plantear que esta nación era civilizada implicaba también apoyarlos en su enfrentamiento con sus vecinos que eran transformados en los bárbaros que estorbaban el progreso; de forma similar, el potencial de barbarie que residía en los enfrentamientos entre los caciques chibchas fue también neutralizado, al insertarlo dentro de una narración que enfatizaba el carácter unificador y progresista de la guerra; ésta era

⁵⁶ Acosta, Joaquín, *Compendio histórico*.

provocada por los intentos de algunos caciques de centralizar el poder, es decir, la guerra se convertía en la lucha por fundar un sistema estatal y civilizar el altiplano cundiboyacense.

De igual forma, el reconocimiento de una civilización parcial a esta sociedad servía para relativizar los beneficios de la conquista ibérica. Sería ingenuo describir a los letrados colombianos como comprometidos y apasionados defensores de los indígenas; para ellos, la alteridad era al mismo tiempo fascinante y repulsiva, se podría afirmar incluso, que la conversión de América, en el extremo occidente del sistema mundial⁵⁷, era el mejor de los mundos posibles desde su perspectiva. Sin embargo, tampoco sería correcto, calificar todos los escritos elaborados por los sectores hegemónicos como completamente hispanistas y racistas, aunque fueran elaborados desde categorías geohistóricas enraizadas en la colonialidad del poder, que descansaba en clasificaciones jerárquicas de corte sociorracial que privilegiaban lo blanco y lo europeo⁵⁸.

La posición ambivalente de los eruditos preocupados por las antigüedades cobró su forma más significativa en la acalorada y prolongada discusión sobre la crueldad o la benevolencia de los conquistadores ibéricos. Joaquín Acosta al problematizar la alteridad prehispánica en el período republicano se ocupó ya del tema y, a pesar de sus inocultables simpatías hispanistas que lo llevaron a definirse como un americano–español, señaló:

⁵⁷ Dussel, Enrique, “Más allá del eurocentrismo”. Dussel, Enrique, “Europa, modernidad y eurocentrismo”. Mignolo, Walter, “La colonialidad a lo largo y ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad”, en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 55–85. Mignolo, Walter D., *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.

⁵⁸ Castro–Gómez, Santiago, *La poscolonialidad explicada a los niños*, Popayán, Universidad del Cauca y Pontificia Universidad Javeriana, 2005. Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social”, en Castro–Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central y Pontificia Universidad Javeriana, 2007, pp. 93–126.

Un solo hombre culto [Bochica] en siglos anteriores había sacado al pueblo chibcha de la barbarie, la docilidad de estas gentes era pues un hecho probado. ¡Cuánto no habrían obrado en esta ocasión a favor de este último pueblo, algunos centenares de europeos civilizados, si hubieran tenido voluntad para ello en vez de oprimirlo y exasperarlo⁵⁹.

Este historiador argumentaba que los indígenas habitantes de Anáhuac, Cusco y el altiplano cundiboyacense conformaban, poblaciones con un relativo grado de civilización lo que había hecho que ofrecieron poca resistencia a la conquista, a diferencia de los indígenas de las costas de lo que luego sería el Nuevo Reino de Granada, cuyo sometimiento había sido mucho más difícil por su bravura y porque no estaban acostumbrados a someterse permanentemente a una autoridad centralizada, como sí lo estaban las tres grandes sociedades amerindias. Felipe Pérez, por su parte, confirmaba esta opinión y señalaba que las tribus *menos civilizadas*, como los indios de Panamá, los macanas y camapotes de Bolívar, los muzos de Boyacá, los paeces y pijaos del Tolima, los panches de Cundinamarca y varios más, presentaron una mayor oposición a la conquista, ya “que peleaban más por hábito de guerrear que por espíritu de libertad”⁶⁰.

Sin embargo, la fiereza de estos grupos no justificaba en la opinión de numerosos letrados el exterminio al que habían sido sometidos, falta evidente y grave contra la caridad cristiana y simultáneamente un acto irracional e inconveniente en tanto había causado un hondo perjuicio a la corona y luego a la república, ya que una población indígena numerosa, aclimatada a las insalubres tierras bajas e instruida en diversas industrias, hubiera permitido la explotación continua de las riquezas vegetales y minerales, como ilustraba, según Acosta⁶¹, la provincia de Panamá, que a pesar de su ventajosa posición no había prosperado por la escasa densidad de su población.

⁵⁹ Acosta, Joaquín, *Compendio histórico*, p. 215.

⁶⁰ Pérez, Felipe, *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1865, p. 79.

⁶¹ Acosta, Joaquín, *Compendio histórico*, pp. 78–79.

La fracción radical del partido liberal criticó duramente la conquista peninsular por su crueldad contra la población autóctona; en este sector político, el antihispanismo se transformaba frecuentemente en una revaloración ambivalente del indígena del pasado. José María Samper, en su período radical, ilustra esta ambivalencia en sus *Apuntamientos para la historia política i social de la Nueva Granada desde 1810 i especialmente de la administración del 7 de marzo*, texto programático de la escritura de la historia desde la perspectiva radical, en el cual afirmó:

Si probamos, pues, que la lucha [entre civilizaciones u organismos sociales] existía, i que de los dos elementos componentes de la nueva sociedad, el mejor, el mas puro, el mas fecundo para el porvenir, era el elemento indígena, la dominación que alcanzó el contrario nos dará la clave del problema histórico de nuestra condición social, el extremo del hilo que por entre el laberinto de nuestras revoluciones, nos conducirá al conocimiento de la verdad política⁶².

Nueve años más tarde, en un libro en el que amplió su interpretación a toda Hispanoamérica, a la cual denominó Colombia, Samper ya no resaltaba la pureza y la fecundidad de los indígenas sino su debilidad e inferioridad, al plantear que cuando la conquista se daba sobre una sociedad civilizada y relativamente fuerte, el conquistador imponía su ley en un primer momento pero luego se amoldaba a las costumbres de la nacionalidad conquistada; por el contrario, cuando la raza conquistada era notablemente inferior y estaba en la barbarie o en un estadio de civilización incipiente, “el conquistador absorbe solo y aniquila cuanto se le somete y le es extraño, y para mantener su conquista necesita crear toda una civilización,

⁶² Samper, José María, *Apuntamientos para la historia política i social de la Nueva Granada desde 1810 i especialmente de la administración del 7 de marzo*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1853, p. 163. Cf. Pineda Camacho, Roberto, “La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)”, en Arocha, Jaime y Nina S. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social*, Bogotá, Etno, 1984, pp. 197-251.

una sociedad y una organización enteramente nuevas”⁶³. A su juicio, esto ocurrió en el caso neogranadino, el problema fue que se manifestó con una crueldad inusitada, sobre todo si se comparaba con la colonización británica en Norteamérica.

A pesar de sus numerosas ambivalencias, el radicalismo construyó y difundió una interpretación de la conquista que enfatizó no sólo la catástrofe demográfica indígena, sino también su carácter de catástrofe moral, en tanto los indígenas que habían sobrevivido se habían hecho menos aptos para la vida que sus ancestros y sus costumbres se habían degradado. Para letrados como Manuel Ancízar⁶⁴ y José Antonio de Plaza⁶⁵, la conquista había humillado y embrutecido a la raza indígena, y aquí se hacía especial referencia a los “chibchas”, tornándolos pusilánimes, maliciosos, desconfiados y perezosos. El geógrafo militar italiano Agustín Codazzi agregaba, en el mismo tono, que:

Es que no basta poner en contacto una raza débil con otra fuerte en civilización, para que entrambas se nivelen perfeccionándose la ignorante. Si el contacto se establece benévolamente, sin que el fuerte ejerza contra el débil una opresión violenta que destruya en su alma todo resorte de actividad propia y todo estímulo para enaltecerse, producirá la civilización del ignorante; pero si, como en la Conquista española, la raza fuerte persigue, despoja y aterra a la débil, si le arranca su nacionalidad, destruye sus tradiciones y abisma la persona moral de los individuos en lo más profundo de la degradación y de la esclavitud, entonces el oprimido que ya no tiene patria, que no tiene ya nación, que ve aniquilada la dignidad de su raza, de su familia, de su individuo, pierde absolutamente todo estímulo, toda voluntad de mejorarse y se deja embrutecer⁶⁶.

⁶³ Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*, París, Imprenta de E. Thunot y C^a, 1861, p. 31.

⁶⁴ Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha*.

⁶⁵ Plaza, José Antonio de, *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1850.

⁶⁶ Codazzi, Agustín, “Antigüedades indígenas. Ruinas de San Agustín, descritas y explicadas por Agustín Codazzi” [1857], en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá – antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín – Obra*

En el segundo caso, la pertenencia racial se transformaba en un estigma que envilecía y despojarse de ella, como hacían los mestizos, era una posibilidad de emancipación, que no estaba exenta de problemas. La conquista había provocado la degeneración del componente indígena de la nación. Sin embargo, la palabra degeneración hace aquí referencia a un proceso de decaimiento moral en un sentido amplio, las costumbres de los indígenas que vivieron bajo el Antiguo Régimen y en las primeras décadas de la república eran peores que las de sus antepasados. No se debe, pues, confundir la noción de degeneración tal como era usada por los letrados nacionales decimonónicos con la degeneración “biocultural” que marcó el debate en las primeras décadas del siglo XX en Colombia, como se verá en el sexto capítulo de este trabajo.

La historia antigua se transformaba, entonces, en un artefacto extraño, que si bien parecía estar ubicado claramente en el tiempo, en ciertos momentos traspasaba sus límites y se filtraba en otras temporalidades. Esta historia no era sólo prehispánica, sino que se colaba en la conquista, en la colonia e incluso en la era republicana. La historia estaba conformada por diversos estratos pero siempre se corría el riesgo de que éstos se removieran y mezclaran; por ende, no era extraño que los relatos históricos también fueran víctimas de esta confusión y diseminación temporal. Paradójicamente y a pesar de que, como ya se mencionó, *representar* al indígena del pasado era también hacer *presente* al indígena contemporáneo, para los liberales, la crueldad de la conquista había creado un hiato en la memoria nativa, un verdadero abismo infranqueable que separaba a los indígenas heroicos del pasado de sus pusilánimes descendientes.

Los letrados preocupados por la historia antigua describían con desazón, que sus contemporáneos indígenas no recordaban los acontecimientos que habían

protagonizado sus ancestros tres siglos atrás. La voz del pasado hablaba a través de los amerindios decimonónicos en sus costumbres, pero éstas se expresaban de una forma inconsciente, como era propio del cuadrilátero etnológico, y remitían, generalmente, a una mezcla de usos prehispánicos con prácticas coloniales como, por ejemplo, el culto idólatra a las vírgenes y a los santos católicos. De esta forma, el pasado retornaba bajo el fantasma del atavismo y no bajo la figura de una memoria activa, productiva y acumulativa que pudiera ser usada como fuente para la escritura de la historia. Este retorno hacía que los indígenas que habitaron el territorio nacional en el siglo XIX fueran representados por los letrados como objetos de saber y de poder marcados por la alocronía, es decir, por la negación de su contemporaneidad⁶⁷, a pesar de estar al frente de las elites, que se autodenominaban blancas, y servirles de múltiples maneras, pertenecían a otra época, al pasado, aunque paradójicamente eran diferentes y, generalmente, inferiores a sus ancestros.

La escritura como tecnología, que fijaba y estabilizaba los acontecimientos pretéritos debía llenar los vacíos e incluso crear un paisaje en cuya materialidad se pudiera leer la densidad del devenir temporal. La Comisión Corográfica, máximo proyecto geográfico decimonónico, contribuyó con esta tarea. Manuel Ancizar, secretario de la Comisión, al relatar su peregrinación por la provincia de Bogotá, escribió cómo cerca al poblado de Tausa se encontraba el peñón que recibía este mismo nombre y en el cual los hombres, las mujeres y los niños indígenas, que en 1540 se rebelaron contra la cruel sujeción y la barbarie ibérica, murieron y fueron devorados por los animales carroñeros, marcando el camino que siguieron cientos de miles de “chibchas” que perecieron en las cuatro primeras décadas de dominio peninsular. El autor agregó:

⁶⁷ Fabian, Johannes, *Time and Work of Anthropology. Critical Essays 1971–1991*, Chur, Harwood Academic Press, 1991.

El recuerdo del sangriento suceso me hizo pasar el desfiladero con cierta veneración por la memoria de los vencidos, defensores de su patria i hogares i de la santa libertad, por entónces perdida. Al pié del Peñon detuve el caballo, procurando imaginarme la situación de los asaltados i el tranze del combate, que sin duda fue recio i peligroso mientras los pertinazes conquistadores trepaban aquellos peñascos i laderas verticales. El viento, encajonado en el desfiladero, mujía contra las concavidades i ángulos salientes de la roca, i en la cumbre ajitaba con sordo i prolongado rumor los árboles enanos que la coronan. [...] Hoy los sucesores i deudos de tantos mártires pasan por el Peñon de Tausa, sin saber lo que significa, i humildes i abatidos piden la bendición al hijo de españoles que paga allí su tributo de respeto a la desgracia inmerecida. “Nuestro Señor le corone de gloria!” exclamó con efusión un pobre indio de Tausa, al recibir de mí el pequeño don que pidió, con el roto sombrero en la mano, sobre las mismas rocas regadas con la sangre de sus abuelos, ¡Oh ignorancia! me dije entristecido, i me apresuré a dejar aquellos lugares.....⁶⁸.

A pesar de que la provincia de Bogotá no era el objeto de esta expedición, el autor de la *Peregrinación* dedicó numerosas páginas a sus antiguos habitantes, los “chibchas”, basándose en fuentes como la *Relación* de Jiménez de Quesada o en bibliografía contemporánea como el *Compendio histórico* de Acosta, Ancízar destacó el carácter pacífico y la relativa civilización de esta nacionalidad indígena, como era común en las historias liberales. Otros grupos que eran considerados bárbaros o salvajes, como los agataes, cocomes y tunebos, también fueron motivo de una representación parcialmente positiva que resaltó la valentía y el orgullo que los llevó a preferir el suicidio colectivo a la esclavitud, aunque en la opinión del autor ni así encontró descanso esta raza, pues “nuestros antepasados la saqueaban i atormentaban en vida; nosotros la perseguimos en los sepulcros para saquearla después de muerta!”⁶⁹.

La mención de los sepulcros no es gratuita, buena parte del conocimiento de la historia antigua se fundaba, como se ha mostrado, en las crónicas; sin embargo, éstas brindaban un espesor temporal relativamente reducido; además, muchas de las fuentes documentales más relevantes no estaban publicadas y era difícil

⁶⁸ Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha*, pp. 16–17. Puntos sucesivos del original.

⁶⁹ *Peregrinación de Alpha*, p. 95.

acceder a ellas. A la par, el saber transnacional sobre las antigüedades se iba desplazando hacia la arqueología, la antropología, la etnografía y la filología.

Se hacía necesario, entonces, fundar la historia antigua en estos saberes, Ezequiel Uricoechea, médico, naturalista, filólogo, orientalista y miembro de numerosas sociedades científicas nacionales y extranjeras, fue uno de los letrados que más impulsó un nuevo tipo de investigación en este campo. Su camino en el estudio de las sociedades pretéritas lo empezó con la publicación de las *Memorias sobre las antigüedades neo-granadinas*. En esta obra, se apoyó en diferentes saberes y fuentes, y resaltó la importancia de la interpretación de las antigüedades, que a su juicio eran necesarias para la escritura de “[...] una historia verdadera é indestructible, guia fija i seguro consejero en nuestras investigaciones”⁷⁰.

Uricoechea hizo visible la necesidad de construir catálogos sobre las antigüedades, ilustrarlas y reproducirlas. Buena parte de su obra se dedicó a la descripción de éstas, a dilucidar cómo fueron fabricadas y a determinar sus usos. Además del interés por las evidencias materiales, también se expresaba allí el deseo de acceder a los orígenes de las naciones indígenas a través de los rastros que se podían encontrar en sus lenguas. La lengua era considerada una expresión privilegiada del espíritu de las naciones y esto hizo de la filología comparada un saber imprescindible durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX⁷¹.

Varios letrados colombianos afirmaron o sugirieron que los grupos indígenas que habitaron el territorio neogranadino descendían de los pobladores de la actual

⁷⁰ Uricoechea, Ezequiel, *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas*, Berlín, Librería de F. Schneider i Cia. 1854.

⁷¹ Langebaek, *Herederos del pasado*, tomo 1.

China y Japón. Uricoechea⁷² fue uno de ellos, al apoyar, aunque tímidamente, los planteamientos de Charles de Paravey, quien argumentó dicha relación en las semejanzas fonéticas que creyó encontrar entre la lengua chibcha y la japonesa. La preocupación por los orígenes también fue reforzada por la antropología, tan en boga en Europa y Estados Unidos en ese momento, la cual se sustentaba en conocimientos anatómicos y fisiológicos que generalmente se expresaban en términos raciales⁷³.

Si bien Uricoechea no se detuvo en análisis antropológicos, si por tales se entiende antropométricos, en su obra de 1854⁷⁴, sí anexó una lámina de dos cráneos de la provincia de Vélez, los cuales tenían el hueso frontal deprimido, lo cual atribuyó en un primer momento al uso de tablillas, aunque agregó inmediatamente que también podían ser características de la raza, aunque para afirmar esto faltaba encontrar datos fehacientes, como restos óseos de fetos no-natos que presentaran esta misma depresión, los cuales ya habían sido encontrados en Perú por el americanista Johann Jakob von Tschudi.

La utilización de la antropología y de la arqueología, que empieza ya a ser denominada así, es importante porque permite retroceder cronológicamente mucho más de lo que permiten las crónicas. Además, plantea un nuevo tipo de mediación, ya que estos saberes no se relacionan con otra escritura –la de las crónicas–, sino con las huellas del tiempo sobre la materia, más específicamente sobre los restos óseos o los objetos. La interpretación de las evidencias materiales prehispánicas requería el reconocimiento implícito o explícito de que las

⁷² Años más tarde este autor publicaría un estudio de filología comparativa. Cf. *Gramática, vocabulario, catecismo i confesionario de la lengua chibcha, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados i corregidos*, París, Maisonneuve y Cia., 1871.

⁷³ Cf. Gould, Stephen Jay, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 2003.

⁷⁴ En 1875, presentó una ponencia, redactada por el ilustre antropólogo francés Paul Broca, en el Primer Congreso de Americanistas. La confianza depositada por Broca en el erudito colombiano se debió seguramente a que éste le había facilitado una de las dos series de cráneos con que el francés realizó su estudio. Cf. Botero, Clara Isabel, “Ezequiel Uricoechea en Europa: del naturalismo a la filología”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 19, No. 59, 2002, pp. 3–27.

sociedades que se ubicaban en el cuadrilátero etnológico o pre-histórico no podían ser estudiadas exclusivamente a través de una escritura que no poseían.

Se necesitaba, entonces, la transformación, como ya se mencionó, del estatus de estas evidencias, su conversión en símbolos materiales, como lo planteó Agustín Codazzi⁷⁵, director de la Comisión Corográfica, la cual tuvo como uno de sus objetivos explícitos el registro escrito y pictórico de los monumentos antiguos. No en vano Manuel Ancizar⁷⁶ exploró El Infiernito, excavó una sepultura indígena con el objeto de realizar estudios frenológicos y describió dos piedras pintadas por los que, en su opinión, representaban el desagüe del lago de Fúquene⁷⁷.

Agustín Codazzi, por su parte, realizó una importante descripción de la estatuaria de San Agustín, la cual definió como rápida y superficial, dadas sus múltiples ocupaciones, pero suficiente en su opinión para despertar la curiosidad de los anticuarios, lo que sería de gran ganancia para la arqueología y la historia antigua del país, en tanto que, de este solo valle se podrían desenterrar infinitas preciosidades. Él atribuyó esos monumentos a los andaquíes, a quienes consideró una naciente civilización, muerta en su cuna por la conquista española. Ellos hicieron a sus dioses en piedra y les dieron por templo un valle entero.

En torno de ese valle sagrado se agrupaba la porción menos bárbara de los andaquíes, iba cambiando la vida errante por las hábitos de los pueblos sedentarios, y comenzaba a formar un núcleo de nación propiamente dicha, ligada con el vínculo de una religión pública, cuando fueron barridos de la faz de sus tierras y arrojados allende la cordillera Oriental a los interminables bosques de la hoya del Amazonas, donde lo solitario, agreste y salvaje del país los hizo retroceder hasta la barbarie más completa, y aun hasta el canibalismo que hoy los distingue. En aquellas regiones el hombre es dominado por la gigantesca,

⁷⁵ Codazzi, Agustín, "Antigüedades indígenas".

⁷⁶ Ancizar, Manuel, *Peregrinación de Alpha*.

⁷⁷ Para un estudio de la frenología en nuestro medio, véase: Gutiérrez Flórez, Felipe, *Un cuerpo para el alma. Frenología, fisiognomía, craneometría, en el siglo XIX en Colombia*, Tesis para optar al título de historiador, Medellín, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 1998.

abrumadora creación irracional; el europeo mismo, reducido a sus fuerzas individuales, se volvería bárbaro a la par de los indios⁷⁸.

De nuevo nos encontramos ante la idea de la degeneración de las costumbres, verdadero paso hacia atrás en el camino de la civilización. A esta preocupación se sumaría otra: el origen de San Agustín y la identificación de sus verdaderos creadores. Todos estos asuntos harán parte integral de las discusiones que darán su tono específico al segundo momento de la escritura de la historia antigua.

1.2.2. Una nueva hegemonía sobre el pasado

Con el transcurrir del siglo, el estudio científico de las antigüedades sigue siendo una tarea tan exótica como los mismos objetos estudiados, aunque las redes comerciales en torno a éstos se afianzan, como lo demuestra la exhibición y la comercialización de antigüedades en exposiciones internacionales y museos⁷⁹. El período conocido en la historiografía como la Hegemonía Conservadora trajo consigo una transformación importante en la escritura de la historia antigua: si bien ésta no estuvo vinculada directamente a una afiliación partidista, en este caso al liberalismo, es cierto que el interés por ésta estuvo frecuentemente motivado por el deseo de relativizar el legado hispánico, relativización que fue duramente combatida por los intelectuales orgánicos de la Regeneración, que buscaron vincular la narrativa nacional a la acción de los peninsulares en el territorio que luego sería Colombia.

Estos esfuerzos se expresaron, por ejemplo, en la edición de crónicas antes inéditas, lo cual, por supuesto, favoreció el estudio del pasado más distante, pero desde una perspectiva bastante diferente a la de mediados del siglo. Los anticuarios y los coleccionistas afines al gobierno ajustaron cuentas con los

⁷⁸ Codazzi, Agustín, "Antigüedades indígenas", p. 269.

⁷⁹ Botero, Clara Isabel, *El redescubrimiento del pasado*. Gamboa Hinestroza, Pablo, *El tesoro de los quimbayas*. Martínez, Frederic, "¿Cómo representar a Colombia?".

planteamientos que habían realizado letrados como José María Samper, Manuel Ancizar, José Antonio de Plaza, Felipe Pérez, Ezequiel Uricoechea e incluso criticaron a una figura canónica y moderada como Joaquín Acosta. Al respecto fue sintomática la declaración de principios del anticuario Vicente Restrepo, quien en el prólogo de uno de sus libros citó al Marqués de Nadaillac para afirmar que muy poco se sabía de los chibchas, a lo que se sumaba que “en lo poco que se sabe, hay muchos errores que se tienen hoy por hechos ciertos. Intento escribir la verdadera historia de la civilización chibcha, desembarazándola de las ficciones con que la han desfigurado los modernos escritores, que han hecho de ella una novela”⁸⁰.

Restrepo fue uno de los mayores coleccionistas y comerciantes de antigüedades de su tiempo y también uno de los principales adalides de la reescritura de la historia antigua desde una perspectiva hispanista⁸¹ ya que, además de negar el valor de muchas de las investigaciones precedentes, afirmó que los chibchas no eran en absoluto un antecedente de la república, tal y como lo dejaba claro desde el primer párrafo del primer capítulo de *Los chibchas antes de la conquista española*:

Los dominios del pueblo chibcha, el más numeroso y civilizado de los que ocupaban el Nuevo Reino de Granada, cubrían apenas la duodécima parte de su extensión poblada y la quincuagésima de su total superficie. Del resto del país eran dueños gran número de naciones y de tribus independientes unas de otras,

⁸⁰ Restrepo, Vicente, *Los chibchas antes de la conquista española*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1895, p. III.

⁸¹ Él escribió en un contexto marcado por el fortalecimiento del hispanismo que tuvo como uno de sus puntos máximos la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América en 1892. Cf. Granados, Aimer, “Hispanismos, nación y proyectos culturales Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada”, en *Memoria y Sociedad*, vol. 9, No. 19, 2005, pp. 5-18. Jaramillo Uribe, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Universidad de los Andes, Banco de la República, Colciencias y Alfaomega, 2001. Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República e IFEA, 2001. Sierra Mejía, Rubén (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

generalmente enemigas y con frecuencia en guerra, distintas en su origen, lenguaje, costumbres, prácticas idolátricas y grado de barbarie⁸².

Por supuesto, algunos letrados, como Eugenio Ortega⁸³, defendieron durante la Regeneración la idea de que la historia de Colombia estaba encadenada a la historia de los chibchas, la cual era necesario conocer para comprender muchos de los acontecimientos que aún se producían en el país, pero esta afirmación era tímida en comparación con las que hicieron liberales radicales como Felipe Pérez⁸⁴, quien al realizar un listado de gobernantes del territorio, que en ese momento se denominaba Estados Unidos de Colombia, incluyó a cuatro zipas muiscas.

En su ajuste de cuentas, Restrepo criticó duramente al clérigo José Domingo Duquesne y a quienes habían aprobado sus planteamientos sobre la existencia de escritura y de calendario entre los chibchas. A su juicio⁸⁵, Duquesne fue un importante erudito pero no tuvo acceso a importantísimas fuentes inéditas en su época, a lo que se sumaba que se dejó arrastrar por sus fantasías, al punto que fundó el *método inventivo*, que primaba dentro de la historia antigua colombiana y que consistía en resolver con la imaginación las dificultades interpretativas y los vacíos en las fuentes. Esto hacía que en cada libro se repitieran los viejos errores, al tiempo que se agregaban otros más. En su opinión, numerosos eruditos habían escrito sobre la avanzada civilización chibcha, la imparcialidad de sus leyes, la sabiduría de sus sacerdotes, sus conocimientos de astronomía, de arquitectura, de la escritura, del calendario, cuando ni siquiera eran capaces de describir con certeza cómo andaban vestidos los autores de tales proezas.

⁸² *Los chibchas antes de la conquista española*, p. 1.

⁸³ Ortega, Eugenio, *Historia general de los chibchas*, Bogotá, Samper Matiz, 1891.

⁸⁴ *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*.

⁸⁵ Restrepo, Vicente, *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892.

Como si fuera poco, señaló que no se debía reprochar la pérdida de las antigüedades y atacó a letrados como Joaquín Acosta y Ezequiel Uricoechea, quienes habían criticado la codicia española y la destrucción de estos objetos. Para él, esta situación era una práctica habitual, que se había repetido a la largo de la historia en todos aquellos lugares en los que la incontestable superioridad del cristianismo se había impuesto al paganismo. Los misioneros cristianos habían actuado con el celo adecuado al destruir los grotescos ídolos de madera, sin que el arte perdiera nada con ello, y los conquistadores, que habían fundido la orfebrería indígena, actuaban de forma similar a como lo harían los guaqueros siglos más tarde, lo que no tenía nada de censurable⁸⁶. Pablo Gamboa Hinestroza⁸⁷ ha destacado el afán de lucro que motivaba el interés por las antigüedades de Restrepo, quien no dudó en vender su colección en el exterior aprovechando las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América.

La estrategia retórica básica consistía en hacer justa y necesaria la conquista y el dominio ibérico como forma de civilizar la población y el territorio de lo que sería el Nuevo Reino de Granada. Si bien letrados como Uricoechea, Ancízar, Codazzi, de Plaza no se habían atrevido a cuestionar que la conquista había abierto el camino de la civilización, sí habían negado parcial o abiertamente la forma en que los peninsulares habían sometido a los indígenas. Restrepo y algunos de sus contemporáneos intentaron fijar la historia patria como una historia unificada que narra el tránsito del salvajismo a la civilización y que tenía como punto de quiebre el descubrimiento y la conquista.

Para esto, fue necesaria la barbarización de los “chibchas”. Si en los relatos anteriores éstos eran atacados por sus bárbaros vecinos e incluso por la barbarie de los peninsulares civilizados, ahora eran los chibchas quienes se oponían a la

⁸⁶ Restrepo, Vicente, *Los chibchas antes de la conquista*.

⁸⁷ *El tesoro de los quimbayas*, p. 164 y ss.

civilización que se les imponía. Se trataba, entonces, de la construcción de una narración marcadamente eurocéntrica, si por eurocentrismo entendemos, como lo ha planteado Aníbal Quijano: 1) La comprensión del devenir temporal a partir de la oposición y la articulación de una serie de dualismos –no europeo/europeo, salvaje/civilizado, indígena/blanco– dentro de una historia teleológica y unilineal; 2) la naturalización de la diferencia a través de su adjudicación a diferencias étnico/raciales, y 3) la reubicación temporal de los grupos subalternos, de forma tal que lo primitivo sea representado como propio del pasado aunque habite el presente, es decir la alocronía⁸⁸.

La narrativa sobre los chibchas, entonces, ya no resaltaba sus virtudes ni excusaba, aunque fuera parcialmente, sus vicios, sino que, por el contrario, enfatizaba sus supuestas abyecciones, que incluían su afición a la chicha y su embriaguez consuetudinaria, la crueldad con la que trataban a los miserables, a los niños, a los ancianos y a las mujeres, la poligamia, la idolatría, el culto al demonio, la superstición, la adivinación, los sacrificios humanos, su cobardía en la guerra, la ausencia de un poder político centralizado, la falta de proporción, perspectiva y suavidad en su orfebrería, y la grosería de su lengua que no contaba con palabras para expresar ideas abstractas⁸⁹.

Si la historia de los “chibchas” podía ser resumida, en buena medida, en una condena de sus costumbres, las breves menciones que Restrepo dedicó a otros pueblos indígenas tenían como eje conductor la abyección. Este autor se transformó en una especie de Virgilio que conducía a sus lectores por el infierno del salvajismo. En unas cuantas páginas, describió a los desnudos, vengativos e irascibles muzos, a los hechiceros panches que más que hombres eran fieras antropófagas, “que por leves motivos peleaban unas parcialidades con otras, sin

⁸⁸ Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 221–222.

⁸⁹ Restrepo, Vicente, *Los chibchas antes de la conquista*.

reparar en devorarse padres, hijos y hermanos unos a otros”. No se quedaban atrás los tunebos, el grupo más bruto e inmundo de los Llanos, para quienes “Un pedazo de carne podrida y hedionda era bocado regalado para ellos”; nada mejor se podía decir, en su opinión, de los laches, quienes “Tenían el vicio abominable de la sodomía, detestado por las naciones que hemos mencionado. Criaban y vestían al efecto algunos de sus hijos varones como si fueran mujeres, y como tales los casaban”⁹⁰.

Restrepo criticó duramente a quienes planteaban que el canibalismo era una práctica exclusiva de los caribes, salvo dos o tres excepciones –los chibchas y los taironas–, que en casos excepcionales seguramente hacían como los demás, todos los grupos indígenas consumían con gusto y por vicio carne humana⁹¹. Esta práctica estaba inspirada directamente por el demonio, al igual que las tremendas borracheras que se presentaban en las fiestas.

Los indígenas fueron transformados, entonces, en seres abyectos, sujetos caídos y radicalmente excluidos, que surgían con toda su extrañeza para hostigar la civilización y marcar los límites de la humanidad con una ausencia de sentido que era imposible dejar de sentir y que provocaba asco y repulsión⁹². De esta forma, las particularidades de las sociedades indígenas prehispánicas no eran más que la negación de las características idealizadas de una sociedad católica e hispanohablante, dentro de una lógica logocéntrica que buscaba controlar cualquier similitud o contaminación entre cada uno de los términos que se oponían: pasado–presente/futuro, salvajes–civilizados, idólatras–cristianos, ebrios–sobrios, desnudos–vestidos, polígamos–monógamos, sodomitas–no

⁹⁰ *Los chibchas antes de la conquista*, p. 7 y ss.

⁹¹ Referencias al canibalismo como práctica característica y, por supuesto, condenable de los indígenas se encuentran en muchas otras obras, cf. Posada Arango, Andrés, *Ensayo etnográfico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia*, París, Imprenta de Rouge, 1871. Restrepo Euse, Álvaro, *Historia de Antioquia (departamento de Colombia) desde la conquista hasta el año 1900*, Medellín, Imprenta Oficial, 1903. Uribe Ángel, Manuel, *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, tomo 2 [1885], Medellín, ITM, 2004.

⁹² Kristeva, Julia, *Poderes de la perversión*, México, Siglo XXI Editores, 2004.

sodomitas... De esta forma, los letrados decimonónicos vinculados al proyecto regenerador construyeron una verdadera mitología científica, en la cual combinaron su deseo de clausurar el sentido y encontrar una única respuesta, verdadera y estable con la retórica científica disponible en su tiempo, dando lugar a lo que Bourdieu ha denominado el *Efecto Montesquieu*⁹³.

La degradación de los indígenas antiguos fue tal, que las antigüedades despedían de nuevo un penetrante olor a azufre como lo expresó Ernesto Restrepo Tirado, hijo de Vicente Restrepo y el estudioso más importante de la historia antigua durante las dos primeras décadas del siglo XX. Para él:

Yá esos infelices recibieron su castigo con el exterminio. El Cristianismo ha borrado hasta las huellas de tánta sangre derramada, y la cruz del Redentor, símbolo de caridad y de amor, ha reemplazado esos ídolos grotescos, verdadera encarnación de Satanás, siempre respirando odio, ávidos siempre de carne humana⁹⁴.

El etnocidio se transformó aquí en justicia divina y en ley de la naturaleza. Los letrados afines a la Regeneración contradijeron a sus contrapartes liberales y borraron casi por completo de su escritura cualquier asociación entre barbarie y conquista. Esto implicaba hacer desaparecer de algún modo las evidencias sobre la catástrofe demográfica de los aborígenes o modificar sus causas. Eso fue justamente lo que hicieron historiadores como Soledad Acosta de Samper, quien fue *la letrada* más importante del siglo XIX y que sumaba, a sus grandes dotes intelectuales los privilegios sociales producto de ser hija de Joaquín Acosta y esposa del antiguo liberal radical José María de Samper. Esta erudita recurrió a la

⁹³ Éste es “el efecto absolutamente especial de imposición simbólica que se produce superponiendo la apariencia de cientificidad a las proyecciones del fantasma social o a las preconstrucciones del prejuicio mediante la transposición de los métodos u operaciones de una ciencia más conseguida o simplemente más prestigiosa”. Cf. Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2001, p. 160.

⁹⁴ Restrepo Tirado, Ernesto, *Estudios sobre los aborígenes de Colombia*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892, p. 129.

idea de la decadencia o la degeneración que, a finales del siglo XIX, cobró aún más importancia que la que tuvo a mediados de ese mismo siglo:

Quando llegaron los Europeos á América no encontraron pueblos jóvenes en vía de formación, como generalmente se piensa, sino razas agotadas, debilitadas, concluidas, que bajaban de la cultura á la barbarie. Los antepasados de esos salvajes, muchos siglos antes del Descubrimiento de Colón, fueron los constructores de aquellos edificios extraordinarios, aquellas ciudades monumentales, cuyos restos asombran hoy día (sic) viajero y al sabio⁹⁵.

Desde esta perspectiva, agregaba, los pueblos más salvajes eran también los más antiguos y empezaban ya a extinguirse, por lo que su desaparición no debía ser atribuida a la crueldad española, “sino [a que] la raza estaba próxima á concluir”⁹⁶. Esta afirmación se comprobaba, a su juicio, al atender a la situación de los pueblos más civilizados como los mexicanos, los peruanos y los chibchas que aún eran numerosos, pero que tendían a desaparecer con el mestizaje, “de manera que, al cabo de tres ó cuatro generaciones, prevalece la sangre más vigorosa, la del blanco, y se elimina por completo la del aborigene americano”⁹⁷.

Este argumento fue compartido por Ernesto Restrepo Tirado⁹⁸, para quien la principal causa de la catástrofe demográfica de la conquista fue la insaciable antropofagia de la raza cobriza. Afirmaciones de ese talante no impedían que este mismo letrado criticara a los prelados que resaltaron durante la conquista la mala índole de los indígenas como pretexto para esclavizarlos⁹⁹. Vicente Restrepo, padre de Ernesto y quien era generalmente reacio a otorgarle alguna grandeza a los “chibchas”, se opuso a su decadencia, puesto que el pueblo chibcha estaba en su apogeo en el momento de la conquista, como lo mostraba su marcha hacia la

⁹⁵ *Memorias presentadas en congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, en 1892*, Chartres, Imprenta de Durand, 1893, p. 6.

⁹⁶ *Memorias presentadas en congresos internacionales*, p. 7.

⁹⁷ *Memorias presentadas en congresos internacionales*, p. 8.

⁹⁸ *Estudios sobre los aborígenes*, p. 130.

⁹⁹ *Descubrimiento y conquista de Colombia*, tomo 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917, p. 125.

centralización del gobierno, el aumento de la cantidad de oro intercambiado con las tribus vecinas y la sustitución de la madera por la piedra en sus construcciones¹⁰⁰.

Liborio Zerda¹⁰¹ compartió estos planteamientos y afirmó que este pueblo indígena no estaba en decadencia, tal y como lo demostraba su organización política y religiosa, la práctica de la agricultura, de las artes y del cómputo del tiempo. Pero fue Carlos Cuervo Márquez¹⁰² quien le propinó un giro a la discusión, al plantear la existencia de dos castas dentro de los chibchas, una de conquistadores y otra de conquistados, la primera se componía de la clase dirigente y fue exterminada por los ibéricos, por lo cual no quedó sino la raza conquistada, caracterizada por su obediencia atávica y, por esto, productora de los mejores soldados del país. El pueblo llano colombiano lo había sido, entonces, desde tiempos inmemoriales, el orden social no hacía más que expresar el orden natural de la supremacía racial, que ya se había manifestado durante la hegemonía chibcha y no podía dejar de revelarse en la república. No debemos olvidar que, tanto entre los extranjeros como entre los nacionales, las fronteras sociales se superponían frecuentemente con las divisiones étnico/raciales:

En el punto más bajo de la escala se halla *la gente del pueblo*, utilizada la palabra *pueblo* por los bogotanos en el sentido de plebe, o sea los indios “civilizados”. Ellos son los que con el trabajo de sus manos cultivan la tierra; ellos son los mediadores del tráfico económico, pero también las bestias de carga de las clases superiores; ellos son quienes han de apechar con los desempeños más bajos. Las mujeres tienen igual parte en sus esfuerzos, y hasta en algunos lugares trabajan más duramente que los hombres. Estos, en cambio, sirven de carne de cañón en las guerras civiles. Es una masa obtusa y amodorrada, no falta de dotes naturales, pero que, mantenida por los españoles bajo total opresión, ha dormitado durante siglos enteros, y que, a causa de los modernos exploradores, de los latifundistas y

¹⁰⁰ Restrepo, Vicente, *Los Chibchas antes de la conquista*, p. 208.

¹⁰¹ Zerda, Liborio [1882-1884], *El Dorado*, tomo 2, Bogotá, Banco Popular, 1972.

¹⁰² *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 2, Madrid, Editorial América, Madrid, 1920.

los políticos, no ha llegado todavía, en modo alguno, al disfrute de un destino mejor¹⁰³.

La descripción de la gloria pasada hacía más visible aún la decadencia del presente. En definitiva, se trazaba una discontinuidad y se aislaba a los chibchas muertos y a sus logros, que podían servir, aunque fuera parcialmente, de fundamento a la nación, de los indígenas contemporáneos con sus miserias y vicios¹⁰⁴. La civilización chibcha había muerto, como afirmaba Triana¹⁰⁵, aunque los chibchas no... O no todavía.

El destino de los pueblos o las razas, término utilizado frecuentemente, fue inscrito dentro de marcos históricos globalizantes; no era posible simplemente describir, había también que proporcionar una explicación general sobre el devenir de los grupos humanos. El evolucionismo, tan en boga a finales del siglo XIX en el mundo, tuvo una repercusión limitada en nuestro país y su consolidación se dificultó por las disputas políticas, como lo ilustra la polémica entre Jorge Isaacs y Miguel Antonio Caro¹⁰⁶.

Liborio Zerda fue el historiador preocupado por las antigüedades, que más hizo por explicar el devenir temporal mediante la apropiación de algunos planteamientos cercanos al evolucionismo, como la periodización a través de la

¹⁰³ Röhrlisberger, Ernst, *El Dorado* [1897], Bogotá, Colcultura, 1993, pp. 133–134.

¹⁰⁴ Una situación similar ha sido descrita y analizada para los casos guatemalteco, mexicano y peruano y la interpretación del pasado maya, azteca e inca. Cf. Earle, Rebecca, “Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX”, en Andermann, Jens y Beatriz González Stephan (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2006, pp. 27–64. Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880–1930*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 1998. Thurner, Mark, “Peruvian Genealogies of History and Nation”, en Guerrero, Andrés y Mark Thurner (eds), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003, pp. 141–175.

¹⁰⁵ Triana, Miguel, *La civilización chibcha*, Bogotá, Editorial Salesiana, 1922.

¹⁰⁶ Cf. Caro, Miguel Antonio, “El darwinismo y las misiones”[1887], en Isaacs, Jorge, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951, pp. 293–354. Isaacs, Jorge, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* [1884], Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951. Restrepo, Olga, “El darwinismo en Colombia: visiones de la naturaleza y la sociedad”, en *Acta Biológica Colombiana*, vol. 14, 2009, pp. 23-40.

teoría de las tres edades: piedra, bronce y hierro, en la que los chibchas compartirían su ubicación en el período intermedio con los incas y los aztecas, o su clasificación como idólatras, creencia religiosa considerada superior que el ateísmo, el fetichismo, el totemismo y el chamanismo, y a la cual sólo se accedía luego de haber dejado atrás el salvajismo, según la propuesta de Sir John Lubbock, que Zerda¹⁰⁷ retomaba.

Sin embargo, en nuestro medio, primaron las explicaciones catastrofistas, difusionistas o sus mezclas. Cristóbal Gnecco¹⁰⁸ ha planteado que el difusionismo y el catastrofismo fueron teorías privilegiadas para acercarse a los indígenas prehispánicos por parte de los interesados en la historia antigua. El difusionismo se sustentó en el método comparativo, ya fuera filológico, antropométrico o en la interpretación de las antigüedades, para argumentar las conexiones de los indígenas que habitaron el territorio colombiano con otros pueblos nativos amerindios o asiáticos. El catastrofismo planteaba la desaparición total o parcial de grupos étnicos por el efecto de invasiones migraciones o desastres naturales. A través de esta teoría se negó la continuidad histórica de los indígenas contemporáneos y “salvajes” con sus antepasados parcialmente civilizados.

De acuerdo con Liborio Zerda¹⁰⁹, los diferentes dialectos de la nación chibcha, las variantes de sus mitos y la existencia, corroborada por el eminente antropólogo francés Paul Broca, de dos series de cráneos, unos braquicéfalos y otros mesaticéfalos con tendencia a la dolicocefalia¹¹⁰, demostraban que esta nación era producto de una fusión de razas y que fue antecedita por una raza diferente y superior, como lo atestiguan los caminos empedrados que unían a Cundinamarca

¹⁰⁷ Zerda, Liborio, *El Dorado*, tomo 2.

¹⁰⁸ Gnecco, Cristóbal, *Multivocalidad histórica: hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.

¹⁰⁹ *El Dorado*, tomo 2. pp. 178 y ss.

¹¹⁰ Se clasifica como braquicéfalos a las personas o a las poblaciones con cráneos casi redondos, mientras la dolicocefalia hace referencia al carácter ovalado del cráneo. Los cráneos mesaticéfalos serían una forma intermedia.

con los llanos orientales. Este planteamiento debe ser distinguido del dado por Carlos Cuervo Márquez y mencionado atrás, ya que para Zerda la aniquilación de la raza superior o dirigente no había sido provocada por los peninsulares sino que había sido un proceso previo y dado por el mestizaje más que por el etnocidio¹¹¹.

Para este autor, las guerras y las extinciones eran fenómenos propios del mundo prehispánico, tanto así que esa fue la tercera conclusión de su obra, lo cual muestra la validez explicativa que se le daba, fuerza que residía, en parte, en la mezcla entre el difusionismo, con su énfasis en las migraciones, y el catastrofismo, que acentuaba a su vez las extinciones.

Las guerras sangrientas en la disputa del suelo conquistado, entre las emigraciones que se sucedieron en el transcurso de los tiempos, con las (sic) y radicadas, aniquilaron los centros de civilización, quedando tan sólo vestigios de su origen, restos de su antiguo esplendor, en pueblos gobernados aún por un régimen político regular, tales como los mexicanos, los yucatecos, los chibchas y los peruanos; y hordas errantes entregadas a la vida nómada y salvaje¹¹².

La estatuaria agustiniana sirvió de ilustración y de prueba sobre la desaparición precolombina de importantes y avanzadas civilizaciones. Para Cuervo Márquez¹¹³, estas estatuas no fueron, como lo afirmó Codazzi, obra de los andaquíes, quienes habitaron las tierras en donde aquéllas estaban situadas a la llegada de los conquistadores, pues este grupo indígena no poseía las herramientas de metal necesarias para construirlas y andaban desnudos, mientras que las estatuas representaban figuras humanas vestidas. Los monumentos eran, entonces, restos de una civilización extinta en una época mucho más remota.

¹¹¹ Ernesto Restrepo Tirado describió una experiencia similar en los quimbayas quienes habrían subyugado a una raza más pacífica y agrícola, para luego ser prácticamente sometidos por los pijaos. Cf. *Los quimbayas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1912.

¹¹² Zerda, Liborio, *El Dorado*, tomo 2, pp. 204–205.

¹¹³ *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 1, Madrid, Editorial América, Madrid, 1893-1920.

De acuerdo con este letrado, las estatuas presentaban afinidades estilísticas con las de quichúas, mayas y mexicanos, incluso con las de fenicios y cartaginenses, lo que explicaría la presencia de hombres blancos precolombinos. La civilización agustiniana se extendió por la cordillera central hasta llegar a Antioquia, en donde se encontraban tumbas prehispánicas de un pueblo más avanzado que el encontrado por los conquistadores a su llegada; este pueblo fue destruido por los caribes. Agregaba que: “Quizás el adelanto relativo de los zenúes y de los quimbayas no sería sino el lejano reflejo de esta antigua civilización, extinguida por completo en nuestro territorio desde hace muchos siglos, junto con el pueblo misterioso que la desarrolló”¹¹⁴. A las afinidades estilísticas en la estatuaria, se sumaba las semejanzas fonéticas que, al igual que a mediados de siglo, servían para encontrar vínculos con el lejano oriente.

La discusión sobre las migraciones, a través de las cuales se pobló el territorio que hoy pertenece a Colombia antes de la conquista y la influencia del entorno en los grupos humanos, fue central desde finales del siglo XIX. Miguel Triana replicaba así a quienes consideraban fútil el interés por las antigüedades: “[ustedes] no se han puesto a pensar que los indígenas de esta altiplanicie, pasados, presentes y futuros, son el fruto indefectible de la tierra y que hacia su forma física, intelectual y moral van en lucha más o menos dolorosa de adaptación y modificándose por el mestizaje los elementos de raza blanca que les disputan el campo”¹¹⁵.

Como se mencionó anteriormente, Liborio Zerda¹¹⁶ planteó que los grupos indígenas, que habitaron el territorio nacional en el momento de la conquista, tenían diversas procedencias como lo demostraban las observaciones de Francisco José de Caldas, Alexander von Humboldt y las investigaciones antropométricas de Paul Broca. A la diversidad cultural y racial atribuida por la multiplicidad de orígenes, se sumaba la variedad que introducía la interacción con

¹¹⁴ *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 1, p. 247.

¹¹⁵ *La civilización chibcha*, p. V.

¹¹⁶ *El Dorado*, tomo 2.

los diferentes entornos. Para Zerda, al igual que para la mayoría de sus contemporáneos, las tierras altas eran menos ricas en producciones naturales, pero más sanas y más adecuadas para el dominio de la vida sedentaria, requisito indispensable de la civilización.

Los conquistadores españoles encontraron en América ecuatorial tribus salvajes tanto más guerreras y altivas cuanto más ardientes y selváticos eran los valles profundos de su nómada residencia, como si el excesivo calor de la zona tórrida, y la lucha constante con las fieras indomables en medio de la exuberante vegetación de las selvas seculares y de todos los elementos bravíos, comunicase mayor excitación y actividad a su organización, mayor ardimiento a sus pasiones, más decidida inclinación a su independencia y libertad salvaje. Pero es natural que fuera así, porque allí la vida es un combate constante entre los diferentes individuos de las especies animales; allí la lucha por la vida es estimulada por el instinto de la conservación y por el derecho de la fuerza natural; es la tendencia al equilibrio entre la exuberancia de la producción orgánica y la ley de sustitución y de renovaciones rápidas, entre la actividad de la fuerza vital y la pronta destrucción y transformación. [...] Para muchas tribus este término fue el aislamiento o la vida errante sin hogar ni domicilio; y para otras, la huída a las altas regiones en busca de tregua y de descanso, es decir, fue la inmigración a las altiplanicies andinas, en donde un clima frío o menos ardiente, de aire más suave o más puro, fuese más propicio para su cuerpo extenuado por una atmósfera abrasadora, quebrantado por los reptiles e insectos venenosos, y debilitado por las emanaciones pestilentes de los esteros y pantanos de las márgenes de los caudalosos ríos en los valles ardientes¹¹⁷.

Las explicaciones sobre la suerte de los indígenas antes de la conquista implicaba, pues, la presencia de grupos humanos que se movían en diferentes escalas: intercontinental, continental y regional y la postulación de catástrofes de diverso tipo, que en muchos casos remitían a enfrentamientos entre los pueblos indígenas. Los historiadores colombianos recurrieron frecuentemente a las invasiones caribes y al conflicto secular entre los pueblos de las tierras bajas y los de las tierras altas para explicar cómo unas razas reemplazaban a otras.

¹¹⁷ *El Dorado*, tomo 1 [1882-1884], Bogotá, Banco Popular, 1972, p. 153.

Carlos Cuervo Márquez¹¹⁸ fue, posiblemente, quien más ampliamente desarrolló la oposición de las tierras altas y las tierras bajas como una expresión particular de la lucha entre la civilización y la barbarie en tiempos precolombinos. Según este autor, Suramérica había sido poblada por tres grandes grupos: los pampeanos o paras, los caribes y los andinos, los dos últimos derivados del primero. Los pampeanos se extendían desde el sur del continente hasta las Antillas, eran supremamente rudimentarios y algunos sobrevivían en ese mismo estado a comienzos del siglo XX. En los Andes e impulsados por la influencia de civilizaciones extranjeras, posiblemente chinas o japonesas, dieron origen a los andinos; en el Orinoco, se transformaron en caribes y, en las selvas, se conservaron puros.

Los indígenas andinos se dividieron en los chibchas y los guanes de la cordillera oriental; los quimbayas, los catíos y los zinúes de la cordillera central; todos ellos formaban un *continuum* que fue destrozado por las invasiones caribes provenientes del oriente y del norte; andinos también fueron los pastos que, dado su aislamiento, no tuvieron que enfrentar esta invasión.

Los caribes fueron descritos como un pueblo guerrero y navegante, al cual le gustaba exhibir los cadáveres de sus enemigos y deformarse el cráneo para atemorizar a sus rivales,

[...] en todas partes conservaban sus rasgos característicos, y cuando sobrevino la conquista amenazaban destruir los núcleos que en Colombia quedaban de lo que podemos llamar la raza andina, raza más culta, de costumbres más suaves, pero que no podían resistir el vigoroso embate de esas tribus enérgicas y feroces,

¹¹⁸ *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 2. Un argumento similar fue sostenido por el importante geógrafo conservador Francisco Vergara y Velasco, para quien en el siglo XV hubo una gran invasión caribe que puso en aprietos a pueblos más civilizados que habitaban las tierras altas. Cf. Vergara y Velasco, Francisco, *Nueva Geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales* [1892], Bogotá, Imprenta de Vapor, 1901.

cuyas emigraciones continuas se sucedían unas a otras como las olas de un mar embravecido¹¹⁹.

Desde esta perspectiva, la lucha entre la civilización y la barbarie estaba siendo ganada por los caribes, quienes, sin la llegada de los ibéricos, se hubieran adueñado de la mitad septentrional de Suramérica. “Las consecuencias de la conquista de la altiplanicie de Bogotá por la raza caribe, si hubiera habido para ello tiempo, habrían sido, fácil es preverlo, de la mayor trascendencia para el desarrollo del país y para la suerte futura de la república”¹²⁰. Según Cuervo Márquez, la situación era tal que, si la conquista hubiera tardado un siglo más, no se habría encontrado más que vagas tradiciones relativas a los reinos de Tunja y Bogotá, los más cultos e importantes que poblaron el territorio colombiano¹²¹. Los caribes fueron definidos como invasores, guerreros y antropófagos, síntesis y culmen del salvaje; bajo estas representaciones fue fácil calificarlos como extraños: “a la tierra, que invadían; a los pueblos indígenas que les temían; a la humanidad, que se consumían”¹²².

Los pueblos indígenas fueron representados, entonces, resaltando la variedad de estilos de vida que iban desde grupos que, a juicio de los letrados, poco se diferenciaban de los animales, hasta sociedades civilizadas; su gran diversidad se reflejaba, incluso, en el color de la piel y, por supuesto, en su hábitat:

Los habitantes primitivos de Colombia no constituyeron un todo etnográficamente unitario. Su carácter, sus costumbres y su grado de cultura varían según el origen e historia respectivos, y también según el lugar de afincamiento. Entre los tipos raciales los había rojizos, bronceados, cobrizos, casi negros (estos en las tierras bajas), así como amarillos en las altitudes medias, y otros de tez considerablemente

¹¹⁹ *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 2, p. 29.

¹²⁰ *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 2, p. 97.

¹²¹ Los caribes fueron ampliamente despreciados y calificados como bárbaros por la mayoría de intelectuales interesados en las antigüedades, sólo Miguel Triana, en *La civilización Chibcha*, señaló la posibilidad de que fueran descendientes de una gran civilización, de la que se perdieron irremediablemente sus tradiciones y su lengua.

¹²² Serna Dimas, Adrián, *Ciudadanos de la geografía tropical*, p. 424. Cf. Vergara y Velasco, Francisco, *Nueva Geografía de Colombia*.

blanca (blanquecinos). Sólo en virtud de la conquista se entremezclaron y confundieron algo estos grupos étnicos. Por lo común, los menos civilizados, tribus a veces muy salvajes, viven en los valles de poca altitud, y los más avanzados, en las montañas y mesetas¹²³.

Ideas semejantes fueron expresadas por Soledad Acosta de Samper y anteriormente por José María Samper y Francisco José de Caldas¹²⁴. La asociación de la civilización y la blancura con las zonas altas fue la principal característica de la apropiación en nuestro medio, de la denominada disputa del Nuevo Mundo¹²⁵.

La escritura de la historia antigua fue una tecnología clave que conectó la preocupación por el pasado con la construcción de la nación. La valoración relativa de la civilización andina estuvo acompañada del desprecio por las tierras bajas, espacios representados como marginales tanto en el pasado como en el presente desde el cual escribían los letrados. Las oposiciones entre la civilización y la barbarie, las tierras bajas y las tierras altas, se vincularon con la dicotomía entre el sedentarismo y el nomadismo y fueron un lugar común en la escritura de los relatos nacionales, no en vano el epicentro de la ciudad letrada se encontraba a 2.600 metros sobre el nivel del mar. En el pasado, los *bárbaros*¹²⁶ de las tierras

¹²³ Röthlisberger, Ernst, *El Dorado*, p. 248.

¹²⁴ Cf. Acosta de Samper, Soledad, *Memorias presentadas ante congresos internacionales*. Caldas, Francisco José de, [1808-1810] *de la Nueva Granada: miscelánea de ciencias, literatura, artes é industria*, París, Librería Castellana, 1849. Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones*.

¹²⁵ Cfr. Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750–1990*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 1982. A caballo entre la *episteme* clásica y la *episteme* moderna, esta disputa tuvo un intenso desarrollo en la primera década del siglo XIX en las páginas del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*; allí Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano, Francisco Antonio Ulloa y Diego Martín Tanco discutieron sobre la influencia del clima en el cuerpo, el carácter y la moral de los seres humanos. Cf. Arias Vanegas, Julio, “Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, pp. 16-30. Nieto Olarte, Mauricio, *Orden social y orden natural: ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, CSIC, 2007.

¹²⁶ Michel Foucault planteó que “No hay bárbaro sin una civilización que procure destruir y apropiarse. El bárbaro es siempre el hombre que invade las fronteras de los Estados, quien choca contra las murallas de las ciudades. A diferencia del salvaje, el bárbaro no se asienta en un fondo de naturaleza al que pertenece. Sólo surge contra un fondo de civilización y choca con él. No entra en la historia al fundar una sociedad, sino al penetrar, incendiar y destruir una civilización. Creo, por tanto, que el primer punto, la diferencia entre el bárbaro y el salvaje, es esa relación con una

bajas habían amenazado con destruir la civilización chibcha; en el presente retrasaban el progreso de la nación. Por supuesto, ésta fue una de las principales justificaciones de la desposesión y del genocidio al que fueron sometidas numerosas etnias¹²⁷.

Simultáneamente, la escritura de la historia trazó una discontinuidad temporal y genealógica entre la República Conservadora hispanófila, blanqueada y católica, y las naciones indígenas idólatras, propensas a la embriaguez y, en el mejor de los casos, con una civilización relativa. Los indígenas prehispánicos podían ser contruidos como antecesores en el espacio, mas no como ancestros¹²⁸. En la medida en que la impronta del medio ejercía influencia sobre los grupos humanos, se podían encontrar algunas similitudes entre los pueblos pretéritos y la nación actual, pero no una filiación cultural en sentido estricto, pues los comportamientos, que habían traspasado los siglos y llegado hasta el presente desde el fondo nocturno del pasado indígena, no eran representados como un legado, sino como verdaderas taras¹²⁹, irrupciones etnológicas o prehistóricas en el cuadrilátero histórico, diseminaciones de la nación que hacían colapsar la homogeneidad que la dimensión pedagógica de la narración trazaba.

Edward Said¹³⁰ planteó que el orientalismo decía mucho más sobre los orientalistas que sobre oriente. De forma similar Roberto Lleras¹³¹, al realizar un

civilización y, por lo tanto, con una historia previa. [...] Y por otra parte, el bárbaro no es el vector de intercambios, como el salvaje. El bárbaro es, en esencia, vector de otra cosa muy diferente del intercambio: es vector de dominación". Cf. Foucault, Michel, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975–1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2000, p. 181.

¹²⁷ Gnecco, Cristóbal, "Territorio y alteridad étnica".

¹²⁸ Se ha descrito una situación similar en el contexto argentino: Navarro Floria, Pedro, Leonardo Salgado y Pablo Azar, "La invención de los ancestros: el "patagón antiguo" y la construcción discursiva de un pasado nacional remoto para la Argentina (1870–1915)", en *Revista de Indias*, vol. 64, No. 231, 2004, pp. 405–424. Quijada, Mónica, "Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra", en Quijada, Mónica, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 179–217.

¹²⁹ Triana, Miguel, *La civilización chibcha*, p. VI.

¹³⁰ Said, Edward, *Orientalismo* [1979], Madrid, Debate, 2004.

¹³¹ Lleras, Roberto, "Los muiscas en la literatura histórica y antropológica".

balance de lo que se ha escrito sobre los chibchas planteaba que éstos eran los mejores intérpretes de la historia colombiana, puesto que retrataban vicios, modas, tendencias, servían para glorificar la creación divina, hacer patria, defender superioridades raciales y *estatus quo* o plantear sociedades utópicas. Escribir sobre los chibchas y en general sobre los indígenas era –y es– discutir sobre la nación y no sólo porque hicieran parte de ésta, sino por que ayudaban a que los letrados construyeran un *lugar propio*¹³², desde el cual construir su autoridad a través de lo que excluían, al tiempo que vislumbraban algún avance en el camino de la civilización, al compararse con las sociedades pretéritas. Si la mirada dirigida a otras naciones contemporáneas dejaba a los letrados acongojados y abatidos por el retraso de su patria, explorar en el pasado les mostraba que el país, a pesar de todo, no se encontraba estacionario.

Esta mirada tiene, como se ha planteado, dos momentos diferenciados. En el primero, predomina una representación más benévola de las sociedades indígenas, representación que está vinculada con la crítica o la distancia que se busca establecer con el legado hispánico. En el segundo momento, atravesado por el auge del hispanismo, propiciado por la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América y la reivindicación de la raza neolatina contra el avance estadounidense, los indígenas son menos valorados. No se trata, por supuesto, de dos momentos totalmente contrapuestos entre sí y homogéneos en su interior. El reconocimiento de la civilización chibcha y de la valentía de los otros pueblos amerindios estuvo marcado por la ambivalencia a mediados de siglo; de igual forma, durante la Hegemonía Conservadora no se negó completamente la presencia de ciertos rasgos civilizados en los chibchas, sobre todo si se contraponían a otros pueblos indígenas.

La historia antigua se convirtió, entonces, en un campo de batalla en el cual la ambigüedad predominó y lo que había sido fijado se dispersaba. La repetición con

¹³² Certeadu, Michel de, *La escritura de la historia*, p. 19.

variaciones de las crónicas, la búsqueda de semejanzas fonéticas entre lenguas de pueblos lejanos, la medición de huesos a punto de volverse añicos, la descripción de monumentos cuyos autores eran desconocidos, todas esas actividades, hacían que los letrados interesados en la historia antigua formaran una comunidad de interpretación y de discusión, aunque no un campo o un subcampo científico, en términos de Bourdieu¹³³, dado que el estudio de esta historia era casi por completo heterónimo y estaba dominado por los vaivenes políticos, como se verá en el siguiente capítulo.

¹³³ Bourdieu, Pierre y J. D. Loïc Wacquant, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.

1.3. SEGUNDO CAPÍTULO: POÉTICAS Y POLÍTICAS DE LA ESCRITURA DE LA HISTORIA

El siglo XIX fue el siglo por excelencia de la escritura de la historia. Tanto en Europa como en América, las transformaciones sociales, culturales y políticas relacionadas con la crisis del Antiguo Régimen fueron tratadas dentro de una narración que tuvo a los Estados nacionales como ejes temporales y espaciales. Mauricio Tenorio Trillo¹³⁴ señaló que los discursos históricos en la América hispana de esta época tuvieron tres acentos principales: la postulación de las emancipaciones como origen de las sociedades, la vinculación de la escritura de la historia con el mundo de las letras y la constante preocupación por la barbarie y la civilización.

El primer acento se sustenta en el carácter estratégico de todo relato histórico, que, tal y como se ha planteado ya, busca escindir el pasado del presente, para enunciar que ya no se es más lo que se era. De esta forma, los letrados buscaron crear un lugar propio en el tiempo y en el espacio, a través del cual gestionar sus relaciones con lo que quedaba afuera de éste. En definitiva, intentaron producir y fundamentar su propia posición a través de lo que excluían y para y por eso trazaron fronteras entre la Colonia y la República, los gobiernos civilizadores y los caudillismos bárbaros, las ciudades y los desiertos, los criollos y las castas¹³⁵.

El segundo acento vinculaba la labor de los aficionados a la historia con la actividad de las letras en términos amplios, lo cual cobraba pleno sentido en medio de la ciudad letrada, en la cual el poder y el lenguaje debían permanecer indisolublemente unidos, al tiempo que se hallaban concentrados en un pequeño grupo, estableciendo una relación de continuidad entre la historia, la literatura, la

¹³⁴ *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*, México D. F., Paidós, 1999.

¹³⁵ Dávila, Luis Ricardo, *La América noble y republicana de fronteras intelectuales y nacionales*, Medellín, UPB, 2005.

gramática, la jurisprudencia y el ejercicio de los cargos públicos¹³⁶. El tercero fue producto de la tensión irresuelta e irresoluble entre el deseo de narrar de forma pedagógica el emergente Estado nacional y la dispersión narrativa que provocaba la heterogeneidad y la alteridad de éste o, en otras palabras, en la lucha acérrima por evitar que los elementos que fueron ubicados en el cuadrilátero etnológico se colaran por los intersticios del cuadrilátero histórico¹³⁷.

La historia decimonónica era, pues, un género ambivalente y ambiguo, muy lejos de la trivialidad que se le ha asignado. Esta modalidad de escritura se sustentaba en la discontinuidad, pero al mismo tiempo criticaba la radicalidad o la superficialidad de ésta. En este capítulo, se *escribe* la historia de cómo los letrados, pertenecientes a lo que hoy es Colombia, dispersaron, sin desearlo pero sin poderlo evitar, los relatos patrios que producían en tres dimensiones: 1) el pasado como retorno de la barbarie; 2) el presente marcado por la tensión entre la libertad y el orden, y 3) la utopía de la nación por-venir.

El discurso histórico poseía, entonces, dos funciones principales; la primera era moralizante, puesto que “La historia deriva su importancia para el linaje humano del hecho de tener una misión eminentemente moralizadora i política por sus enseñanzas inmortales”¹³⁸. La segunda era una función mimética dentro de la cual se debía representar la realidad con imparcialidad y objetividad, tal como lo expresaba Restrepo en la advertencia a su *Historia*¹³⁹ o José Manuel Groot, quien escribió:

¹³⁶ Deas, Malcolm, “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”, en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (segunda edición), Bogotá, Taurus, 2006, pp. 27–61.

¹³⁷ Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX* (segunda edición), Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República y Colciencias, 1997.

¹³⁸ Samper, José María, *Apuntamientos*, p. 161.

¹³⁹ *Historia de la revolución de la república de Colombia*, tomo 1, Medellín, Editorial Bedout, 1858-1969. Para mayor información sobre esta obra, consultar: Colmenares, Germán, “La “Historia de la Revolución”, por José Manuel Restrepo”. Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la*

He preferido, en mucha parte de esta obra, las inserciones de textos originales a los relatos propios; porque es cierto que cuanto más un historiador deje hablar a los contemporáneos, en lugar de hablar él por ellos, tanto más garantiza la verdad de sus apreciaciones, y tanto más satisfecho queda el lector. No se tiene la misma fe en el retrato hecho por un pintor, que en el de una fotografía; porque aquél puede haber hecho favor o desfavor a la persona, o puede no haber sido muy feliz en la ejecución, mientras que de la máquina fotográfica nadie desconfía porque ella reproduce la misma verdad. Esta es la diferencia que hay entre decir lo que dijo otro, a oírsele decir a él mismo¹⁴⁰.

La función mimética remitía al deseo de inscribir el pasado como *había sido*, la función moralizante enfatizaba las posibilidades que éste brindaba para construir una nueva época¹⁴¹. Desde esta perspectiva, conocer los acontecimientos pretéritos era útil para transformar el presente y propiciar un futuro prometedor, siempre y cuando se describiera e interpretara adecuadamente la formación histórica de la sociedad en que se habitaba. El letrado conservador Sergio Arboleda¹⁴² lo señaló, al afirmar: “[...] es preciso estudiar nuestros pueblos á la luz de su propia historia y teniendo en consideración su carácter, su posición, las razas que los componen y sus diferentes maneras de vivir”. Fue esta labor la que se asignaron a sí mismos los letrados, labor que se inscribía en la dimensión pedagógica de los relatos nacionales tal como se ha expuesto.

1.3.1. El Antiguo Régimen ¿o las huellas de la barbarie?

La Historia de la revolución de Colombia de José Manuel Restrepo, cuya primera edición fue publicada en París en 1827 y que tuvo una segunda edición corregida

cultura. Mejía, Sergio, *La Revolución en Letras – La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo (1781–1863)*, Bogotá, Universidad de los Andes y Universidad EAFIT, 2007.

¹⁴⁰ *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 1, Bogotá, Editorial ABC, 1953, p. 10. Esta obra se publicó por primera vez en 1869. La edición utilizada para este artículo está basada en la segunda edición publicada en 1889.

¹⁴¹ Este deseo no debe ser confundido con el seguimiento riguroso de una serie de procedimientos regulados tal como ya se hacía en algunos otros lugares, especialmente en Alemania.

¹⁴² Arboleda, Sergio, *La República en la América Española*, Bogotá, F. Mantilla, 1869, p. 4.

y aumentada, publicada en Bensaçon en 1858, ilustra las dificultades y los alcances de escribir relatos históricos en nuestro medio durante el siglo XIX. Construida en torno a la tensión *presente* entre lo que ya pasó y el porvenir, esta obra hizo de la independencia el comienzo de un mundo nuevo y un período de transición entre las tinieblas del Antiguo Régimen y la luz republicana. Este conflicto se desdoblaba en otro: la lucha que enfrentaba a veces frontalmente, a veces de forma disimulada, a los criollos contra las castas, lucha en la que “El miedo al pasado era también el miedo a un mestizaje oscuro al que podía atribuirse una herencia extraña e imprevisible de violencia ancestral. Este miedo de una sociedad bárbara excluía absolutamente el sueño de una unidad”¹⁴³.

A pesar de lo que pensaban los hombres de letras, era evidente que la lectura y la interpretación de las fuentes no abrían las puertas de un pasado transparente que estaba esperando al investigador autoproclamado imparcial y patriota. Los acontecimientos que se fijaban en el cuadrilátero histórico se interpretaban dentro del régimen de representación que Cristina Rojas¹⁴⁴ ha definido como el del deseo civilizador. Este régimen hegemónico durante el siglo XIX propició la creación de sentido y la disputa entre los nacientes partidos políticos. El conjunto de representaciones de este régimen y las relaciones que entablaron, proporcionaron a ambos partidos un léxico común que, sin embargo, estaba atravesado por grandes abismos sobre el valor y el sentido del progreso, la nación, la república, el pueblo y el legado hispánico; este último fue uno de los ejes del debate político de mediados del siglo XIX, no en vano José María Vergara y Vergara planteó en su *Historia de la literatura en Nueva Granada* que:

El lector que haya tenido la paciencia de leer las páginas anteriores estará convencido ya de la falsedad, sentada por nuestros políticos, cuando aseguraban

¹⁴³ Colmenares, Germán, *Convenciones contra la cultura*, p. 31.

¹⁴⁴ La noción de régimen de representación se refiere a un espacio virtual de encuentro entre el pasado, el presente y el futuro, y entre nos—Otros y los Otros. “Por consiguiente, un régimen de representación emerge de la interacción entre estos actores y sus contextos, y supone la presencia de actores luchando por su reconocimiento.”, Cf. Rojas, Cristina, *Civilización y violencia*, p. 28.

que ántes de 1810 no había *nada* entre nosotros. Antes de 1810 había *todo*; se había patentizado ya lo que hoy somos. En la naturaleza nada se improvisa: todo es resultado inmediato ó lejano de causas bien determinadas. Si hoy somos algo, no nos improvisamos; ese algo de *hoy* depende de algo de *ayer*; y ese *ayer* es nuestra historia antigua. Estudiar, pues, nuestra historia antigua, es buscar nuestro propio origen, es estudiar no sólo a España, sino a nosotros mismos¹⁴⁵.

Este alegato tenía como blanco el ala radical del partido liberal. No obstante, Vergara y Vergara se equivocaba al redactar de esta forma su crítica, los radicales coincidían plenamente con él en la importancia del legado ibérico, sólo que lo consideraban como un pesado fardo que arrastraba la nueva nación. La diferencia entre ambas posiciones estaba dada por la valoración, por el gusto amargo o dulce que dejaba esta herencia, no por su desconocimiento o reconocimiento.

Los letrados radicales caracterizaron a la *raza* española como fanática, tirana, abyecta, perezosa, cruel, ignorante, materialista, teocrática, inquisidora, centralista, monopolizadora, intolerante, oscurantista y feudal. Esta larga serie de adjetivos era sintetizada por José María Samper de la siguiente manera: “¿Queréis saber cuáles son las armas que cuadran mejor con la bandera de la España? Pintad una camándula para representar su fanatismo, una cadena para espresar su servilismo, i una bolsa para demostrar la codicia de un *alcabalero*, i tendréis el retrato de la España”¹⁴⁶. Pintura sumamente expresiva, que condensaba una crítica religiosa, sociopolítica y económica a la manera como España había administrado los virreinos americanos.

El legado peninsular estaba marcado, pues, por la ambigüedad. Parcialmente civilizado en tanto europeo, cristiano y basado en la administración de la sociedad a través de la escritura, era también bárbaro, en tanto se oponía a la verdadera

¹⁴⁵ Vergara y Vergara, José María, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1867, p. 532.

¹⁴⁶ Samper, José María, *Apuntamientos*, p. 28.

expresión de la civilización, que era asociada por los liberales con Francia y Gran Bretaña. Desde esta perspectiva, la colonia se transformaba en *nuestra* Edad Media¹⁴⁷, pletórica de una oscuridad que había que dispersar, a través de un Renacimiento que ya no era artístico y cultural, sino social, político y económico. Al escribir la historia patria, los letrados liberales acentuaban con inusitada fuerza una dimensión de esta labor, la separación del presente del pasado, con lo cual buscaban convertir al pasado en una alteridad radical, un tiempo–Otro por fuera de la temporalidad nacional.

Por supuesto, los letrados conservadores también estuvieron profundamente interesados en escribir la historia, aunque sus representaciones fueron extremadamente diferentes; empezando porque si bien los liberales radicales no negaban la presencia de la figura de Dios en la historia, no solían representar el devenir histórico como el conflicto entre dos tendencias, una que buscaba el regreso a la gracia y otra que negaba participación de la divinidad en los asuntos públicos, representación dualista que era común en los conservadores.

Tal vez el principal historiador conservador fue José Manuel Groot¹⁴⁸, quien rechazó la conversión del legado hispánico en barbarie y en pasado lejano y muerto. Al preguntarse gracias a quién sus contemporáneos y él estaban en América, no dudaba en responder que por los ibéricos de quienes eran hijos; desde su perspectiva, gracias a éstos se tenían ciudades con gente culta, puentes, caminos, colegios y hospitales en donde trescientos años antes sólo había selvas. El corolario era que estas selvas todavía estarían allí de no ser por la intervención civilizadora de los peninsulares.

Ante el exacerbado hispanismo de Groot, Sergio Arboleda, otro importante letrado conservador, parece, en ocasiones, tibio. Para este último, España no podía ni

¹⁴⁷ Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha*.

¹⁴⁸ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 1, p. 8.

debía ser descrita como la cuna de todos los males de mediados del siglo XIX, ni acusada de una maldad consciente contra América. Los españoles aportaron lo que podían acorde con su situación y con su condición, con errores, como correspondía a toda obra realizada por seres humanos, pero sobre todo con las virtudes que les otorgaba su profundo catolicismo:

De todas las naciones que pudieron haber tomado á su cargo la colonización de estos países, España era la única capaz de formar esta sociedad, tal cual existe, de elementos tan heterogéneos. El inglés habría trasladado la sociedad inglesa á las costas de América y extinguido bajo su sombra la raza primitiva, como lo mostró en el norte del Continente: el francés hubiera formado muchos proyectos, escrito muchos libros y adelantado la empresa hasta donde creyera que le daba nombre y gloria, pero después la habría abandonado como el Canadá ó vendídola como la Luisiana¹⁴⁹.

En estas pocas líneas, Arboleda atacaba frontalmente dos representaciones elaboradas por los radicales: los beneficios que hubiera traído una colonización francesa o británica y la sevicia con que trataron los peninsulares a los indígenas. Para él, los indígenas tuvieron, desde los inicios del dominio colonial, oportunidades de ascenso social a las sillas episcopales y a la nobleza, lo que demostraba la bondad relativa de la conquista española en comparación con la británica, hecho que se corroboraba, en su opinión, con el benévolo trato que habían recibido las personas esclavizadas de sus amos.

Incluso Tomás Cipriano de Mosquera, tan decidido a la hora de combatir lo que a su juicio eran los rezagos coloniales, reconoció que la nación española fue mucho más respetuosa con la vida de los nativos americanos que los franceses, los ingleses, los holandeses o los portugueses, puesto que buscó la identificación de los conquistados y los conquistadores, lo que dio como resultado una gran masa de mestizos criollos que conformaban la base demográfica del país, lo que había evitado fuertes antipatías de raza como las existentes en Haití o en Estados

¹⁴⁹ Arboleda, Sergio, *La República en la América Española*, pp. 34–35.

Unidos¹⁵⁰. Contrincantes políticos podían compartir, pues, la idea de que existía una *armonía racial* que tenía como prueba fehaciente la conformación poblacional de la república. Sin embargo, como se verá más adelante esa armonía distaba de ser sólida.

Obviamente, no se trataba de un consenso completo. Dentro del partido liberal, como se mencionó brevemente en el capítulo pasado, el tratamiento otorgado a los nativos fue descrito de una forma totalmente divergente por Felipe Pérez, quien consideró que sus progenitores ibéricos dudaron de la humanidad de los indígenas y los trataron como bestias, en una guerra a muerte que no respetó ni los sepulcros, que fueron saqueados, y que tampoco reconoció la racionalidad de los amerindios, que tenían ciudades, legislación, religión, costumbres morales, idiomas hermosos y sistematizados, y que practicaban múltiples actividades económicas, cuyas huellas y recuerdo debieron ser preservados, para dar luces sobre la América primitiva; pero: “Donde debieron levantar la cátedra cristiana o la escuela, levantaron solo la horca i el cuchillo en señal de muerte i vasallaje”¹⁵¹. Esto explicaba, en su opinión, las profundas divergencias entre la fanática e indolente América hispánica y la democrática e individualista América anglosajona.

Felipe Pérez acusó a los peninsulares de actuar desde lo que se podría denominar la *colonialidad del ser*, fundamentada en el escepticismo sobre la humanidad del Otro, el dualismo irresoluble entre las posiciones sociales de conquistador y de conquistado y la justificación moral de la guerra¹⁵². La esclavitud fue considerada, también, una mancha que ensombrecía terriblemente al Antiguo Régimen y, sobre todo, los primeros años de la República. Sin embargo, su hermano y copartidario

¹⁵⁰ Mosquera, Tomás Cipriano, *Compendio de geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia*, Londres, Imprenta Inglesa y Extranjera de H. C. Panzer, 1866, p. 65.

¹⁵¹ Pérez, Felipe, *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, p. 41.

¹⁵² Cf. Maldonado Torres, Nelson, “Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto”, en Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central y Pontificia Universidad Javeriana, 2007, pp. 127–167.

Santiago Pérez, mostró los límites que la colonialidad imponía a las representaciones y las prácticas liberales a mediados de siglo:

Razón tiene, pues, y de sobra, los antiguos dueños de esclavos para amostazarse, para enfurecerse, para desesperarse, cuando, después de su ejemplo, y a pesar de sus esfuerzos, ven y tienen que sufrir, en aquella provincia a los negros recién libertados, es decir recién sustraídos de su paternal protección, tan estóolidos, tan mañosos, tan insolentes y tan bárbaros [...].

Sin hábitos de libertad, sin costumbres de virtud, sin deseos de comodidades que no conocen ni imaginan, han pasado de siervos de hombres, a siervos de vicios; tienen las manos libres, pero el alma y el corazón esclavos; han confundido la independencia con la altanería; la libertad de escoger trabajo con la libertad de no trabajar; la igualdad de derechos con la igualdad de miseria; la dignidad de hombres libres con la insolencia de déspotas¹⁵³.

Santiago Pérez responsabiliza, sin embargo, de esta situación a los mismos esclavistas que nada hicieron por los seres humanos que estaban bajo su dominio. Esta crítica a los dueños de los esclavos fue bastante común en los miembros del partido liberal y mucho más extraña en los del partido conservador, pero, a pesar de sus diferencias, una misma actitud paternalista une a ambos partidos en un régimen de representación común, en el que no se cuestionaban la superioridad de la civilización eurocéntrica, ya fuera ibérica, británica, francesa o su incipiente modalidad nacional, sino sus medios. En definitiva, el eurocentrismo se mantenía incólume a pesar del fin del colonialismo; Europa seguía constituyéndose como el único y el mejor destino posible y, aunque Estados Unidos de América aparecía ya en el horizonte como punto de referencia, lo hacía en tanto prolongación americana de Europa, al estar ubicado en una zona templada y estar compuesto y dominado por hombres de origen anglosajón. La diferencia entre lo *latino* y lo *anglosajón* se acentuará a finales del siglo XIX en el contexto, particularmente fértil, de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América y la guerra hispano–norteamericana.

¹⁵³ Pérez, Santiago, *Selección de escritos y discursos de Santiago Pérez* [1855], Bogotá, Academia de Historia, 1950, p. 45-46. Cf. Zuluaga, Francisco, “El discurso abolicionista de las élites hacia 1852”, en AAVV, *150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura y Aguilar, 2003, pp. 391-412.

Incluso quienes se atribuían a sí mismos el papel de etnógrafos y defensores de las poblaciones amerindias, como José María Samper¹⁵⁴, les trazaban como camino a seguir el proceso de individuación propio de la experiencia histórica europea. Las tierras comunales, piezas fundamentales dentro de la política de protección indígena desde el Antiguo Régimen, fueron atacadas por este letrado liberal, ya que, en su opinión, condenaban a los nativos a ser agricultores, dificultaban su movilidad social e impedían el aumento de la productividad, que sólo era posible si las personas tenían interés en trabajar más y mejor sus propias tierras.

Para Samper, el carácter colectivo de estas tierras favorecía, entonces, los rasgos socialistas, propios de todas las sociedades primitivas; estos rasgos debían ser transformados por un régimen de gobierno libre como el inaugurado por la república, la cual tenía la obligación moral y política de crear ciudadanos, es decir, individuos autónomos, desarraigados de lealtades que primaran sobre su fidelidad al Estado nacional. Desde esta perspectiva, la civilización dependía de un proceso de liberalización de la tierra y del trabajo a través del asalto a las tierras comunales indígenas, lo que redundaría en la creación de un mercado de productores y consumidores modernos y facilitaría el mestizaje, elemento central en la integración y la consolidación de la nación.

Esta política fue atacada por conservadores como José Manuel Groot¹⁵⁵, quien consideraba que la conformación y el mantenimiento de los pueblos de indios había sido uno de los pilares de la benévola política colonial a favor de los indígenas, mientras que la disolución de éstos los dejaba expuestos a la rapiña de

¹⁵⁴ *Ensayo sobre las revoluciones políticas.*

¹⁵⁵ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 4 [1869], Bogotá, ABC, 1953, p. 134.

los civilizados. De forma similar, José Manuel Restrepo¹⁵⁶ señaló que la ciudadanía de la población amerindia y la supresión del tributo era sólo justa y filantrópica en apariencia, pues había traído consigo una pauperización profunda de los afectados¹⁵⁷. Se trataba, pues, de un rechazo a las nuevas formas de subjetivación y, por ende, de sujeción de las poblaciones amerindias que planteaban los proyectos liberales.

Muchos de los indígenas desposeídos por las políticas liberales engrosaron los sectores miserables en Bogotá, ciudad que se convirtió en centro de atracción de los nativos sin tierra de todo el altiplano cundiboyacense, quienes se transformaron frecuentemente en carne de cañón en las numerosas guerras civiles decimonónicas, como lo señalaron numerosos viajeros extranjeros o el ya citado José Manuel Groot:

Se ha hablado mucho sobre que los indios pagaban un tributo de plata al Rey. Sí; pero ahora lo pagan a la república en sangre, y en mayor cantidad que las otras razas; porque cuando hay reclutamientos, ellos son los primeros de quienes se echa mano. Los batallones en su mayor parte se componen de indios que van a morir en las guerras sostenidas por los que se disputan la tierra que antes fue de aquéllos¹⁵⁸.

Los roles y los caracteres de los indígenas y de las personas negras durante el Antiguo Régimen y la independencia fueron ampliamente discutidos por los letrados que, al escribir sobre los Otros, resaltaban su diferencia sociorracial. Los relatos sobre la emancipación en el suroccidente de lo que hoy es Colombia son ilustrativos de la preeminencia de categorías racializadas para interpretar los

¹⁵⁶ Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de Colombia*, tomo 4, Medellín, Bedout, 1969, p. 286. La primera edición de esta Historia se publicó en 1827, en 1858 salió una segunda edición ampliada la cual es la base de la edición publicada por Bedout.

¹⁵⁷ Cf. Safford, Frank, "Race, Integration and Progress".

¹⁵⁸ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 1, p. 492. Fue frecuente que los viajeros extranjeros destacaran que la raza indígena conformaba el grueso de los contingentes de voluntarios que combatían en las guerras, cf. Hettner, Alfred, *Viajes por los Andes colombianos (1882–1884)*, Bogotá, Banco de la República, 1976. Röthlisberger, Ernst, *El Dorado*.

acontecimientos. Nancy Appelbaum¹⁵⁹ ha mostrado cómo los procesos de racialización y regionalización estuvieron profundamente relacionados y ayudaron a organizar el emergente Estado nacional en torno a una retórica que vinculaba a ciertas regiones con la blancura, la prosperidad, la corrección sexual y el progreso, y a otras con la negación de estas características positivas.

La provincia del Cauca fue frecuentemente menospreciada por la resistencia que indígenas, mulatos y negros opusieron a la independencia. La ciudad de Pasto, más concretamente, fue considerada símbolo de esa resistencia y, como tal, ejemplo vivo de los efectos de la dependencia, la servidumbre y la esclavitud sobre los criollos y las castas, particularmente sobre los indígenas. Los habitantes de Pasto fueron generalmente calificados de ignorantes y fanáticos. Fue nuevamente José Manuel Restrepo quien le dio estatus a esta representación, al plantear: “Con estos y otros sermones semejantes, emanados de la boca de un Obispo y de un clero fanático, por no decir, embustero, los ignorantes pastusos corrieron, como siempre, a las armas, para degollar insurgentes, o con la muerte conseguir el martirio peleando por su amor el Rey”¹⁶⁰.

José María Samper, quien defendió el argumento de que los conflictos políticos y armados postindependentistas eran una prolongación de la lucha entre la colonia y la república, calificaba al indígena pastuso de:

[...] salvaje sedentario, bautizado, que habla español (aunque con provincialismos) y cree que el mundo está todo en sus montañas, sus pueblos y cortijos y sus fiestas parroquiales. Pequeño de cuerpo y rechoncho, de color bronceado más bien que cobrizo, con la mirada estúpida y concentrada, malicioso, astuto, desconfiado, y á veces pérfido, indolente en lo moral, pero laborioso y sufrido, fanático y supersticioso en extremo, el indio pastuso es un ser tan fácil de

¹⁵⁹ *Dos plazas y una nación*.

¹⁶⁰ *Historia de la revolución de la República de Colombia*, tomo 4, Medellín, Editorial Bedout, 1969, p. 220.

governar por medios clericales como indomable una vez que se declara en rebelión¹⁶¹.

La descripción de Samper resalta la ambivalencia y la ambigüedad de estos indígenas: son salvajes a pesar de ser sedentarios, bautizados e hispano hablantes como los civilizados. A la par, enfatiza su aprisionamiento en marcos locales y no nacionales, y el peso de las marcas raciales sobre su cuerpo y sobre su alma. La importancia de la alteridad sociorracial en la visión y la división del mundo era de tal magnitud, que incluso Sergio Arboleda, enconado contradictor, en la política y en la escritura de la historia, de Samper, concordaba con éste al plantear la pasividad y la inercia de la raza cobriza a la cual pertenecían los indígenas, quienes además eran leales por veneración y respeto, tenaces en sus hábitos y religiosos por inclinación, aunque “la religión es para él [el indígena] un precepto, jamas un sentimiento; y necesita que las ceremonias del culto externo le impongan respeto, veneracion y temor”¹⁶², poco faltaba entonces para que Arboleda considerara, al igual que sus oponentes liberales, que más que religión era una idolatría de origen colonial lo que se desenvolvía ante sus cristianos ojos.

Por supuesto, hubo letrados de ambos partidos que buscaron y encontraron razones más allá del fanatismo, para el carácter belicoso de los pastusos. Codazzi, teniendo en mente a su *homo œconomicus*, como se verá en el quinto capítulo, hizo, de la acción de los habitantes de Pasto, una reacción guiada por los intereses económicos y que tendría solución a través del fomento del comercio y la construcción de vías de comunicación¹⁶³.

¹⁶¹ *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, p. 87.

¹⁶² *La república en la América española*, p. 71.

¹⁶³ “Estado del Cauca” [1853-1855], en Barona, Guido, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán – provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, p. 454,

Por su parte, José Manuel Groot¹⁶⁴, en su afán de destacar la presencia clerical en la historia de Colombia, negó que el realismo de los indígenas del sur de la provincia del Cauca se debiera a su fanatismo religioso y consideró que fue causado por la dura represión –fusilamientos e imposición de tributos– a que fueron sometidos por los dirigentes patriotas en sus primeras campañas militares.

El planteamiento de Groot cobra vigencia e importancia, en la medida en que coincide parcialmente con la historiografía contemporánea¹⁶⁵, la cual ha mostrado las diversas formas mediante las cuales los indígenas del actual departamento de Nariño defendieron las tierras comunales, negociaron con la elite local realista y ejercieron formas de organización política relativamente autónomas. Desde esta perspectiva, la “seducción” bajo la cual estuvieron estos indígenas no fue propiamente la seducción del fanatismo religioso, sin excluirla, sino la ejercida por la conservación de los resguardos y la posibilidad de negociar y disminuir las cargas tributarias. Todo ello en medio de relaciones clientelistas, que vinculaban a los indígenas a la elite realista local.

Otro grupo considerado como un formidable oponente de la independencia en el suroccidente colombiano fue el de los pobladores del valle del Patía. De nuevo fue Restrepo quien les otorgó un lugar importante dentro del relato de los hechos de la independencia, al describirlos como hábiles guerrilleros, en su mayoría negros y mulatos, quienes hostigaban constantemente a los ejércitos patriotas. Para Restrepo, “Solamente la ignorancia, unida a los deseos de aprovecharse del pillaje y del desorden, podía mantener a muchos de los patianos en su obstinada lucha contra la República”¹⁶⁶.

¹⁶⁴ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 4 [1869], Bogotá, ABC, 1953, p. 455.

¹⁶⁵ Gutiérrez Ramos, Jairo, “Acción política y redes de solidaridad étnica entre los indios de Pasto en tiempos de la Independencia”, en *Historia Crítica*, No. 33, 2007, pp. 10–37.

¹⁶⁶ *Historia de la revolución de la república de Colombia*, tomo 4, p. 325.

A pesar de que negros, mulatos e indígenas estaban marcados por la alteridad racial, los primeros ocupaban un lugar sumamente diferenciado de los indígenas. Éstos eran considerados un elemento reactivo y manipulable, mientras negros y mulatos eran descritos como un elemento racial en crecimiento y en expansión, dada su fortaleza física y su resistencia a las condiciones adversas de las tierras bajas.

La situación era tal, que Restrepo planteó:

Una de las grandes medidas que Bolívar había dictado poco antes fue que se tomaran tres mil esclavos jóvenes y robustos de las Provincias de Antioquia y del Chocó, así como dos mil de Popayán, para aumentar el ejército. El Vicepresidente Santander hizo observaciones sobre esta providencia por la multitud de brazos útiles que se arrancaban de la agricultura y de las minas. Sin embargo, el Libertador Presidente la mandó cumplir, manifestando ser altamente justa para restablecer la igualdad civil y política, porque mantendría el equilibrio entre las diferentes razas de la población. La blanca era la que había soportado el peso de la guerra en Cundinamarca, si continuaba el mismo sistema, la africana sería pronto más numerosa. Por otra parte, cuatro o cinco mil esclavos jóvenes y robustos agregados al ejército prestarían un auxilio poderoso y oportuno para continuar con ventajas la guerra de la Independencia. Por iguales motivos se previno después que en Popayán, sobre todo, se admitieran al servicio de las armas y se concediera la libertad a cuantos esclavos se alistaran voluntariamente, disposición que en breve se generalizó¹⁶⁷.

Sin embargo, la necesidad de involucrar a toda la población para lograr la victoria y evitar un desangre de los criollos, el cual sin duda convertiría a la futura república en otra Haití, produjo el temor de una guerra de castas, razas o colores¹⁶⁸, contradiciendo de nuevo el optimismo ya mencionado de Tomás Cipriano de Mosquera, que consideraba esta situación como conjurada.

Este temor fue especialmente intenso en la ciudad de Cartagena, pues, como lo planteó José Manuel Restrepo, desde el principio fue convocada la “plebe” para

¹⁶⁷ *Historia de la revolución de la república de Colombia*, tomo 4, p. 133.

¹⁶⁸ Términos utilizados frecuentemente como equivalentes.

tomar parte en la situación y atacar al partido real; la movilización de la gente de color fue fácil pero su control pronto se tornó imposible, lo que hizo que esta masa más o menos organizada se transformara en un peligro para la tranquilidad pública. Los causantes de esta situación fueron los hermanos Piñeres, en especial “Gabriel [quien] predicaba por todas partes la igualdad absoluta, ese dogma destructor del orden social. Siempre se le veía cercado de negros y mulatos sin educación y quería que los demás ciudadanos ejecutaran lo mismo, bajo la pena de ser tenidos por aristócratas”¹⁶⁹.

Para los criollos, estaba claro que la revolución no era para todos, ni debía ser un estado permanente. El temor a la guerra de castas tensiona la escritura de la historia decimonónica colombiana y establece un puente entre el pasado y un presente marcado por las profundas divisiones y confrontaciones políticas, económicas y sociorraciales, que se habían generado en torno a la abolición de la esclavitud, la ampliación de la ciudadanía y la participación política de sectores racialmente marcados. La memoria y la escritura letrada se poblaba con los fantasmas del pueblo liberal de color levantado en el actual Valle del Cauca a mediados del siglo XIX¹⁷⁰, o con los espectros más antiguos pero igualmente amenazantes de Pedro Romero y José Prudencio Padilla, quienes hicieron parte fundamental de las emancipaciones neogranadinas desde una posición social marcada por la alteridad sociorracial.

Marixa Lasso¹⁷¹ ha argumentado que las guerras de emancipación fueron fundamentales en la elaboración de una forma particular de representar la nación, que ella denominó armonía racial y que enfatizaba la unidad de los neogranadinos y la benevolencia de las relaciones interraciales. Lasso señaló que la predicación

¹⁶⁹ *Historia de la revolución de la república de Colombia*, tomo 4, pp. 203–204.

¹⁷⁰ Cf. Sanders, James E., *Contentious Republicans*.

¹⁷¹ Lasso, Marixa, “Race War and Nation in Caribbean Gran Colombia, Cartagena, 1810–1832”, *American Historical Review*, vol. 111, No. 2, 2006, pp. 336–361. Lasso, Marixa, “Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810–1812”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 32–45.

de la armonía racial no se puede reducir a un proyecto conspirativo de las élites para lograr la participación subordinada de los sectores poblaciones marcados por la alteridad racial, sino que también fue apropiado por estos sectores.

Desde las Cortes de Cádiz, reunidas para solventar el vacío de poder provocado por la invasión napoleónica a la península ibérica y en la cual estuvieron reunidos diputados de ambos lados del Atlántico, el americanismo, el republicanismo y el patriotismo fueron asociados con la igualdad racial y, por ende, con la enunciación de la armonía racial en América, mientras que la opresión racial fue construida y señalada como rasgo hispánico.

La noción de armonía racial continuó siendo útil después de la emancipación, en la medida en que resaltaba la unidad de la nueva nación contra la amenaza del faccionalismo. Esto permitió que, hacia 1824, todas las constituciones políticas de los nuevos Estados nacionales promulgaran la igualdad racial de las *personas libres*. En la costa Atlántica de Colombia, los conflictos surgían por la presión de numerosos grupos que pretendían convertir estas victorias jurídicas en resultados prácticos, lo cual era generalmente interpretado como llamados a la guerra de razas.

Aunque está por fuera de las pretensiones de este capítulo, que se concentra en la escritura de la historia durante la segunda mitad del siglo XIX, es interesante señalar la contradicción en la historiografía contemporánea sobre el papel de la noción de raza en la costa Atlántica colombiana a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Mientras Aline Helg ha planteado que la gente negra escogió variadas formas de revuelta, resistencia y adaptación que no se apoyaron en la raza (acciones legales, redes clientelistas, parentesco ritual, negociaciones políticas y demostraciones de fuerza), Alfonso Múnera ha argumentado que las

solidaridades raciales y regionales caracterizaron las actuaciones políticas de los diversos grupos en la ciudad de Cartagena y, en general, en la costa Caribe¹⁷².

El profundo temor que provocaba una posible guerra de castas fue utilizado por Groot para explicar la cancelación del proyecto de emancipación del Caribe:

Entonces se dispuso que la escuadra colombiana, en combinación con la de México, obrara sobre las dichas islas, lo que no habría tenido buen resultado, ni para los libertadores ni para los libertados, que no habrían sido los blancos sino los negros, que bien pronto habrían prevalecido sobre aquéllos. Pero hubo la fortuna de que se atravesase la mediación de la Inglaterra y los Estados Unidos, que desaprobaban el proyecto, por lo cual se abandonó. El gobierno inglés dio bien a entender que la principal razón porque se oponía, era la de no exponer a la población blanca de esas islas a correr la misma suerte que en Santo Domingo¹⁷³.

La disputa entre liberales y conservadores tuvo, entonces, una importante dimensión retórica, en la cual los letrados de ambos partidos hicieron de la escritura su arma y su escudo. Ellos formaron, a través de la letra, dos esencias antitéticas entre las cuales la divergencia en la representación del pasado era parte de la lucha por el destino de la nueva nación.

1.3.2. La república o las dificultades de la inscripción de la ley

La lucha entre estas dos concepciones antitéticas pero complementarias de la historia no se quedaba en el pasado colonial y la independencia, sino que también permeaba la interpretación del pasado más reciente; hacía parte, pues, de la economía escrituraria que la emancipación hizo posible, al abrir la posibilidad de narrar de las más diversas formas la emergencia, la constitución y el devenir del Estado nacional.

¹⁷² Cf. Helg, Aline, *Liberty & Equality in Caribbean Colombia 1770–1835*, Chapel Hill y Londres, The University of North Caroline Press, 2004. Cf. Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación*.

¹⁷³ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, Bogotá, ABC, tomo 5, p. 119.

En este sentido, se puede impugnar o cuando menos relativizar el primer acento, que caracterizaría la escritura de la historia decimonónica (tal como fue definido en el segundo párrafo de este capítulo), pues la interpretación de las emancipaciones como el origen de las sociedades americanas no dejaba de ser controvertida y llena de matices. En nuestro país y en otras historiografías nacionales, la emancipación podía ser representada resaltando la continuidad genealógica entre España y Colombia, al comparar la independencia con la separación de un hijo de su padre por el arribo a la mayoría de edad, como lo hacía Groot, quien agregaba que esto no le daba razón al primero para calumniar al segundo¹⁷⁴.

También podía ser interpretada como un hecho espontáneo, popular, necesario e inevitable en el cual la libertad luchaba contra el despotismo, ya que toda sociedad que estuviera en lucha consigo misma, porque no era soberana y dueña de su bienestar, estaba poseída el genio de las revoluciones, que se paseaba entre la muchedumbre para insuflarle el delirio de la libertad y el vértigo de la convulsión¹⁷⁵. Desde esta perspectiva, se trataba de la contradicción entre dos tendencias incompatibles dentro de una misma organización social, la cual no fue resuelta con la independencia, pues:

Cada revolución ó guerra civil no es más que un nuevo combate armado entre la *Colonia*, que resiste y quiere vivir, como la hiedra en los escombros, y la democracia, que avanza, cobra bríos y espera sin cesar. Las luchas no acabarán sino el día en que la *Colonia* haya sido arrancada de raíz y pulverizada, desapareciendo el dualismo de tendencias enemigas¹⁷⁶.

Las discusiones eran tan enconadas que Miguel Cané¹⁷⁷, quien fue ministro plenipotenciario de Argentina en Colombia entre 1881 y 1882, afirmó en su libro de

¹⁷⁴ Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 1, p. 8.

¹⁷⁵ Samper, *Apuntamientos*, pp. 176–177.

¹⁷⁶ Samper, *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 202.

¹⁷⁷ Cané, Miguel, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* [1907], Bogotá, Colcultura, 1992.

viajes que un demagogo argentino pasaba en Colombia por conservador y un conservador por comunista, aunque también reconocía la presencia de algunos líderes más moderados.

Manuel Ancízar fue uno de esos políticos pragmáticos que defendía un liberalismo matizado, él reconoció la presencia de esas dos fuerzas sociales que señalaba Samper, pero las consideraba opuestas, no excluyentes. A diferencia de buena parte de sus copartidarios liberales, él consideraba a la Iglesia Católica como un elemento civilizador, siempre y cuando no retara la autoridad estatal y se ejerciera preferentemente en las zonas rurales y entre los pobres, sectores en los cuales la acción del Estado era débil. Ancízar agregaba:

Los unos temen las innovaciones súbitas, temen las consecuencias netas del sistema democrático, y por tanto se aferran a una marcha mesurada, gradual, a compás lento y seguro y no aceptan las reformas sino con beneficio de inventario y con plazo para deliberar: éstos forman el partido conservador; partido de resistencia y contrapeso, saludable, sin disputa en países nuevos en que nada tiene barreras respecto a los hechos morales, y en que vive y se remueve una población indefinible, agregado de muchas castas que hierven todavía sin haber llegado a la fusión que ha de darles carácter fijo, nacionalidad y paz. Los otros se impacientan con la lentitud, quieren tronchar todas las preocupaciones, remover de un golpe todos los obstáculos, llegar valerosamente hasta los resultados finales del sistema democrático, e improvisar la civilización republicana en un pueblo que no ha tenido tiempo de aprender a leer y escribir; éstos forman el partido progresista¹⁷⁸.

Este letrado consideró que ambos partidos eran necesarios y que se debían mantener en un estado de relativo equilibrio. Los conflictos que convulsionaban a las sociedades hispanoamericanas eran provocados, entonces, por la supremacía insoportable de uno de ellos.

Si la preeminencia clerical, realista y extranjera les daba la oportunidad a los liberales de concentrar los males sociales del presente y del pasado en la

¹⁷⁸ Manuel Ancízar, *Editoriales del Neo-Granadino* [1848], Bogotá, Minerva, 1936, pp. 26–27.

dominación colonial, los gobiernos liberales que primaron desde mediados del siglo XIX, hicieron posible que los conservadores ubicaran en éstos la fuente de las penurias nacionales. Sergio Arboleda¹⁷⁹ fue uno de los principales adalides de este ataque, aunque reconoció, al igual que Ancízar, que las dos tendencias sociales en pugna eran necesarias para el buen funcionamiento social.

Arboleda consideraba que la causa de muchos de los males que azotaban la nación eran las ideas incrédulas francesas del siglo XVIII, que hacían del contrato social el evangelio y no del evangelio el contrato social. Los fundadores del Partido Conservador, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, habían descubierto el error en las repúblicas de la América “española” y éste no era otro que darle instituciones propias de los países protestantes a una sociedad esencialmente católica: “Nuestra conmoción perpétua no ha sido lucha entre dos partidos, sino efecto necesario de esa rotura de equilibrio entre aquellos elementos”¹⁸⁰, interpretación semejante a la Ancízar. La confrontación partidista no sería más que la expresión epidérmica, o si se prefiere, el síntoma, de un conflicto de mayor calado y que, por ende, no se solucionaría hasta que se resolviera su verdadera causa: la desviación del camino que había trazado la providencia. Se trataba, pues, de un conflicto social, pero desde una perspectiva que conectaba directamente lo terrenal con lo divino.

Este letrado dedicó una parte sustancial de *La República en la América española* a revisar el vocabulario político liberal, que había dado lugar a la rotura de este equilibrio. Su crítica a las ideas de libertad, igualdad y democracia estaba sustentada en dos aspectos: el rechazo a estas ideas en sí mismas y un temor más profundo a sus efectos en un pueblo inculto y que se percibía como racialmente heterogéneo¹⁸¹.

¹⁷⁹ Arboleda, Sergio, *La república en la América española*.

¹⁸⁰ *La república en la América española*, pp. 157–158.

¹⁸¹ Cf. Arias Vanegas, Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. Múnera, Alfonso, *Fronteras imaginadas*.

Arboleda planteaba que las elites liberales le habían dicho al pueblo que era libre y soberano y enseguida habían llegado las revueltas, los atentados contra la autoridad, la propiedad, las personas y el honor en nombre de la libertad, sin importar los esfuerzos filosóficos y legislativos por acotar y clarificar los límites de esta noción. Los legisladores habían decretado la igualdad en una sociedad que nunca había tenido privilegios aristocráticos. La lucha por la libertad surgió, en su opinión, en las sociedades con privilegios aristocráticos, ausentes en el país. Aquí no hubo pues desigualdad y la palabra igualdad significó entonces hacer equivalentes el mérito con su ausencia, la virtud con el vicio. Además:

El elemento bárbaro en América es numeroso y está en lo general representado en ella por indígenas y negros, mientras que la parte civilizada, casi toda de raza europea, es una reducida minoría. Aquí la igualdad de todos, sin consideración á la inteligencia ni á la virtud, equivale a poner el imperio en manos de los bárbaros y tiende á promover la mas atroz de las guerras: la guerra de castas que, á Dios gracias, no se ha manifestado todavía¹⁸².

Para él, los seres humanos eran desiguales por naturaleza, lo que se expresaba bajo la idea de igualdad se refería en realidad a los valores de equidad y de justicia. La igualdad implicaría desconocer las diferencias entre los sexos, entre las razas, entre las clases, entre las generaciones, entre los criados y los señores, las personas honestas y los rufianes. La labor de los legisladores debía reducirse a garantizar la proporcionalidad de los deberes y de los derechos de cada persona con las circunstancias en que la naturaleza y su conducta la hubieran colocado. En definitiva, en no crear desigualdades ficticias y respetar las desigualdades naturales. Esto requería, por supuesto, un conocimiento fidedigno de las poblaciones y de sus caracteres, para determinar qué debía ser intervenido y transformado y qué se escapaba a la administración del Estado y las elites que lo controlaban.

¹⁸² Arboleda, Sergio, *La república en la América española*, p. 189.

Este tipo de posiciones abiertamente elitistas, sexistas y racistas no se restringían a los miembros del Partido Conservador, sino que hacían parte del régimen de representación claramente excluyente que era compartido por los *hombres* de letras a pesar de los innumerables matices que proporcionaban las experiencias regionales, sociales, partidistas y personales. Así no es de extrañar que Enrique Cortés¹⁸³, en un texto en el cual planteaba “la verdadera misión del partido liberal” y que fue publicado por primera vez en 1877 bajo el pseudónimo de Igotus, expresara que los colombianos se dividían en dos grandes clases: la educada y la ignorante, la primera estaba conformada por máximo el 10% de la población, que tenía el monopolio del poder, la ilustración y la riqueza. Por supuesto, estos planteamientos instauraban una brecha profunda dentro de la dimensión pedagógica del relato patrio, puesto que partían de la falta de unidad de la población y de la imposibilidad de formar en el corto y mediano plazo un Estado nacional de ciudadanos.

Este tipo de argumentos ilustran una tensión irresoluble dentro de la escritura de la historia provocada por la necesidad de incluir dentro de la narración nacional grupos cuya exclusión era el sustento del orden social, marcado por las clasificaciones y desigualdades sociorraciales. De nuevo la unidad narrativa de la nación es trizada. Las representaciones sociales sobre las castas o las razas y, por ende, la elaboración de alteridades sociorraciales fueron, pues, centrales en la construcción de las fronteras entre el pasado y el presente, y la civilización y la barbarie, fronteras propias de la escritura de la historia y, en general, del aparato epistemológico decimonónico¹⁸⁴.

Dentro de este aparato, el mestizaje fue un engranaje de singular importancia. José María Samper, en su *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición*

¹⁸³ Cortés, Enrique, *Escritos varios*, vol. 1, París, Imprenta Sudamericana, 1896, p. 297.

¹⁸⁴ Villegas Vélez, Álvaro, “Heterologías y nación”.

de las repúblicas colombianas (hispano-americanas), verdadero texto de batalla del radicalismo liberal, planteó que un tipo de sociedades como las colombianas (entiéndase hispanoamericanos), marcadas por el mestizaje sólo podían recibir como forma de gobierno la democracia, pues ésta era la única forma en que se desarrollarían saludablemente en medio de la libertad individual, la igualdad legal y la soberanía popular, como correspondía a su composición poblacional, que había abolido en la práctica la diferencia entre sus miembros. Simultáneamente, “esa obra maravillosa de la mezcla de razas [...] debía producir toda una sociedad democrática”¹⁸⁵, en la cual la sangre cáucaso-arábiga aportaría el elemento espiritual, la sangre de los negros el elemento físico y las condiciones geográficas harían el trabajo de fusión. Desde esta perspectiva, la democracia y el mestizaje eran dos procesos en constante retroalimentación.

Por supuesto, se podía defender e incluso considerar la mezcla entre los descendientes Cam, de Sem y de Jafet¹⁸⁶ como un mandato de la providencia y criticar mordazmente la idea de la democracia, tal como lo hace Arboleda:

El gobierno de la mayoría es imposible, y si así no fuera, la sociedad desaparecería. El mayor número en el mundo es de jóvenes y el menor de ancianos; el mayor de ignorantes y el menor de sabios; el mayor de pobres y el menor de ricos; el mayor de malos y el menor de buenos; si la mayoría pudiera gobernar, ese gobierno sería ciertamente *delicioso*: de niños para viejos, de ignorantes para sabios, de pobres para ricos, de malos para buenos¹⁸⁷.

Para él, la anarquía por la que se atravesaba tenía profundas causas políticas, sociales, físicas y morales, cuyo descubrimiento y solución hacían necesarios el estudio del pueblo a la luz de su historia, su carácter, las razas en que se encontraba dividido y las maneras de vivir de éstas. Las constituciones y las leyes

¹⁸⁵ *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 299.

¹⁸⁶ Can, Sem y Jafet fueron los hijos de Noé en el relato bíblico, según una interpretación en boga durante el siglo XIX, el primero sería el origen del linaje de los africanos, el segundo de los asiáticos y el tercero de los europeos.

¹⁸⁷ Arboleda, Sergio, *La república en la América española*, pp. 213–214.

debían responder, entonces, a las particularidades propias de la nación, que incluían tanto sus costumbres como sus características raciales, su clima y su topografía.

El gobierno debía estar sustentado en los saberes geográfico, histórico y etnológico de la nación. Los extremos nuevamente se tocaban en este caso y tanto conservadores como liberales estuvieron de acuerdo en que la ley se debía adaptar a los pueblos y no al contrario. Sin embargo, este acuerdo mínimo se disolvía, cuando se intentaba definir el carácter del pueblo y del territorio y, por ende, la forma de gobernarlo.

Cuando los elementos de la legislación eran inarmónicos, la sociedad andaría dando tumbos e impidiendo la libertad que el cuerpo social necesitaba para estar vigoroso; cuando este cuerpo retrocedía o permanecía estacionario, había que buscar la causa en la lógica restrictiva de la legislación que se le imponía, la cual reprimía todas sus facultades y fuerzas; cuando se desarrollaba sin obstáculos era porque su legislación, liberal, bien combinada y adaptada al medio propiciaba la libertad y el progreso, planteaba José María Samper¹⁸⁸.

Sin embargo, estos argumentos dejaban abierta también la esperanza de la modificación paulatina de la sociedad a través de la escritura o más exactamente de la ley. El deber y la necesidad de adaptar las instituciones a la población no implicaban, pues, la subordinación total de las primeras a la segunda; la población podía y debía ser transformada de una forma gradual que sólo la educación garantizaba, pues a través de ésta se podía dominar aún a quienes estaban por fuera de la civilización:

Eduquemos a los bárbaros, acomodándolos a un régimen conforme a sus respectivas circunstancias, y, a medida que se realice en el hecho la igualdad

¹⁸⁸ Samper, José María, *Apuntamientos*, p. 43–44.

proclamada en las instituciones, vámosles sentando con nosotros bajo el mismo dosel: indígenas, africanos y caucáseos, todos sin distinción, estamos llamados a este gran banquete que debe servir la caridad cristiana y no la filantropía ni la teórica fraternidad filosófica, que son sus tristes remedos y ridículas caricaturas¹⁸⁹.

La mención a la buena combinación en la legislación es central para comprender la confianza en la letra de la ley y las continuas menciones a que el gobierno debía estar fundado en un saber sobre la nación. Incluso para un liberal tan radical en ese momento, como Samper¹⁹⁰, el gobierno y la legislación debían mezclar el liberalismo con ciertas dosis de intervención estatal, que él denominaba socialismo, de tal manera que se dejará hacer a los ciudadanos lo que estuviera dentro de sus capacidades, mientras el Estado se encargaba de realizar aquello que, por la debilidad transitoria del esfuerzo privado, superaba las capacidades individuales.

Ancízar¹⁹¹ expresaba una opinión similar, al considerar que la raza y la educación colombiana hacían necesaria cierta originalidad en la forma de conducir el gobierno; originalidad que debía estar marcada por la búsqueda del justo medio en la intervención estatal, que debía derogar las leyes que entorpecían la economía y promulgar otras que la fomentaran, como la apertura de vías de comunicación y el establecimiento del crédito agrícola. Esta labor, a juicio de Ancízar, había comenzado en la administración del general Mosquera, quien había combatido los monopolios económicos y moderado la tarifa a las importaciones. El saber letrado buscaba fundar aquí un nuevo arte de gobernar, que empezaba por la reducción del alcance mismo del gobierno, que debía concentrarse en suprimir lo que estorbaba a la sociedad y en favorecer los procesos “naturales” que facilitaban su despliegue hacía el progreso¹⁹², como se ampliará en el capítulo quinto.

¹⁸⁹ Arboleda, Sergio, *La república en la América española*, p. 91.

¹⁹⁰ Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 237.

¹⁹¹ Ancízar, Manuel, *Editoriales del Neo-Granadino*.

¹⁹² Foucault, Michel, *Nacimiento de la Biopolítica. Curso del Collège de France (1978–1979)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2007.

Las ideas que los criollos propagaron para la formación de la nueva sociedad estaban dentro de la tradición ilustrada, republicana y liberal, pero, al mismo tiempo, debían estar acordes con el estado de la población, sobre todo si estas ideas eran refrendadas por la legislación. En esta medida, nociones como igualdad o soberanía del pueblo no debían ser difundidas ni aplicadas irreflexivamente. En síntesis, las leyes, en la opinión de los letrados, no solamente debían proscribir y prescribir sino que tenían también una función creadora de la sociedad a la cual regulaban, a la vez que se debían adaptar a las condiciones sociales preexistentes. El carácter poietico de la letra de la ley era indudable pero finito.

Desde esta perspectiva, la legislación debía coincidir estrictamente con el estado de la sociedad, lo que hacía que los legisladores no debieran ambicionar decretar leyes de avanzada, sino obtener el “desarrollo social” necesario para que la misma sociedad las hiciera necesarias:

Para demostrar la verdad de este hecho con argumentos históricos, basta fijarse en dos hechos fulminantes: primero, el de que ciertas instituciones, que en ciertos países producen orden y bienestar, transplantadas á otros, no producen tales resultados; segundo, el de que varias instituciones, plantadas por repetidas ocasiones han venido á tierra una y otra vez por la repugnancia del pueblo á recibirlas¹⁹³.

En este sentido, la elección del federalismo o del centralismo era un asunto central en cuyo núcleo estaba la búsqueda de la armonía entre la legislación y la sociedad. A diferencia de la discusión sobre la intervención del Estado, esta elección no daba lugar a posiciones matizadas. La facción radical del partido liberal era clara en afirmar que la diversidad misma de la geografía nacional, aunada a la heterogeneidad poblacional y las divergencias en costumbres habían

¹⁹³ Cortés, Enrique, *Escritos varios*, vol. 1, pp. 293–294.

hecho del federalismo el sistema político adecuado para la nación, incluso antes de qué ésta fuera fundada, pues su existencia podía ser llevada hasta la aurora de las civilizaciones americanas¹⁹⁴.

Al apelar a las civilizaciones prehispánicas, los liberales le otorgaban al debate entre federalismo y centralismo un carácter continental y, además, buscaban demostrar la antigüedad de la organización federal y la adaptación de ésta a la naturaleza americana, a la constitución y la heterogeneidad racial de sus habitantes y a la multiplicidad de costumbres de las sociedades débilmente integradas.

A pesar de la derrota del federalismo, Salvador Camacho Roldán seguía planteando a finales del siglo XIX que:

Tenemos nosotros, –pueblo nuevo que empieza á establecerse en medio de condiciones locales muy distintas entre sí, que sacrificar la unidad y la armonía externa de nuestra Constitución á las exigencias especiales de los diversos grupos de nuestra población. El centralismo riguroso, –posible aunque esterilizador quizás, en el territorio de Francia, –es imposible entre nosotros en medio de la divergencia de suelos, climas, costumbres y estados de civilización que se notan en nuestro país. La federación es nuestro estado natural: ella nació con nuestra independencia y se impondrá en el curso de nuestra historia¹⁹⁵.

José María Samper¹⁹⁶ consideraba que la heterogeneidad racial y geográfica de la república hacía inviable cualquier forma de gobierno que no fuera federalista; incluso buena parte del fracaso civilizador de los peninsulares se debía a sus intentos por controlar bajo una sola forma de gobierno la diversidad de grupos y espacios que habían conquistado. Este tipo de sociedades heteróclitas

¹⁹⁴ Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones*.

¹⁹⁵ Camacho Roldán, Salvador, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* [1890], París y Bogotá, Garnier Hermanos y Librería Colombiana, 1897, p. 326.

¹⁹⁶ *Ensayo sobre la revolución*, p. 79.

internamente no podía recibir sino un gobierno democrático, pues, éste era, a su juicio, el único régimen en el cual el mestizaje no encontraba impedimentos.

Los detractores del federalismo consideraban que éste correspondía más al deseo de importar sistemas políticos foráneos, por parte de algunos políticos deslumbrados por el brillo de los Estados nacionales civilizados, que a una verdadera congruencia de este sistema con las necesidades y la índole del país. Tomando la historia como maestra de vida, José Manuel Restrepo planteó:

La Nueva Granada desde 1810 hasta 1816, Buenos Aires, Guatemala y Méjico, son ejemplos y argumentos incontestables de los males que el sistema de gobierno federativo derrama profusamente sobre los pueblos de la raza española en América. Nos alucinamos en otro tiempo cual niños sin experiencia en política, creyendo que podíamos y debíamos organizarnos como los descendientes de la raza anglo-sajona en la América del Norte, a quienes nos supusimos iguales. He aquí el origen fecundo de los males que sufren y que acaso aún sufrirán por mucho tiempo Buenos Aires, Guatemala y Méjico¹⁹⁷.

La utopía o cómo la dispersión performativa de la escritura produce el sin-lugar de la nación

La economía escrituraria de mediados del siglo XIX muestra el carácter paradójico de la escritura de la historia, labor a favor de la muerte en tanto traza una frontera entre el pasado ido y el presente vigente, trabajo en contra de la muerte en cuanto al re-presentar el pasado lo actualizaba. La tensión entre liberales radicales y conservadores no se concentraba en la colonia en sí misma, sino en qué tanto se le honraba y en qué tan profundo se le enterraba, pues el regreso al imperio español y el abandono de la república eran impensables.

¹⁹⁷ Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de Colombia*, tomo 6 [1858], Medellín, Bedout, 1970, p. 531.

Para los conservadores, el período colonial era un cadáver que a través de la escritura se debía convertir en un cuerpo nutricional para la nación; para los radicales, era un despojo insepulto que amenazaba con su hedor la república y que era necesario enterrar en un lugar desconocido para impedir que recibiera honores que no merecía. Sin embargo, ambos sectores coincidían en afirmar que el pueblo que debía dar cuerpo a la república estaba aún en formación, formación que requería el poder performativo de otro tipo de escritura, la legislativa, que, como se ha mostrado, a pesar de estar proyectada hacia el futuro, no podía dejar de considerar las enseñanzas, ambiguas por supuesto, de la historia, éstas podrían por fin realizar la nación y formar un pueblo que aún en 1867 se pensaba como ausente: “Cerca de cincuenta años van transcurridos desde que el Congreso de Cúcuta describió una República en la Constitución que expidió, y a estas horas el pueblo que ha de servir para ella no está acabado de formar”¹⁹⁸.

Si Miguel Samper vaciaba de sentido el Estado–nación, al considerar como inexistente su segundo término, Manuel Ancízar¹⁹⁹ consideraba que lo que no existía era justamente el Estado moderno, que sólo hacía presencia en la constitución, en los periódicos, en el congreso y en las cabezas de los hombres ilustrados, mas no en la sociedad, en la que primaba una mezcla francamente quimérica pero concreta, viva y actual de viejas costumbres coloniales disfrazadas con los harapos de las fórmulas republicanas.

Los letrados nacionales deseaban una nación moderna que encajara perfectamente en una narración pedagógica y cuyo destino transcurriera plácido, sin el más mínimo sobresalto, pero la dispersión de la narración era ineludible y la dimensión performativa del relato era imposible de contener. Los letrados no podían dejar de observar y de escribir el lado oculto pero presente de la modernidad, su carácter turbio, incontrolable, violento y bárbaro. ¿Cómo formar

¹⁹⁸ Samper, Miguel, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1867, p. 13.

¹⁹⁹ *Peregrinación de Alpha*.

una nación moderna con sujetos que no lo eran? Había que obligarlos a ser modernos, pero al hacerlo se estaba resaltando su no-modernidad, al tiempo que se estaba impidiendo que superaran la minoría de edad, superación que consistía justamente en la autonomía que se les negaba.

Al respecto, Cristina Rojas²⁰⁰ ha considerado que el régimen de representación hegemónico impidió la formación de la nación, al exacerbar la diferencia y al justificar y propiciar la exclusión y el uso de la violencia contra quienes fueron marcados como Otros. Se podría plantear, por el contrario, que el deseo civilizador formó una nación y una idea de ésta, caracterizada justamente por una desigualdad estructural, que combinó las diferencias socioeconómicas, étnico/raciales, simbólicas, regionales y educativas; se trata por supuesto de una sociedad nacional inacabada y siempre en recomposición, pero ¿cuál no lo es?

El siglo XIX fue, pues, el siglo de la historia, pero también fue, aunque sea en la Colombia, el siglo de la negación de la historicidad del Otro que fue excluido del cuadrilátero histórico y enclaustrado en el cuadrilátero etnológico. Los Otros fueron transformados en inscripciones tenues y marginales, pero imborrables en los relatos sobre la nación, cuya escritura giró en torno a tres posiciones²⁰¹: la nación –tal como se consideraba, que era en medio de las tensiones entre la libertad y el orden–; la utopía –la nación como debería ser–, y la barbarie –la nación como podría y no debería ser, si la alteridad no era contenida y administrada eficientemente, en últimas si los rasgos atávicos se imponían sobre los rasgos utópicos–.

²⁰⁰ *Civilización y violencia*.

²⁰¹ Me inspiro aquí en el trabajo de Michel-Rolph Trouillot, quien muestra cómo la construcción de Occidente, como noción geopolítica, requiere su partición en tres líneas: Occidente, la utopía y el salvaje. Cf: *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*, Nueva York, Palgrave, 2003.

La escritura de la historia en el siglo XIX fue, entonces, simultáneamente revolucionaria y antirrevolucionaria, pedagógica y performativa en la forma en que fue narrada. Durante algunas páginas, los peninsulares fueron derrotados y la república marchó en búsqueda de su ingreso al concierto de las naciones civilizadas, en otras la inapropiable presencia de la alteridad seguía haciendo trizas el sueño de la nación como sujeto unificado de la historia.

2. SEGUNDA PARTE

2.1. INTRODUCCIÓN: HETEROTOPIAS

A la par de la preocupación por el pasado, los letrados e intelectuales colombianos se interesaron por el espacio y buscaron trazar en éste las huellas de su escritura. En algunas ocasiones, los trazos sobre el papel iban a la par de las cicatrices que la superficie de la tierra debía soportar, para que los seres humanos se desplazaran más fácil y rápidamente. En otras ocasiones, las letras parecían ser la única modalidad de apropiación de unos territorios que no se dejaban hollar fácilmente por camino alguno.

Ambas escrituras hacían añicos la ilusión de la *res extensa*. La experiencia moderna del espacio en Occidente fue y es la historia de la jerarquización y la diferenciación de los territorios, distinción que sólo es posible a través del contraste entre los espacios. Michel Foucault lo expresó con su habitual lucidez en un breve ensayo, en el que señaló: “vivimos en el interior de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles unos a otros y no superponibles en absoluto”²⁰².

Ese ensayo proporcionará las nociones claves para el trabajo interpretativo de los capítulos siguientes de esta tesis, los cuales se ocuparán de dos tipos de emplazamiento, que se relacionan a través de la contradicción con otras formas espaciales. La primera modalidad de emplazamiento es la utopía, noción que agrupa al conjunto de espacios inmanentemente irreales, los cuales sólo pueden ser habitados por una variación, incluso una desviación de las sociedades que los imaginan. Son, pues, los hábitats inexistentes de una sociedad perfeccionada o invertida. La segunda modalidad de emplazamientos corresponde a una especie

²⁰² “Espacios diferentes”, en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*, vol. 3, Barcelona, Paidós, 1999, p. 434.

de utopía que ha tenido lugar; en aquéllos, todos los demás espacios están representados, impugnados e invertidos. Ellos se encuentran por fuera de todos los lugares aunque puedan ser localizados. Estos emplazamientos son las heterotopías. Entre éstas y las utopías existe una experiencia espacial intermedia e impura, el espejo:

Al fin y al cabo el espejo es una utopía, puesto que es un lugar sin lugar. En el espejo me veo donde no estoy, en un espacio irreal que se abre virtualmente tras la superficie; estoy allá lejos, allí donde no estoy, soy una especie de sombra que me da mi propia visibilidad, que me permite mirarme allí donde estoy ausente: utopía del espejo. Pero es igualmente una heterotopía, en la medida en que el espejo existe realmente y en que posee, respecto del sitio que yo ocupo, una especie de efecto de remisión; desde el espejo me descubro ausente en el sitio en que estoy, ya que me veo allá lejos. A partir de esa mirada que en cierto sentido se dirige a mí, desde el fondo de este espacio virtual que está del otro lado del cristal regreso hacia mí y comienzo a dirigir mis ojos hacia mí mismo y a reconstituirme allí donde estoy²⁰³.

En Colombia, la Orinoquia, la cuenca del río Magdalena, el litoral Pacífico y la Amazonia fueron los principales espejos que se contraponían a los emplazamientos que se experimentaban como relativamente nacionalizados, es decir, como escritos e inscritos en la dimensión pedagógica de la narración nacional. En los espejos, tenían lugar los sueños utópicos, febriles, de una selvas atravesadas por vapores y salpicadas por manchas urbanas, pobladas por colonos e inmigrantes. En éstos, la nación por fin se completaría y lograría hacer parte del concierto de las naciones civilizadas. Pero estas mismas regiones tenían una dimensión heterotópica, un mundo al revés, en el cual el salvajismo le ganaba la mano a la civilización, los racionales se transformaban en brutos y la vegetación devoraba las huellas de la actividad humana. En un mismo emplazamiento, se yuxtaponían horizontes incompatibles entre sí: la amenaza atávica del pasado y el salvajismo, los peligros actuales que amenazaban la soberanía nacional y el éxtasis futuro de la república. En estas zonas, conformadas en su mayoría por lo

²⁰³ Foucault, Michel, "Espacios diferentes", p. 435.

que hoy se denomina selva humedad tropical, los letrados se veían a sí mismos donde no estaban, pero, desde este lugar marcado por su ausencia, su mirada retornaba sobre ellos mismos confrontándolos.

La constitución de utopías y heterotopías marcó la imaginación geopolítica²⁰⁴ de la nación. En los trazos escritos de esta imaginación, algunos espacios fueron constituidos simbólicamente en la síntesis de lo nacional: zonas productivas y salubres, habitadas por ciudadanos. Otras fueron descritas como fronteras internas, en las que lo nacional se disolvía de una forma violenta ante el predominio del salvajismo, la barbarie y los desiertos.

²⁰⁴ Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, "El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial", en *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 11, No. 1, 2005, pp. 1-39. Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, "Para una sociología histórica de los espacios periféricos de la nación en América Latina", en *Antípoda*, No. 7, 2008, pp. 175-196.

2.2. TERCER CAPÍTULO: EL TERRITORIO NACIONAL, ENTRE RÍOS Y LLANOS

El ensayo citado de Foucault se llamó originalmente *Des espaces autres*, en castellano fue traducido como *Espacios diferentes*; la apelación a lo otro o a la diferencia no es gratuita, efectivamente las utopías, las heterotopías y los espejos son emplazamientos marcados por la alteridad. Éstos son conocidos, sobre todo, a partir de los relatos, las imágenes y los mapas que los representan, más que a través de una experiencia directa. La escasez de un conocimiento de primera mano parece propiciar una imaginación que es presa de las fiebres, que tan frecuentemente son citadas en los informes que buscan describir estas regiones²⁰⁵.

En lo que hoy es Colombia, los espacios diferentes estuvieron marcados por una doble alteridad o, aunque sea, por una alteridad que operaba en dos escalas diferentes. Por un lado, se tenía una diferenciación en el ámbito mundial; por el otro, una distinción nacional que prolongaba, al tiempo que transformaba la primera. Juego infinito de la *différance* que produce la variación en medio de la repetición.

La alteridad a escala global puede ser rastreada hasta la polémica sobre la debilidad o la fortaleza de la naturaleza y de la población americana, que sostuvieron filósofos, naturalistas y clérigos durante el siglo XVIII y parte del siglo XIX, y en la que primó la idea de que la naturaleza en América avasallaba a la sociedad, que no había podido hacerla rendir al imperio de la historia²⁰⁶. A pesar de numerosas continuidades, los trabajos de los viajeros naturalistas, de los

²⁰⁵ Serje, Margarita, *El revés de la nación*. Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, “El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial”. Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, “Para una sociología histórica de los espacios periféricos de la nación en América Latina”.

²⁰⁶ Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo*.

ensayistas cercanos al evolucionismo social y de los médicos más atentos a las particularidades americanas, africanas y del sur de Asia hicieron posible el surgimiento del trópico como una categoría geográfica precisa que se caracterizaba por poseer unas enfermedades, una población y unos paisajes que se identificaban como tropicales casi de inmediato y que eran considerados radicalmente diferentes de los presentes en las zonas con variaciones estacionales²⁰⁷.

El argumento fue en buena medida tautológico; algunas zonas del mundo eran definidas como tropicales no sólo por su ubicación geográfica sino también por la presencia de unas enfermedades, poblaciones y paisajes particulares, las cuales eran a su vez marcadores de la tropicalidad, porque se presentaban exclusivamente o con mayor frecuencia en estas zonas. Pero, se trataba, de una tautología propia de una episteme abiertamente moderna, en tanto que el acento se ponía en las relaciones entre elementos dispares –bióticos y abióticos se diría hoy– y en el *Hombre* como sujeto y objeto de conocimiento.

En su prolongación y variación en el ámbito nacional, los letrados elaboraron un inteligente ardid que concentró la tropicalidad en las tierras bajas y veló el carácter tropical de las tierras altas. La diferencia latitudinal fue reducida y transformada en diferencia altitudinal. Esta argucia retórica tenía un claro antecedente en los artículos publicados en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, editado durante la primera década del siglo XIX, en el cual se inauguró en nuestro medio la utilización de argumentos científicos para plantear una distinción ontológica entre ambas zonas²⁰⁸. Manuel Ancízar, décadas más tarde, manifestó al respecto:

²⁰⁷ Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 2001. Castrillón Aldana, Alberto, *Alejandro de Humboldt, del catálogo al paisaje*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000. Stepan, Nancy Leys, *Picturing Tropical Nature*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.

²⁰⁸ Nieto Olarte, Mauricio, *Orden social y orden natural*. Cf. Caldas, Francisco José de, *Semanario de la Nueva Granada*.

La repentina transición de una región a otra hace muy notables sus contrastes, tanto en la configuración del suelo i en la vegetación natural, como en las habitaciones, los vestidos i las sementeras. En la rejion subandina todo es gigantesco, excepto el hombre; los desiertos se suceden apenas interrumpidos por algún pueblecillo, y las sementeras visibles se reducen a la caña, el maíz i el plátano, sembrados a trechos y rodeados del bosque al cual parecen disputar el terreno. En la rejion alta se extienden los amenos valles entapizados de menuda yerba o cuidadosamente divididos en pequeñas heredades sembradas de todo linaje de frutos menores i animadas por la humilde casita i la robusta familia del feliz propietario; ningún bosque interrumpe la vista del país, ni se andan muchas cuadras sin hallar habitaciones i ventas de chicha. Allí los vestidos son lijeros, desapareciendo casi enteramente la ruana, el hablar es voluble i en alta voz, los movimientos sueltos i las fisonomías despabiladas. Aquí los vestidos de bayeta, la eterna ruana, el hablar pausado con insistencia sobre algunas consonantes que suprimen los *calentanos*, i las fisonomías inmóviles i reservadas de la raza indígena. Finalmente, a los senderos quebrados, sinuosos i fatigadores de la rejion baja, se suceden los caminos anchos nivelados i naturalmente firmes de la rejion alta, por los cuales las jornadas se acortan, haciéndose sin molestia del jinete ni cansancio de la bestia. Paisaje, industria, poblacion, clima, todo es diferente, todo ha variado en el breve espacio de tres horas de marcha. Dos siglos mas, i la realidad de los hechos sobrepujará a cuanto la imaginación en sus fecundas combinaciones invente acerca de la opulencia que Dios tiene reservada a estas comarcas singulares, vasto recipiente de riquezas infinitas que se acumulan en silencio esperando a sus futuros señores. Tierra como esta no ha sido creada sin grandes designios; i los designios de la Providencia no son inestables como los proyectos, ni efimeros como las jeneraciones del hombre²⁰⁹.

Esta extensa cita permite ilustrar aspectos que marcarán las modalidades de representación territorial en el país. En primer lugar, la oposición entre las tierras altas y las tierras bajas es multidimensional: industria –es decir, actividades productivas–, clima –y con éste las enfermedades–, población –lo cual incluiría, razas, tipos, costumbres– y, por supuesto, paisaje. En segundo lugar, el énfasis en la diversidad del medio ambiente patrio, el cual albergaría en una mínima superficie un gran número de plantas, animales, paisajes y poblaciones. En tercera instancia, la idea de riquezas naturales sin par y el horizonte de prosperidad material que éstas abren. Finalmente, la valoración positiva de las

²⁰⁹ *Peregrinación de Alpha*, pp. 69-70.

zonas frías y su oposición a las tierras cálidas caracterizadas frecuentemente como desiertos.

No obstante, esta oposición que parece clara inicialmente, se torna más compleja en cuanto las tierras ubicadas a menos de 1000 metros sobre el nivel del mar son necesarias para el progreso, al tiempo que su principal obstáculo. En éstas se encontraban las posibilidades agrícolas y mineras que harían posible que el país hiciera parte plena del concierto de las naciones civilizadas, al estar plenamente integrado al mercado mundial. El proyecto, denominado por Germán Palacio²¹⁰ como liberalización de la naturaleza, fue el principal intento para conquistar las tierras bajas, aunque paradójicamente tuvo mayor éxito en las zonas altas y medias. Este proyecto, fundamentado en la idea de conquista y de apropiación privada de la tierra, fue impulsado por las elites de ambos partidos, que buscaba la conversión de la tierra y del trabajo humano en mercancías, como condición de posibilidad del deseo civilizador decimonónico.

[...] el verdadero porvenir del país no puede ser otro que la explotación de las riquezas tropicales, y por lo mismo serán mero lujo los ferrocarriles á las regiones frías, que casi no producen artículos de exportación; en no lejano futuro por cada reinoso habrá á lo menos diez calentanos²¹¹.

A lo que agregaba:

En efecto, siendo Colombia ante todo una tierra tropical, llamada á producir artículos de esos que no se encuentran en la zona templada del globo, y por muchos años aún tributaria obligada de otros países desde los puntos de vista mercantil é industrial, lo que interesa es el cultivo y explotación de las tierras cálidas y ardientes, de las tierras próximas al mar ó á los ríos navegables, en las cuales la higiene será poderoso auxiliar de los colonos, que de ordinario no sucumben sino por no guardar los preceptos de esa ciencia por falta de

²¹⁰ Palacio, Germán, "Introducción", en Palacio, Germán (ed.), *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850–1995*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, p. 27 y ss.

²¹¹ Vergara y Velasco, Francisco, *Nueva geografía de Colombia*, p. 367.

autodisciplina que los abstenga de cierta clase de actos y excesos á que incita esa zona con su clima, producciones y vida fácil²¹².

La conquista de esas tierras se vio truncada, en parte, por las inconsistencias de las mismas elites que la impulsaban, como lo ha planteado Rojas²¹³; en otra, por la inestabilidad de los auges extractivos que la impulsaban. Tal vez la principal transformación que propició fue el incremento total y porcentual de la población asentada en las tierras bajas y medias, especialmente en las cordilleras central y occidental, y la disminución porcentual de la población nacional asentada en las tierras altas de la cordillera oriental²¹⁴.

El descenso de la civilización hacía los valles y las llanuras, tal y como fue denominado en la época²¹⁵, tuvo diversos frentes pero su principal incidencia se concentró en la zona fronteriza entre Antioquia y Cauca y en la vertiente que desciende de Cundinamarca al río Magdalena. La falta de una apropiación real de regiones, que incluso eran cercanas a los principales centros urbanos del país, no pasó desapercibida para los letrados, quienes no dudaron en criticar la negligencia del Estado y la indolencia de las elites, a las cuales pertenecían. Jenaro Balderrama sintetizaba el sentir de muchos hombres al denunciar que se hacían las leyes pero no se buscaban los medios, al tiempo que se achacaba la pobreza a la falta de artículos de exportación, cuando éstos descansaban a unos pocos kilómetros de la ciudad de Bogotá: “Las hoyas del Meta y del Magdalena les brindan con prodigalidad sus fértiles terrenos, sus riquezas naturales y sus vías de comunicación, para emplear sus capitales ventajosamente, con provecho de ellos y de la parte pobre de la sociedad que entonces hallaría trabajo”²¹⁶.

²¹² *Nueva geografía de Colombia*, p. 710.

²¹³ Rojas, Cristina. *Civilización y violencia*, pp. 185–186.

²¹⁴ LeGrand, Catherine, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988. Palacios, Marco y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Cf. Palacio, Germán, *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930*, Bogotá, ILSA, 2006.

²¹⁵ Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, p. 299.

²¹⁶ “El Meta y las llanuras de San Martín”, en Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín en diciembre de 1869*, Bogotá, Banco de la República, 1869-1955, p. 283.

2.2.1. La columna vertebral de la nación

En 1892, salió a la luz la primera edición de la *Nueva Geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales*; desde su primer capítulo, Francisco Vergara y Velasco sintetizó en varios mapas las representaciones sobre el espacio nacional que poseían una mayor potencia simbólica. En uno de estos mapas se muestra la centralidad geográfica de Bogotá; en otro el país se divide en las zonas completamente conocidas y las tierras apenas exploradas; un tercero lo divide en regiones naturales. También realiza una serie de mapas del relieve, basados en un principio que denomina objetivo:

Supongamos que el mar sube 6,000 metros sobre su nivel actual, y por lo tanto que Colombia *íntegra* desaparece bajo sus aguas, y que luego, mirando ese mar á vista de pájaro, hacemos que sus aguas desciendan bruscamente por capas de un kilómetro de espesura²¹⁷.

De esta forma, tenemos mapas de Colombia hundida 5, 4, 3, 1 kilómetros y un mapa final titulado tierras altas y tierras bajas de Colombia, que representaría al país hundido 500 metros. Toda esta serie daría lugar a una representación que asemejaba a un archipiélago, en el que las islas que lo conformaban iban aumentando de mapa en mapa, lo cual se sumaría a la centralidad geosimbólica de Bogotá, a la proliferación de las tierras desconocidas y a la fragmentación geográfica. Representaciones todas que serán centrales y ampliamente compartidas.

Lejos de la *res extensa*, el espacio de la nación estaba completamente marcado por juicios morales que se superponían a juicios estéticos. El padecimiento y las afecciones que sufrían los viajeros, cuando salían de la relativa calma y la sanidad

²¹⁷ *Nueva Geografía de Colombia*, p. 133.

del archipiélago de las tierras altas coincidían, con la percepción de la aparente indolencia de quienes allí habitaban. Por supuesto, no se trataba de una percepción pura, ninguna lo es, sino de una percepción construida culturalmente como se verá luego.



Francisco Vergara y Velasco, *Nueva Geografía de Colombia*, p. 7.

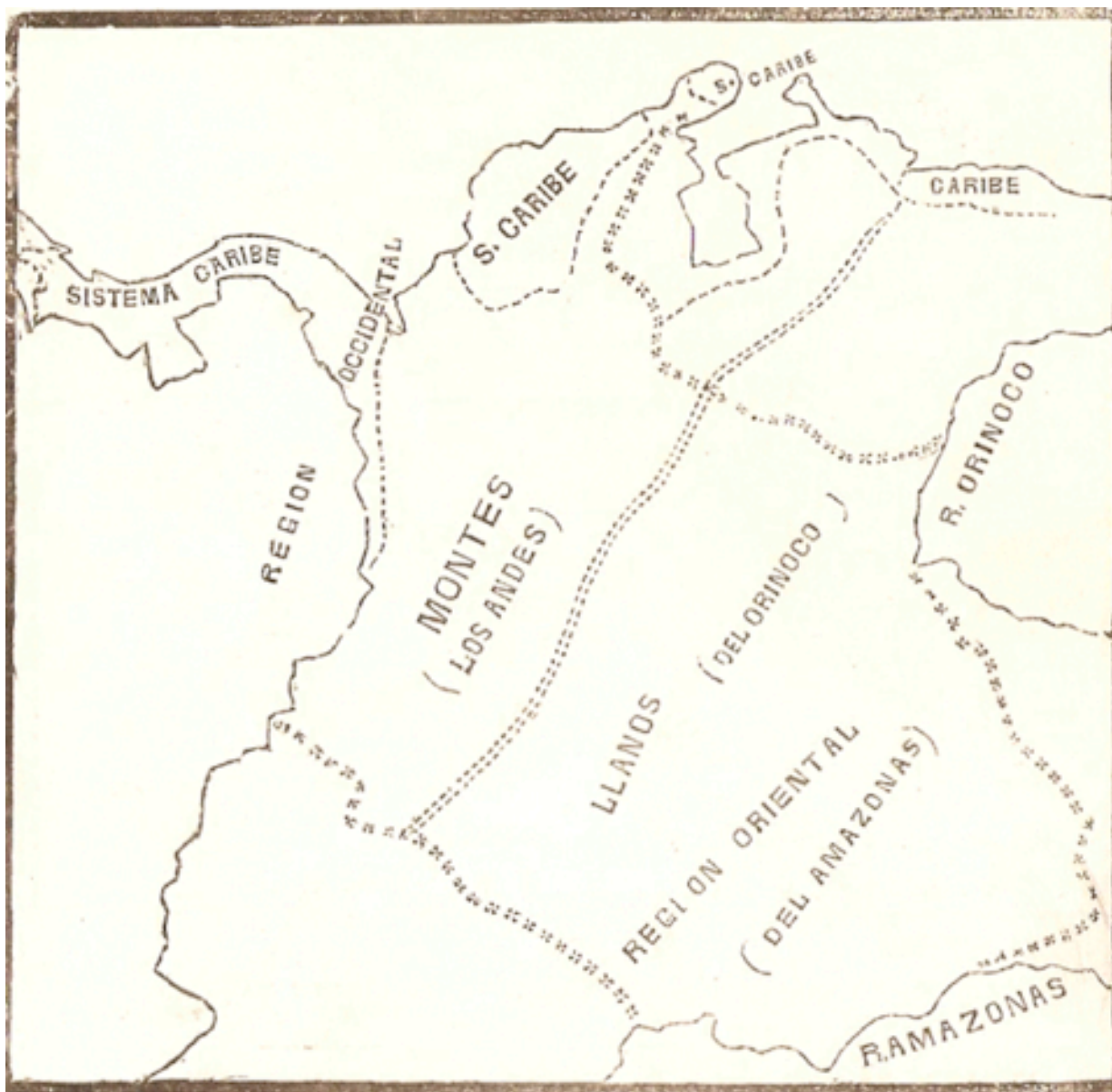


Figura 39—Regiones naturales de Colombia. Escala : 1 : 20.000,000

Francisco Vergara y Velasco, *Nueva Geografía de Colombia*, p. 130.



Figura 11 * - Zonas completamente conocidas (▨) y tierras apenas exploradas ()
Escala 1 : 15.000.000

* Las líneas negras sostenidas indican los grandes trazos topográficos que sirven hoy de base de nivelación para formar la carta del país. Esta figura será ampliada en su lugar.

La seguridad de este archipiélago, cuyo centro era la sabana bogotana, pronto se veía confrontada por un hecho ineludible: la espina dorsal del país era el río Magdalena²¹⁸; por éste entraba buena parte de los bienes necesarios para la reproducción de la sociedad nacional y por él se movían los ciudadanos, los extranjeros y muchos de los sujetos aún no plenamente ciudadanos. Por este río también salía un porcentaje importante de los productos que se exportaban. Eje fluvial de la vida social y punto de confluencia de los diversos intereses regionales, “En el Magdalena hay ya un interés nacional que importa sostener y cultivar, una solidaridad de esperanzas que es un vínculo de unión y de paz, lugares de reunión del antioqueño con el cundinamarqués, el boyacense, el santandereano, el bolivarense, que los hace conocerse, amarse, fundirse en un solo pensamiento de nacionalidad”²¹⁹. Esta representación, idealizada, de la comunión nacional debe ser cuestionada, pero no invalida la percepción de que este río era un símbolo y una síntesis, para bien o para mal, del país.

Esto traía consigo el reconocimiento explícito de que las regiones más importantes para el progreso de la patria se encontraban en las tierras bajas, las cuales como se ha planteado se consideraban plenamente tropicales. Una palabra podría sintetizar las descripciones de los paisajes de la tropicalidad: exuberancia. Por un lado, diversidad de especies como reconocía el viajero alemán Alfred Hettner²²⁰, cuando comentaba que, a diferencia de los bosques europeos conformados por muy pocas especies, en las selvas colombianas era difícil encontrar dos especímenes semejantes; diversidad que, además, se distribuía verticalmente, pues comenzaba a ras del suelo con las hierbas, continuaba con los arbustos y finalizaba en lo alto con árboles de buen tamaño, de los cuales, a su vez, colgaban otras plantas. A esto se sumaba, por otro lado, la abundancia de sus frutos.

²¹⁸ Gutiérrez Flórez, Felipe, *Rutas y el sistema de hábitats de Colombia. La ruta como objeto: epistemología y nuevas cartografías para pensar el hábitat*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2007.

²¹⁹ Camacho Roldán, Salvador, *Notas de viaje*, pp. 145–146.

²²⁰ Hettner, Alfred, *Viajes por los Andes colombianos*.

La representación de una naturaleza pródiga, que brindaba a los seres humanos sus bienes, se convirtió en un lugar común. Pero, en este punto, el mucho se desliza silenciosamente hacia el demasiado. Felipe Pérez²²¹ hizo visible la paradoja de la cuenca del río Magdalena: en una zona donde los seres humanos necesitaban esforzarse tan poco para vivir, el medio se oponía a su presencia. La respuesta a esta paradoja está implícita en la caracterización del paisaje tropical como exuberante. La exuberancia trae consigo la proliferación de la vida, proliferación que se escapa de las manos de los seres humanos, que se ven enfrentados a una naturaleza incontrolada, pletórica de animales salvajes, alimañas y enfermedades. La vida como expresión general se opone a esas formas de vida particulares que son los hombres y las mujeres, especialmente, si éstos son blancos y civilizados.

Al planteamiento de la superioridad irrefutable de la naturaleza sobre la sociedad, que hundía sus raíces en la *disputa del Nuevo Mundo*, como ya se mencionó, se le habían ido sumando estratos de sentido, que pasaban por lo que se podría denominar lo sublime tropical del geógrafo prusiano Alexander von Humboldt, quien, a pesar de su relativo aprecio por la naturaleza de la América equinoccial, no pudo romper con el estereotipo de ubicar al ser humano, sujeto histórico por excelencia, en Europa y hacer de América un continente en el cual la impronta humana estaba aún por inscribir. El paisaje americano se representó, entonces, bajo el influjo de lo sublime, lo que hizo que los seres humanos no aparecieran en él o, cuando lo hacían, se encontraran apabullados. Los relatos de los viajeros, principalmente británicos, luego de las independencias, rompieron parcialmente con la perspectiva de von Humboldt, al pasar de la imagen de la magnificencia de la naturaleza a la representación de ésta como síntoma del descuido y de la

²²¹ *Jeografía general de los Estados Unidos de Colombia.*

ausencia de trabajo; sin embargo, también continuaron con la tradición humboldtiana, al enfatizar la hegemonía del espacio sobre la historia²²².

Esta apropiación de la noción de tropicalidad fue incluso compartida por extranjeros hispanoamericanos que, como el argentino Miguel Cané, se preocuparon por las particularidades espaciales de Colombia:

Aquellas tierras espléndidas, que hacen brotar á raudales de su seno cuanto la fantasía humana ha soñado en los cuadros ideales de los trópicos, podrían ser llamadas, en antítesis á la frase de Alfieri, el suelo donde el hombre nace más débil y escaso. Todo á lo largo del río no se encuentran sino pequeñas y miserables poblaciones, donde las gentes viven en chozas abiertas, sin más recursos que un árbol de plátanos que los alimenta, una totuma, cuyas frutas, especie de calabazas, les suministran todos los utensilios necesarios á la vida y uno ó dos cocoteros. [...]. Mientras mis ojos miran con asombro el cuadro deslumbrante de aquel suelo, el espíritu observa tristemente que esa grandeza no es más que una mortaja tropical. Así, Colombia se refugia en las alturas, lejos, muy lejos del mar y de Europa, tras los riscos escarpados que dificultan el acceso y trata de hacer allí su centro de civilización²²³.

Los letrados decimonónicos se apropiaron de las ideas de von Humboldt sobre las asociaciones de los seres vivos entre sí y con el entorno físico y de los planteamientos de los viajeros posteriores sobre la necesidad de que la sociedad controlara la naturaleza, pero también cuestionaron, parcialmente, la idea de la primacía total de la naturaleza en el territorio nacional, pues, para ellos, existían núcleos urbanos de cierta importancia, bellos y productivos campos de labranza, zonas en donde los seres humanos estaban abriéndose paso y, por supuesto, desiertos que dificultaban el progreso de la nación. En definitiva, desplegaban una representación mucho más matizada, compleja y fragmentada del paisaje, la cual

²²² Nouzeilles, Gabriela, "Introducción", en Nouzeilles, Gabriela (comp.), *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 11–38. Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.

²²³ *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*, p. 74.

permitía un optimismo moderado, el cual pasaba, por supuesto, por la división del territorio nacional en tierras bajas y en tierras altas.

Incluso José María Samper²²⁴ llegó a cuestionar el conocimiento que se producía en Europa sobre los países hispanoamericanos; para él, los europeos solo conocían los terremotos, los volcanes, los caimanes, los ríos, las montañas, los mosquitos, las serpientes, las fiebres, los calores, los salvajes, los negros y los mestizos; sabían también que se producía oro, plata, quina y tabaco, insurrecciones y reacciones, pero no les interesaba conocer las instituciones, la historia y la sociedad de estas repúblicas.

La historia de la descripción de las tierras bajas es, en buena medida, el relato de las enfermedades que afectan a quienes tenían lo osadía de habitar o de transitar por esos parajes. Francisco Vergara y Velasco²²⁵ comentaba que a las enfermedades nativas se sumaban las exóticas, que se aclimataban rápidamente sin que el gobierno o los particulares hicieran ningún esfuerzo para impedirlo. Para él, en las tierras calientes arremetían contra la población, el paludismo, la anemia, la malaria, la tisis, la sífilis y numerosas fiebres: la amarilla, la biliosa, la intermitente y la ética; la raza negra de estas regiones era el blanco preferido de la forunculosis, los eczemas, la psoriasis, la cloasma, el beriberi y la elefantiasis, especialmente de los miembros inferiores y del *escrotum*. Enfermedades de tierra fría en otros lugares del mundo, como la gripa, la bronquitis, la tuberculosis y la viruela, se encuentran aquí por todo el territorio nacional. El coto, que embrutece a la raza humana, se encuentra tanto en las tierras altas como las bajas a juicio de este geógrafo. Sin embargo, la importancia de las regiones cálidas era tal, que su carácter malsano debía ser relativizado, pues de lo contrario el futuro de la república en su conjunto sería imposible.

²²⁴ *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 3.

²²⁵ *Nueva geografía de Colombia*.

Este mismo letrado²²⁶ luego de su larga lista de enfermedades, que aquí ha sido resumida, planteó que hacía tiempo que no había allí grandes epidemias y que el número de colombianos que residía en las zonas con menos de 1000 metros sobre el nivel del mar era cada vez mayor, a pesar de la falta de higiene del pueblo, la ausencia de auxilios médicos y la falta de un desmonte sistemático de la selva. Todo ello hacía que la gente pobre sufriera más en estas zonas, pero que ese sufrimiento pudiera ser reducido e incluso eliminado.

Los padecimientos de este segmento de la población podían ser atribuidos a múltiples causas, empezando por su misma falta de disposición para la vida civilizada. En su lección sobre el pasado, Enrique Cortés, en un escrito publicado originalmente en 1877, descartaba de tajo la tiranía del capital en las tierras bajas de la república y responsabilizaba a la atrofia intelectual, al ocio, a la falta de previsión y al aguardiente, por el mantenimiento de los pobres en las miseria:

El aguardiente es la maldición de este país. Todos los obreros y aldeanos de las tierras calientes, con la feracidad de ese clima, los altos salarios, lo barato de la tierra y los pocos gastos personales que requiere allí la vida, podrían hacer en pocos años ahorros de consideración y formar un capital, si no fuera por ese ídolo insaciable, que arrastra como una vorágine todo cuando gana el pobre, para que los sacrifique en su impúdico altar²²⁷.

Todo estaba servido, pues, para el enriquecimiento de los trabajadores manuales, menos ellos mismos, que no conocían sus verdaderos intereses. El también liberal Salvador Camacho Roldán señaló de forma coincidente que, en Tolima durante la década de 1870, es decir, durante los años finales del auge tabacalero, se presentó de forma exacerbada una enfermedad común a todo el país: la embriaguez, a la cual se le unió rápidamente el juego y la prostitución. Éstas tenían como causa el mismo carácter tropical del ambiente:

²²⁶ *Nueva geografía de Colombia*, p. 378.

²²⁷ *Escritos varios*, vol. 1, p. 360.

La acción prolongada de los grandes calores produce, como primer efecto, languidez en el organismo, falta de nutrición y por consiguiente debilidad general, transmitida luego por herencia á los hijos. La anemia, el coto, las úlceras, son consecuencia inmediata; y la pereza, los vicios sobre todo el del uso de licores estimulantes, la miseria fisiológica y la del alma –mucho peor que la otra– aparecen luégo en la segunda y la tercera generación²²⁸.

Sería necesaria, como se verá en la tercera parte de esta tesis, una apropiación más decidida y consistente del discurso eugenésico para darle un cuerpo más sólido a este tipo de enunciados, que apelaban a la pérdida de capacidades fisiológicas y morales a través de las generaciones y que la asociaban a medios enfermizos y a comportamientos inadecuados. Durante el siglo XIX, el *énfasis* recayó en el ambiente y su asociación con un tipo de enfermedades específicas. La principal preocupación no fue entonces el alcohol ni ningún otro comportamiento que causara enfermedades, sino el carácter enfermizo *per se* de estas zonas, que provocaban entre todas las enfermedades ya mencionadas, un sinnúmero de fiebres.

Desde mediados del siglo XIX, es decir, coincidiendo con los esfuerzos por conquistar las tierras bajas, en especial las del valle del Magdalena, se puede identificar una honda preocupación por las dificultades que imponía la omnipresencia de las fiebres sobre los pobladores o viajeros. Manuel Ancízar planteaba:

Rara persona de las que bajan al Carare se liberta de fiebres intermitentes. No bastan preocupaciones: necesitase una constitución privilegiada para salir sano de entre aquellos bosques i lodazales eternos, hirviendo en putrefaccion vegetal bajo una temperatura de 27° a 32° del centígrado, en medio de una atmosfera cargada de olores penetrantes i casi nunca renovada en sus capas inferiores por corrientes de aire libre²²⁹.

²²⁸ *Notas de viaje*, p. 253.

²²⁹ *Peregrinación de Alpha*, p. 105.

Ancízar y sus contemporáneos se enfrentaban a las “fiebres” con un saber que trazaba fronteras muy tenues entre ellas y que atribuía sus causas al fermento del detritus de los bosques bajo el inclemente sol, a los rápidos cambios de temperatura, a la transpiración constante, a la imprudencia natural de quienes no estaban aclimatados a estas zonas y a “la abundancia de *frutas tropicales*, á las que el estómago del *hombre de Occidente* no está habituado”²³⁰. Nuevo ejemplo de conversión de las tierras altas en zonas templadas, pues aquí el hombre occidental es el viajero ilustrado andino, quien, a pesar de habitar una zona *latitudinalmente tropical*, no está habituado a las frutas tropicales. El miembro de la ciudad letrada que se ve despojado de valor, ante la ineficacia de la escritura, en un mundo que se guiaba por otros preceptos.

La preocupación por las fiebres del Magdalena fue central para la emergencia de las geografías médicas en nuestro país²³¹, éstas fueron los primeros trabajos de epidemiología comparada. En ellas, se estudiaban vastas regiones en búsqueda de los caracteres singulares de las enfermedades locales. Los expertos partían de que existían endemias propias de las zonas tropicales, de forma análoga a los geógrafos naturalistas, quienes habían identificado seres organizados y paisajes propios de esta zona.

Los médicos, en su afán de vincular la nosología y la etiología de las enfermedades con el medio geográfico, se convertían en topógrafos y geógrafos de las epidemias, siguiendo el recorrido espacial de las afecciones e interrogando al ambiente. Estas geografías construyeron y reforzaron la idea de que esta región era una tierra envenenada, deletérea y palustre, lo cual entraba en conflicto con la

²³⁰ Cursivas agregadas. Cané, Miguel, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*, p. 65.

²³¹ Cuervo Márquez, Luis, *Geografía médica y patología de Colombia. Contribución al estudio de las enfermedades intertropicales*, Bogotá y Nueva York, Librería Colombiana, 1915. Cuervo Márquez, Luis, “Ligeras apuntaciones sobre climatología colombiana”, en *Revista Médica*, Serie 10, No. 102, Bogotá, 1886, pp. 23-33. Esguerra, Domingo, *Memoria sobre las fiebres del Magdalena*, Santana, Imprenta de D. Díaz, 1872. Gómez, Josué, “Contribución al estudio de las fiebres del Magdalena”, en *Anales de Instrucción Pública de los Estados Unidos de Colombia (8 entregas)*, No. 48, Bogotá, 1886, pp. 239-246.

necesidad de apropiarse simbólica y materialmente de ésta²³². A pesar de la especificidad desplegada en este tipo de saber, es fácil suponer que, dados los estrechos vínculos entre las elites letradas nacionales, estos planteamientos fueron conocidos, aunque sea de oídas, por los hombres de letras ajenos al ejercicio de la medicina, que se apropiaban de algunas de estas consideraciones.

A juicio de geógrafos como Agustín Codazzi y Francisco Vergara y Velasco²³³, las tierras frías eran un *sanatorium* para las enfermedades de las tierras bajas, al tiempo que un criadero de *hombres*, los cuales debían conquistar estas últimas y vigorizar con su sangre la población de estas zonas. Así, el crecimiento poblacional de las segundas dependía de las primeras. Ambos letrados estaban de acuerdo, además de que la tala del bosque, la desecación de los pantanos y el aprovechamiento agrícola o ganadero de la tierra saneaba el medio. En síntesis, se podría plantear “que el país es sano allí donde el hombre lo ha hecho sano mediante su trabajo y civilización”²³⁴.

El problema era definir y encontrar la población que estuviera capacitada para hacerlo sano. Las consideraciones sobre los habitantes ribereños, los colonos y los inmigrantes ocuparon miles de páginas y litros de tinta. La indolencia de los pobladores ya asentados fue descrita una y otra vez. Si bien la naturaleza da con generosidad a los pobladores asentados a la ribera del río, su vida no era tan fácil

²³² García, Claudia Mónica, “Las ‘fiebres del Magdalena’: medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana, 1859–1886”, en *Historia, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 14, No. 1, 2007, pp. 63–89. Vásquez Valencia, María Fernanda, *Clima, espacio y enfermedad en la medicina colombiana a finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, Medellín, Tesis para optar al título de magíster en historia, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2008. Villegas Vélez, Álvaro y Catalina Castrillón Gallego, “Territorio, enfermedad y población”.

²³³ Codazzi, Agustín, “Informe sobre vías de comunicación del Estado de Cundinamarca” [1858], en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá, - antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín -*. *Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, p. 246. Vergara y Velasco, Francisco, *Nueva geografía de Colombia*, p. 713.

²³⁴ Röhrlisberger, Ernst, *El Dorado*, p. 90.

por estar atrapados en esas soledades. Además, debían protegerse de las inundaciones, de los animales salvajes, de las fiebres, lo que prácticamente excluía a los blancos de estas zonas:

Así, por virtud del clima, predomina la sangre africana en los pueblos que ahora recorreremos, i prospera con sus costumbres libres, sus hábitos indolentes i su indiferencia por los gozes morales e intelectuales, cuya consecución afana tanto i ennoblece a los hijos del Cáucaso. Nada de habitaciones cómodas i adornadas: un techo levantado sobre horcones, entre los cuales se ponen algunas varas derechas que dejen paso al aire exterior; la muelle hamaca sopesa de las vigas; el maíz, el plátano i el pescado metidos de continuo en el fogón, i allí cerca un calabazo con la bebida fermentada, producto de la caña dulce o de la palma-de-vino (*Corozo*). Fácil vida que ahorra las penas del trabajo i aleja las inquietudes de la prevision, pero que también prolonga indefinidamente la barbarie²³⁵.

Sin temor ni disgusto, así ganaban su alimento los pobladores de la cuenca del río Magdalena²³⁶. Estas tierras parecían desmentir la maldición bíblica de ganarse el pan, o más exactamente el plátano, con el sudor de la frente. El problema era que esta maldición era necesaria para el progreso y la civilización, y su negación generaba un anatema mucho más terrible: la inmovilidad. Las poblaciones favorecidas por la generosidad de la naturaleza, literalmente vegetaban, según los letrados, incumpliendo los preceptos cristianos y la obligación patriótica de buscar la prosperidad material a través de la producción, la circulación y el consumo de los frutos de la tierra transformados en mercancías.

María Teresa Arcila²³⁷ ha mostrado cómo los relatos sobre los antioqueños elaboraron un elogio de la dificultad, en el cual la esterilidad de la tierra y lo agreste del territorio los obligaron a luchar o a sucumbir, lucha que había forjado su carácter y que había permitido el progreso de la región; a la par de este elogio, tendríamos, entonces, la maldición de la facilidad; el carácter pródigo de la

²³⁵ Ancízar, Manuel, *Peregrinación*, p. 455.

²³⁶ Pérez, Felipe, *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, p. 159.

²³⁷ Arcila, María Teresa, "El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia", en *Historia Crítica*, No. 32, 2006, pp. 38-66.

naturaleza, sumado al temperamento indolente de los pobladores no-blancos habían desestimulado cualquier esfuerzo material y espiritual, lo que había retroalimentado la inferioridad que caracterizaba al territorio y a los pobladores de las tierras definidas como tropicales, es decir, bajas.

La ausencia de población considerada blanca era descrita como una de las causas para la inmovilidad que vivía la cuenca del río Magdalena y en general las tierras bajas. La indolencia era una de las principales características de quienes habitaron estos espacios. Estas personas eran definidas como seres sin necesidades y, por ende, como extraños, tal vez inhumanos, en que tanto las necesidades y el deseo de satisfacerlas era propio de la naturaleza humana²³⁸. Era obvio que la civilización y el progreso sólo podían venir de afuera, a través de los contactos comerciales o, en otras palabras, del despliegue de los intereses andinos y extranjeros en la región.

Los letrados decimonónicos exigían la presencia de un sujeto parcialmente moderno, productivo e ilustrado, y lamentaban su aparente ausencia. Por supuesto, ellos obviaban las condiciones que hacían posible este tipo de sujetos y trataban un particularismo europeo como un hecho universal y, por ende, obligatorio. A pesar de la relativa ausencia del *Sujeto Moderno* en las riberas del río Magdalena, éstas estaban habitadas por *sujetos de la modernidad*, seres en permanente vaivén entre la producción constante de representaciones y prácticas para situarse en el mundo y la sujeción al capital, al Estado-nacional y al poder de la letra²³⁹.

²³⁸ En este sentido, los letrados decimonónicos, en especial los miembros del partido liberal, construirían al Hombre en la superficie de proyección de la economía como un ser lleno de necesidades y de deseos. Cf. Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978, p. 346.

²³⁹ Dube, Saurabh, "Sujetos de la modernidad", en *Boletín de Antropología*, vol. 20, No. 37, 2006, pp. 358-367.

Los bogas son un ejemplo claro de estos sujetos de la modernidad. Éstos fueron un tipo humano recurrente en los escritos y en la iconografía sobre la zona²⁴⁰ y, en general, en todos los textos que describieron los diferentes tipos nacionales. El boga es definido por su fuerza para movilizar los champanes que surcaban el río Magdalena y que fueron durante mucho tiempo indispensables para la comunicación y el transporte en el país. Este tipo fue elaborado a partir de las experiencias de los viajeros letrados y las desiguales relaciones laborales que, combinadas con el lugar, las costumbres y los caracteres raciales se constituían en criterios de clasificación poblacional. Las descripciones hacían énfasis en la fortaleza corporal de los bogas, la cual en no pocas ocasiones era utilizada para asimilarlos o compararlos con los animales salvajes; también se resaltaba la debilidad de sus vínculos sociales y familiares y hasta su lenguaje era considerado bárbaro.

Es el boga un hombre de color, alto, fornido, salvaje en sus costumbres, rival del caimán, cuyo lecho de arena le disputa á palancazos en las playas. De todos los bailes que conoce, ha hecho uno, el *currulao*; de las lenguas española, africana é indígena ha hecho un currulao, un dialecto bárbaro. El boga canta indiferentemente salves (*sarves* dice) á la Virgen ó coplas á las muchachas, á quienes ama en montón, siéndole muy poco importante comenzar unos amores con una y acabarlos con la otra. El boga es honrado, pero ladron y libertino; es decir, no se roba el dinero ni las ropas que se le confían, pero sí el licor y las muchachas. Es sencillo, franco y valeroso. Vive cantando y luchando contra el río y los caimanes; reniega de Dios si hay mal tiempo y le echa viscaínos al rayo cuando le cae cerca. La muerte es para él una cosa muy sencilla: un hombre muere es un champán *averiao* que se debe echar río abajo²⁴¹.

Jose María Samper²⁴², una década antes, ya había descrito el currulao, cuyo ambiente ideal no dudaba en situar en el infierno, al tiempo que describía a los

²⁴⁰ Cf. Ceballos Gómez, Diana Luz, "Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación", en AAVV, *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 157-210.

²⁴¹ Vergara y Vergara, José María, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, pp. 525-526. Cf. Saffray, Charles, *Viaje a Nueva Granada [1872-1873]*, Bogotá, Editorial Incunables, 1984, p. 55 y ss.

²⁴² *Ensayo sobre las revoluciones*, pp. 97-98.

danzantes como una zambra de réprobos, que agitaban sus cuerpos en honor a los siete pecados capitales. A la par, también adelantaba la idea de la honradez de los bogas con todo lo que no fuera licor o comida; este valor se transformaba así en un arma de doble filo, puesto que demostraba su desinterés por los bienes materiales, salvo los que colmaban las necesidades más básicas.

La vida de los bogas era, pues, una vida animal y signada por la fuerza, realizaban trabajos agotadores, comían poco, dormían desnudos y tirados sobre las cubiertas de las embarcaciones, insensibles a los millares de insectos, lo cual no podía más que causar la admiración de Miguel Cané, quien al tiempo no podía dejar de lamentarse del hacinamiento y de la desnudez en la que vivían ellos y sus familias, aunque, a su juicio, la amenaza más grave para el bienestar de los viajeros, que recorrían el río Magdalena, era que “No hay allí recursos de ninguna clase; muchas veces he bajado y viendo huevos frescos, he querido adquirirlos á cualquier precio. Con una calma desesperante, con apatía increíble contestan: – No son para vender; y es necesario renunciar á toda insistencia, porque el dinero no tiene atractivo para esa gente sin necesidades”²⁴³.

Tal vez se podría sugerir una interpretación alternativa, más que irracionalidad, la negativa a vender estaría mostrando una racionalidad de otro tipo, una en la cual el dinero no se privilegia, ya que no es lo más *necesario* para vivir. Ahí estaría justamente la fortaleza de los bogas y en general de los habitantes ribereños que, ante los ojos atónitos de los letrados, mezclaban con total fluidez su participación en la economía capitalista, al tiempo que mantenían una economía del derroche: “Así es que estos barqueros del río, los llamados bogas, llevan una existencia de las más duras, pero caracterizada también por una cruda sensualidad, por

²⁴³ *Notas de viaje*, p. 80.

bestiales costumbres, pues cuanto allegan con faena tan ruda lo despilfarran luego en báquicos excesos”²⁴⁴.

Lo importante aquí es que, a pesar de la jerarquización sociorracial que marcaba las relaciones sociales en la república, quienes se autodefinían como blancos estaban sometidos a los designios de los habitantes ribereños, cuando transitaban por el Magdalena; éstos podían transportarlos o no, robarles o no, alimentarlos o no; quienes se adentraban como extraños por estas tierras estaban a merced de quienes representaban como inferiores y no tenían más remedio que ruborizarse ante sus expresiones indecorosas y sus licencias sexuales, aun en presencia de las señoras, como se quejaba Pérez²⁴⁵.

Ante la tremenda impotencia de los letrados de elite, la animalización del Otro era una respuesta posible:

Si tomamos el tipo de un boga del Magdalena ó un indio de Cundinamarca, y lo comparamos con un ciudadano educado de Boston, tendremos el punto de donde partimos y aquel á que queremos llegar: la base y la cima de la montaña. La base de la montaña es ésta: vida animal, vicios inveterados, ningún resorte moral, nada de previsión del porvenir, encenagamiento físico y moral, profunda ignorancia (sic) superstición y fanatismo. La cima de la montaña es: actividad intelectual, conocimientos extensos, recursos industriales, emancipación moral, vida moral severa amor á sus semejantes, perpetua aspiración á la perfección, sublime religiosidad de concepciones, estudio de las leyes inmutables y eternas que rigen el universo, y profunda veneración por el autor de ellas²⁴⁶.

La cima a la que se refería Cortés estaba representada por los trabajadores de tierra caliente, denominación que, a pesar de lo que un lector desprevenido pudiera pensar, no hacía referencia a los bogas, a los cosecheros o algún otro tipo

²⁴⁴ Röthlisberger, Ernst, *El Dorado*, p. 50. Cf. Bataille, Georges, *La parte maldita: ensayo de economía general*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2007.

²⁴⁵ Pérez, Felipe, *Episodios de un viaje* [1865], Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, p. 34.

²⁴⁶ Cortés, Enrique, *Escritos varios*, p. 305.

dedicado al trabajo manual, sino a quienes Edmundo Rivas²⁴⁷ denominó titanes, aquellas personas que abatieron las selvas primitivas y casi literalmente trasplantaron a éstas los cultivos, la riqueza y la civilización; hombres, y seguramente aquí el término tiene un género definido, que deberían ser cubiertos de honores y reconocimiento.

Desde la década de 1840, la apropiación privada de zonas en el Alto Magdalena y el piedemonte de los llanos orientales, zonas relativamente cercanas al centro del país, aumentó, en un proceso que fue representado como civilizador, pues apuntaba a la integración económica, la conformación de poblados interconectados y la vida industrial. Todo ello requería la privatización de la tierra por medio de estos titanes, quienes debían transformar por completo el medio malsano y los habitantes nativos. Se trataba de una doble labor de conquista, apropiación y curación de territorios enfermos y desiertos, y de una población condenada a la indolencia, a la inmovilidad y a la agonía en vida.

El problema era que, a la par de la insalubridad y el salvajismo de los territorios baldíos, los cuerpos que los poblaban también debían ser conquistados. Los letrados mencionaban como una de las principales dificultades para explotar estas regiones la falta de trabajadores; la población era considerada escasa y la disponible no deseaba satisfacer sus necesidades naturales a través del trabajo y, cuando trabajaba bajo el mando de los hacendados, no se amoldaba a los deseos de éstos. La insubordinación de los sujetos de la modernidad aparece de nuevo y pone una traba más a la conquista de las tierras bajas. De forma semejante a la fórmula de que había más territorio que nación y más nación que Estado, se podría plantear que había más territorio que población y más población que brazos, es decir, que sujetos aptos para el trabajo. Salvador Camacho Roldán lo explicaba claramente: en los países nuevos y despoblados, la concentración de la población era necesaria para que ésta gozara de las ventajas de la asociación; la

²⁴⁷ Rivas, Medardo, *Los trabajadores de tierra caliente* [1899], Bogotá, Banco Popular, 1972, p. 10.

dispersión de la población mantenía la pobreza general y reducía la posibilidad de realizar grandes esfuerzos²⁴⁸.

El aumento de la población y de los brazos, dos hechos relacionados pero no equivalentes como se ha planteado, ponía en el tapete dos representaciones muy poderosas y frecuentes, que José Antonio Figueroa²⁴⁹ ha denominado el vacío regional y el escepticismo antropológico, la primera declaraba como desiertas y, por ende, aptas para ser conquistadas, extensas zonas del país; la segunda, resolvía la paradoja de que los desiertos estaban habitados, ya que si bien allí se veían seres humanos, éstos eran nómadas, salvajes o bárbaros, que no poseían legalmente las tierras en que se encontraban, que no consumían y producían para el mercado o lo hacían esporádicamente, en definitiva seres afuera-adentro de la humanidad y de la nación.

2.2.2. Una llanura a conquistar

A juicio de Salvador Camacho Roldán, el río y el valle del Magdalena constituían el organismo más importante de la república a finales del siglo XIX, pero este puesto pronto le sería arrebatado por las grandes llanuras orientales, que se encontraban todavía desiertas²⁵⁰. Vaciamiento del espacio y vaciamiento de la humanidad, conversión del territorio colombiano en un inmenso baldío, en el cual las nociones de propiedad, tan caras a la ciudad letrada, se desmoronaban y hacían del territorio un texto ilegible, una escritura sin autor y sin dueño; no en vano, Santiago Pérez Triana²⁵¹ consideraba que comprar tierras en el Llano era como comprar agua en el mar.

²⁴⁸ *Notas de viaje*, p. 145.

²⁴⁹ *Del nacionalismo al exilio interior*.

²⁵⁰ *Notas de viaje*, p. 55.

²⁵¹ , Santiago, *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco* [1897], Madrid, Est. Tip. De la "Rev. de Archivos, Bibl. y Mus.", 1905, p. 26.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la Orinoquia fue simultáneamente frontera interna y tierra de promisión²⁵². La cercanía a la capital de la república, su extensión y el halo de misterio que la rodeaba la hacían utópica; allí la república se fortalecería y garantizaría su lugar en el concierto de las naciones civilizadas. El hacendado Emiliano Restrepo Echavarría afirmó, originalmente en 1869, que:

Nosotros hemos traído de allí la convicción de que el Llano debe ser y será en un porvenir no muy remoto, el asiento de una nación rica, civilizada y populosa. El Llano será para Colombia en general, y muy especialmente para Boyacá, Tolima y Cundinamarca, lo que fue y lo que es para los Estados Unidos de Norte América, la hoya del Misisipi y de sus numerosos afluentes. Y porque tenemos esa convicción, y porque esperamos que ella se realice, queremos contribuir a extender y propagar las ideas sobre la excepcional importancia de tan bella y magnífica región. Puede que así se acerquen más y más los tiempos en que la numerosa población que hoy se agita en la miseria, en la desnudez y en el embrutecimiento sobre las abruptas crestas de la cordillera Oriental, descienda a aquellas feracísimas llanuras a regenerarse por medio del trabajo, a elevarse por medio del capital, a hacerse rica por medio de la industria ejercida en una comarca donde la más generosa naturaleza sólo aguarda el trabajo inteligente para colmar de bienes y riquezas a los que allí vayan a buscarlos²⁵³.

La pregunta que rondaba a algunos misioneros, hacendados y políticos colombianos era: ¿de qué país será esa numerosa población que aprovechará las inmensas riquezas de los llanos? Para Restrepo Echavarría, era claro que Brasil y Venezuela se expandían sobre el costado oriental de Colombia, país que no corroboraba con hechos concretos la posesión jurídica de esta zona; por el contrario, el Estado y los ciudadanos colombianos observaban a los llanos con

²⁵² González Gómez, Lina Marcela, "Imágenes y contraimágenes: territorios y territorialidades en la construcción del Estado-Nación", en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*, Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín, 2009, pp. 51-76. Gonzalez Gómez, Lina Marcela, "Conocimiento y control en *los confines del territorio nacional*: hacia la construcción de un saber territorial, 1850-1950", en *Historia y Sociedad*, No. 19, 2010, pp. 123-142. Rausch, Jane, *La frontera de los llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1999.

²⁵³ Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín en diciembre de 1869*, Bogotá, Banco de la República, 1869-1955, p. 35.

desidia. El misionero dominico José de Calasanz Vela señalaba al respecto, en las memorias de un viaje realizado en 1889, la necesidad de que un ferviente patriotismo llevará hasta esas lejanas tierras la civilización y las leyes nacionales²⁵⁴.

La labor civilizadora implicaba la colonización de los llanos por parte de la población del interior del país, el despliegue del ejército nacional y la incorporación de las “almas salvajes”, que habitaban este territorio, a la patria a través del afecto, las instituciones, el idioma y las costumbres de la gran familia colombiana; esta incorporación actuaría como muralla contra los intereses extranjeros y como garantía de soberanía. La integración del elemento indígena a la nación, además de hacer parte de la más elemental caridad cristiana, sería un instrumento útil a la república, en cuanto alimentaría la economía nacional y “colombianizaría” una población que estaba ya adaptada y asentada en ese espacio²⁵⁵.

La amenaza que los letrados colombianos percibían era, entonces, doble. Por un lado, estaba fundada en una agresión externa, pero, por otro lado, residía en la misma incapacidad del Estado para cumplir su deber en la Orinoquia, el cual era, entre otros, integrar a los salvajes que estaban simultáneamente adentro y afuera de la nación, y respaldar los esfuerzos privados de los llaneros y de algunos hacendados y colonos. La ausencia del Estado era tan notoria que la acción de los ciudadanos colombianos estaba por fuera de toda regulación y traía consigo dificultades para la nacionalización y la apropiación de estos territorios, ya que, en vez de atraer hacia la familia colombiana a los indígenas que allí habitaban, hacía que el solo nombre de Colombia se les volviera odioso y que la civilización fuera una palabra hueca, en cuanto escondía el ejercicio de la violencia más cruel contra los nativos. La Orinoquia aparecería, entonces, en su carácter de desviación de las normas sociales que se consideraban imperantes en el resto del

²⁵⁴ Vela, José de Calasanz, “Memoria de un viaje por los ríos Guaviare y Orinoco hecho en 1889”, en *Dos viajes por la Orinoquia colombiana, 1988*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988, p. 113.

²⁵⁵ Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín*.

país: ausencia de propiedad privada, acecho de los países extranjeros, presencia constante y numerosa de los salvajes, y barbarie de los “civilizados”.

Estos últimos, en vez de tenderles una mano de compatriotas a los indígenas, los trataban como bestias feroces que no merecían el don de la vida. La violencia contra los nativos estaba tan generalizada, según el escritor y diplomático Santiago Pérez Triana²⁵⁶, que era narrada con total desparpajo por los llaneros, colonos y hacendados que se habían familiarizado tanto con la crueldad, que la consideraban natural e incluso necesaria. Sin embargo, el rechazo de Pérez Triana al genocidio se encontraba de nuevo con el límite que el deseo civilizador le imponía, es ilustrativo que él intentase regular su propio comportamiento y el de sus compañeros de viaje, a través de una serie de normas que denominó decretos, el segundo de los cuales ordenaba la absoluta equidad en el trato con los indígenas y prohibía “molestarlos ni obligarlos á prestar servicio alguno contra su voluntad ó sin equitativa remuneración”²⁵⁷. Obviamente la equitativa remuneración nunca era explicada. En otro artículo, al cual se refirió como jocosero, planteó, que, en caso de que los jefes así lo consideraran, podrían utilizar a los indígenas sin dar mayores explicaciones, pues los jefes –letrados por supuesto- poseían la virtud, la suprema ciencia y la fuerza.

Para el viajero francés Jorge Brisson, el hostigamiento de los “salvajes” a los “civilizados” estaba plenamente justificado:

Nos cuentan que algunos propietarios que tenían varias quejas contra los indios que inocentemente les roban ganado para comer (ellos no tienen idea de lo que es la propiedad), hicieron que se convidara á una especie de banquete á los principales jefes de ellos, y en el momento en que estaban comiendo y bebiendo con confianza, los hicieron fusilar villanamente. Asesinaron en esta horrorosa

²⁵⁶ *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco.*

²⁵⁷ *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco*, p. 41. Énfasis agregado.

emboscada unos 22, de los más conspicuos indios conocidos y queridos en Arauca, á donde venían de visita varias veces al año²⁵⁸.

Así, la frontera interna implicaba relaciones de carácter profundamente asimétrico, en las cuales la clasificación y la jerarquización poblacional hacía parte inherente del ejercicio del poder. Esto implicó que las poblaciones que habitaban la Orinoquia y la Amazonia, como se verá en el próximo capítulo, fueran catalogadas como no-blancas y, por ende, poco aptas para la vida en civilización y que, como consecuencia de esto, fuera más fácil justificar el genocidio al cual se vieron sometidas.

El horizonte que compartían los letrados colombianos y los “rationales”, categoría que incluía a todos quienes hablaban castellano y eran católicos, incluyendo a quienes eran clasificados como mestizos e incluso indígenas y negros integrados a la vida nacional, era el mismo: el deseo civilizador, el cual implicaba la desaparición del desierto y del salvajismo, aunque esto implicara el exterminio de los salvajes y su reemplazo por el progreso, que aparecía no sólo como posible, sino además como indispensable e inevitable:

Pensábamos que esas selvas y esos bosques encierran riquezas abundantes para remunerar todos los esfuerzos del hombre, y soñábamos finalmente con el día en que gobiernos ilustrados y enérgicos hagan surcar esas aguas por raudos bajeles que lleven la civilización de una orilla á la otra y establezcan en esos bosques, en donde hoy impera una naturaleza bravía y agresiva, centros de civilización y de libertad. ¿Cuándo llegará ese día?... Nadie lo sabe, pero él no puede tardar indefinidamente, porque el progreso y la civilización no pueden ser detenidos por las pequeñeces ó las pasiones de los hombres²⁵⁹.

Sin embargo, el progreso no estaba presente de momento, era una verdadera utopía que se chocaba de frente con el carácter heterotópico de la Orinoquia. Era

²⁵⁸ Brisson, Jorge, *Casanare*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1896, pp. 107-108. Cf. Delgado de la Virgen del Rosario, Daniel, *Excursiones por Casanare*, Bogotá, Imprenta de la luz, 1909.

²⁵⁹ Pérez, Triana, Santiago, *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco*, p. 316.

necesario identificar los factores que dificultaban la realización de la utopía y el cumplimiento de esa ley natural inquebrantable que era el progreso²⁶⁰. El carácter malsano del clima fue una de las principales causas esgrimidas. El letrado Joaquín Díaz Escobar, al describir las causas que atrasaban el avance de la civilización en los llanos, llegó a enumerar dieciocho factores que tenían como eje las dificultades climáticas y territoriales:

1. La inmensa extensión y rara fisonomía del área de esos territorios;
2. Lo agreste y repulsivo de aquel suelo;
3. Lo intrincado y sucio del manto que lo cubre;
4. Lo inconmensurable y aterrador de la vida animal que allí domina;
5. El extraordinario vigor de toda su vida orgánica;
6. La perniciosa combinación de ésta con la demasía humedad de aquel suelo;
7. Lo incalculable y mortífero de los sedimentos y despojos que allí constantemente deponen los reinos animal y vegetal;
8. Las fuentes germicidas que allí elaboran y robustecen esos exponentes;
9. La insalubridad de aquellas regiones;
10. Lo contradictorio de esos elementos hoy, con la debilidad, el progreso y la existencia del hombre;
11. Los vapores que flotan y se concretan en algunos puntos de la atmósfera;
12. La morbosidad y exhalación miasmáticas que tales fuentes producen;
13. Lo deletéreo y palúdico del clima de esa región, por consecuencia de esas causas y desconcierto de la naturaleza;
14. El difícil sometimiento, conquista y desarrollo industrial por consecuencia de todos esos antecedentes;
15. Lo precario de la salud y vida del hombre allí, por lo mortífero del clima y de la vida orgánica, como existen hoy;
16. La anticipada mortalidad del hombre civilizado por las fiebres paludianas;
17. Lo inútil y pernicioso de aquel mar de gramíneas sin cultivo y sin aprovechamiento por su estado de abandono; y
18. Lo contrario de esos elementos y circunstancias calamitosas y climatéricas á toda medida de fomento industrial, que no empiece por combatir, destruir y debilitar esas fuentes germicidas y los inconvenientes citados²⁶¹.

²⁶⁰ Brisson, Jorge, *Casanare*.

²⁶¹ Díaz Escobar, Joaquín, *Bosquejo estadístico de la región oriental de Colombia; medios económicos para su conquista, sometimiento y desarrollo industrial y político*, Bogotá, Imprenta de Zalamea, 1879, p. vii.

Para Díaz Escobar, los miasmas eran los causantes de las fiebres palúdicas que dificultaban enormemente el poblamiento de la Orinoquia; éstos no eran más que las emanaciones pútridas y fétidas de la materia orgánica, el suelo y las aguas en descomposición, consideradas como causantes de las enfermedades. A pesar de que la “explicación climática” fue la de mayor aceptación en la época, la mayoría de viajeros y escritores plantearon que se presentaba junto a otras causas. Jorge Brisson²⁶², por ejemplo, fue mucho más concienzudo en su caracterización del problema e identificó como factores determinantes, a la par de la insalubridad del clima, la falta de brazos y la poca disposición para el trabajo de los colombianos, la ausencia de grandes capitales y la falta de un marco legal adecuado para la posesión de las tierras.

Emiliano Restrepo Echavarría se concentró, en el relato de su excursión, en los problemas para el establecimiento de la ganadería, actividad económica a la que consideraba más lucrativa en la zona. Para él, en un territorio en el que podían vivir 600.000 cabezas de ganado vacuno sólo había 50.000, debido a la desidia y la falta de racionalidad en la explotación ganadera y a la informalidad en la posesión de la tierra. La propiedad privada e individual era en su opinión un requisito indispensable para la civilización, ya que el nomadismo permitía sólo cierto grado de progreso a partir del cual la población se estancaba, como lo demostraban, a su juicio, los árabes: “La propiedad raíz fija al hombre a la tierra, y establece entre ésta y aquél vínculos que generan los primeros movimientos que lo ponen verdaderamente en el camino de la civilización. La propiedad raíz enaltece la dignidad del hombre, estimula su actividad y fecunda su independencia.”²⁶³.

La falta de propiedad privada legal provocaba que los hacendados no tuvieran el menor interés en mejorar los prados ni en comprar tierras, ya que ambas cosas las

²⁶² Casanare.

²⁶³ Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín*, p. 207.

obtenían gratis; tampoco mejoraban las vías de comunicación, ya que la producción se hacía con el menor costo posible. El problema era, ante todo, el de la falta de estímulos y oportunidades para ejercer una explotación racional de los llanos, que hacía que los hacendados optaran por la vía fácil y no por un camino que, si bien estaba plagado de dificultades, rendiría sus frutos y permitiría que la Orinoquia no fuera más el lugar en el cual la nación no estaba o estaba invertida, sino el emplazamiento en el cual la nación se completaría a sí misma y cumpliría su destino.

Junto a la identificación de los problemas también debía ir, por supuesto, la enunciación de las soluciones. La mayoría de los letrados coincidían en afirmar que había que evangelizar a los indígenas, lo cual era considerado simultáneamente un deber cristiano y patrio y una necesidad, pues a través de la evangelización se garantizaría que los nativos dejaran de atacar los hatos y a las personas, al tiempo que se captarían miles de brazos útiles y ya adaptados al clima deletéreo de la zona.

La modificación del clima mediante la transformación del entorno fue considerado el segundo gran punto. Si bien es cierto que el medio fue considerado nocivo y como un factor que limitaba las capacidades y las aptitudes de los seres humanos, también era cierto que éstos podían modificarlo a través del trabajo. En este punto concreto, Díaz Escobar²⁶⁴ recomendó la quema metódica y “científica” de las praderas en los meses de verano, con el fin de controlar la putrefacción y, por ende, la proliferación de los miasmas, recomendación acorde con las doctrinas médicas y geográficas de la época.

También se propuso fundar colonias militares para controlar a los indígenas, disuadir a los países vecinos y dar cuerpo al Estado; reformar la administración de los territorios de los llanos; mejorar la comunicación con el interior del país y entre

²⁶⁴ *Bosquejo estadístico de la región oriental de Colombia*, 1879.

los mismos poblados de la región, a través del fomento de la navegación fluvial, la construcción y la reforma de caminos y la ampliación de la red telegráfica; firmar tratados con los países vecinos, especialmente con Venezuela, para prevenir conflictos y garantizar la navegación colombiana por el Orinoco; fomentar la colonización a través de la entrega de tierras y herramientas, y facilitar el acceso barato a la sal, elemento central, pero que era escaso en los llanos, y con el cual se pensaba atraer a los “salvajes”, mejorar el ganado vacuno y abastecer a los colonos. Hubo otras propuestas, que no causaron tanto consenso ni fueron tan discutidas, como el impulso de la agricultura, mediante la enseñanza práctica en jardines botánicos creados por el gobierno²⁶⁵.

La mayor parte de estas soluciones se quedaron en el papel, lo que no impidió que la Orinoquia siguiera haciendo parte fundamental de la imaginación de la nación y que buena parte de estos puntos fueran retomados, aunque con ciertas diferencias, cuando en la última década del siglo XX la Amazonia se convirtió en un territorio clave para la república.

²⁶⁵ Balderrama, Jenaro, “El Meta y las llanuras de San Martín”.

2.3. CUARTO CAPÍTULO: TODO DOCUMENTO DE CIVILIZACIÓN ES UN DOCUMENTO DE BARBARIE

Como se mencionó atrás, en Colombia, el entorno tropical fue representado como condición indispensable para el *progreso nacional*, pero también como uno de sus principales obstáculos. Luis Enrique Osorio planteó en 1932 que:

Hoy ni siquiera merecen los territorios tropicales llamarse nación. Son campamentos establecidos en las altas montañas, al amparo de climas benignos, para sostener desde allí una campaña contra la enemistad de la naturaleza ecuatorial que guarda la más rica herencia del planeta. A nuestra vista se extienden los valles miasmáticos, y hacia ellos desciende la raza nueva con vaivenes de mares... Los ríos caudalosos esperan, con su poder latente, que esa raza predestinada los convierta en emporio de bienestar humano. Y lo logrará, porque el dolor y la adversidad son los más sólidos pilares de grandeza²⁶⁶.

Silvio Villegas²⁶⁷, por su parte, planteó que la sangre mestiza, el clima y la indolencia hereditaria hacían imposible la democracia en los trópicos y hacían de las naciones, que allí se encontraban, tierra propensa a los caudillismos, los cuales habían salvado, en múltiples ocasiones, a sus países de la decadencia²⁶⁸. Para Laureano Gómez, la situación era aún más preocupante, puesto que la historia mostraba que en la zona comprendida entre los diez grados norte y diez grados sur de la línea equinoccial no había existido nunca una verdadera cultura²⁶⁹.

Para Gómez, Venezuela, Ecuador y Colombia eran los países con una mayor cultura relativa de todos los ubicados en esta zona, gracias a que sus habitantes

²⁶⁶ Osorio, Luis Enrique, *Los destinos del trópico*, Bogotá, Cromos, 1932, p. 83.

²⁶⁷ Villegas, Silvio, *La democracia en los trópicos*, Bogotá, El Voto Nacional, 1924.

²⁶⁸ Posición similar a la planteada unos pocos años antes en Venezuela por Laureano Vallenilla Lanz, véase: *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, Caracas, Empresa El Cojo, 1919.

²⁶⁹ Gómez, Laureano, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá [1928]*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1970, p. 26. Cf. Uribe Uribe, Rafael, *Colombia. Conferencia cuyo resumen fue leído ante la Sociedad de Geografía de Río de Janeiro*, Río de Janeiro, Typ. do Jornal do Commercio, 1907.

se habían refugiado en las montañas sin importarles los peligros de la baja presión atmosférica. Si no fuera por las montañas, toda Colombia sería un gran Amazonas, una naturaleza tropical que impondría el terror a los seres nómadas que viven en ella, afirmaba. A lo que agregó:

El millón doscientos mil kilómetros cuadrados de nuestro territorio se descompone así: 7.000 kilómetros cuadrados de nieves perpetuas; 30.000 kilómetros cuadrados de páramos inhabitados; 100.000 kilómetros cuadrados de tierras frías, cultivables, densamente habitadas; 170.000 kilómetros cuadrados de tierras templadas; y 900.000 kilómetros de tierras tórridas y llanas, selvas o llanuras herbáceas, de los cuales hay 200.000 kilómetros anegadizos periódicamente en tiempos de lluvias y 50.000 kilómetros de esteros, aguazales, charcas, ciénagas y pantanos²⁷⁰.

En su opinión, las tierras templadas daban café, principal producto del país, mientras las anegadizas y las constantemente húmedas producían zancudos, de lo cual concluía que se poseían 80.000 km² más de tierras de zancudos que de tierras de café. Como si fuera poco, Gómez negaba de plano las potencialidades agrícolas de la Orinoquia, de Antioquia y de la Amazonia, aunque consideraba que se contaba con hierro, carbón, petróleo y caídas de agua, los cuales eran la base económica de los Estados nacionales modernos.

2.3.1. La Amazonia: el naufragio del proyecto civilizador

Las referencias a la Amazonia no eran gratuitas. Los extensos y disputados territorios amazónicos de Colombia fueron y son emplazamientos privilegiados en la diseminación de lo nacional, la cual posponía la homogeneización en un futuro imposible de determinar, al tiempo que producía la diferencia cuando hacía presente, en el espacio letrado una nación plural y profundamente desigual, con numerosos y diversos grupos humanos que habitaban tiempos y espacios Otros – lo primitivo y las heterotopías–. ¿Cuál era el territorio nacional real, cuando buena

²⁷⁰ Gómez, Laureano, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*, p. 36.

parte de éste era disputado con otros países y poseído de *facto* por indígenas considerados salvajes?

En 1890, fue promulgada la Ley 089, “Por la cual se determina la manera como deben ser gobernados los salvajes que vayan reduciéndose a la vida civilizada”, que en su primer artículo ordenaba que la legislación de la república no rigiera entre estos “salvajes”, “En consecuencia, el Gobierno, de acuerdo con la Autoridad eclesiástica, determinará la manera como esas incipientes sociedades deban ser gobernadas”²⁷¹. De esta manera buena parte de la débil autoridad estatal se delegó en las órdenes religiosas, que se repartieron el territorio e intentaron incorporar a los indígenas a la patria y a la comunidad de creyentes, por medio del poblamiento nucleado, la adhesión al catolicismo, la castellanización y la plena integración en las redes de intercambio capitalista. Se trataba en definitiva de una estrategia de nacionalización a través de la escisión retórica, jurídica y de hecho de la nación, dado que en primer lugar se reconocía que más de la mitad del territorio colombiano no estaba controlado por el Estado y que sus pobladores no estaban aún capacitados para el ejercicio de la ciudadanía o, en otras palabras, que no eran plenamente colombianos.

La promulgación de esta ley fue posible gracias al reconocimiento de estos espacios como lugares heterotópicos o, en otras palabras, inversos a los espacios nacionalizados, al tiempo que expresaba el deseo de transformarlos, pues reconocía en éstos un potencial utópico que era necesario desplegar. Se trataba, entonces, del reconocimiento tácito de que había más territorio que nación y más nación que Estado. Los letrados e intelectuales, desde su exilio en las ciudades de las cordilleras, observaban y describían asombrados los valles interfluviales, las sabanas de la costa Caribe, los llanos orientales y las selvas de la costa Pacífica y de la Amazonia, desde allí era claro para ellos que la tarea decimonónica de hacer descender la civilización estaba incompleta.

²⁷¹ República de Colombia, *Ley 89 de 1890*, en *Diario Oficial*, No. 8263, Bogotá, 1890.

La Amazonia fue el espacio que condensó la mayor cantidad de alteridad desde finales del siglo XIX. Frontera internacional y frontera de la civilización, desierto verde plétórico de paisajes, enfermedades y poblaciones Otras, espacio vacío a ser llenado y región en la cual la nación se completaría, ella se constituía en un espejo que devolvía una imagen invertida de la nación desde un lugar virtual en el cual ésta no estaba. Se trataba, también, de un territorio en el que la alteridad reinaba, un espacio poseído por los Otros y en el cual el Nosotros corría el riesgo de disolverse y volverse un extraño. La ausencia del Estado, la distancia de los centros urbanos andinos y la inapropiable presencia de numerosos grupos considerados salvajes fueron lugares comunes en los relatos sobre esta zona. De esta forma, la posición excéntrica de la Amazonia fue la condición que hizo posible su centralidad en la imaginación geopolítica de la nación.

Su posición dentro de la nación estaba marcada por la ambivalencia entre las márgenes y el centro, puesto que los letrados y los intelectuales no vacilaron en afirmar que el futuro de la república estaba en su periferia. Como aficionados de la historia, ellos sabían que la Amazonia había sido desde el Antiguo Régimen una zona de encuentro y conflicto entre grupos indígenas y entre imperios y que este legado había llegado hasta su presente. El interés por ella aumentaba dado el temor a que fuera escindida del cuerpo de la nación, como lo había sido en 1903 el departamento de Panamá. El riesgo provenía de un enemigo menos poderoso pero múltiple y cercano: los países limítrofes, en especial Perú, quien a través de una empresa privada, conocida popularmente como la Casa Arana, era la autoridad de hecho en numerosas cuencas de la amazonia occidental, en un momento en el cual "Ni nuestros límites territoriales siquiera, han sido todavía definitivamente fijados, de suerte que se hallan en tela de juicio extensiones de

terreno tan grandes y tan ricas, que bastarían ellas solas para ser el asiento de una nación grande y próspera”²⁷².

La explotación cauchera fue una de las causas fundamentales en el aumento del interés por esta región y, prácticamente, todos los relatos que se ocuparon de ella entre 1890 y 1930 mencionan este fenómeno. Durante la segunda mitad del siglo XIX, este producto silvestre se convirtió en una materia prima indispensable para la producción industrial, la Amazonia fue el principal productor hasta la consolidación de los cultivos de caucho en el sudeste asiático, lo que redujo el porcentaje de la participación en el mercado mundial del caucho amazónico de un 60% en 1900, a un 27% en 1914, hasta llegar a la insignificante cifra de 2% en 1930. En Colombia la ola extractiva inicio aproximadamente en 1885, justo después del desplome de la explotación de la quina²⁷³, mostrando una cierta continuidad con la agroexportación del siglo XIX y su funcionamiento a través de ciclos²⁷⁴.

La historia del caucho en Colombia ha estado marcada por el desafío a la soberanía nacional, no en vano las dos novelas que se ocuparon del tema en la primera mitad del siglo XX podrían ser definidas como obras que insistían en trazar las fronteras entre la tierra amada y la tierra extranjera y en asegurar los

²⁷² Pérez Triana, Santiago, “Prólogo” en Triana, Miguel, *Por el sur de Colombia. excursión pintoresca y científica al Putumayo*, París, Garnier Hermanos, 1907, p. XIII.

²⁷³ Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá, Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990. Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia, 1750-1930*, Bogotá, Disloque Editores, 1994. Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia, 1750-1930*, Bogotá, Disloque Editores, 1994.

²⁷⁴ Ceballos Ceballos Gómez, Diana Luz, “Desde la formación de la República hasta el radicalismo liberal (1830-1886), en AAVV, *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*, Bogotá, Taurus, 2011, pp. 165-216. Kalmanovitz, Salomón, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Norma, 2003. Melo, Jorge Orlando, “Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)”, en Ocampo Gaviria, Jose Antonio (comp.), *Historia económica de Colombia. Edición revisada y actualizada*, Bogotá, Planeta y Fedesarrollo, 2007, pp. 135-194.

derechos de explotación colombianos sobre ésta²⁷⁵; desde una perspectiva, en la cual los hombres debían salir de las ciudades letradas y transformarse en soldados–ciudadanos, para enfrentarse y rechazar a los usurpadores extranjeros y a los colombianos apátridas²⁷⁶.

Si bien hubo interés por denunciar la acción brasilera y venezolana en el oriente, como lo muestra *La vorágine*, que estuvo antecedida por un informe de Melitón Escobar Larrazábal y José Eustasio Rivera a una comisión de límites²⁷⁷, es la frontera con el Perú la que recibe la mayor parte de la atención y Julio César Arana el hombre que se convierte en la némesis de la patria en esta zona; él había comenzado sus operaciones caucheras en el Putumayo el año de 1889 y pronto consolidó su dominio gracias, parcialmente, a la Guerra de los Mil Días, que interrumpió el suministro de bienes a los caucheros colombianos, que tuvieron que recurrir a su intermediación para abastecerse. Arana compró, a través de la primacía de la fuerza y del dinero, las diferentes secciones de sus competidores, aprovechándose de la pasividad del gobierno colombiano y del apoyo tácito del Estado peruano, que veía en esta avanzada privada un refuerzo a sus aspiraciones sobre esta zona que se encontraba en disputa²⁷⁸. Joaquín Rocha refugiado en Mocoa durante la Guerra de los Mil Días, realizó una desesperanzada descripción de la situación:

Triste cosa es presenciar en la lucha de la civilización con la naturaleza salvaje, la derrota de la primera y la victoria decisiva de la última, y doloroso es confesar que no sólo en Mocoa, sino en todo Colombia, el siglo XX nos ha sorprendido

²⁷⁵ Véase: Rivera, José Eustasio, *La vorágine* [1924], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, Uribe Piedrahita, César, “Toá. Narraciones de caucherías” [1933], en *Toá y Mancha de aceite*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, 1992, pp. 21-180.

²⁷⁶ Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 2004. Villegas Vélez, Álvaro, “Los desiertos verdes de Colombia”.

²⁷⁷ Escobar Larrazábal, Melitón y José Eustasio Rivera, “Informe de la Comisión de límites con Venezuela al Ministro de Relaciones Exteriores” [1923], en Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá, Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990, pp. 127-139.

²⁷⁸ Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *Nación y etnias*. Pineda Camacho, Roberto, *Holocausto en el Amazonas*.

caminando para atrás y desandando lo ya adelantado en el camino de la riqueza, y no sólo en éste sino aun el de la moralidad y la cultura, éstas junto con aquélla los tres factores de la civilización²⁷⁹.

Los relatos sobre esta zona estuvieron marcados por una retórica que oponía la civilización a la barbarie. Del lado colombiano, era claro que la barbarie estaba condensada en los indígenas sin reducir y en las prácticas de Julio César Arana y sus trabajadores, mucho más después de las denuncias publicadas por Walter Hardenburg en el periódico londinense *The Truth*, las cuales incitaron a que el Reino Unido investigara a la empresa, que ahora tenía capital británico y recibía el nombre de *Peruvian Amazon Company*. La investigación fue encargada a Roger Casement, cónsul del Reino Unido en Río de Janeiro y quien había sido el responsable de una pesquisa similar en el Congo belga²⁸⁰.

Los datos reunidos por él fueron la base de la indagación adelantada por la Cámara de los Comunes entre 1912 y 1913, en la cual fueron interrogados Arana, varios de sus empleados y de los inversionistas británicos, quienes respondieron por las acusaciones de robos, torturas, asesinato y esclavitud, delitos que habían sido reportados por Casement, Thomson²⁸¹ y algunos otros.

Los diferentes informes resaltaban, por un lado, la irracionalidad económica de la explotación, que iba en contravía de sus propias condiciones de producción y reproducción, ya que los árboles de caucho eran talados; al tiempo que denunciaban el inhumano tratamiento que se les daba a los indígenas, principal fuerza de trabajo en la región; a los inmigrantes caribeños, principalmente de Barbados, que habían sido traídos, y a los caucheros de las repúblicas

²⁷⁹ Rocha, Joaquín, *Memorandum de viaje*, Bogotá, El Mercurio, 1905, p.40.

²⁸⁰ Casement, Roger, "Reportaje sobre el Putumayo" [1911], en Gómez, Augusto, Ana Cristina Lesmes y Claudia Rocha, *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios, 1904-1934*, Bogotá, Coama y Unión Europea, 1995, pp. 139-196. Cf. Taussig, Michael, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*, Bogotá, Norma, 2000.

²⁸¹ Thomson, Norman, *El libro rojo del Putumayo. Precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo* [1913], Bogotá, Planeta, 1995.

suramericanas, por el otro. En estas narraciones, se encuentran descripciones pormenorizadas de flagelaciones, castigos en el cepo, mutilaciones, violaciones, estrangulamientos y crueles asesinatos, que iban desde la inanición hasta la quema de personas vivas²⁸².

En este contexto, los indígenas fueron objeto de representaciones contradictorias, en ocasiones eran representados como caníbales que vivían en un estado de guerra permanente casi hobbesiano; en otras, eran seres inocentes y de carácter pacífico. Ambas imágenes fueron ampliamente utilizadas, la primera justificaba la explotación cauchera, que se convertía en un proyecto de civilización y nacionalización, mientras la segunda servía para atacar a los gobiernos o empresas rivales. En ocasiones, la contradicción se convertía en ambivalencia y ambigüedad, puesto que se reconocía implícitamente la complejidad y la maleabilidad del carácter de los indígenas; Roger Casement planteó:

Las tribus del Putumayo en manos de hombres rectos podrían haberse convertido en hombres y mujeres buenos, útiles e inteligentes trabajadores, bajo una honesta administración. Entrenados para ser asesinos, con el peor ejemplo que jamás hayan dado hombres a otros hombres, cotidianamente sujetos a la imitación de individuos frecuentemente movidos por la codicia, lujuria y crueldad, de tal manera que me preguntaba cómo pudo haber sobrevivido tanta bondad entre aquellos que quedaban²⁸³.

El rechazo a los métodos de los caucheros no debe ser confundido con el repudio a sus objetivos, la producción de materias primas para el mercado capitalista a través de la utilización de mano de obra indígena rara vez fue cuestionada. Obviamente, esto requería del ejercicio de la coerción sobre estas sociedades, ejercicio que era velado generalmente bajo la palabra reducción que, a semejanza

²⁸² Casement, Roger, "Reportaje sobre el Putumayo". Olarte Camacho, Vicente, *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá* [1911], Bogotá, Imprenta Nacional, 1932. Thomson, Norman, *El libro rojo del Putumayo*. Urrutia, Francisco José, *Los crímenes del Putumayo. Circular del ministro de Colombia a los cónsules de Colombia en Bolivia*, La Paz, Tipografía La Verdad, 1912.

²⁸³ Casement, Roger, "Reportaje sobre el Putumayo", p. 193.

de un vocablo de la neolengua, para utilizar la expresión de George Orwell en 1984, pasaba a significar redención patriótica y cristiana.

Aquileo Tobar, hombre fronterizo por excelencia, hijo de una indígena huitoto y de un hombre “blanco”, empezó de la siguiente forma su relato sobre los efectos de la explotación cauchera entre los indígenas del Caquetá y del Putumayo:

Escribir esta obra, no es un acto de pasión ni de inquina, sino una manifestación al mudo lector y a los amigos que deseen conocer el comienzo de la entrada de la civilización a las tribus indígenas; pero también entró la ruina y exterminación de la raza. Por este tiempo muy pocos son los que habitan su tierra, están dispersos por el mundo como arenas que el viento levanta y posa en otros lugares²⁸⁴.

Estas palabras recuerdan irremediamente la sexta tesis del crítico cultural judío-alemán Walter Benjamin, en la cual se plantea que todo documento de civilización es a la vez un documento de barbarie, la huella indeleble del ejercicio de la violencia²⁸⁵. Efectivamente, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el proceso de la civilización de la Amazonia no se caracterizó por el control de las pasiones, como lo plantearía Norbert Elias²⁸⁶, sino por todo lo contrario. En esta zona, este proceso fue de la mano de la gestación y de la intensificación del salvajismo, lo que desembocó en la conformación de un verdadero espacio del terror, en un marco en el cual la integración periférica al mercado capitalista dentro de una economía extractiva, tuvo como condición de posibilidad el ejercicio de la violencia sobre los chivos expiatorios de la modernidad²⁸⁷.

²⁸⁴ Tobar, Aquileo, “La conquista de la Huitocia”, en Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva*, p. 203.

²⁸⁵ Benjamin, Walter, “Sobre el concepto de historia”.

²⁸⁶ Elias, Norbert, *El proceso de la civilización*.

²⁸⁷ Rojas, Cristina, *Civilización y violencia*. Taussig, Michael, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*. Dussel, Enrique, “Más allá del eurocentrismo”. Dussel, Enrique, “Europa, modernidad y eurocentrismo”. Maldonado-Torres, Nelson, “Sobre la colonialidad del ser”. Mignolo, Walter, *Historias locales / diseños globales*. Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder y clasificación social”.

El misionero capuchino catalán, Gaspar de Pinell, denunciaba que el provecho comercial obtenido por los peruanos estaba basado en la destrucción de la naturaleza y del elemento indígena, aunque aclaraba que malos colombianos también se habían llevado a algunos aborígenes a Ecuador, Perú y Bolivia, para hacerlos trabajar en condiciones infrahumanas. Todo esto provocó una catástrofe demográfica, que redujo la población de 40.000 indígenas en 1905 a 8.500 en 1918:

Las causas de esta aterradora disminución de indígenas han sido la viruela, el sarampión, el catarro y otras muchas enfermedades llevadas allá por los blancos, las cuales para los indios son sumamente contagiosas y mortales. Y especialmente las causas principales fueron la exportación de gran cantidad de indios para Loreto y el Amazonas y la dureza con que los trataron en el trabajo, sin darles tiempo para atender sus sementeras y buena alimentación, lo cual provocó la degeneración rápida de esas robustas razas y su casi completo agotamiento²⁸⁸.

Eso sin mencionar los crímenes que por escabrosos, prefirió no detallar. La Amazonia es un ejemplo más de cómo las prácticas violentas se intensificaron a niveles insospechados con la expansión del capitalismo. Esta praxis estuvo justificada por el mito de la superioridad de la civilización -eurocéntrica- que obligaba moralmente a los grupos e individuos autodenominados superiores a civilizar a quienes eran representados como salvajes y bárbaros. Si éstos se oponían al proceso civilizador, debían ser forzados a aceptarlo, por su propio bienestar, en una dinámica en la cual las víctimas eran imaginadas como inevitables o incluso como objetos de sacrificio en el altar del progreso, lo que determinaba la inocencia de la modernidad e incluso intensificaba su carácter emancipador.

La modernidad y sus correlatos político y económico, la nación y el capitalismo, necesitaron, entonces, del sacrificio de la diferencia, pero este sacrificio no implicó su disolución sino, por el contrario, la intensificación de su producción. La

²⁸⁸ Pinell, Gaspar de, *Excursión apostólica por los ríos Putumayo, San Miguel de Sucumbios, Cuyabeno, Caquetá y Cagúan. Abundancia de datos históricos, etnográficos, geográficos, botánicos y filológicos de las regiones visitadas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1928, p. 231.

constitución del Estado nacional colombiano y seguramente, de muchos otros implicó la simultánea conformación de alteridades temporales, poblacionales y espaciales, planteamiento que fundamenta esta tesis.

El proyecto de construcción de lo nacional generó, pues, un proceso simultáneo, complementario y contradictorio de homogeneización y de diferenciación espacial, en la que, como se ha planteado, se resaltaba, en la dimensión pedagógica, la progresiva integración y la nacionalización del territorio, mientras que en la dimensión performativa, no podía dejar de reconocerse el carácter incompleto de dicho proceso.

La diseminación de lo nacional en Colombia problematizó la homogeneidad de representaciones claves para la narración de la nación, pospuso la homogeneización en un futuro imposible de determinar y re-produjo incesantemente la alteridad, que ubicó adentro-afuera del tiempo y del espacio de la nación²⁸⁹. Desde este punto de vista, la construcción de espacios regionales en Colombia se realizó dentro de un proceso de formación nacional, que se representaba como marcado por la pluralidad, la fragmentación y el temor al fracaso.

Así, la construcción de las regiones fue inseparable, en nuestro país, de la construcción de una nación que se imagina como plural y fragmentaria. No es que la heterogeneidad impidiera, entonces, imaginar la nación, sino que ésta fue la singular forma en que se representó. Los intelectuales hegemónicos plantearon repetidamente la necesidad de la homogeneización, pero exacerbaron la diferencia, al ubicar a los Otros, en especial a los Otros étnicos en otro tiempo, a través de una retórica marcadamente alocrónica²⁹⁰ -en la cual no se reconocía la contemporaneidad de los sujetos considerados primitivos- y al plantear la

²⁸⁹ Cf. Rufer, Mario, "La temporalidad como política".

²⁹⁰ Fabian, Johannes, *Time and the Work of the Anthropology*.

correspondencia exacta entre los pobladores y los territorios, construyendo una verdadera geografía racial, en la cual a cada región se le asignó un determinado grado de moralidad, orden y capacidad de progreso²⁹¹.

La Amazonia como la tierra prometida, el futuro de la nación al que había que llegar, es decir, descender, no fue extraña dentro de la imaginación geopolítica en Colombia²⁹². La conquista de la Amazonia era, entonces, el paso más importante en la nacionalización del territorio percibido como propio por la dirigencia colombiana, pues, por un lado las tierras del interior ya se hallaban escrituradas, aunque no necesariamente explotadas²⁹³, y, por el otro, la exuberancia de la vegetación corroboraba la imagen de su magnífica aptitud para la agricultura, aunado a que sus caudalosos ríos se veían como los afluentes naturales, que permitirían el comercio a gran escala.

Cumplir la profecía de von Humboldt de ver, en estas tierras, populosas ciudades, parecía ser sólo cuestión de tiempo y de esfuerzo²⁹⁴. En definitiva, las selvas del sur eran representadas como tierras vastas, vacías -es decir, habitadas por poblaciones no cristianizadas, no productivas, salvajes, en definitiva personas que mantenían las tierras baldías-, al tiempo que fuente de recursos prácticamente ilimitados para las economías extractivas.

No obstante, la selva, esa mancha verde, que cubría más de la mitad de la república, no podía dejar de imponer su sello a la nación, recordemos que gracias al neolamarquismo vigente la importancia del entorno en la constitución de lo social fue central y la naturaleza se imaginó como el cuerpo de la nación²⁹⁵:

²⁹¹ Appelbaum, Nancy, *Dos plazas y una nación*.

²⁹² Reyes, Rafael, *A través de la América del sur: exploraciones de los hermanos Reyes*, Barcelona, R. de S. N. Araluce, 1902.

²⁹³ López, Alejandro, *Problemas colombianos*.

²⁹⁴ Nieto Caballero, Luis Eduardo, *Vuelo al Amazonas*, Bogotá, Editorial Minerva, 1933, p. 28.

²⁹⁵ Pedraza Gómez, Zandra, "Y el verbo se hizo carne...". Pedraza Gómez, Zandra, "El régimen biopolítico en América Latina". Stepan, Nancy Leys, "The Hour of Eugenics".

Más de media República está, pues sumida en bosque virgen. Seiscientos mil kilómetros cuadrados de tierra baldía aún. ¿Qué sello peculiar pone esta naturaleza al hombre, si es que pone alguno? No lo sé bien. Para mí selva y magia se confunden. Es el ambiente de lo inesperado, de la traición, de lo inextricable y sombrío. Bajo el techo vegetal sin fin se avanza en la penumbra de un mundo cuasi cavernario, sin frente ni espalda, sin derecha ni izquierda: inagotable sucesión de troncos, bejucos, de intrincada maleza, de arroyos y pantanos, igual acá, igual allá, igual en todas direcciones, hasta producir el vértigo de la indefinición de los seres. [...] La naturaleza es ahí un conjunto de fuerzas enemigas, circundantes e invisibles, diabólicas: un mundo mágico al que es necesario contrarrestar o hacer propicio por medio de entes ocultos, el fetiche, el talismán, el rito misterioso o el rezo de virtud arcana²⁹⁶.

La desorientación y la magia eran tan fuertes, que el desplazarse hacia la selva se transformaba, no pocas veces, en un desplazamiento en el tiempo, en el cual los viajeros podían ser testigos de la lucha por la existencia de los primitivos contra seres de otra era: “Es una prodigalidad de vida inferior, de vida del paleozoico, agresiva e inútil para el progreso de la civilización y el bienestar del hombre”²⁹⁷.

A pesar de los peligros que imponía la naturaleza, había otra amenaza igual o superior:

En el territorio del Caquetá la naturaleza, semejante á la diosa Kali de los hindúes, se contenta á la vez en toda la grandiosidad de su belleza y en toda su potencia homicida y traidora. Allí el hombre en perpetuo contacto con esa naturaleza salvaje, llega á ser tan salvaje como ella, y lejos de las sanciones morales y sociales, cede al imperio de sus pasiones, las cuales se hacen tan formidables en su desborde como aquella en sus energías de muerte y exterminio²⁹⁸.

La denominada Casa Arana se convirtió, según los informes de principios del siglo XX, en un verdadero imperio de las pasiones más ruines, a la par que en la

²⁹⁶ López de Mesa, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, pp. 37-38.

²⁹⁷ López de Mesa, Luis, *Disertación sociológica*, p. 136.

²⁹⁸ Rocha, Joaquín, *Memorandum de viaje*, p. 29.

verdadera autoridad en una vasta zona, tal como lo comentó Roger Casement²⁹⁹, quien advirtió sobre la total ausencia de autoridad estatal y el total control que la Casa tenía sobre la vida de los indígenas y los ingresos y las salidas de la región de indígenas e incluso de los “rationales”.

La debilidad del Estado fue una constante de la Amazonia e hizo posible que, a través de la ley o de los hechos, aquél tuviera que trasladar su autoridad a las compañías caucheras o a las misiones, que funcionaban como Estados paralelos. Sin embargo, sería difícil plantear que el ejercicio de la violencia tuviera en esta debilidad su causa principal, la fortaleza estatal seguramente no habría controlado la barbarie, puesto que el problema remitía más al choque de un aparato institucional, marcado por el deseo civilizador, con unos grupos humanos que vivían bajo otras lógicas.

Lo que se desplegaba en los espejos de la nación era una imagen deformada, en la cual la desviación de la norma no era más que el producto del deseo civilizador, de las ansias de mostrar la superioridad de unas formas de vivir sobre otras, es decir, de la misma norma. En estos espacios, el afán de ganancias propio del *pathos* capitalista se expresaba sin pudor y sin restricciones, los caucheros, sujetos modernos en tanto sujetos de la modernidad, se podían envilecer sin aparentes consecuencias, pues en los emplazamientos heterotópicos la excepción se vuelve un estado permanente y está fundida en el mismo azogue con la utopía de civilizar a los salvajes y poblar los desiertos³⁰⁰.

Por supuesto, quienes sucumbían al imperio de las pasiones, pagaban caro su osadía, como lo relataba Fray Gaspar de Pinell:

Verdaderamente en estas selvas se siente y se palpa por todas partes una vorágine

²⁹⁹ “Reportaje sobre el Putumayo”, p. 175.

³⁰⁰ Nieto Caballero, Luis Eduardo, *Vuelo al Amazonas*, p. 172 y ss.

que consume al hombre que no haya nacido en ellas; pero a pesar de todo tienen un hechizo tan irresistible, que los que han pasado en estos sitios algunos años, difícilmente se acostumbran en otra parte. Los horizontes inmensos que ensanchan el espíritu, los paisajes incomparables, los bellos y melancólicos crepúsculos alegres y encantadoras auroras, la esplendida luna y los límpidos cielos de las noches estrelladas, y hasta los abrasadores rayos del sol tropical, logran impresionar de tal manera los sentidos del cuerpo y potencias del alma, que al encontrarse lejos de estos sitios, todo se recuerda menos lo que se ha sufrido. A cuántos he visto salir de estas regiones renegando de ellas, prometiendo y jurando que nunca más los volverán a ver por allí, pasan unos meses, obra la fuerza magnética de los bellos recuerdos, y mi gente vuelve a dar a estas regiones, sin tener en cuenta ni penas pasadas ni promesas, ni juramentos³⁰¹.

Ante el panorama de irracionalidad generalizada, los escritos del general Rafael Uribe Uribe³⁰² y de algunos misioneros³⁰³ muestran los intentos por conquistar territorio y población de una forma calculada. Uribe Uribe hizo del poblamiento de los espacios considerados vacíos una de sus preocupaciones centrales en la primera década de 1900. Al comentar un escrito de Alfred Mahan, que en su opinión guiaba buena parte de las actuaciones de Theodor Roosevelt, el general planteaba que la geopolítica estaba dominada por las relaciones entre la tierra y la población, la primera se mantenía estable mientras la segunda crecía, lo que intensificaba el valor de la tierra y hacía surgir conflictos entre los Estados incompetentes y prácticamente salvajes que poseían hermosas extensiones baldías y los Estados civilizados que ya se habían apropiado de las tierras que les pertenecían y que no poseían más territorios para su expansión. Cuando una sociedad civilizada tomaba un territorio, que permanecía sin explotar por la negligencia de las naciones incultas, le estaba haciendo un favor a la humanidad en su conjunto y al territorio conquistado³⁰⁴.

³⁰¹ *Excursión apostólica*, p. 249.

³⁰² Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del sur*, vol. 1, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908.

³⁰³ Montclar, Fray Fidel de, *Misiones católicas en el Caquetá y el Putumayo dirigidas por los RR. PP. Capuchinos*, Bogotá, Imprenta de la Cruzada, 1911. Pinell, Gaspar de, *Un viaje por Putumayo y el Amazonas. Ensayo de navegación*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1924. Pinell, Gaspar de, *Excursión apostólica*. Quito, Fray Jacinto María de, *Relación de viaje en los ríos Putumayo, Caraparaná y Caquetá y entre las tribus güitotas*, Bogotá, Imprenta de "La Luz", 1908, pp. 93.

³⁰⁴ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del Sur*, vol. 1.

Era claro, entonces, el paso de la justa posesión a la posesión justificada día a día, a través de la conquista y la administración permanente de los territorios considerados como propiedad nacional. En síntesis, de la lectura del texto de Alfred Mahan, se podía inferir: “1.º Hay razas y naciones incompetentes; 2.º No hay derechos inalienables para las colectividades; y 3.º Existe necesariamente en el mundo un perpetuo estado de equilibrio inestable, de codicia y de apetito, de *agresiva inquietud* o de virtual agresión”³⁰⁵.

Las relaciones internacionales se tornaban, pues, en la máxima expresión del darwinismo, dentro del cual el socialismo defendía la expropiación entre las clases y el imperialismo la expropiación entre las razas. Este darwinismo, que era reducido por Uribe Uribe a la supervivencia del más apto, hacía que la única garantía de la posesión territorial fuera la perpetua labor de conquista que se transformaba, simultáneamente, en aval del progreso nacional y seguro contra los ataques de los enemigos externos.

Para él, el usufructo racional del suelo patrio requería en su orden de 1) la democratización de la propiedad; 2) el despeje de los núcleos demasiados densos o pobres, acompañado del traslado de esa población “sobrante” a espacios menos habitados o desiertos; 3) la colonización con extranjeros bien escogidos. En definitiva, redistribución de la tierra, colonización e inmigración.

La reducción de los salvajes era un paso necesario para la conquista de los baldíos, condición indispensable para el usufructo del suelo patrio y la repartición equitativa de éste, puesto que los indígenas no-civilizados poseían de hecho dos terceras partes del territorio nacional, en el cual no podían asentarse familias nacionales o extranjeras, sin el riesgo de morir bajo los ataques de los salvajes. Estas zonas, además, albergaban ingentes riquezas. En esta medida, casi un siglo

³⁰⁵ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del Sur*, vol. 1, p. 102.

después de la independencia, la conquista y la colonia sobrevivían en las circunferencias:

El complemento de la Conquista, de que estoy hablando, vale por sí solo millones, pues con ella conseguiríamos convertir de nominal en real la posesión de la tierra –único título que hoy se respeta, desde que los hechos y la fuerza están sustituyendo al derecho– y conseguiríamos también 300.000 trabajadores aclimatados, los más útiles para la clase de industrias que por muchos años todavía serán posibles en nuestro país: las extractivas y la pastoril³⁰⁶.

El general, a pesar de rechazar la crueldad de la Casa Arana, la consideró un ejemplo, ya que sin desplazar a los salvajes de su medio natural los hacía productivos, aunque reconocía que además de ser obligados a trabajar debían ser educados religiosa, mental e industrialmente y defendidos de los abusos que cometían sobre ellos los extranjeros.

La reducción implicaba: 1) conquistar dos tercios del territorio nacional; 2) ganar 300.000 trabajadores y defensores de la soberanía nacional en áreas en las que los colonos e inmigrantes sólo se podrían asentar luego de cierto tiempo; 3) garantizar la paz y evitar el vertimiento de sangre, y 4) cumplir el precepto cristiano de llevar luz a quienes vivían bajo la sombra de la ignorancia y la muerte. No realizar esta labor implicaba en un futuro el sacrificio de numerosas vidas y el gasto de grandes cantidades de dinero, al tener que combatir contra ellos, puesto que la historia había dejado claro que, cuando una raza civilizada se encontraba con una salvaje, la primera exterminaba o esclavizaba a la segunda o le enseñaba su lengua, pues el segundo tipo de raza ha considerado tradicionalmente como enemigos a quienes hablan una lengua diferente. Obviamente, también significaba la probable pérdida de inmensos territorios y, en el caso más optimista, el dejar intocadas numerosas riquezas que se traducirían en prosperidad para la nación. En cualquier caso, las consecuencias eran inmensas.

³⁰⁶ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del Sur*, vol. 1, p. 108.

La reducción propuesta por Uribe Uribe tenía tres componentes: la colonia militar, el cuerpo de intérpretes y las misiones. La primera serviría para defender las fronteras y evitar los ataques de los salvajes. El cuerpo de intérpretes estaría integrado por indígenas educados desde niños en algún oficio y como cristianos e hispanoparlantes; éstos se encargarían de transmitir a sus semejantes sus conocimientos y servirían como ilustraciones fehacientes de las ventajas de la vida civilizada. En último lugar, las misiones formarían los cuerpos de intérpretes, evangelizarían e inculcarían valores nacionales a los indígenas, que se fueran reduciendo.

La lógica que alimentaba la reducción privilegiaba las transformaciones graduales a través de varias generaciones y por medio de la persuasión, ya que la experiencia había mostrado que éstas eran más efectivas a largo plazo y evitaban la extinción de la población indígena. Detrás de este método, estaba una racionalidad económica que buscaba, no solo garantizar la posesión territorial, sino también explotar estas zonas a través de unos “brazos” que ya estaban ahí:

Pues bien: tenemos 300.000 indios que ya están en el país, como nacidos en él. Por cuanto no todos son hombres ni todos útiles, pongamos que sólo valgan a cien dólares, la décima parte de un inmigrante europeo. Estoy seguro de que sabiendo aprovechar el trabajo del indígena, dará el interés del capital en que se le aprecia. Luego la población indígena vale 30 millones de peso oro, mínimo³⁰⁷.

La cuestión era hacer de los indígenas trabajadores, atendiendo a sus circunstancias, condiciones y características. La importancia de la población indígena crecía aún más, señalaba Uribe Uribe, si se consideraba que las tierras en las cuales habitaban no podían ser cultivadas por la raza blanca, si antes no eran domesticadas por la población nativa que estaba adaptada a la selva. Se hacía visible aquí un quiebre con las modalidades de reducción del siglo XIX,

³⁰⁷ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del Sur*, vol. 1, p. 126.

pues no se trataba de hacer que los “salvajes” cultivaran la tierra, pues eso sería, en su opinión, obligarlos a cavar su propia tumba, al hacerlos pasar abruptamente de cazadores a agricultores, paso que la humanidad había dado en millares de siglos.

Se recomendaba entonces, que los salvajes continuaran dedicados a la silvicultura y la recolección, y que hicieran un tránsito paulatino al pastoreo, pues, transformar la selva en llanura y al cazador–recolector en pastor era un avance, mientras hacer que colonos blancos se dedicaran a esta actividad era retroceder del ciudadano al pastor.

La grandeza de la nación se fundamentaría, pues, en el aprovechamiento de los 300.000 indígenas, la paulatina colonización con pobladores nacionales que se mezclaran con los nativos y, por último, la llegada de inmigrantes a los núcleos ya poblados. Desobedecer este orden traería consigo una gran pérdida de dinero y de tiempo, pues sería como poblar las haciendas de tierra caliente con ganado europeo de clima frío, señalaba Uribe Uribe.

Además de su adaptación al medio, el indio amansado y el mestizo aclimatado fueron considerados los elementos más productivos, con la excepción de los antioqueños, pues la mayoría de blancos nacionales se dedicaban a las actividades intelectuales y los negros eran indolentes por naturaleza. Ante este diagnóstico, Uribe Uribe concluía que la mezcla racial no era sólo necesaria sino también beneficiosa, tal como lo demostraba la teoría darwiniana:

Para fundar la consoladora previsión en que creo, prescindo de argumentos teológicos, y me apoyo en leyes naturales y hechos científicos bien establecidos. Partiendo del principio darwiniano de la selección de las especies, por la supervivencia de los más fuertes, no es posible suponer que la naturaleza organizadora de la vida con leyes inflexibles, hubiese hecho fecundos los cruzamientos humanos si no hubiese tenido en mira el mejoramiento de la

especie³⁰⁸.

Su particular versión del darwinismo también le servía al general para explicar su insistencia en utilizar a los indígenas en actividades extractivas, pastoreo y transporte, pues las ocupaciones debían estar acordes con el grado evolutivo y todo “salto” llevaba al fracaso ineluctablemente.

Su estrategia básica era que la evolución siguiera lo que consideraba su curso natural. En esta medida, la labor de los dirigentes consistiría en evitar los obstáculos a ese curso, entre los cuales estaban las guerras civiles, tan comunes en el siglo XIX, y la inmigración de razas no aptas para el progreso, este último punto será tratado en el sexto capítulo.

2.3.2. El Pacífico

Aunque el litoral Pacífico no fue objeto de la misma atención que la Amazonia, es posible encontrar un importante conjunto de escritos, conformados por informes de viajeros extranjeros, misioneros, políticos y militares, que describían las condiciones de la zona, al tiempo que la inscribían dentro del devenir nacional, prescribían las medidas necesarias para fomentar su progreso y proscribían buena parte de las costumbres de las poblaciones que lo habitaban³⁰⁹. Ambas zonas, además de ser tierras bajas, con todo lo que esto significaba, se consideraban bajo el acecho de enemigos externos.

En el litoral, las relaciones entre los grupos humanos que se habían establecido allí y su medio fueron consideradas vitales, literalmente hablando. Para el ingeniero Jorge Álvarez Lleras³¹⁰, era necesario acabar con las falsas ideas sobre

³⁰⁸ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del Sur*, vol. 1, p. 131.

³⁰⁹ El trabajo pionero fue: Brisson, Jorge, *Exploración en el alto Chocó*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1895.

³¹⁰ Álvarez Lleras, Jorge, *El Chocó. Apuntamientos de viaje a esta interesante región del país*,

la zona para disipar la bruma del atraso que marcaba estos territorios. A su juicio, ese territorio había sido descrito de dos maneras, ambas falsas: como un espacio tocado por el Rey Midas o como hogar privilegiado de alimañas, fieras, enfermedades y negros indolentes. A pesar de su disparidad, estas ideas, producto del aislamiento regional y de la ignorancia, tenían el mismo efecto: hacer imposible cualquier esfuerzo mancomunado y a largo plazo para mejorar la zona, ya que este mejoramiento era pensado como imposible dado su carácter malsano o como un resultado al que se llegaría sin esfuerzo, cuando llegara el momento adecuado.

Trabajo guiado por la razón era su fórmula, puesto que, si bien los recursos eran importantes, éstos no generarían ninguna riqueza hasta que fueran sometidos a la explotación científica y decidida por parte de los colombianos, la cual era posible ya que el clima, en su opinión, no era más malsano que en el resto de las zonas intertropicales y, al igual que en éstas, era cuestión de higiene y método protegerse de los peligros provocados por la fauna, la flora y la meteorología. De manera semejante, el general e ingeniero militar Paulo Emilio Escobar, encargado de realizar un estudio sobre la factibilidad de construir un puerto en Buenaventura o en Málaga, afirmaba:

Allí no reinan las enfermedades endémicas, ni las epidémicas; allí la mortalidad es relativamente más baja que en los climas templados y fríos del interior del país. Las fiebres terciarias, la disentería, el paludismo y otras enfermedades de la zona tórrida, sólo atacan a los individuos mal alimentados, mal vestidos y mal abrigados. Un hombre que lleve vida arreglada y observe las reglas de la higiene, soportará perfectamente la acción del clima marino³¹¹.

Esta relativización de la insalubridad del litoral iba en contravía de muchos de los planteamientos de la época y de las posiciones sostenidas por proyectos tan importantes como la Comisión Corográfica en el siglo XIX, como se verá en el

Bogotá, Editorial Minerva, 1923.

³¹¹ Escobar, Pablo Emilio, *Bahías de Málaga y Buenaventura: la costa del Pacífico*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1921, p. 32.

próximo capítulo. Lo importante aquí es que no habrían climas insalubres *per se*, sino poblaciones enfermizas, que requerían el auxilio de las ciencias y el ejercicio de las buenas costumbres, para superar las dolencias que las atacaban. La transformación del medio, que incluía lo social y lo natural, se presentaba como condición del mejoramiento de la población en un contexto marcado por el higienismo, tal y como se menciona en el capítulo sexto.

Sin embargo, la ambigüedad marcaba la escritura de estos intelectuales que, a las pocas páginas, podían recurrir, sin rubor alguno, a las condiciones ambientales para explicar el atraso de la región. Así lo hizo Álvarez Lleras, quien planteó que el problema no estaba en la insalubridad del litoral, sino en la humedad provocada por la elevada pluviosidad, que hacía de éste una zona

Cubierta de bosques inmensos, surcada por numerosas corrientes de agua que se explaya formando ciénagas en algunas partes, y sometida a un calor tropical que fomenta el desarrollo del mosquito, la parte plana del Chocó es palúdica, y sólo se puede explotar agrícolamente por los pobladores de raza negra que la previsión española importó de climas similares del Africa ecuatorial³¹².

De la combinación de factores ambientales y poblacionales, se obtuvo una división tripartita del Pacífico colombiano: la vertiente occidental de esta misma cordillera, las zonas planas ribereñas y la franja costera en sentido estricto³¹³. En la primera y la última, era posible y necesaria la presencia de población blanca; en la segunda, la gente negra reinaría eternamente. Al igual que en otros espacios–espejos, el salvajismo del territorio y el de sus habitantes se superponían y prácticamente se hacían indistinguibles.

La población negra fue descrita ampliamente en los relatos de viaje que se

³¹² *El Chocó*, p. 33.

³¹³ Álvarez Lleras, Jorge, *El Chocó*. Yacup, Sofonías, *Litoral recóndito*, Bogotá, Renacimiento, 1934. A pesar de que no fue común, algunos intelectuales plantearon la posibilidad de que los potenciales inmigrantes se asentarán en esta zona, véase: Uribe, Antonio José, *Estudio y explotación del territorio nacional*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929, p. 66.

ocuparon de la región. Para algunos de los viajeros, su mala fama era una exageración similar a la que cobijaba el territorio que ocupaban. Miguel Triana, por ejemplo, al pasar por Tumaco reconoció la compostura de las señoritas negras, la seriedad de los empleados públicos de esta raza y la moralidad de los hombres tumaqueños, en una descripción a nuestros ojos políticamente incorrecta, planteó: “Muchos son los hombres de hogar de pelo apretado y rostro que se confunde con el color de sus zapatos, que inspiran respeto por su moralidad, sus aptitudes y la dignificación de sus familias”³¹⁴. También se elogió la hidalguía de los botas de los caudalosos ríos chococanos, a los que representaban como dioses de hercúleos músculos y dignos de ser depositarios de la vida y de los bienes de los viajeros³¹⁵.

A pesar de que la población negra era representada generalmente exaltando su fortaleza, parecía mostrar también signos inequívocos de reducción de su capacidad vital, signos que hacían presagiar su extinción total. Para Álvarez Lleras, la responsabilidad de esta terrible situación recaía más que en los directos afectados, en la dirigencia del interior del país que debía guiarlos por el sendero del bienestar y los había dejado, por el contrario, vegetar sin recursos, sin instrucción, sin higiene... aunque no se olvidaba de envenenarlos con el aguardiente de los estancos oficiales³¹⁶.

A su juicio, la situación era tan extrema que la esclavitud había sido un régimen más beneficioso para la mayor parte de esta raza, pues los esclavistas habían cuidado y garantizado la subsistencia y la educación moral de los seres humanos que estaban bajo su imperio. La posible extinción de esta población y la desidia en la que vivían, provocada por la negligencia estatal y privada, causaba además perjuicios económicos para la nación y para el mundo, ya que:

³¹⁴ Triana, Miguel, *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*, París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1907, p. 37.

³¹⁵ Álvarez Lleras, Jorge, *El Chocó*.

³¹⁶ Álvarez Lleras, Jorge, *El Chocó*.

Antiguamente los dueños de las minas obligaban a los esclavos a trabajar; pero en la actualidad los negros, perezosos e indolentes por naturaleza, se contentan con extraer al año algunas onzas de oro, lo estrictamente necesario para comprar en las fiestas anuales los menesteres indispensables para la vida³¹⁷.

De forma similar, el político liberal nativo de Guapi y de ancestros del medio oriente y negros, Sofonías Yacup, planteaba la urgencia de implementar una producción minera con tecnología de punta, pues con la explotación artesanal “No hay posibilidad de que este trabajo esporádico conquiste la selva y el territorio con propósito verdaderamente industrial y comercial”³¹⁸.

Los miembros de la ciudad letrada encontraban una aparente paradoja, la población negra era especialmente apta para el trabajo, por su fortaleza, como se demostró en la Colonia, pero a pesar de ello no se inclinaba espontáneamente por éste y “[...] no tiene verdadera noción del tiempo; de ahí que lo malgasten tranquilamente en dormir las horas muertas, en charlas insulsas, en viajes sin rumbo fijo y a las veces en otras cosas de peor ralea”³¹⁹.

A la par de su falta de considerar que el tiempo era oro, su relación con el espacio también era considerada problemática. Sofonías Yacup³²⁰ planteaba al respecto, que el litoral era una tierra nueva, prístina y libre, en suma, baldía y lista para conquistar y atraer colonizadores, si el Estado les garantizaba unas condiciones adecuadas. Esto se debía a que la población negra no había podido dejar la huella de la civilización en el medio en que habitaba, lo cual requería de una actividad organizada en ritmos y tiempos definidos de antemano y en la apropiación privada e intensiva de la tierra. Por el contrario, el agustino recolecto Bernardo Merizalde del Carmen manifestaba que la vida de estas personas estaba dominada por el

³¹⁷ Merizalde del Carmen, Bernardo, *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1921, p. 143.

³¹⁸ *Litoral recóndito*, p. 36.

³¹⁹ Merizalde del Carmen, Bernardo, *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*, p. 152.

³²⁰ *Litoral recóndito*.

continuo afán de buscar excusas, que les permitieran danzar y embriagarse, rasgos atávicos africanos:

La marimba, la tambora y el *conuno* (tamborcillo en forma de cono), es imposible que falten en las casas de alguna importancia; y al són de ellos se forman las más salvajes zambras. Al principio los bailes se hacen con cierto orden, pero a medida que los negros van ingiriendo aguardiente, se convierten las danzas en saltos desaforados; los cantos en gritos estridentes; la música en sonidos broncos y destemplados. No pocas veces los bailes terminan en puñetazos, palos y cuchilladas. Los bailes costeños recuerdan los usados en el Africa; como en éstos se ven con frecuencia en aquéllos toda clase de piruetas y cabriolas³²¹.

La ausencia de interés en el trabajo había hecho posible la acción de compañías mineras extranjeras, que ponían en peligro la soberanía nacional e incluso la libertad misma de la gente negra; tal como había ocurrido con la explotación minera realizada por la *Timbiquí Gold Mines*, que despojó de sus medios de subsistencia, encarceló, desterró y asesinó a los habitantes del río de este nombre, sin que el gobierno regional y local intervinieran³²².

El Estado había demostrado la misma negligencia, cuando se trataba de organizar la defensa de la región ante posibles invasiones extranjeras, en un momento “[...] en que la *fuerza prima sobre el derecho* y los tratados públicos internacionales son meros *pedazos de papel*”³²³. La sombra de Panamá era larga y se posaba también en el Pacífico, a pesar de que la región no era tan disputada como la cuenca del Putumayo, por ejemplo, la cercanía con la nueva república panameña, el interés de algunos empresarios y países en abrir o en impedir la apertura de nuevos canales, el descuido de vieja data del gobierno central y la ausencia de conciencia nacional de una población que nunca había sido cobijada por el manto tricolor, provocaban hondos recelos y constantes preocupaciones.

³²¹ Merizalde del Carmen, Bernardo, *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*, p. 153.

³²² Yacup, Sofonías, *Litoral recóndito*.

³²³ Escobar, Paulo Emilio, *Bahías de Málaga y Buenaventura*, p. 131.

El principal problema del litoral era, pues, el aislamiento, no solamente geográfico, sino también “espiritual”, dada la extrema debilidad de los lazos de confraternidad con el resto de la república. La fragilidad de estos lazos había hecho posible la conservación del carácter africano de la gente negra; el cual le otorgaba simultáneamente la resistencia a las duras condiciones de las tierras bajas tropicales y el desinterés por el trabajo y la riqueza material. Así, la ausencia de una ética laboral, bajo la perspectiva de los intelectuales, estaba vinculada a una concepción primitiva del espacio y del tiempo, que se vinculaba de forma atávica a la barbarie africana y que se intensificaba gracias a la maldición de la abundancia provocada por la fertilidad de los suelos y la abundancia de los ríos.

Este tipo de representaciones no sólo excluían a la población negra del proyecto nacional de los intelectuales, que se sustentaba en buena medida en el blanqueamiento, también pedía la integración desigual de estas personas. Éstas eran la única posibilidad real en el corto plazo, que tenía la región de producir y de consumir, a pesar de su déficit como productores y consumidores.

El distanciamiento temporal y espacial, que ubicaba al Otro en el tiempo de lo primitivo y en la heterotopía, era necesario para su atracción al proyecto de la civilización, es decir, para que la zona se completara como espejo al incluir la dimensión utópica. Esta atracción era casi siempre externa o cuando mucho ejecutada por las minorías blancas nativas del litoral, que cumplían una función de intermediación. La intervención del Estado y de las elites nacionales debía estar encaminada a modernizar la explotación minera; sanear y construir puertos; administrar las prácticas de los pobladores; construir vías de comunicación terrestre y hacer posible el transporte fluvial y marítimo, y repartir adecuadamente las tierras consideradas baldías a los colonos que pudieran establecerse en éstas y, en un futuro más lejano, a los inmigrantes.

La decidida intervención nacional sobre esta aislada región era considerada tanto

más importante, pues comprometía, además de la salvación de un número considerable de colombianos, que no lo eran plenamente dado su vínculo aún vivo con su pasado ancestral, el incremento de la riqueza patria y la dignidad y soberanía de la república³²⁴. El rechazo al imperialismo velaba la colonialidad del poder, que dio su configuración particular a la relación del interior andino con el litoral pacífico colombiano.

Esta colonialidad declaraba parcialmente desierta la región o, en otras palabras, la poblaba con gente que necesitaba que sus vidas fueran administradas por quienes poseían el saber para decidir lo que más les convenía. Sin embargo, este deseo civilizador y nacionalizador se veía frenado por las múltiples dificultades que encarnaban la alteridad del espacio y de la población. Un abismo ontológico fundamental se creaba entre quienes pertenecían a los espacios centrales y quienes se ubicaban en los espejos de la nación, marcados por las economías de enclave, la alteridad sociorracial y unos paisajes que inmediatamente eran identificados como Otros de los paisajes europeos, norteamericanos e incluso de los presentes en las tierras altas de Colombia. Justamente esta alteridad radical era la que los hacía ser al mismo tiempo heterotopías y utopías.

³²⁴ Roca Castellanos, Manuel, *Diez luces sobre el futuro* [1935], Bogotá, Editorial Nueva, 1936, pp. 115 y ss.

3. TERCERA PARTE

3.1. INTRODUCCIÓN: BIOPOLÍTICAS

Los discursos sobre la población, tercer eje heterológico de esta tesis, la escinden de diversas formas: salvajes, bárbaros y civilizados, sanos y enfermos, trabajadores e indolentes, blancos, mestizos, indios, zambos, negros y mulatos, antioqueños, santandereanos y llaneros; múltiples enunciados para una tarea infinitamente simple y terriblemente compleja: clasificar, jerarquizar y gobernar una población heteróclita; procesos que hoy parecen tan naturales como incuestionables, pero que abrieron una cesura antropológica e instauraron un nuevo tipo de relaciones entre el Estado, las elites, “el pueblo” y las personas y grupos sin nacionalizar.

El fin de la sociedad como un hecho natural y la emergencia de ésta como población, es decir, como un grupo de personas que son más que la suma de sus partes, como un conjunto de individuos que hablan, que trabajan, que viven, que se relacionan entre sí y con su entorno, y cuyos comportamientos, afectos y deseos deben ser administrados, marca una discontinuidad radical en el ejercicio del saber y del poder. Esta discontinuidad está dada por un nuevo arte de gobernar que toma a todos y a cada uno como blancos de un poder –sobre la vida–, que se sustenta en un saber –moderno– que tiene como finalidad principal normalizar la sociedad, a través de la visibilidad constante, la clasificación permanente, la valoración, la jerarquización y el diagnóstico como imperativos. Técnicas disciplinarias sobre los sujetos y regulaciones sobre la población, gestión de los cuerpos y administración de la vida, que hacen que el poder colectivice y singularice, que tenga un eje anatomopolítico y otro biopolítico.

La paradoja de este arte, que combina los dispositivos disciplinarios con los de seguridad, es que busca maximizar la efectividad de sus prácticas justamente para

borrarlas, gobernar de forma eficiente y eficaz, para gobernar lo menos posible. Es en este contexto en el que surgen saberes e instituciones disciplinares como el ejército y las escuelas modernas, las cárceles y las fábricas, a la par de los discursos y las prácticas sobre la población, como la demografía, la economía política, la medicina social. Sin dejar de atender los dispositivos disciplinarios y, sobre todo a su cruce con los dispositivos de seguridad, esta tesis se concentrará en estos últimos, que le dan su forma particular a la biopolítica.

Michel Foucault³²⁵ planteó que la biopolítica se sustenta en tres transformaciones fundamentales: 1) la inclusión de la población como problema político y problema biológico, lo que marcó una discontinuidad con los elementos propios del poder soberano –el individuo contratante y el cuerpo social– y con las tecnologías disciplinares –el individuo y el cuerpo–; 2) la gestión de fenómenos que sólo tienen sentido como hechos colectivos –natalidad, mortalidad y morbilidad, principalmente–, y 3) el carácter necesariamente diacrónico y serial de estos fenómenos.

Se trata, en definitiva, del establecimiento de la serie población/procesos biológicos/mecanismos reguladores/Estado, en la cual este último tiene como responsabilidad la formación de lo social y la intervención sobre la vida. Esto trae consigo, como se ha planteado ya, una ruptura en la forma de gobernar, en la cual el poder soberano, que hace morir y deja vivir, no desaparece pero si es subordinado al biopoder que hace vivir –de determinadas formas y bajo ciertos parámetros y finalidades– y deja morir, en tanto la muerte, mas no la mortalidad como fenómeno colectivo y estadístico, se escapa a sus prácticas.

³²⁵ *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975–1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2000. Cf. Savage, Rowan, “‘Disease Incarnate’: Biopolitical Discourse and Genocidal Dehumanisation in the Age of Modernity”, en *Journal of Historical Sociology*, vol. 20, No. 3, 2007, pp. 404-440.

En una sociedad organizada bajo esta forma de gobierno, las clasificaciones raciales permiten realizar un corte dentro del *continuum* biológico, una división, justificada por la ciencia, entre las poblaciones y los individuos que hay que hacer vivir y los que hay que dejar morir, al tiempo que es la única forma posible de instaurar una relación positiva entre la vida y la muerte, pues la desaparición de los Otros, de los grupos que no son consustanciales al cuerpo de la nación, es lo que permitirá que la vida sea más sana, más pura y más feliz. Al dejar morir a los miembros espurios de la sociedad, el gobierno la está defendiendo, está ejerciendo su poder, para no tener que ejercerlo más.

En el siglo XIX latinoamericano, los nuevos Estados buscaron hacer vivir las sociedades nacionales, al tiempo que dejaban morir a los heterogéneos grupos que no se amoldaban fácilmente a éstas. Sin embargo, las continuas discusiones sobre las estrategias biopolíticas, hicieron que, en la mayoría de los Estados, éstas fueran un asunto enclaustrado en el ámbito del saber y la ley, más que en prácticas de gestión de fuerte incidencia en la población. A esto se sumó que los discursos modernos sobre la sexualidad, las razas y las herencias se amalgamaron de formas particulares con las genealogías raciales propias del Antiguo Régimen iberoamericano y su preocupación por la limpieza de sangre y la calidad, dando como resultado unos procedimientos racializadores heterogéneos, discontinuos y múltiples³²⁶.

En el siglo XX, el fortalecimiento del Estado en la mayoría de países latinoamericanos, en especial la expansión relativa de las instituciones médicas, permitió la profundización de las prácticas biopolíticas y su transformación por la apropiación de la eugenesia, discurso que marcará profundamente estas prácticas

³²⁶ Cadena, Marisol de la, "Introducción", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envió Editores, 2007, pp. 7–35. Cf. Pedraza, Gómez, Zandra, "El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social", en *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, vol. 4, No. 15, 2004. pp. 7–19.

hasta la década de 1940, como se verá en el capítulo seis. En el territorio que actualmente conocemos como Colombia, los dos casos más ilustrativos de estas formas de comprender y de administrar la población fueron la Comisión Corográfica a mediados del siglo XIX y las discusiones sobre la degeneración de la raza en la década de 1920.

3.2. QUINTO CAPÍTULO: EL DÍFICIL ARTE DE GOBERNAR: BIOPOLÍTICA Y PROYECTO LETRADO

La biopolítica, en nuestro medio, ha sido un conjunto de prácticas parciales, contradictorias, inestables e inconstantes. Es posible rastrear algunas de ellas a partir de las reformas borbónicas³²⁷; otras emergen con la formación de una comunidad de interpretación ilustrada en las dos últimas décadas del Antiguo Régimen; durante la república cobran una mayor importancia durante la revolución de medio siglo, y parecen consolidarse y traspasar el umbral de la modernidad biológica en la década de 1920³²⁸, gracias a una gubernamentalización³²⁹ creciente del Estado que se fundamentó en una serie de saberes, entre los cuales se privilegió en un primer momento la economía política y la geografía (siglos XVIII y XIX) y luego las ciencias biomédicas y jurídicas (siglos XIX y XX).

Estas prácticas fueron emergiendo paulatinamente y tendrían como uno de sus hitos privilegiados el trabajo intelectual de los ilustrados del Nuevo Reino de Granada, quienes serían los primeros en relacionar de forma metódica la riqueza con el trabajo, la inversión, la ciencia y la técnica, en un marco que planteaba la posibilidad de un crecimiento ilimitado, que beneficiaría a todos a través de la creación y la difusión de la prosperidad material.

El punto de partida de los ilustrados fue el carácter pródigo de la naturaleza “patria”, que permitiría a través del trabajo racionalmente guiado y la supresión de las trabas del intercambio comercial, la formación de una sociedad de la abundancia como horizonte utópico. Esto implicó una relativización de la

³²⁷ Alzate Echeverri, Adriana, *Sociedad y Orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada, 1760-1810*, Bogotá, Universidad de El Rosario, Universidad de Antioquia e ICANH, 2007. Castro-Gómez, Santiago, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750–1816)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

³²⁸ Pedraza Gómez, Zandra, *En cuerpo y alma*.

³²⁹ Cf. Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977–1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2006.

importancia de la minería y una revalorización de la agricultura y el comercio, puesto que la agricultura fijaba a los seres humanos a la tierra y el comercio los comunicaba entre sí³³⁰.

En esta relación dialéctica entre sedentarismo y movilidad, estaba sustentada la vida en sociedad y la civilización³³¹. Desde esta perspectiva, la exuberancia de la naturaleza no garantizaba la prosperidad de la sociedad, ésta requería de la racionalización de los asentamientos y de los flujos de la población, también del conocimiento de la ubicación y la utilidad de los frutos de la tierra y, sobre todo, del trabajo racional. En esta medida, el conocimiento geográfico era indispensable para el ejercicio de la economía política y, por ende, para gobernar.

La geografía se constituyó desde los albores del siglo XIX en un saber patriótico y necesario para el buen gobierno. Los viajes y las publicaciones de Alexander von Humboldt, sumados a los trabajos y exhortaciones de Francisco José de Caldas en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, lograron despertar un profundo interés en las elites políticas e intelectuales neogranadinas en cuyas discusiones y propósitos solía aparecer la necesidad de poseer un conocimiento geográfico fiable³³².

Desde las páginas del *Semanario*, los ilustrados publicaron artículos sobre la población, el clima, la economía y la historia, que, en muchos casos, convergían en torno a preocupaciones geográficas, por lo que no es de extrañar que el primer artículo publicado fuera “El Estado de la Geografía del Virreynato de Santafé de Bogotá con relacion á la economia y ál comercio”, de autoría de Caldas, quien advirtió allí sobre la necesidad de crear una expedición geográfica–económica,

³³⁰ Vargas, Pedro Fermín de, *Pensamientos políticos. Seguidos de una Memoria sobre la población de la Nueva Granada* [1789], Bogotá, Procultura, 1986.

³³¹ Silva, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760–1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Universidad Eafit y Banco de la República, 2002.

³³² Nieto Olarte, Mauricio, *Orden social y orden natural*.

conformada por un astrónomo, un botánico, un mineralogista, un encargado de la parte zoológica, un economista y dos o más diseñadores que recorrieran el territorio del virreinato y publicaran los resultados de sus pesquisas³³³.

A pesar de la importancia y acogida que tuvieron las ideas de Caldas, la lucha por la emancipación, los conflictos internos y las dificultades económicas entorpecieron este llamado, que fue retomado décadas más tarde a través de una ley aprobada en 1839, que autorizó al ejecutivo a contratar dos ingenieros geógrafos que recorrieran el territorio nacional y elaboraran una carta general de la república y mapas corográficos de cada provincia. Sin embargo, como era común, esta ley no obtuvo resultados prácticos sino hasta diez años después con la conformación del equipo que integraría la Comisión Corográfica, que inició labores en 1850 y funcionó hasta 1859³³⁴.

La Comisión se constituyó, sin duda, en el proyecto geográfico más importante durante este siglo en el país y debe ser comprendida dentro del conjunto de reformas liberales de mediados del siglo XIX y su interés por transformar profundamente el Estado y la nación, al querer dejar atrás lo que se calificaba de rezagos coloniales. Se trataba, entonces, de facilitar y liberar las energías que estaban ya inscritas en la sociedad, pero que había que encauzar de forma eficiente. La efectividad de estas reformas requería del conocimiento sistemático de la población y del territorio nacional, conocimiento a partir del cual se pudieran construir caminos carreteables y trochas, fomentar el transporte fluvial, medir y dividir baldíos, atraer inmigrantes³³⁵, impulsar el comercio, las manufacturas, la agricultura y la minería; en definitiva, modificar la sociedad acorde con lo que se

³³³ Caldas, Francisco José, *Semanario de la Nueva Granada*, p. 31.

³³⁴ Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1999.

³³⁵ Sobre este asunto en particular, véase: Batis, Joaquín, *Inmigración. Apreciaciones sobre tan importante negociado que para su consideración presenta Joaquín Batis a sus conciudadanos*, Barranquilla, Imprenta de los Andes, 1875.

consideraba su verdadera naturaleza y sus posibilidades, las cuales serían descubiertas por la Comisión.

Ésta fue encargada, pues, de formar y de proporcionar el saber necesario para pasar de la potencia al acto o, en otras palabras, para administrar la población nacional y para nacionalizar a la que sin serlo, en un sentido estricto, habitaba en el territorio patrio. A pesar del consenso que había sobre la importancia de esta misión, los propósitos de este proyecto fueron entorpecidos por las constantes disputas políticas, la falta de presupuesto, el reemplazo de varios de sus miembros y la muerte de su director Agustín Codazzi en 1859.

Efraín Sánchez ha manifestado que las labores de esta empresa pueden ser divididas en dos etapas separadas por la revolución de 1854. En la primera, se exploraron y levantaron los mapas de aproximadamente 320.000 km², en los cuales habitaba el 60% de la población neogranadina. Cinco fueron los viajes de este período, en los cuales se recorrieron, en orden cronológico las provincias de: Vélez, Socorro, Tundama y Tunja; Soto, Ocaña, Santander y Pamplona; Córdoba, Medellín y Antioquia; Chocó, Barbacoas, Tuquerres y Pasto; Chiriquí, Veraguas, Azuero y Panamá. Durante la segunda etapa de trabajo de campo se exploraron, en orden cronológico, las provincias de: Cauca, Buenaventura y Popayán; Casanare; Neiva, Mariquita y el territorio de Caquetá; el Estado de Cundinamarca³³⁶ (cuyos trabajos se habían adelantado entre 1856 y 1857). El décimo recorrido se realizaría por los Estados de Magdalena y Bolívar, pero Codazzi murió al principio de esta expedición.

Una de las características más notables de la Comisión fue la inestabilidad de sus miembros: Agustín Codazzi su director fue el único miembro permanente entre 1850 y 1859; el cargo de secretario fue ocupado por Manuel Ancízar en las dos

³³⁶ En 1850, la Nueva Granada estaba dividida en provincias; en 1855, Panamá se constituyó en el primer Estado federal, seguido por Antioquia y Tolima en 1856, Santander, Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena en 1857.

primeras expediciones (1850–1851), pero a partir de 1852 fue reemplazado por Santiago Pérez. Tres fueron las personas que se desempeñaron como pintores: Carmelo Fernández (1851), Henry Price (1852) y Manuel María Paz, quien se vinculó extraoficialmente desde 1853. Los estudios botánicos corrieron a cargo de José Jerónimo Triana a partir de 1851. Domingo Codazzi, hijo del director, también viajó con la Comisión en varias ocasiones. Los trabajos cartográficos fueron encargados, después de su disolución, a Manuel María Paz y a Manuel Ponce de León en 1859; dos años después Felipe Pérez fue contratado para encargarse de las descripciones geográficas.

Muchos de los resultados de la Comisión no fueron publicados en su momento, otros se perdieron para siempre o fueron sustancialmente modificados. Manuel Ancízar, bajo el pseudónimo de *Alpha* publicó un conjunto de relatos entre el 21 de marzo de 1850 y el 21 de diciembre de 1851 en el periódico *El Neogranadino*; en 1853, éstos fueron compilados y publicados como libro, con el elevado tiraje para la época de 2000 ejemplares, bajo el título de *Peregrinación de Alpha (M. Ancízar) por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850 i 1851*. En este texto, se da plena cuenta de la colosal labor de la Comisión y de Ancízar en particular, quien se entrevistó con los lugareños, indagó en archivos parroquiales, confrontó la información con sus lecturas de cronistas e historiadores y utilizó la información geográfica elaborada por Codazzi³³⁷.

Entre 1850 y 1854, la *Gaceta Oficial* publicó los informes de los viajes realizados entre 1850 y 1852, correspondientes a las geografías de Vélez, Socorro, Soto, Pamplona, Santander, Tunja, Tundama, Ocaña, Córdova, Medellín y Antioquia. Algunos de estos informes fueron impresos posteriormente en la *Jeografía física i*

³³⁷ Loaiza Cano, Gilberto, *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2004, pp. 198–199. Restrepo, Olga, “Un imaginario de la nación”, p. 30 y ss., y Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía*, p. 533 y ss.

*política de las provincias de la Nueva Granada*³³⁸ editada en 1856, sin la aprobación de Codazzi, quien prefería publicar la obra completa³³⁹. Tres libros más fueron publicados bajo la supervisión de Felipe Pérez a partir de los resultados de la Comisión, a lo que agregaría información de otras fuentes³⁴⁰.

3.2.1. La biopolítica y las escalas de la gestión

Diversos autores han planteado que la Comisión construyó y difundió la representación de una nación fragmentada territorial y poblacionalmente³⁴¹. Esto no es para nada extraño si consideramos que la corografía fue tradicionalmente considerada como un saber sensorial, cualitativo y analítico que conocía a través de la división y la descripción más o menos detallada de una totalidad y que como tal se oponía y complementaba al conocimiento cuantitativo, formalizado y sintético de la geografía física³⁴². En el siglo XIX, esta división no era tan tajante, lo que permitió que Codazzi y su equipo partieran de la corografía para llegar a la geografía, a través de un camino que incluía el registro minucioso de los detalles físicos y sociales a través de la observación directa, la medición y la cuantificación esmerada de lo observado, y la representación del espacio a través de su formalización matemática, lo cual garantizaría un resultado considerado como objetivo y científico³⁴³.

³³⁸ Comisión Corográfica, *Jeografía física y política de las provincias de la Nueva Granada*. Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.

³³⁹ Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía*, p. 35.

³⁴⁰ Pérez, Felipe, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo primero, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1862. Pérez, Felipe, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo segundo, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863. Pérez, Felipe, *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*.

³⁴¹ Arias Vanegas, Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. p. 106 y ss. Larson, Brooke, *Indígenas, elites y Estado en la formación de las repúblicas andinas*, p. 51. Restrepo, Olga, "Un imaginario de la nación", p. 46 y ss. Rojas, Cristina, *Civilización y violencia*, p. 213.

³⁴² Nuti, Lucia, "Mapping Places: Chorography and Vision in the Renaissance", en Cosgrove, Denis (ed.), *Mappings*, Londres, Reaktion Books, 1999, p. 90.

³⁴³ Mejía Pavony, Germán, "La ciudad observada. Agustín Codazzi en Bogotá, 1849–1858", en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá, – antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín –. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá,

La fragmentación del espacio facilitaba una administración diferencial de la población. El biopoder se ejercía de diversas formas, tenía diferentes alcances y apuntaba a objetivos disímiles, de acuerdo con la escala en que se ejerciera. Se hace necesario entonces detenerse en algunas de las escalas de descripción que utilizó la Comisión Corográfica, ya que cada una de éstas ofrece un tipo particular de información a interpretar. Para los propósitos de este análisis, la atención se concentrará en los poblados y en las provincias.

La unidad analítica de menor escala fue el poblado, esta unidad no fue claramente definida; sin embargo, a través de la lectura de las fuentes es posible interpretar que se trataba de un conjunto de viviendas, de personas y sus relaciones, que podían recibir diferentes denominaciones: ciudades, villas, parroquias, vecindarios, aldeas o caseríos, de acuerdo con su jerarquía administrativa y con lo numeroso de su población. En definitiva, se trataba de unidades socioespaciales, que concentraban un grupo de personas en un entorno construido.

Los poblados fueron objeto de una especial atención por parte de Manuel Ancízar, quien fue el encargado, en las dos primeras expediciones, de lo que se podría denominar la “geografía humana” de la empresa, a diferencia de Agustín Codazzi, quien se encargó de la “geografía física”. Un poblado debía ser descrito en sus diversas facetas, que incluían el aspecto, la demografía, la moralidad, el gobierno y las autoridades, la educación y los oficios.

El aspecto de un poblado era un signo de su capacidad para el progreso, de su estancamiento o de su decadencia. Sin importar si se trataba de una ciudad o de un caserío, el estar rodeado de sementeras y conectado con buenos caminos, era un buen presagio que generalmente se ratificaba con calles empedradas y limpias,

predominio de las casas con techo de teja sobre las que tenían techo de paja, diversiones públicas honradas, iglesias y escuelas sólidamente construidas y adecuadamente dotadas y vecinos honrados, sanos y aseados. De esta forma se establecía una continuidad entre la materialidad de los núcleos urbanos y el carácter de su población, así como sus virtudes civiles, todas estas preocupaciones centrales de la Comisión Corográfica.

Estos intereses instauraron un esfuerzo biopolítico, sustentado en la serie población–procesos biológicos–mecanismos reguladores–Estado³⁴⁴. Ancízar se preocupó por conocer y transcribir el número de habitantes de cada poblado, su estado general de salud, las tasas de natalidad y de mortalidad, el porcentaje de hijos ilegítimos. A través de esta información, se realizaba un diagnóstico sobre el estado general de la población y su capacidad para la vida civilizada, a la par que se planteaba la necesidad de disminuir el porcentaje de hijos ilegítimos y de aumentar el número de habitantes a través de la reducción de la mortalidad.

La importancia dada a la legitimidad o ilegitimidad de la descendencia muestra claramente cómo el proyecto biopolítico se construyó a través de la articulación de un dispositivo que hizo parte propiamente de este proyecto: el de la sexualidad con su preocupación por la invención, la anexión, la proliferación y la penetración en la sociedad entendida como organismo y un dispositivo que lo precede, el de la alianza, que está orientado a la homeostasis del cuerpo social y que hace del ajuste de la reproducción al derecho su objetivo estratégico³⁴⁵.

No se trataba, pues, sólo del dejar morir, sino también del hacer vivir, en este caso bajo los principios de una moral a caballo entre la tradición señorial y la urbanidad

³⁴⁴ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, p. 226.

³⁴⁵ Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI Editores, 1991, p. 130.

moderna³⁴⁶, la regulación de las costumbres pasaba, entonces, a pesar del liberalismo de la Comisión Corográfica, por la articulación entre el Estado y las autoridades eclesiásticas. La figura del sacerdote civilizador, excelente párroco por ser buen ciudadano, al decir de Ancízar, es central en la *Peregrinación de Alpha*; este personaje debía fomentar las diversas industrias, alejar el fanatismo y la superstición, garantizar las buenas costumbres e impulsar los sanos entretenimientos.

Michel Foucault planteó que el arte de gobernar, que emergerá desde el siglo XVIII y del cual la Comisión será una expresión en nuestro medio, tuvo tres grandes puntos de apoyo: la nueva técnica diplomática–militar, la policía y el poder pastoral. Este último tendría cuatro características principales: 1) se ejerce sobre una multiplicidad en movimiento, es decir, privilegia el rebaño al territorio, aunque en nuestro caso la idea de movimiento funciona como una metáfora más amplia que hace referencia a la actividad como movilidad; 2) es un poder que se postula a sí mismo como benevolente, su objetivo es hacer el bien, salvar al rebaño; 3) en esta medida, el ejercicio del poder por parte de los pastores hace parte de su misión, le da sentido a su posición y, por ende, el poder pastoral sólo se manifiesta efectivamente mediante el celo y la dedicación prácticamente infinita del pastor, y 4) es un poder individualizador que se ejerce sobre todos y cada uno, pero para serlo es también un poder sacrificial, “sacrificio de sí mismo por la totalidad de su rebaño, sacrificio de la totalidad del rebaño por cada una de las ovejas.”³⁴⁷.

En esta medida, el gobernante patriota era un buen pastor, por lo que no era de extrañar que los pastores pudieran ser a su vez unos buenos y necesarios gobernantes, aunque sea en los poblados que se escapaban de la acción directa

³⁴⁶ Pedraza, Zandra, *En cuerpo y alma*, p. 25 y ss. Pedraza Gómez, Zandra, “El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social”, en *Iberoamericana. América Latina – España – Portugal*, vol. 4, No. 15, 2004, pp. 7-19.

³⁴⁷ *Seguridad, territorio, población*, p. 158.

de los letrados patriotas. Manuel Ancízar, al referirse al sacerdote de Coper, parroquia perteneciente al cantón de Chiquinquirá, planteaba:

El de Coper es un hombre llano, franco y abierto, que se ríe sonoramente, viste ruana y alpargatas y persigue con tesón los venados en las montañas vecinas. Activo y emprendedor, no se contenta con predicar el trabajo, sino descuaja monte y siembra caña y maizales, y en tiempo de cosecha convierte en granero toda su casa, incluso la sala. Hospitalario y alegre, anima a sus feligreses con el ejemplo y la palabra, y poco a poco va despertándolos de su genial letargo y corrigiéndoles las costumbres. Está en su elemento: no envidia otros curatos, y es probable que a vuelta de pocos años él mismo se admire de la revolución que habrá causado en su parroquia. ¡El cura! He aquí el agente positivo, único quizás, de civilización para los pueblos distantes de las capitales y centros mercantiles. A la educación y mantenimiento de los curas debiera dirigirse la meditación del gobierno, persuadido de que hasta no reformarlos y levantarlos a la altura de su misión, el progreso moral, intelectual y material de la población jornalera y agricultora de las parroquias será lento, muy lento, a pesar de las instituciones republicanas que ella no conoce y cuyos beneficios no le alcanzan en medio de su ignorancia suma³⁴⁸.

Para Ancízar, un mal cura envilecía a la mitad de sus fieles y trastornaba la base fundamental de todas las sociedades civilizadas: la familia, cuna de las creencias y de las costumbres. La figura del pastor era aún más importante que la de los alcaldes, sobre todo en los “[...] pueblos retirados e incipientes, donde el Alcalde es un pobre rústico que ni aun la Constitución política ha leído, i la acción de las leyes llega floja i desvirtuada, si acaso llega”³⁴⁹. No era de extrañar entonces que, en la *Peregrinación*, se responsabilizara a varios sacerdotes del atraso de sus fieles, tal vez el caso más ilustrativo sea el de Maripí, lugar con gran relajación de las costumbres y en donde anualmente nacían 35 personas y morían 29, dado que el cura era un pobre viejo que no podía cumplir sus deberes, según Ancízar.

El alcalde, a quien iban a parar todas las leyes y disposiciones gubernamentales para su ejecución, era, por su parte, regularmente una figura decorativa que asumía algún labriego obligado por la presión de los jefes políticos, los tinterillos y

³⁴⁸ Ancízar, Manuel, *Peregrinación*, pp. 45–46.

³⁴⁹ *Peregrinación*, p. 57.

los gamonales, que lo obligaban a abandonar su estancia y sus cultivos y a verse sometido a sus presiones e incluso a multas. Contra esto se planteaba la necesidad de atraer jóvenes letrados a estos cargos, a través de la asignación de un sueldo o, en otras palabras, de expandir el ejercicio de un poder fundado en el saber.

Una de las principales responsabilidades de sacerdotes, alcaldes y de los vecinos ilustrados en general debía ser, a juicio de la Comisión, la instrucción pública; ésta se presentaba ante sus ojos como un signo de civilización o de barbarie. Para Manuel Ancízar, cada poblado debía poseer una escuela primaria bien dotada y atendida; además, la instrucción pública primaria debía incluir tanto a los niños como a las niñas y, al igual que la instrucción secundaria, debía ser práctica y congruente con la necesidad del progreso material de la Nueva Granada y de los poblados en particular. El ideal de lo práctico³⁵⁰ era tan fuerte que, a pesar de la importancia dada a la instrucción y las frecuentes críticas a la poca cantidad de niños escolarizados en la mayoría de poblados, distritos y cantones y, por ende, en las diferentes provincias, Ancízar daba la razón a algunos padres de familia campesinos a quienes:

[L]a experiencia les ha hecho ver que sus hijos envejezen en las llamadas escuelas sin acabar de aprender, i no quieren verlos perdiendo tiempo en esta *vagancia honrada*, cuando pueden i deben ayudarles en las faenas del campo. Tienen mil veces razon, porque en semejantes escuelas jamas se aprenderá nada con solidez i prontitud; i los notables i las autoridades de cada uno de esos pueblos nunca hallarán disculpa a los ojos del patriota, ni dejarán de ser moralmente responsables de todas las consecuencias que nacen de la ignorancia³⁵¹.

La instrucción pública se transformaba en buena medida en una combinación de alfabetización básica con lo que Ancízar denominaba educación industrial, de

³⁵⁰ Safford, Frank, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y El Ancora Editores, 1989.

³⁵¹ *Peregrinación*, pp. 79–80.

carácter básicamente agrícola y artesanal en las diferentes provincias que recorrió. En el caso particular de las mujeres, ser instruidas les permitía escapar de ocupaciones deshonestas para ganarse la vida, puesto que para este letrado la miseria y la corrupción iban siempre de la mano. La educación industrial del sexo femenino consolidaría y expandiría un hecho que se daba ya en algunos de los poblados visitados: la existencia de una clase media de mujeres trabajadoras dedicadas al comercio y la fabricación de bienes como sombreros, con los cuales se sustentaban a sí mismas y a sus familias sin abandonar sus hogares; “en el corazón de estas excelentes hijas del pueblo no tiene cabida el orgullo ni la dureza que en otros menguados produce la posesión de riqueza.”³⁵².

La representación de la educación estaba polarizada entre una instrucción que era considerada prácticamente medieval y una instrucción moderna. La enseñanza del latín, del español, del francés y de la filosofía eran señaladas como inútiles, en tanto no servían para explotar las minas, hacer prosperar la agricultura o construir caminos. Las matemáticas, las ciencias naturales, la contabilidad, la geografía y la economía política eran ejemplos de saberes modernos, de los cuales el país recogería frutos de riqueza para todos³⁵³. La educación era, pues, necesaria para la riqueza nacional y para el acceso a la ciudadanía, de ahí se desprende que era indispensable para la existencia de la nación y para la formación de individuos autónomos y productivos.

La segunda unidad de análisis corográfica es el distrito parroquial, éstos eran una división oficial de los cantones y estaban conformados por la unión de varios poblados y sus campos subyacentes. Se pasará de largo sobre ellos, por cuestiones de espacio y por que, a pesar de que Ancízar menciona en alguna

³⁵² *Peregrinación*, p. 90.

³⁵³ Pérez, Felipe, *Jeografía general de los Estados Unidos de Colombia*, p. 259.

ocasión que eran la base del edificio de la República³⁵⁴, sus descripciones recapitulan buena parte de lo mencionado en los poblados.

El cantón, por su parte, se encontraba conformado por la reunión de varios distritos parroquiales. La información suministrada por Manuel Ancízar es diversa y varía de cantón a cantón. Sin embargo, los intereses generales son la población: número total de habitantes, de nacimientos, de defunciones³⁵⁵, de hijos ilegítimos y de matrimonios; la extensión total de los cantones en leguas neogranadinas cuadradas³⁵⁶; el número de niños que asistía a la escuela; el número de personas juzgadas o sentenciadas y el tipo de delitos que se cometían; el número de esclavos; las principales industrias y sus productos, y el movimiento anual en pesos del comercio de cada cantón. Además, en el informe general de la Comisión, se realizaba un breve recuento histórico de cada cantón, se establecían sus límites, se describía el clima, el espacio, la población, las principales industrias y los recursos, así como el comercio³⁵⁷. En ambos escritos, se hacía explícita, en ocasiones, la extensión que se encontraba habitada y la que se hallaba desierta, lo que hacía subir a veces de forma muy notoria la densidad demográfica.

Numéranse en el mencionado cantón 38,300 habitantes, que ocupan un área de 20 leguas cuadradas, siendo 5 de páramos casi desiertos; de forma que en los 15 restantes resultan 2,553 habitantes por legua cuadrada, población específica de que la Europa misma, excepto Bélgica i Holanda, presenta muy pocos ejemplos, i que desde luego sugiere la idea de un territorio fértil i fraccionado en pequeñas heredades. Así es en realidad; i nada complace tanto como la vista de aquellos campos cuajados de variadas sementeras, divididos en pequeñas estancias i tan aprovechado el suelo, que los bueyes i vacas no tienen más espacio para pasar amarrados que las orillas de las cercas i los lugares recién desocupados por las cosechas. Allí no hay ociosos: los que no están labrando la tierra se atarean en transportar sus frutos a los mercados de los pueblos, i aun los pequeñuelos,

³⁵⁴ *Peregrinación*, p. 124.

³⁵⁵ Aquí se incluiría también el número en que aventajaban los primeros a los últimos, para calcular cada cuanto se doblaba la población de los cantones.

³⁵⁶ Una legua neogradina cuadrada es equivalente a 5 km².

³⁵⁷ Comisión Corográfica, *Jeografía física y política*.

todavía en la infancia, desempeñan los oficios de pastores de ovejas y guardadores vijilantes del ganado mayor³⁵⁸.

Esta cita muestra la estrecha relación entre las cifras de mortalidad, natalidad, legitimidad de los nacimientos, número de pobladores y la jerarquización de espacios singulares dentro de los cantones y de las provincias. La información demográfica permitía inferir una apropiación particular del espacio, que estaba marcada ya fuera por la laboriosidad o por la indolencia, a la par que la construcción de representaciones sobre el espacio permitía suponer un estado de civilización que se reflejaba directamente en el estado de la población y sus variables demográficas³⁵⁹.

La provincia es la cuarta y la más grande unidad de análisis utilizada por la Comisión Corográfica. Dentro de la descripción física de cada provincia, sobresale el ítem *aspecto del país*, el territorio tal como se presenta a los sentidos, especialmente a la vista, del viajero³⁶⁰. El país puede ser comprendido como el territorio o tal vez como el paisaje, la densidad material, si se permite la expresión, de la provincia; el país no era el espacio, era el resultado del vínculo entre el espacio, la historia y la sociedad; este vínculo transformaba el espacio, lo volvía país y por tanto lo diferenciaba ya que la relación entre los tres términos mencionados variaba de provincia en provincia.

Sin embargo, esta variación no se escapaba del ordenamiento de los viajeros científicos, la diversidad de aspecto del país se organizaba, generalmente, alrededor de tres modalidades: los valles interandinos, en los cuales se concentraba la población; las montañas o grandes cerros generalmente con

³⁵⁸ *Peregrinación*, p. 351.

³⁵⁹ Colin, Philippe, *Du paysage de l'un à l'autre du paysage. Discours du paysage, identité(s) et pouvoir en Colombie au 19e siècle*, Nanterre, Tesis de doctorado presentada a la Universidad de París – Ouest – Nanterre – La Défense, 2009, p. 252.

³⁶⁰ Comisión Corográfica, *Jeografía física i política*.

alguna población dispersa, y los desiertos, conformados por breñas inaccesibles, tupidos bosques, helados páramos o ardientes valles ribereños.

La calidad de desierto no tiene, por supuesto, ninguna relación directa con la pluviosidad o la humedad de la zona; los desiertos eran aquellas extensiones que se representaban como deshabitadas o, más exactamente, como deshabitadas por personas y sociedades capaces de imponerse sobre la naturaleza; los desiertos serían, entonces, los lugares en los cuales las sociedades no habían logrado imponer su huella, en donde la naturaleza primaba sobre la historia, el comercio estaba ausente (a juicio de los miembros de la Comisión) y la población estaba conformada, en su mayoría, por personas negras o indígenas, que no disponían de títulos de propiedad sobre la tierra en que habitaban. En buena medida, pues, los desiertos se superponían a la categoría de baldíos, pero estaban sustentados en juicios morales y en juicios estéticos, es decir, somáticos o sensibles, en tanto remitían a las sensaciones, generalmente molestas, que los desiertos provocaban en sus habitantes y, sobre todo, en sus visitantes, como se describió en los capítulos precedentes³⁶¹.

Los desiertos parecían ser especialmente pertinaces en los Estados de la costa Atlántica. Felipe Pérez no podía dejar de expresar asombrado que la población del Estado del Magdalena se duplicaba sólo cada 100 años, lo que atribuía al carácter destructor del clima y al poco vigor de la raza en algunos parajes. Este Estado estaba compuesto por cienagas de carácter malsano, sabanas aptas para la explotación pecuaria, pero que se encontraban en un inútil reposo, y por la Sierra Nevada de Santa Marta, “hoy completamente desierta o visitada cuando mas por algunas tribus semibárbaras, ella parece ser el don mas precioso que la

³⁶¹ Arias, Julio, *Nación y diferencia*. Roza, Esteban, “Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica”, en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 11, No. 1–2, 1999, pp. 71–116.

naturaleza ha hecho al Estado.”³⁶². La situación del Estado de Bolívar era tanto más preocupante en cuanto la población allí disminuía, fenómeno que no se presentaba ni en las hoyas del Cauca o del Magdalena, ni en el Patía, y para el cual no se tenía una explicación.

En ocasiones, la trilogía valles interandinos–montañas–desiertos se transformaba en una dicotomía entre las zonas pobladas y las zonas desiertas, esto generalmente acontecía cuando al describir cada provincia o cada cantón se especificaba el total de leguas granadinas cuadradas que se encontraban pobladas y el número de leguas granadinas cuadradas desiertas; como ya se planteó, también era común que la densidad poblacional de las provincias fuera presentada primero contando los desiertos y luego sin contarlos, en un afán por mostrar una densidad demográfica mayor, la cual era considerada muestra del progreso de la provincia o del cantón. Aunque, simultáneamente, esta forma de contabilizar la población y el territorio mostraba el predominio de los desiertos en varias de las provincias. Por ejemplo, Chocó, poseía en total 1900 leguas cuadradas granadinas, de las cuales 1492 fueron calificadas como baldías, lo que dio lugar a que Codazzi calculara que la proporción de la población por leguas cuadradas granadinas era de 23 personas sobre el total del territorio y 167 sobre la parte habitada³⁶³.

Para Pérez, la población de un país se doblaba cada 130 años, si las condiciones eran adversas o cada 25 años si eran extremadamente favorables. Los inmensos bienes, la variedad de climas, la posición geográfica, las instituciones libres, las costumbres morales, la religión pura y el vigor de la raza hacían absurdo pensar en la primera posibilidad para la Unión Colombiana; la falta de vías comerciales,

³⁶² Pérez, Felipe, *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo segundo, p. 574.

³⁶³ Codazzi, Agustín, “Estado del Cauca” [1853-1855], en Barona, Guido, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina, Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán, Provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, p. 100.

de espíritu de empresa y de brazos, el poco tiempo de vida independiente y el cordón de tribus bárbaras, que rodeaban y constreñían la civilización hacían impensable la segunda opción. El territorio nacional era, pues, un espacio lleno de potencial mirado a través del lente de la naturaleza y mayúsculamente pobre observado a través del lente de la industria. Aún así, podría albergar en un futuro unos 100 millones de habitantes, población que sólo tenían en ese momento China y el Indostán. Atraer gente y garantizar su rápida multiplicación era la cuestión principal. Pérez sintetizó sus argumentos, planteando que:

El atraso mercantil está por tanto en la escases de brazos, en la falta de población, sin la cual no es posible que la producción i el consumo tomen proporciones felices en el interior; i cuanto al exterior ¿qué puede hacer, a este mismo respecto, una nación encerrada entre grandes cordilleras, sin vías de tránsito ni marina propia? Jente es pues lo único que falta a Colombia, i mientras no la tenga, todo esfuerzo industrial será mas o ménos estéril³⁶⁴.

De forma similar a lo hecho por Agustín Codazzi en el *Resumen de la Geografía de Venezuela* y en el *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela*, editado en 1841³⁶⁵, la Comisión Corográfica produjo en sus representaciones dos tipos de espacios. Un espacio productivo y habitado, en el que se conectaban a veces débilmente, en ocasiones con mayor fortaleza, diferentes poblaciones, recursos, industrias y mercados, y un espacio desierto, sin caminos o con caminos prácticamente intransitables. Pero, si se agregaba la dimensión temporal, los espacios desiertos veían atenuados su carácter y se transformaban en espacios virtualmente nacionalizables y productivos. La narrativa pedagógica de Codazzi y sus colegas se sustentaba en la expansión de la primera modalidad espacial sobre la segunda. La dimensión performativa de esta narración emergía cuando se resaltaban las dificultades de esta expansión.

³⁶⁴ *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, p. 251.

³⁶⁵ Rojas López, José J., “Agustín Codazzi y los paisajes de una geografía imaginaria en Venezuela”, en *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 48, No. 2, 2007, pp. 299–308.

En general, los informes de los diferentes miembros de la Comisión Corográfica en el ámbito provincial buscaron identificar la población, las industrias, los recursos y las mercancías, las vías de comunicación y los mercados para hacer esta expansión posible. El énfasis estaba puesto en el flujo, en la puesta en circulación de lo que estaba (en)cerrado; no en vano la Comisión concentró buena parte de sus esfuerzos en encontrar los mejores posibilidades para el mantenimiento, el mejoramiento o la construcción de vías de comunicación que aumentaran el intercambio comercial tanto nacional como internacional. Se trataba, en buena medida, de organizar el espacio, a través de la subordinación de los trayectos a los puntos, es decir, estriar los espacios lisos, al forzarlos a ingresar en la lógica de la propiedad y de la cuantificación³⁶⁶, como lo muestran las tablas con los itinerarios elaboradas por la Comisión Corográfica, en éstas a cada paraje se le asignaba su calidad (casas, vecindario, parroquia, desierto), su temperamento (cálido, enfermizo; cálido, no muy sano; templado, sano; frío, sano), su distancia en leguas granadinas del paraje anterior, las leguas de cada jornada de marcha, las horas de marcha de tropa y la descripción del camino³⁶⁷.

El comercio era considerado un importante “vivificador” de provincias, cantones, distritos y poblados. Desde la trinchera liberal, en la cual se encontraba la Comisión, el libre desarrollo del comercio requería la eliminación de las trabas procedentes del Antiguo Régimen. Para Manuel Ancízar en particular, la raza y la educación de la población hacían necesaria cierta originalidad en la forma de gobernar, puesto que el gobierno no debía hacer todo, pero tampoco podía “hacer

³⁶⁶ “Lo liso y lo estriado se distingue en primer lugar por la relación inversa del punto y de la línea (la línea entre dos puntos en el caso de lo estriado, el punto entre dos líneas en lo liso). En segundo lugar, por la naturaleza de la línea (lisa-direccional, intervalos abiertos; estriado-dimensional, intervalos cerrados). Por último, existe una tercera diferencia que concierne a la superficie o al espacio. En el espacio estriado se delimita una superficie y se “reparte” según intervalos determinados, según cortes asignados; en el liso, se “distribuye” en un espacio abierto, según las frecuencias y la longitud de los trayectos (*logos* y *nomos*)”: Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1997, p. 489.

³⁶⁷ Codazzi, Agustín, “Estado del Cauca” [1853-1855], en Barona, Guido, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina, Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán, Provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, p. 126-129

nada”. Éste debía derogar las leyes antieconómicas y promulgar otras de fomento, abrir gradualmente nuevas y buenas vías de comunicación y fundar el crédito agrícola. Esto, en su opinión, era justamente lo que había hecho la administración de Tomás Cipriano de Mosquera, que legisló liberalmente en cuanto al oro, dio la libertad de cultivar, procesar y expender tabaco, y moderó la tarifa para las importaciones, lo cual favoreció en primer lugar a la agricultura y luego al comercio, pues la primera era la única industria nacional. La prosperidad de la industria agrícola era central dada la vocación agroexportadora del país, lo que la hacía un *a priori* del comercio y de las manufacturas, en definitiva de la riqueza pública.

Como se puede apreciar, la racionalidad del gobierno liberal, que estaba implícita en la Comisión Corográfica no rehuía la articulación del Estado con la Iglesia Católica o la intervención estatal en obras públicas y en la legislación económica. Esta racionalidad estaba fundada en la difícil tarea de descubrir cuándo más era menos y cuándo menos era más, en un ejercicio aritmético cuya finalidad última, utópica, era reducir su acción a cero. Pero esta reducción tenía como condición de posibilidad la racionalidad de los gobernados, lo que hacía de su reducción un hecho postergado indefinidamente, dada, las características poblacionales.

Se trataba, entonces, de sustituir las regulaciones artificiales del Estado por las regulaciones naturales –sin importar que provinieran del medio, del organismo social o de la esquivo naturaleza humana–, que debían gobernar el mercado y la población. De esta forma, la práctica del gobierno estaba constantemente puesta en duda por la desconfianza ante el ejercicio excesivo de éste. La población como blanco privilegiado del biopoder, era al mismo tiempo su límite, en tanto se debía dar un margen creciente de libertad al comportamiento de los gobernados, siempre y cuando éste fuera racional³⁶⁸. No se trataba entonces de disponer

³⁶⁸ Foucault, Michel, *El nacimiento de la biopolítica*. Vázquez García, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España 1600–1940*, Madrid, Akal, 2009.

adecuadamente a los súbditos sobre el espacio, como en las reformas borbónicas, sino de descubrir las leyes internas de los procesos socioeconómicos y abolir lo que estorbaba a su cumplimiento.

Así, era necesario un acoplamiento perfecto entre las leyes naturales y las leyes promulgadas por los *hombres* y, por supuesto, la traducción de estas últimas en acciones concretas, que en el territorio nacional pasaban por el crédito agrícola y la construcción de vías, acciones que no podían verse supeditadas al interés privado que se mostraba como perezoso y tímido. El gobierno debía actuar hasta que los ciudadanos se acostumbraran a buscar el pan y la civilización.

Los caminos, en particular, eran considerados necesarios para el progreso material y espiritual, puesto que a través de ellos se difundía la religión, la educación y la fraternidad entre los habitantes de las diferentes secciones del país, dado el fortalecimiento de los vínculos de amistad e intereses. Ellos eran indispensables a la hora de estriar el espacio nacional. El caso de la ciudad de Pasto era especialmente ilustrativo. La provincia de Pasto gozó, como se mencionó en el segundo capítulo, de una notoria mala reputación para muchos letrados del interior del país, dado su apoyo a la causa realista y su constante y activa participación en las guerras civiles. Al respecto, Agustín Codazzi relató cómo había escuchado:

decir a hombres de gabinete que la antigua provincia de Pasto era para la República un cáncer que la devoraba, y que más era el gasto que anualmente causaba ella sola al erario, que el de todas las secciones de la República. Ahora que estoy en el teatro y que estudio el país y sus habitantes, creo poder afirmar que no es un cáncer, sino un tumor producido por falta de circulación en la sangre, y de fácil curación³⁶⁹.

En la opinión del geógrafo, la presencia de tropas en la provincia era una época de vacas gordas para los habitantes de esta zona, en tanto podían vender mejor y

³⁶⁹ “Estado del Cauca”, p. 454.

más fácilmente sus productos. Su interés particular era, pues, la verdadera razón para que estuvieran siempre dispuestos a apoyar las rebeliones. Por esta razón, planteaba Codazzi, los caminos eran los únicos bienes que los gobernantes podían hacer a ricos y pobres por igual y, en el caso particular de los pastusos, estos bienes aumentarían las riquezas de los particulares, darían cabida a mejores ideas a través del intercambio con el resto del país y opondrían una muralla intraspasable a las pasiones populares. Se trataba, por supuesto, de una perspectiva que naturalizaba de entrada a los seres humanos como *homo œconomicus*, desde una perspectiva liberal.

Lo interesante es cómo este tipo particular de sujeto, que era propuesto originalmente para las naciones que habitaban las zonas templadas era apropiado en nuestro medio, en el cual primaba la naturaleza tropical y las poblaciones mestizas. La diferencia ontológica del espacio y de los sujetos de las dos zonas se constituirá en un limitante central del biopoder.

3.2.2. Los límites de la biopolítica

La mirada europea inquietaba a los letrados patriotas, les hacía sentir su diferencia. José María Samper expresaba esta incomodidad cuando planteaba:

Las sociedades europeas saben que tenemos volcanes, terremotos, indios salvajes, caimanes, ríos inmensos, estupendas montañas, mosquitos, calor y fiebres en las costas y valles húmedos, boas y mil clases de serpientes, negros y mestizos, y una insurrección ó reacción á mañana y tarde. Saben también que producimos oro y plata, quinas y tabaco, y mil otros artículos de comercio. Eso es todo³⁷⁰.

La tarea de los letrados consistió en construir argumentos que, sin negar tajantemente los saberes que descalificaban a las repúblicas hispanoamericanas y en este caso a lo que hoy es Colombia, los matizaran. Así como se veló

³⁷⁰ *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 3.

parcialmente la condición tropical del territorio nacional, también se tuvo que enfrentar la heterogeneidad y la mezcla poblacional de los habitantes del país. Heterogeneidad que desde los discursos eurocéntricos era considerada generalmente como una tara de importancia mayúscula³⁷¹. Fue así que se relativizó la importancia de la sangre y se revalorizó el mestizaje, en un intento por legitimar el proyecto criollo de construcción del Estado nacional tanto interna como externamente.

El mestizaje fue un proyecto central dentro de los intentos por gobernar una nación racialmente heterogénea. Pero era, ante todo, un proyecto múltiple, no había un mestizaje sino diversos mestizajes, que correspondían a la diversidad de la población y del espacio. Uno de los blancos privilegiados del mestizaje fue el pueblo, que se transformaba en un nos–Otros, distante pero al mismo tiempo “nuestro” en relación con las elites que se autorrepresentaban como blancas.

A pesar de que el mestizaje ha sido considerado tradicionalmente como un remedio al esencialismo y a la búsqueda de purezas espurias (sobre todo en las zonas de colonización británica) o como una ideología que encubre el rechazo a la diferencia étnico–racial (particularmente en las regiones de dominación ibérica), la situación es mucho más compleja. Las mezclas raciales no sólo homogeneizan, sino que también crean y mantienen la alteridad y dan, frecuentemente, lugar a una representación nacional en forma de mosaico³⁷². Julio Arias³⁷³ ha señalado, en esta misma línea, que el mestizaje hizo posible pensar y generar una unidad dentro de la diversidad de origen. A través del mestizaje se buscó consolidar una unidad social, modificando las herencias negras e indígenas, administrándolas diferencialmente según los valores y las características que fueran útiles para el

³⁷¹ Appelbaum, Nancy *et al.*, “Introduction. Racial Nations”. Hannaford, Ivan, *Race. The History of an Idea in the West*, Washington, Baltimore y Londres, The Woodrow Wilson Center Press y The John Hopkins University, 1996. Wade, Peter, *Raza y etnicidad en América Latina*.

³⁷² Wade, Peter, “Images of Latin American *Mestizaje*”. Wade, Peter, “Rethinking *Mestizaje*”.

³⁷³ *Nación y diferencia*, p. 50.

Estado nacional y los intereses de las elites. El mestizaje se convirtió en uno de los ejes del momento pedagógico de la construcción del relato nacionalista de los letrados, ya que hacía posible transformar retóricamente una serie de grupos humanos dispersos en el *pueblo colombiano*, lo cual implicaba por supuesto su normalización.

Es más, para Samper, la complementariedad entre los diferentes pisos térmicos era una prueba de que la naturaleza alentaba y aprobaba la complementariedad y la mezcla entre los diferentes grupos raciales. Los resultados de esa amalgama serían:

1° el desarrollo simultáneo de grupos sociales diferentes, sometidos á la fecunda ley de la emulación; 2° la constante fusión de esos mismos grupos, más o menos lenta pero infalible, y en todo caso feliz, porque la observación prueba que la raza blanca es la más absorbente, la que predomina por la inteligencia y las facultades morales; 3° el progreso múltiple de la civilización, resultante de la libre acción de todas y cada una de las castas³⁷⁴.

A mediados del siglo XIX, el mestizaje era ya un asunto privilegiado en los proyectos de construcción nacional de las elites letradas vinculadas a los partidos políticos recientemente creados. La mezcla racial era representada, sin dejar de ser motivo de controversia, como un proceso moralizador y civilizador, una metáfora de la deseada integración de las poblaciones y los territorios disgregados. Sin embargo, este tipo de mestizaje no debe ser confundido con el énfasis en la eugenesia, que se analizaría en el siguiente apartado, pues no estaba enmarcado dentro de una concepción neolamarquiana, darwinista ni mucho menos mendeliana; se trataba, más bien, de una fusión de razas, entendidas como poblaciones con una filiación común y, por ende, con unas historias singulares. Desde esta perspectiva, la fusión de razas era imaginada de

³⁷⁴ *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 100.

una forma plural. La articulación entre medio y raza hacía que en cada lugar se diera o se debiera dar un mestizaje específico.

En las tierras altas de las provincias recorridas por la Comisión Corográfica en sus dos primeras expediciones, el mestizaje se presentaba bajo la figura del morir de los indígenas:

Los moradores de la provincia son todos blancos, de raza española pura, cruzada con la indígena, e indígena pura; la primera i la última forman el menor número, i cuando la absorcion de la raza indígena por la europea se haya completado, lo que no dilatará mucho, quedará una población homogenea, vigorosa i bien conformada, cuyo carácter será medianero entre lo impetuoso del español i lo calmudo i paciente del indio chibcha³⁷⁵.

El carácter medianero de esta población la haría aprovechable en las actividades agrícolas, mineras y en la fabricación de tejidos y de sombreros. El mestizaje transformaba, entonces, profundamente no sólo la apariencia de las personas, sino también sus comportamientos y capacidades. Además, era representado en términos de absorción de una raza por otra, es decir, como blanqueamiento, tal y como lo había planteado el mismo Ancizar unas páginas antes al referirse al cantón de Guateque de la provincia de Tunja:

En este canton, como en los otros, la raza indígena forma el menor número de los habitantes, siendo admirable la rapidez con que ha sido cruzada y absorbida por la europea, pues ahora medio siglo la provincia de Tunja presentaba una masa compacta de indios i mui contadas familias españolas. Hoi mismo se nota en la jeneracion nueva el progresivo mejoramiento de las castas: los niños son blancos, rubios, de facciones finas e inteligentes y cuerpos mejor conformados que los de sus mayores³⁷⁶.

En su opinión, si a esto se le sumaba una eficiente administración municipal y buenas escuelas, se tendría una base firme para la civilización, la estabilidad y la

³⁷⁵ *Peregrinación*, p. 113.

³⁷⁶ *Peregrinación*, pp. 369–370.

prosperidad moral e industrial de la nueva república. La mención a la educación y a la administración era importante, pues, a pesar de que Ancízar y otros letrados cercanos a él mencionaban continuamente la influencia del medio y de la raza sobre las poblaciones, se debe distinguir entre influencia y determinación, para no caer en acusaciones de determinismo, tan frecuentes en la historiografía sobre los viajeros y las elites letradas del siglo XIX en la América hispánica. Obviamente, estaba implícita una idealización del ciudadano, quien debía ser de tez clara, ilustrado e industrioso, conocedor de los frutos de su tierra y de la mejor forma de explotarla y alejado de las supersticiones infundidas durante el Antiguo Régimen.

En las zonas cálidas, era impensable la eliminación del linaje africano. Para José María Samper³⁷⁷, por ejemplo, el mulato, luego de su educación y su vinculación a intereses económicos de largo aliento, sería uno de los seguros elementos de civilización en el Nuevo Mundo. El mulato recibía de la raza negra su resistencia física y el amor filial; de la raza europea el heroísmo y el orgullo caballeresco; del carácter colombiano, el amor a la libertad y la tendencia a la emigración. Físicamente estaba más cercano al negro, lo cual lo hacía resistente, especialmente para los climas malsanos; moralmente, se acercaba a los blancos.

Como se ha mostrado en los capítulos anteriores, las personas negras encontraban, supuestamente, su hábitat natural en las tierras bajas, es más, eran una población indispensable para explotar rentablemente unos espacios en los cuales sólo ellas podían sobrevivir sin excesivos cuidados e inconvenientes, pero paradójicamente sus mismas características, que los hacían indispensables, también los hacían poco aptos para el trabajo disciplinado. Sergio Arboleda, señalaba:

La raza negra, salvo excepciones que convencen de su actitud para la civilización, sólo bajo el amparo de la blanca puede servirla con provecho, disfrutar sus

³⁷⁷ *Ensayo sobre las revoluciones*, p. 90.

beneficios y elevarse en religión, mediante los actos exteriores del culto, hasta el sublime de la caridad; pero, perezosa y sensual, cuando se la deja entregada a sí misma, torna presto a su barbarie primitiva. Mientras el americano tiende a aislarse de las demás razas, el negro procura confundirse con la blanca, y su tipo desaparece en la descendencia de pocas generaciones. [...]. Por su fuerza física, por la confianza que pone en ella, y por su aptitud para habitar en climas ardientes y malsanos, la raza africana es utilísima para la industria en las regiones tropicales³⁷⁸.

Las tierras bajas y cálidas se representaron, entonces, como mansión de fieras, de alimañas y de la raza negra. Esta asociación entre gente y territorio se construyó trazando una relación de continuidad y equivalencia entre las costas y las hoyas de los colombianos con las sabanas y las selvas del África negra, no en vano a la población negra se le denominó en múltiples ocasiones como raza africana, etiópica o etíope. De esta forma y a diferencia de los europeos, las personas negras no se consideraban expuestas a nuevas condiciones deletéreas, sino a la acción de elementos malsanos, a los cuales ya eran prácticamente inmunes por estar en relación con ellos desde hacía varias generaciones³⁷⁹. Esta inmunidad era tal, según Codazzi, que mientras en el Chocó la raza blanca moría necesariamente, si se dedicaba a las labores que hacían los negros y apenas sobrevivía si no lo hacía, éstos gozaban de buena salud y se duplicaban cada veinte años, mientras en Europa necesitaban cien años para hacerlo³⁸⁰.

El problema no residía entonces en una depresión fisiológica provocada por un medio deletéreo, sino en la falta de dirección de esta población desde la decadencia y posterior abolición de la esclavitud. Sin quien los obligara a trabajar y apoyados en la fertilidad de su medio, que los proveía de comida sin esfuerzo, la raza etiópica evitaba toda fatiga y prefería beber, comer, hablar y bailar al son del

³⁷⁸ *La república en la América española*, pp. 74–75.

³⁷⁹ *Geografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo primero, p. 330.

³⁸⁰ Codazzi, Agustín, “Descripción de la provincia de Casanare” [1856], en Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, p. 120.

tambor y la marimba, mientras las magníficas riquezas del litoral quedaban enterradas. Lo que estaba en juego era la falta de capacidad de progreso autónomo de una “raza [que] aún no conoce sus verdaderos intereses a causa de su crasa ignorancia y su inclinación a la ociosidad”³⁸¹.

La Comisión Corográfica³⁸² construyó un relato sobre las provincias del litoral Pacífico y la cuenca del Magdalena y sus habitantes, que se sustentaba en una serie de oposiciones, que remitían las unas a las otras en una red que se podía tornar infinita: trabajo/indolencia, comodidad/miseria, viviendas/chozas, muebles/palos para sentarse, vestidos/desnudos. Para pasar del segundo al primer estado, habría que trabajar en la extracción de los minerales, acumularlos y comerciar con éstos, algo que parecía obvio bajo una lógica liberal, pero que los expedicionarios reconocían como supremamente difícil, dada la sinrazón que le atribuían a la raza africana.

Sin embargo, buena parte de las obligaciones de la Comisión consistía en proponer soluciones a este tipo de dificultades. Tres fueron las propuestas realizadas en diferentes momentos y para diversas regiones. La primera de éstas fue el ejemplo de una raza trabajadora que les enseñara, a través del ejemplo, a las personas negras cómo el trabajo era la única vía en que los seres humanos adquirirían fortuna y con ésta se proporcionaban goces y bienestar. Para Codazzi³⁸³ y Pérez³⁸⁴, el aprovechamiento del elemento africano era posible, siempre y cuando otra raza, trabajadora e inteligente, asentada a su vista en las estribaciones de la cordillera occidental, les mostrara a los negros, que los observarían desde las tierras bajas, el modo de enriquecerse y los goces y el bienestar que el trabajo duro posibilitaban.

³⁸¹ Codazzi, Agustín, “Estado del Cauca”, pp. 91–92.

³⁸² Codazzi, Agustín, “Estado del Cauca”, p. 406.

³⁸³ “Estado del Cauca”, pp. 85–86.

³⁸⁴ *Geografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo 1, p. 293.

En ocasiones, el ejemplo podía venir de los individuos más inteligentes de esta población que, gracias a que se construirían simultáneamente buenos caminos, podrían comerciar con sus productos fuera de la región; los demás, siguiendo el natural deseo de imitación y de riquezas, los seguirían. Esta estrategia sería particularmente viable si la población era numerosa, sus relaciones se habían hecho más íntimas y variadas y el bosque había sido eliminado a través de la tala. El problema de esta solución era que requería de bastante tiempo para ser implementada.

Codazzi, en una carta dirigida al gobernador de Barbacoas el 24 de junio de 1853, señalaba otra solución: obligar a trabajar a los indolentes, ya que la raza negra de esta zona estaba “como los indios semi bárbaros que necesitan tutores. Pero nada se hará con expedir ordenanzas que se queden escritas. Es preciso hacerlas ejecutar, y para el efecto una buena policía, formada de los más inteligentes, activos y formales de entre los mismos negros, bien pagados, serviría perfectamente”³⁸⁵. Una cuarta solución implicaba la ilustración de las masas.

En el mejor de los casos, los indígenas y los negros fueron considerados por los miembros de la Comisión como ubicados en las fronteras de la civilización, en tanto sus prácticas económicas y formas de poseer la tierra eran la antítesis de lo considerado adecuado, una verdadera contradicción y obstáculo del *homo oeconomicus*. Las categorías de raza y clase convergían y los Otros raciales eran los culpables no sólo de su pobreza, sino de la inexistencia de un mercado nacional, dado su déficit como productores y consumidores. Se trataba de una nueva figura antropológica en la cual el *Hombre*, entendido como átomo racional y plenamente consciente de sus intereses, aparecía como un ser constituido por sus necesidades y deseos, los cuales únicamente podían ser resueltos en y por el mercado. Por supuesto, la desviación de la norma implicaba un déficit de humanidad y de patriotismo.

³⁸⁵ “Estado del Cauca”, p. 451.

A pesar de la descalificación a la que eran sometidos los indígenas y los negros, su pretendida inferioridad no se debía a una desigualdad natural, sino a una serie de causas como la conquista para los primeros y la prolongada esclavitud para los segundos. Es decir, se trataba, ante todo, de una degradación moral, de un problema más histórico que natural o biológico, por eso la solución privilegiada no era el mestizaje, sino la transformación de las costumbres, aunque fuera forzada. Era necesario hacer de los pobladores negros y mulatos de las tierras bajas dueños de sus destinos, pues el trabajo no era un asunto individual, sino que era un problema que concernía a la república en su totalidad, en tanto la formación de un mercado nacional requería de la conversión de todos y cada uno de los habitantes en productores y consumidores. En la práctica, fueron las mismas elites, las que más dificultaron este proyecto, en tanto mantuvieron e intensificaron relaciones socioeconómicas tremendamente desiguales, en las que continuaron operando, subordinadas al capitalismo, numerosas formas laborales no asalariadas, las cuales cobijaron principalmente a los grupos marcados por la alteridad sociorracial, incluyendo a los mestizos³⁸⁶.

Sin embargo, el mestizaje no estaba totalmente excluido de la suerte que los miembros de la Comisión Corográfica deseaban para los negros, pues ellos consideraban que la mezcla de la raza blanca con el resultado de una mezcla anterior de indígenas y negros, en la que la fisonomía de los primeros había desaparecido, daría lugar a individuos con una constitución más robusta y vigorosa y con una mayor energía vital, que la de los individuos nacidos en el mismo medio y de raza europea o africana pura. Lo que estaba implícito aquí era que mientras el mestizaje era considerado un hecho cumplido en las tierras altas, era un proyecto a largo plazo en las tierras bajas, proyecto que permitiría la intensificación de los flujos de personas, productos y bienes.

³⁸⁶ Rojas, Cristina, *Civilización y violencia*, pp. 219-220.

No obstante su importancia, es la mezcla racial la que permite descubrir los límites de la biopolítica en el siglo XIX. Si como se ha planteado, la racionalidad gubernamental justificaba la acción del Estado, en la medida en que éste debía eliminar las trabas al desenvolvimiento natural de la sociedad, en la Comisión Corográfica o en los planteamientos de letrados contemporáneos a ésta, que también hacían énfasis en el mestizaje, no se encuentra una reflexión que identificara estas trabas o descubriera una lógica de la fusión racial que hubiera que proteger. Se trataba, en definitiva, de una concentración en el dejar morir a las poblaciones no deseadas, que operaba al lado de un descuido marcado en el hacer vivir, el cual parecería garantizado simplemente con la supresión de las barreras de la comunicación entre las diversas regiones, a través de los caminos y la navegación fluvial, y la supresión de rezagos coloniales, como las tierras comunales indígenas o la esclavitud. Superadas estas trabas pareciera que la población, que era tachada continuamente de ignorante, actuaría racionalmente y según las leyes de la naturaleza a la hora de mezclarse. En este punto, se encuentra la principal diferencia con la racionalidad gubernamental, postulada por buena parte de los intelectuales del siglo XX, para quienes los mestizos no debían ser un fruto espontáneo de sus padres.

Desde sus límites, la Comisión Corográfica construyó un conocimiento que buscaba re-fundar lo nacional desde las particularidades locales, cantonales, provinciales; estas particularidades tomaban forma en las múltiples relaciones que tejían las poblaciones con los espacios que habitaban. En esta medida, las energías de este proyecto geográfico estuvieron empeñadas en producir un saber, que permitiera el buen gobierno en las diferentes escalas de intervención dentro del Estado nacional. Se trataba en buena parte de conectar los fragmentos nacionales y de comenzar un proceso civilizador desde los poblados. La clave estaba en hacer vivir la república en los territorios sentidos y experimentados por los ciudadanos y por quienes debían ser nacionalizados, desde una perspectiva abiertamente liberal, que buscaba crear una sociedad que tenía como horizonte

ideal la creación de una sociedad homogénea y blanqueada de pequeños productores y consumidores en las tierras altas, ya fueran artesanos independientes o agricultores a pequeña escala, sociedad que desde allí se apropiaría las tierras bajas y realizaría la vocación agroexportadora que el privilegiado espacio nacional hacía posible, tal como lo expresó Ancízar en el último párrafo de su *Peregrinación*:

Fenecía el mes de julio de 1851 cuando pasamos el hermoso puente que nos trasladó del territorio de Pamplona al de Tundama, terminando nuestra correría por las ocho provincias comprendidas en la sección Norte de la República; sección bella que reúne todos los climas, todas las magnificencias de la creación intertropical extendidas a los pies de los Andes majestuosos. Habitado casi en total por la raza blanca, inteligente i trabajadora, propietaria del suelo felizmente dividido en pequeños predios que afianzan la independencia de los moradores, se atrae las complacencias del patriota, que descubre allí el asiento de la verdadera democracia cimentada en la igualdad de las fortunas. El peso i la importancia política de estas provincias resaltan al considerarlas en su conjunto como un grupo de población homogénea, que aumenta con rapidez por el desarrollo de sus propios elementos³⁸⁷.

³⁸⁷ *Peregrinación*, p. 523.

3.3. SEXTO CAPÍTULO: FORMAR Y DEFENDER LA SOCIEDAD

El siglo XX colombiano fue testigo de la expansión y mutación de las prácticas y los discursos biopolíticos, en un proceso similar al vivido por otros países latinoamericanos³⁸⁸. Pero, a diferencia de la mayoría de éstos, estos discursos se constituyeron y desplegaron en una sociedad marcada por el triunfo conservador de finales del siglo XIX, la ausencia de contingentes significativos de inmigrantes, la relativa expansión y profundización del mestizaje y la constante duda sobre la capacidad de progreso endógeno de la nación, después de acontecimientos tan significativos como la Guerra de los Mil Días y la pérdida de Panamá. Así, la celebración del centenario de la independencia encontró a los intelectuales colombianos enfrascados en arduas discusiones sobre la defectuosa conformación somática, mental y moral de sus compatriotas y por las numerosas dificultades de fundar una verdadera civilización en el trópico.

El general Rafael Uribe Uribe, abogado de profesión, hizo en 1907 un desesperado llamado a sus contemporáneos para evitar nuevas guerras civiles que dificultaran aún más el ensayo civilizador que se había emprendido con la emancipación. Para él, la fundación, por vez primera, de civilizaciones en esta zona del mundo, requería, sobre todo, de una población numerosa y vigorosa, todo los demás fenómenos que contribuyeran a la prosperidad pública se derivarían de ésta y no serían posibles sin su fortaleza. A pesar de la honda preocupación del general, su posición era optimista en comparación con la que había expresado en 1898, cuando no había dudado en afirmar que: “Este es un pueblo enfermo, y si hubiese refugios para las naciones, Colombia debería ser enviada a un hospital”³⁸⁹.

³⁸⁸ Stepan, Nancy Leys, *“The Hour of Eugenics”*.

³⁸⁹ Uribe Uribe, Rafael, “Notas para un ensayo sobre el estado de alma nacional”, en Eastman, Jorge Mario (comp.), *Obras selectas*, tomo 2, Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, p. 232.

3.3.1. ¿Algunos signos de degeneración colectiva?

Si bien la divergencia de opiniones fue notoria, como se mostrará luego, hubo un importante consenso en que el conocimiento de la(s) raza(s) y de los territorios era indispensable para la formación, la conservación y el perfeccionamiento de la población nacional. La revista *Cultura* fue uno de los principales órganos intelectuales de la denominada Generación del Centenario y, en ella, se discutieron con fervor estas preocupaciones. Esta publicación entregó a sus lectores el texto de la lección inaugural del curso de clínica de patología mental ofrecido en la sala rectoral de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional el 11 de agosto de 1916. En esta lección, su autor, Miguel Jiménez López dejó claro que las palabras patología mental, cubrirían un campo mucho mayor que el que el público generalmente asociaba con la palabra locura. Todo estado patológico provocaba en los individuos una reacción psíquica de variable intensidad:

Tenemos, pues, señores, que el estudio que vamos a emprender es enormemente comprensivo, como que, en rigor, abarca todo el campo de la patología. ¿Y cuál es, en verdad, el enfermo en que no encontremos un psiquismo más o menos dislocado de su tipo normal por el hecho mismo de sus males? Aquí cabría decir con uno de nuestros grandes maestros, que las fronteras entre lo normal y lo patológico no están demarcadas aún ni llegarán a estarlo jamás! No son, pues, los desgraciados de objeto quienes la luz de la razón está del todo ausente, el único objeto de nuestro aprendizaje: son muchos más de nuestros semejantes; son gran número de aquellos con quienes compartimos diariamente las ocurrencias de la vida corriente; muchos que vemos pasar por esas calles sin estigma visible de desequilibrios que están prontos a revelarse en ellos bajo la menor influencia ocasional: son muchísimos de nuestros pacientes de los pulmones, del corazón, del hígado, del estómago, de los riñones, que a la vez que un remedio para sus alteraciones orgánicas, requieren de nosotros un tratamiento psicológico para su mentalidad fatigada³⁹⁰.

³⁹⁰ Jiménez López, Miguel, "La locura en Colombia y sus causas", en *Cultura*, vol. 3, No. 16, Bogotá, 1916, p. 218. Sobre este médico véase: Torres Gutiérrez, Manuel, "Un psiquiatra decimonónico en el siglo XX Miguel Jiménez López (1875-1955)", *Revista Colombiana de Psiquiatría*, vol. 30, No. 2, 2001, pp. 113-140.

En unas pocas líneas, Jiménez López expandió el campo de acción y la autoridad de la psiquiatría sobre toda la sociedad, al tiempo que convirtió a ésta en un conglomerado de individuos enfermos, en los que se actualizaban en cualquier momento los virtuales estigmas de la enfermedad. La situación era aún más terrible en tanto la locura, concebida en términos amplios, se expandía por el país. Esto se debía, a su juicio, a varios factores, empezando por la herencia o, para ser exactos, por el infeliz cruzamiento de las razas aborígenes y los colonizadores ibéricos. A esto se sumaba la educación, el alcoholismo, la acción del clima y la sífilis.

La tesis de este médico fue rápidamente objeto de debate. Para Manuel Laverde Liévano, la decadencia hereditaria y atávica sólo podía perdurar durante una o dos generaciones, ya que la inferioridad orgánica era vencida por un saldo de vitalidad normal, que se recibía de los padres y por causas exógenas. La vida podía ser definida simplemente como la lucha contra la muerte, posible gracias a la plasticidad de los organismos que hacía factible afrontar las lesiones congénitas y las taras hereditarias, “Esta batalla vital (si el sér decadente no sucumbe) lo fortifica y puede llegar hasta inmunizarlo”³⁹¹. De esta forma habría un mejoramiento a través de las generaciones, que se vería coronado por el éxito si se sumaba la ayuda de una adecuada alimentación y educación.

En una memoria, titulada significativamente “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”, presentada en el Tercer Congreso Médico reunido en 1918, Jiménez López amplió sus argumentos, lo que generó el interés de la Asamblea de Estudiantes de Bogotá, que convocó una serie de conferencias sobre el tema en el Teatro Municipal de esta ciudad. Éstas fueron dictadas por un importante conjunto de intelectuales nacionales, la mayoría

³⁹¹ Laverde Liévano, Manuel, “Decadencia actual de la raza en Colombia?”, en *Revista Moderna*, vol. 4, No. 28, Bogotá, 1916, p. 183.

de ellos médicos, y tuvieron como propósito “[...], el balance del pasado por ver de hallar las posibilidades del futuro”³⁹².

Las conferencias marcaron un hito importante, que permite, además, inferir las transformaciones del ámbito intelectual colombiano a principios del siglo XX. En este momento, es posible observar la decadencia de los letrados –poetas, gramáticos y abogados– como intelectuales dominantes, lugar que habían ocupado durante el siglo XIX³⁹³. Ese lugar de privilegio lo empiezan a ocupar los profesionales vinculados a la medicina y, en menor medida, a otros saberes como la ingeniería y la pedagogía; saberes considerados ante todo como prácticos y modernos, con una aplicación directa y verificable en la prosperidad nacional, en contraposición al conocimiento letrado³⁹⁴. También es posible identificar una serie de planteamientos emergentes, que reivindican el conocimiento sociológico como base de la intervención estatal en lo social, aunque en esta discusión este conocimiento está articulado a las ciencias biomédicas, gracias a las posibilidades abiertas por la higiene. Estas transformaciones fueron complejas, pues cada formación intelectual era heterogénea internamente y en una persona en particular se podían combinar elementos de cada una de las tres líneas, como lo ilustra perfectamente el caso de Luis López de Mesa.

El libro que recopiló las conferencias se abre con una breve introducción de este último personaje y continúa con la reproducción de la memoria pronunciada por Jiménez López en 1918; en ésta se preguntaba:

¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marcha hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido

³⁹² López de Mesa, Luis, “Presentación”, en *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, p. 6.

³⁹³ Deas, Malcolm, “Miguel Antonio Caro y sus amigos”. Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Universidad Central, 2002.

³⁹⁴ Sáenz Obregon, Javier, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia*.

estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden?³⁹⁵.

Interrogantes a los que respondió afirmativamente, argumentando que Colombia y, en general, los países tropicales y racialmente heterogéneos estaban degenerados física y psíquicamente. La degeneración psíquica, categoría en la cual reunió los hechos morales e intelectuales, se manifestaba en el nulo aporte de los colombianos al flujo mundial de ideas, la imitación (enfermedad de los pueblos vencidos), la falta de interés por el estudio, la impaciencia, la emotividad, la inestabilidad y la impulsividad, comprobables por las 64 guerras civiles y 11 constituciones en poco más de 100 años de vida independiente.

La degeneración física se expresaba en tres series de signos: 1) anatómicos, como las asimetrías craneanas, los vicios de refracción ocular, los defectos en la conformación del aparato bucal, las malformaciones del aparato sexual; 2) fisiológicos, como la hipertensión, la baja cantidad de glóbulos rojos, la baja temperatura corporal, las bajas tasas de matrimonio, las altas tasas de mortalidad, el bajo promedio de vida y la decrepitud temprana: “No solamente la vida en su conjunto es más corta entre nosotros, sino que el tiempo útil de ella se muestra lamentablemente reducido”³⁹⁶; 3) patológicos, entre los cuales incluía el artrismo, la gota, el reuma, el asma, las dispepsias, la diabetes, las neuralgias, la arteriosclerosis, las perturbaciones en las funciones endocrinas, el nerviosismo, las insuficiencias ováricas, la psicosis depresiva, la obesidad y la lepra, entre otros.

³⁹⁵ Jiménez López, Miguel, “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares”, en AAVV *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, p. 8. Cf. Sánchez Santamaría, I. M., *Vicios de la raza*, Bucaramanga, Tip. Mercantil, 1919.

³⁹⁶ Jiménez López, Miguel, “Algunos signos de degeneración colectiva”, pp. 14-15.

La procedencia de la degeneración remitía a un conjunto de causas que incluían: la atmósfera enrarecida de las tierras altas, la alimentación deficiente, la falta de higiene, la mala educación, el alcoholismo, las enfermedades tropicales, la miseria, las infecciones como la sífilis y la tuberculosis. Sin embargo, la principal causa no era otra que el intenso desgaste, al que estaban sometidos los órganos en las zonas tropicales de ambos hemisferios y la ausencia de sangre nueva y vigorosa. Aunque Jiménez López reconoció la importancia terapéutica de medidas como la higienización de los poblados y las viviendas, la reforma educativa, la lucha antialcohólica, la protección de los obreros y el control de las enfermedades endémicas y epidémicas, éstas eran simples paliativos que no aliviaban la degeneración nacional. “El mal es más hondo: no es solamente económico, psicológico y educacional; es biológico. Se trata simplemente de razas agotadas, que es preciso rejuvenecer con sangre fresca”³⁹⁷.

Esta sangre debía ser aportada por una inmigración masiva y sostenida de hombres y mujeres blancos, con una talla y un peso superior al promedio colombiano, armónicos en sus proporciones corporales, de temperamento sanguíneo–nervioso, sanos, fuertes, disciplinados, laboriosos, sobrios, constantes, aptos para el trabajo manual y agrícola y con una sólida organización familiar.

Desde este punto de vista³⁹⁸, la inmigración era la única opción real de acabar con la degeneración de los indígenas, los negros y los blancos de comienzos del siglo XX, que eran indudablemente inferiores a sus antepasados³⁹⁹, gracias a un círculo

³⁹⁷ Jiménez López, Miguel, “Algunos signos de degeneración colectiva”, p. 37.

³⁹⁸ Jiménez López, Miguel, “Primera conferencia”, en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 41-78.

³⁹⁹ Aquí Jiménez López manifestaba seguir la noción de degeneración del médico francés Bénédict Morel, más allá de la rigurosidad o no, con que el médico colombiano se haya apropiado de los planteamientos de su colega francés, hay un punto de central importancia: la necesidad de que la psiquiatría rompiera con los muros de los asilos para adjudicarse la gestión de la sociedad en su totalidad, ruptura que tuvo a Morel como uno de sus primeros defensores. Véase: Morel, Bénédict, *Traité des dégénérescence de l'espèce humaine*, París, Baillière, 1857. Caponi, Sandra, “Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel”, en *Scientiæ Studia*, vol. 7,

vicioso, en el cual los seres humanos nacían débiles, porque eran engendrados por seres débiles, y su debilidad se intensificaba porque crecían en el mismo entorno que había originado la debilidad de sus padres. La noción de degeneración utilizada estaba necesariamente en una perspectiva histórica; clasificar una raza como degenerada sólo era posible a través de una comparación implícita o explícita con sus ancestros.

La población colombiana era, entonces, un conjunto herido de muerte por siglos de lucha contra un medio hostil, en el cual se transmitían no sólo los caracteres normales de la especie, sino también los caracteres adquiridos en la lucha contra el medio, los cuales eran simultáneamente los índices y las causas de esa degeneración en un proceso que se retroalimentaba. En este sentido, los seres humanos no eran diferentes del resto de las especies animales, puesto que también se veían influidos por las leyes naturales y, así como las reses, las gallinas, los gansos y los perros habían perdido una serie de rasgos y ganado otros al adaptarse al trópico, los humanos también lo habían hecho. De este modo, la herencia y el habitar un medio singular interactuaban a través del tiempo y esta interacción era indispensable a la hora de reflexionar sobre este problema.

La degeneración provocada por la adaptación al trópico aumentaba a medida que transcurriera la exposición a los agentes deletéreos que operaban en él:

Estos hechos nos dicen, pues, a qué precio se adquirió para las razas aborígenes y se está adquiriendo para las otras razas la posibilidad de habitar la zona equinoccial del globo: al precio de una disminución en el coeficiente vital. Todo lo demás que nos preocupa y sobre lo cual hemos escrito y hablado tantas cosas, se explica por sí mismo. Ahí está la clave de lo orgánico y de lo patológico, de lo intelectual y de lo moral, de lo político y de lo económico, de lo doméstico y de lo internacional⁴⁰⁰.

No. 3, 2009, pp. 425-445. Foucault, Michel, *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*, México D. F., Fondo de Cultura económica, 2007.

⁴⁰⁰ Jiménez López, Miguel, "Novena conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, p. 346.

Los planteamientos de Miguel Jiménez fueron debatidos fuertemente, tanto en esta serie de conferencias como en ocasiones posteriores. Sin embargo, el hecho irrefutable, para él, de la degeneración fue ampliamente negado por otros miembros de la elite intelectual como: Simón Araujo⁴⁰¹, Jorge Bejarano⁴⁰², Lucas Caballero,⁴⁰³ Luis López de Mesa⁴⁰⁴ y Calixto Torres Umaña⁴⁰⁵, quienes participaron en el llamado de la Asamblea de Estudiantes y, posteriormente, por Alfonso Castro⁴⁰⁶, Diego Mendoza⁴⁰⁷, Laurentino Muñoz⁴⁰⁸, Roberto Restrepo⁴⁰⁹ y Emilio Robledo⁴¹⁰. Por su parte, J. R. Lanao Loaiza⁴¹¹ apoyó la tesis de la degeneración racial de los colombianos, aunque matizando algunos de sus puntos.

A pesar de su derrota, el debate se desarrolló en los términos planteados por Jiménez López y la necesidad de fundar el ejercicio del poder en un saber sobre el medio, la población y sus interacciones no fue puesta en duda. El resultado fue la naturalización de la sociedad nacional y su representación como un organismo en

⁴⁰¹ Araujo, Simón, "Séptima conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 255-287.

⁴⁰² Bejarano, Jorge, "Quinta conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 185-212. Bejarano, Jorge, "Sexta conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 213-254.

⁴⁰³ Caballero, Lucas, "Octava conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 289-329.

⁴⁰⁴ López de Mesa, Luis, "Segunda conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 79-110. López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia", en AAVV., *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 111-149.

⁴⁰⁵ Torres Umaña, Calixto, "Cuarta conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 153-183.

⁴⁰⁶ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio. Crónicas y estudios*, Medellín, Librería de A. J. Cano, 1936.

⁴⁰⁷ Mendoza Pérez, Diego, "¿Decaen nuestras razas?" [1920], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 295-303.

⁴⁰⁸ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*, Cali, Editorial América, 1935.

⁴⁰⁹ Restrepo, Roberto, *¿Degenera la raza? Contribución al estudio de este importante problema en lo referente a nuestra Facultad de Medicina*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1920.

⁴¹⁰ Robledo, Emilio, *¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?*, Medellín, Tipografía Industrial, 1920.

⁴¹¹ Lanao Loaiza, J. R., *La decadencia de la raza*, Santa Marta, Tipografía Mogollón, 1920.

perpetua lucha por la supervivencia. Los desacuerdos entre quienes participaron en estos debates giraban en torno a la etiología, la terapéutica y el diagnóstico de los males que aquejaban a la nación; pero, a pesar de las diferencias, había cierto consenso sobre el mal funcionamiento de ésta. La mayor o menor incidencia del entorno y del mestizaje se constituyeron en los puntos centrales de la discusión. Obviamente esto fue posible gracias a un contexto particularmente abonado por todas las discusiones nacionales durante el siglo XIX, que han sido parcialmente expuestas en esta tesis, y por la preeminencia que cobraba la eugenesia en el mundo entero.

La particularidad de Jiménez López fue la reducción de una serie de medidas, consideradas importantes por otros intelectuales, a paliativos y su confianza irrestricta en la inmigración, siempre y cuando ésta fuera bien seleccionada. En esto, se expresaba una posición francamente pesimista de la población nacional, que debía ser prácticamente reemplazada por otro conjunto social. Incluso, si se evalúa con rigor lógico las tesis de este intelectual, la inmigración debía ser un proceso constante o cuando menos debía poseer varios ciclos, puesto que los inmigrantes también se degenerarían al adaptarse al medio tropical y su degeneración se incrementaría con el tiempo. No obstante, la mayor parte de intelectuales consideraron que la inmigración sería un hecho positivo, pero no concentraron en ésta todas sus esperanzas.

3.3.2. Inmigración y mestizaje

La inmigración se relacionaba inmediatamente con la colonización, como se ha planteado en el tercer capítulo. La disposición de los inmigrantes en el espacio no podía ser dejada al azar. Luis López de Mesa proponía, por ejemplo, la colonización de las zonas de vertiente desocupadas de las tres cordilleras y a largo plazo de la Amazonia y la Orinoquia, con pobladores colombianos que hubieran mostrado su aptitud colonizadora y con inmigrantes europeos

seleccionados atentamente en Italia y en España; para los climas menos malignos, se podrían traer alemanes, escandinavos e ingleses. Lo importante era tomar el control racional de los procesos que hasta ese momento se cumplían de forma caótica:

El fenómeno del poblamiento se cumple por imposición ineluctable, ora con los elementos adecuados, ya con los venidos a menos o ineficaces de suyo: No quisimos nunca estudiar a fondo este problema, confiados en que las leyes del azar nos son propicias: La resultante es que donde pudiéramos tener ahora unos cuantos millones de ciudadanos de buen cruzamiento, asimilados y cultos y tan patriotas como los descendientes de don Sebastián de Belalcázar, vemos ocupado el puesto por cepa más débil cada día, y por inmigrantes de dudoso aprovechamiento racial y cultural⁴¹².

Bajo esta perspectiva, la inmigración no consistía simplemente en la llegada de grandes cantidades de extranjeros, sino que ésta tenía contar con el respaldo del Estado, que debía fundar sus acciones en una racionalidad que aprovechara para sus propios fines las leyes de la naturaleza y de la sociedad. Estas leyes impedían que los inmigrantes de las regiones frías y templadas se trasladaran de inmediato a las tierras bajas y deletéreas de Colombia. Ellos debían pasar por un proceso previo de aclimatación y de mestizaje con buenos elementos de la población colombiana durante mínimo tres generaciones, antes de intentar conquistar las zonas bajas.

Luis López de Mesa⁴¹³ distinguía tres tipos de inmigración, todas útiles y deseables si quienes llegaban en ellas habían sido bien seleccionados. Por un lado, existía una inmigración técnica y profesional de personas en ciertas áreas, en las cuales el país receptor no contaba con personal calificado. Por el otro, había una inmigración celular o a cuentagotas, en la cual los extranjeros podían

⁴¹² López de Mesa, Luis, *Disertación sociológica*, Bogotá, Casa Editorial "El Gráfico", 1939, p. 345.

⁴¹³ López de Mesa, Luis, "La inmigración y el fomento agrícola", en *Progreso*, vol. 1, No. 12, Medellín, 1927, pp. 191–193. Cf. Carrasquilla Hernández, Tomás, *Inmigración y colonización. Informe que presenta Tomás Carrasquilla H. al señor Ministro de Obras Públicas y Fomento*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906.

ser ubicados en labores agrícolas o industriales, de acuerdo con su nacionalidad. Finalmente, habría una inmigración masiva, que permitiría fundar colonias en lugares, que este intelectual consideraba cálidos pero sanos, como la Sierra Nevada de Santa Marta, Valledupar, el Sinú y Urabá. Estas colonias se transformarían en centros de población y de generación de riqueza, pero para esto se necesitaban caminos, mercados cercanos, garantías higiénicas y la proximidad de poblaciones colombianas que ayudaran a aclimatar, enseñar español y nacionalizar a los nuevos habitantes, lo cual incluía el mestizaje.

Los extranjeros eran, entonces, representados como mucho más que mano de obra, eran la posibilidad de fundar una nación de trabajadores responsables, de ciudadanos juiciosos y de pobladores sanos. La inmigración se transformaba de esta forma en un problema biológico, higiénico, patológico, racial, económico y social, que requería la administración eugenésica de los recién llegados y de las poblaciones nativas. La eugenesia, entendida en un sentido clásico como ciencia del mejoramiento de los linajes, poseía un alto componente técnico o práctico, que se sustentaba en un juicio de valor, la existencia de linajes o razas más convenientes que otras. Este componente se debía expresar en una serie de prácticas, sustentadas en las teorías de la herencia y el darwinismo, que llevarían a favorecer a unas poblaciones sobre otras⁴¹⁴, en un proyecto que conduciría a grados más o menos radicales de racismo de Estado⁴¹⁵.

Desde esta perspectiva, no cabía la menor duda de que “Política de inmigración no es una bella frase, sino la expresión de sesudas normas de depuración de estas nacionalidades indoespañolas para ecuatoriales”⁴¹⁶. Las normas de depuración para una inmigración masiva que, por otra parte, nunca llegó al país,

⁴¹⁴ Castañeda, Luzia Aurelia, “Eugenia e casamento”, en *História, Ciências, Saúde. Manguinhos*, vol. 10 No. 3. 2003, pp. 901-930. Gayon, Jean, “Eugenics: an Historical and Philosophical Schema”, en *Ludus Vitalis*, vol. 5, No. 8, 1997, pp. 81-99.

⁴¹⁵ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*.

⁴¹⁶ López de Mesa, Luis, *El factor étnico*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1927, p. 5.

fueron objeto de controversia. Para muchos de nuestros intelectuales, el arribo de personas judías, árabes y negras fue considerado perjudicial para el progreso de la nación. La discusión fue especialmente intensa en relación con los inmigrantes asiáticos, quienes tenían a su favor las noticias sobre la rápida conversión de Japón en una potencia mundial.

No obstante, intelectuales como Diego Mendoza⁴¹⁷, Rafael Uribe Uribe⁴¹⁸, Fernando González⁴¹⁹ y Miguel Jiménez López⁴²⁰ se opusieron a la llegada masiva de asiáticos. El último de ellos publicó, en 1929, su respuesta a una solicitud del Ministerio de Agricultura sobre la viabilidad étnica de la colonización del Meta con 2000 japoneses.

En este texto, Jiménez López señaló que el estudio científico de este problema tenía dos puntos centrales: la posibilidad de mezcla de los inmigrantes con los nativos y la facilidad o dificultad con que los primeros se pudieran asentar y permanecer en el territorio nacional. Los japoneses que habían llegado a Estados Unidos, país con un clima similar al de su país de origen, habían mostrado una buena adaptación, mientras aquéllos que habían llegado a Perú, Cuba y las Guayanas habían sido diezmados rápidamente por enfermedades tropicales, como la uncinaríasis, la lepra, la tuberculosis y el pian. Esto hacía que los japoneses pudieran prosperar en la comodidad de las ciudades costeras colombianas, pero no en la hostil Orinoquia.

A esto se sumaba que, a su parecer, las leyes de la herencia de Mendel demostraban que los japoneses podrían aportar el amor al trabajo, la destreza manual, la sobriedad, la resistencia a la fatiga, la aptitud para la guerra y las artes

⁴¹⁷ Mendoza, Diego, "Inmigración de japoneses a Colombia" [1920], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 285-294.

⁴¹⁸ Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del sur*, vol. 1.

⁴¹⁹ González, Fernando, *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*, Medellín, UPB, 1936-1995.

⁴²⁰ Jiménez López, Miguel, *La inmigración amarilla a la América*, Bogotá, Editorial Minerva, 1929.

manuales, pero provocarían simultáneamente una regresión hacia tipos y proporciones fisonómicas, que eran miradas en todo el mundo con abierto desagrado. Además, muchas de sus cualidades se convertían rápidamente en defectos en las repúblicas receptoras: por ejemplo, su solidaridad se transformaba en un obstáculo para la integración y el gusto por el detalle degeneraba en rutina, más si se tomaba en cuenta que se iban a relacionar con una población de ascendencia indígena.

De acuerdo con este intelectual, la mezcla de seres semejantes era usualmente conveniente, pero no en este caso, dado que las semejanzas entre indígenas y asiáticos eran producto de entornos muy diferentes. Así, si tal como lo planteó Herbert Spencer, cada raza era fruto de su adaptación a un modo peculiar de vida, el mestizaje de razas provenientes de medios con muy pocas similitudes traería consigo que sus descendientes no se encontraran adaptados a ninguno de los dos entornos de los que provenían sus padres. El caso peruano era un claro ejemplo de esta situación, pues los híbridos de japonés y blanca o mestiza peruana poseían rasgos morfológicos y de carácter extraños, inarmónicos y desagradables, mientras el mestizaje de japoneses con mujeres negras o indígenas había producido características físicas y morales que lindaban con lo deforme. “Estos desgraciados productos son invenciblemente inclinados a las peores formas de degradación moral: al alcoholismo y a todas las intoxicaciones, a las manifestaciones sangrientas de la criminalidad, al robo, a la estafa y las más bajas perversiones sexuales”⁴²¹.

La buena inmigración era la que intensificaría las cualidades de las tres razas presentes en Colombia, al tiempo que le sumaría nuevos rasgos de provecho. Esta tarea sólo la podían cumplir los europeos. La labor del Estado y de las elites consistiría en brindar los suficientes atractivos a los extranjeros y, simultáneamente, impedir que la inmigración se constituyera en un peligro para la

⁴²¹ Jiménez López, Miguel, *La inmigración amarilla*, pp. 26–27.

soberanía nacional. Jiménez López planteó la necesidad de seguir los planteamientos de Gustave Le Bon para garantizar el éxito de la inmigración:

Considerado etnológicamente, la inmigración a nuestros países debe sujetarse, desde luego, a las 3 condiciones en que ha resumido Le Bon la probabilidad de un buen cruzamiento: 1°, que las razas sometidas al cruce no sean muy desiguales numéricamente, 2°, que no difieran demasiado en sus caracteres, y 3° que estén sometidos por largo tiempo a idénticas condiciones ambientales.⁴²²

A lo que agregó que los caracteres de una raza debían compensar las deficiencias de las otras.

No obstante, la inmigración tuvo fuertes críticos, quienes veían en ésta una estrategia impulsada desde los países europeos para deshacerse de su exceso de población y hacerles perder a los países latinoamericanos su personalidad singular⁴²³. Otros consideraban la medida simplemente como algo inútil:

[N]o vale la pena inquietarnos por los que han de llegar; no hay objeto en señalar desde ahora, con casi seguridad de un fracaso, la raza tal o cual, que ha de ayudarnos a nuestra regeneración moral y física, y que a la fija es tan mestiza y cruzada como la nuestra. A nosotros lo que nos importa es pensar en nosotros mismos, y pensar en superarnos. Nada más⁴²⁴.

Para Alfonso Castro, la administración científica de la inmigración era una quimera, pues los seres humanos no se comportaban como simples reproductores. Además, aun aceptando el diagnóstico de Miguel Jiménez López sobre la población colombiana, la terapéutica que éste propuso sería inadecuada, pues

Una raza fuerte y superior no produciría ningún beneficio en nuestras razas decrepitas, porque es un hecho conocido en biología, que cuando uno de los

⁴²² Jiménez López, Miguel, *La inmigración amarilla*, p. 37.

⁴²³ Fernando González, *Los negroides*.

⁴²⁴ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*, p. 282.

elementos generadores se inferioriza de manera honda y vital, viene la esterilidad, o en caso de producto concepcional, éste es tan precario y poco viable, que no vale la pena de que se le tenga en cuenta, al menos desde el punto de vida de la especie. El resultado sería un hecho de simple reemplazo, una trasplatación en masa de un pueblo vigoroso a un territorio vasto y prolífico con arrinconamiento de los naturales degenerados, incapaces para la vida.⁴²⁵

En definitiva, no se debería hablar de inmigración sino de colonización y de una similar a la norteamericana, en la cual no primaría el mestizaje sino la extinción pura y dura de la población nativa. No obstante, Castro desestimaba esta hipótesis, dado que las inmigraciones masivas siempre traían consigo seres débiles y seres fuertes.

Alejandro López, por su parte, realizó una crítica a la inmigración desde una perspectiva atenta a las variables económicas y raciales. Para él, ésta era simplemente imposible, en tanto que Colombia no poseía las vías de comunicación que garantizaran el éxito de las empresas de colonizaciones y no podía competir con la atracción que ejercían Estados Unidos, Argentina, Brasil y Uruguay, países con una economía mucho más sólida:

Para conseguir hoy en el mundo “mano de obra” importable a Colombia, sería preciso incurrir de nuevo en el nunca bien lamentado error de los españoles colonizadores de nuestro País; habría que importar razas inferiores, que irían a bajar el standard de vida actual de nuestros jornaleros. ¿Llegaremos hasta ese extremo?⁴²⁶

En vez de gastar tiempo y dinero intentado atraer extranjeros masivamente, estos recursos debían ser usados en combatir las enfermedades tropicales e impulsar la utilización intensiva del campo.

⁴²⁵ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*, p. 193.

⁴²⁶ López, Alejandro, *Problemas colombianos*, París, Editorial París-América, 1927, p. 190.

Como se mencionó anteriormente, los relatos sobre la nación resaltaron que la colonización peninsular estuvo marcada por la formación de una sociedad de mestizos en contraposición a las colonizaciones británicas, lo cual era profundamente problemático desde numerosos saberes como la eugenesia en su vertiente más radical y la antropología criminal. Para muchos intelectuales y científicos europeos, las mezclas raciales eran francamente problemáticas y consideradas como una muestra irrefutable de la promiscuidad sexual que se vivía en el trópico, promiscuidad que unía lo que debía permanecer separado⁴²⁷.

Los intelectuales colombianos no eran ajenos a estas discusiones⁴²⁸. Antonio José Restrepo criticaba duramente a quienes denominaba como blancófagos yanquis y agregaba que:

Nosotros [los antioqueños], más humanos y más prácticos, recordando también que nuestro santo rey Salomón no se anduvo con regodeos vis-à-vis de la reina Sabá y que la reina Candaza, cuyo negro eunuco como ella [...] propagó el Cristianismo en Abisinia; que la reina Candaza, decimos, no fue en vanos a viajar por Antioquía y a saludar al apóstol de los Gentiles, no tenemos escrúpulo en hacer la corte a nuestras negras, mulatas, pardas y morenas, de suerte que vamos cruzando la raza en proporciones tan satisfactorias, que nuestros negros e indios puros van desapareciendo suavemente, dando campo al predominio absoluto de la raza blanca, que, siendo la más numerosa y más fuerte, por la mejor vida que puede darse, es la que perdurará en aquellas naciones⁴²⁹.

⁴²⁷ Diköter, Frank, "Race Culture: Recent Perspectives on the History of Eugenics", en *American Historical Review*, vol. 103, No. 2, 1998, pp. 467-478. Gould, Stephen Jay, *La falsa medida del hombre*. Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo, "Presentación", en Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, pp. 11-19. Stepan, Nancy Leys, "The Hour of Eugenics". Stepan, Nancy Leys, *Picturing Tropical Nature*.

⁴²⁸ Ruiz Barreto cita en un artículo a Georges W. Crichfields, quien señalaba la poca calidad moral de los hombres y las mujeres blancos que se enlazaban con los indígenas o las personas negras, véase: Ruiz Barreto, Emilio, "Estudiémonos", en *La Revista: Política-Literatura-Historia*, vol. 1, No. 2, Bogotá, 1909, pp. 47-58. Ruiz Barreto, Emilio, "Estudiémonos", en *La Revista: Política-Literatura-Historia*, vol. 1, No. 3, Bogotá, 1909, pp. 70-79.

⁴²⁹ Restrepo, Antonio José, *El cancionero de Antioquia: de la tierra colombiana*, Barcelona, Editorial Lux, 1930, p. 148. Cf. Escobar Villegas, Juan Camilo, *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*, Medellín, EAFIT, 2009, p. 276 y ss.

Restrepo continuaba su defensa del mestizaje planteando que los blancos liberales habían sido amigos y protectores de la raza negra, tanto de quienes ya se encontraban en el territorio nacional como de los posibles inmigrantes, estos últimos necesarios para hacer productivas las hoyas de los grandes ríos y los litorales de ambos océanos. Simultáneamente, criticaba a los indios que se escudaban en un título de doctor para escalar posiciones y prohibir la entrada de extranjeros negros y que pareciera, además, que buscaban desterrar a los compatriotas de esa raza.

Alejandro López, en un capítulo titulado “Un proceso satisfactorio y científico” de su *Idearium Liberal*, realizó una feroz crítica a la posición de su copartidario por citar en pleno siglo a Joseph Gumilla como autoridad científica y por hacer del libertinaje una doctrina científica, satisfactoria y providencial. Para López, Restrepo ofendía al departamento de Antioquia cuando planteaba que allí se ejercía el cruce indiscriminado de razas o, en otras palabras, el amor libre, cuando allí el número de hijos ilegítimos era el más bajo de la república. Había que defender a las mujeres y a los niños que eran la patria misma, la unidad más perfecta de la organización humana, la cual sólo le pedía al hombre que no rompiera este equilibrio perfecto, con su lujuria. “Ni el Doctor Jiménez ni el Doctor Bejarano necesitan más elementos para localizar la degeneración de la raza y el semillero que puebla las prisiones infantiles. La mestización sistemática y el alcoholismo están dislocando a Colombia”⁴³⁰.

A pesar de las polémicas que rodearon al mestizaje, éste fue considerado generalmente un hecho cumplido, y lo cierto era que rechazarlo abiertamente era prácticamente acabar con cualquier esperanza de vida civilizada en Colombia, en tanto que la gran mayoría de la población era representada como mestiza en los relatos nacionales. No era de extrañar, entonces, que en algunas ocasiones se hicieran apasionadas defensas del mestizaje, gracias, en parte, al favorable

⁴³⁰ López, Alejandro, *Idearium Liberal*, París, Ediciones La Antorcha, 1931, pp. 74-75.

contexto latinoamericano. El escritor Luis Enrique Osorio, inspirado en los planteamientos de José Vasconcelos, no dudó en afirmar:

[...] toda mezcla es una base de selección. Puede haber hibridismos aparentemente nocivos, que ciertas organizaciones descalifiquen y rechacen de acuerdo con el criterio de una época, de una región, de una costumbre; pero toda mezcla representa en el fondo un avance individual o colectivo del género humano⁴³¹.

Esta perspectiva se oponía a los planteamientos de Miguel Jiménez López o a los más esporádicos de Alejandro López y consideraba que, por el contrario, la mezcla racial era la principal forma de vencer las inclemencias del medio, puesto que los mestizos eran seres mejor adaptados que los blancos, que iban perdiendo los puestos de honor en la sociedad. Al decir de Osorio, este proceso provocaba hondos conflictos, puesto que las castas dominantes no renunciaban fácilmente a lo que consideraban sus derechos adquiridos y se aferraban a los puestos dirigentes, defendiendo argumentos de supremacía racial⁴³². A pesar de su acérrima defensa del mestizaje, este escritor concordaba con otros intelectuales, al plantear la necesidad de la dirección científica del mestizaje, como condición para garantizar la armonía entre las disímiles tendencias aportadas por los progenitores y no continuar con los desequilibrios orgánicos, las inestabilidades fisiológicas y la ciclotimia que habían sido los rasgos predominantes en los frutos del mestizaje espontáneo.

Las incompatibilidades en las mezclas fueron un tema de discusión frecuente. Luis López de Mesa⁴³³ consideró que las razas cercanas se fecundaban positivamente, mientras las mezclas entre razas muy diferentes producían trastornos de carácter,

⁴³¹ Osorio, Luis Enrique, *Los destinos del trópico*, Bogotá, Cromos, 1932, p. 18.

⁴³² Fernando González, planteó una posición similar y consideró a Suramérica como la cuna del gran mulato. Cf. González, Fernando, *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia*, Medellín, UPB, 1936-1995, p. 24.

⁴³³ López de Mesa, Luis, *Disertación sociológica*.

tales como la psicastenia⁴³⁴, la delincuencia y la inadaptación social. Incluso los descendientes de linajes más compatibles podían padecer trastornos menores durante una o dos generaciones, debido a genes inarmónicos.

Los híbridos, como también se denominaron, fueron considerados ante todo como sujetos en formación, fuerzas motrices en potencia para empujar la nación en un futuro, más que sujetos consolidados. A pesar del pesimismo de Jiménez López, él consideraba que la mezcla racial aunada a la higiene y la educación⁴³⁵ podía ayudar en algo a la situación de las razas colombianas:

No obstante que el europeo ha contribuido a esta mezcla en una proporción numérica inmensamente inferior a la del aborígen, en el conflicto de sangres aquél se ha mostrado más fuerte. Sus caracteres han ido predominando en el producto criollo. Débase esto a que el indígena conquistado quedó reducido desde el principio a las más miserables condiciones de existencia que agotaron su vigor o bien a que el organismo de los hombres blancos es más adaptable a las diversas zonas, el hecho es innegable; el europeo ha impuesto en nuestro continente, a la par que su cultura espiritual, las modalidades de su sangre⁴³⁶.

Al igual que en el siglo XIX, pero dentro de un marco intelectual y científico diferente, se consideraba que los indígenas eran seres debilitados por la derrota de la conquista y la expoliación de la colonia y la república. La inferioridad de los indígenas del siglo XX, en relación con sus antepasados precolombinos, era nuevamente postulada⁴³⁷ y se escuchaban voces que predecían su extinción definitiva en cumplimiento de las ineludibles leyes biológicas:

Naturalmente los engendros de tales miserables degenerados lo son hasta el exceso, y por fortuna, la naturaleza, más piadosa y selecta que los hombres civilizados y las castas dirigentes, acabará por eliminarlos en un futuro próximo, en

⁴³⁴ Variedad de neurastenia, en la que predominan las manifestaciones de depresión psíquica.

⁴³⁵ No en vano planteaba que “Educar es preparar para la vida”, véase: Jiménez López, Miguel, “Lo inconsciente en la educación”, en *Cultura*, vol. 1, No. 6, Bogotá, 1915, p. 382.

⁴³⁶ Jiménez López, Miguel, *La inmigración amarilla*, pp. 19–20.

⁴³⁷ Bejarano, Jorge, “Quinta conferencia”. Mora, Luis María, *El alma nacional*, Bogotá, Cromos, 1922. Robledo, Emilio, *¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?*

virtud de sus leyes sanitarias.... Degenerados, que, por lo demás, son una vergüenza para los países cristianos, que no han querido, para poderlos mantener esclavizados, sacarlos de la oprobiosa existencia que soportan y hacerlos gozar de las prerrogativas de la ciudadanía.⁴³⁸

Esta posición era aceptada incluso por intelectuales que se autodenominaban indigenistas, aunque uno⁴³⁹ de éstos planteaba que la miseria, la abyección y la hipocresía de los indígenas podía ser remediada con la eficaz protección, la conservación y la valoración de esta raza.

Al contrario de la sangre aborígen, la sangre etiópica o negra fue considerada mucho más fuerte y expansiva⁴⁴⁰, además de más apta para sobrevivir en regiones malsanas a las cuales no podían acceder los blancos, como se mostró en capítulos anteriores. Para López de Mesa⁴⁴¹, las personas negras aumentaban su número en las hoyas de los ríos, las costas y las vertientes bajas de las cordilleras, gracias a que su sangre resistía las mezclas sin desaparecer durante cinco generaciones, mientras que la sangre blanca sólo perduraba durante tres, obviamente esto contradecía las afirmaciones de que la sangre de la raza blanca era más fuerte y mostraba las ostensibles diferencias entre los intelectuales que se preocuparon por estas problemáticas.

Jiménez López afirmaba que la expansión demográfica de la raza negra mostraba que ésta poseía mayores defensas orgánicas a los agentes deletéreos tropicales; el problema era que este aumento era inversamente proporcional al desarrollo de aptitudes para la civilización, las cuales tendían a disminuir aún más, si continuaba

⁴³⁸ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*, pp. 205-206.

⁴³⁹ Solano, Armando, *La melancolía de la raza indígena y glosario sencillo* [1929], Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1972. Cf. Páramo Bonilla, Carlos Guillermo, "Decadencia y redención. Racismo, fascismo y los orígenes de la antropología colombiana", en *Antípoda*, No. 11, 2010, pp. 67-99.

⁴⁴⁰ Bejarano, Jorge, "Quinta conferencia". González, Fernando, *Los negroides*. López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia". López de Mesa, Luis, *El factor étnico*. Osorio, Luis Enrique, *Los destinos del trópico*. Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del sur*, vol. 1.

⁴⁴¹ López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia".

el mestizaje espontáneo entre las poblaciones mestizas del oriente del país y las negras del occidente, pues:

[...] aquellos núcleos de la raza, heridos de muerte en su mayor parte por la tuberculosis, el paludismo, las bubas, la anemia tropical y algunos otros males de menor importancia, pero igualmente generalizados, son todavía muy numerosos para ser absorbidos impunemente por el resto de la población, ya de suyo ampliamente mestizada con el elemento africano o aborigen. La mezcla del indígena de la cordillera oriental con ese elemento africano y aun con los mulatos que de él deriven sería un error fatal para el espíritu y la riqueza del país: se sumarían, en lugar de eliminarse los vicios y defectos de las dos razas y tendríamos un zambo astuto e indolente, ambicioso y sensual, hipócrita y vanidoso a la vez, amén de ignorante y enfermizo. Esta mezcla de sangres empobrecidas y de culturas inferiores determina productos inadaptables, perturbados, nerviosos, débiles mentales, viciados de locura, epilepsia, de delito que llenan los asilos y las cárceles cuando se ponen en contacto con la civilización⁴⁴².

Este mestizaje espontáneo estaba sufriendo un proceso de aceleración, gracias al mejoramiento de las vías de comunicación, lo que ahondaba este problema, que era de tal magnitud que podía provocar que Colombia cayera bajo el protectorado de otras razas mejor dotadas⁴⁴³.

A pesar del pesimismo expresado por algunos de estos intelectuales, no era extraño que ellos mismos plantearan que la etapa americana de la tierra había comenzado⁴⁴⁴ y, apoyándose en las ideas sobre la decadencia europea de Oswald Spengler⁴⁴⁵ y de la raza cósmica de Vasconcelos⁴⁴⁶, se postulaba que a América Latina y, especialmente, a Colombia, le correspondía como misión histórica sintetizar el globo terráqueo, al ser el punto de confluencia del Oriente con el Occidente, del Norte con el Sur, de las razas negra, blanca y amarilla:

⁴⁴² López de Mesa, Luis, *El factor étnico*, p. 12.

⁴⁴³ López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia", p. 353.

⁴⁴⁴ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*. López de Mesa, Luis, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, Bogotá, s. e. 1930.

⁴⁴⁵ Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente* [1918], Madrid, Espasa Calpe, 1966.

⁴⁴⁶ Vasconcelos, José, *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana* [1925], Madrid, Aguilar, 1966.

Somos África, América, Asia y Europa a la vez, sin grave turbación espiritual. Nos dio Asia su sentido recóndito de la vida en la sangre aborigen que pobló nuestra cordillera oriental; nuestras costas del Atlántico y del Pacífico recogieron sangre africana, generosa y festiva; mesura nos trajo y altivez el ario europeo; y a todas ellas transforma y une el paisaje de América⁴⁴⁷.

La realización del destino histórico de esta especie de *aleph* borgiano, que era Colombia, requería por supuesto una serie de reformas importantes que debían ser dirigidas por el conocimiento experto.

3.3.3. Re-formar la población y modificar el ambiente

A la par de las discusiones sobre la atracción y la selección de inmigrantes y sobre la gestión del mestizaje, el mejoramiento de la población a través de la transformación de sus condiciones de vida fue un punto central. De forma similar al resto de países latinoamericanos y algunos europeos como Francia, la apropiación de la eugenesia y de otros discursos y saberes vinculados a ésta se realizó bajo una fuerte influencia del neolamarquismo.

La base neolamarquiiana hizo posible el incremento de la preocupación por la puericultura, las costumbres familiares, la educación, la miseria y las enfermedades; estas últimas pasaron a ser venenos raciales, pues no se consideraban hechos que concernieran solamente a los individuos y a sus familias, sino que estaban relacionadas con la salud de la población en su conjunto. Desde esta perspectiva, la eugenesia cobró una dimensión higienista muy marcada en Colombia. En su vertiente neolamarquiiana, ésta se articulaba más fácilmente con las preocupaciones por el progreso, la civilización y la salud del organismo nacional, pues no negaba estas posibilidades a las repúblicas

⁴⁴⁷ López de Mesa, Luis, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934, p. 7.

latinoamericanas, sino que las postergaba hasta que se realizaran las reformas sociales necesarias que impactaran de forma positiva y masiva a la población⁴⁴⁸.

La tradición anglosajona no excluía necesariamente la higiene dentro de la eugenesia, pero hacía de ella un asunto secundario, puesto que estaba más preocupada por las leyes de la transmisión hereditaria de rasgos positivos o negativos, que en la modificación de estos rasgos durante la vida de los individuos y de las poblaciones. En Colombia, las condiciones de vida de las personas, en especial de los pobres urbanos y rurales, tuvieron una relación directa con los debates sobre la eugenesia, ya que eran simultáneamente causas y síntomas de enfermedades, cuya repetición y empeoramiento de generación en generación podía ser detenida si se tomaban las medidas adecuadas. Obviamente, esta posición, que fue mayoritaria, planteó un rechazo a las tesis de Jiménez López, quien se basaba en una noción dura de herencia y abría la posibilidad de conjurar el debilitamiento de las razas colombianas, sin recurrir a la inmigración.

Que un individuo pudiera adquirir a través de su relación con el medio uno o varios rasgos, que luego transmitiría a sus descendientes, abría una amplia posibilidad de mejoramiento para la población nacional, aunque también un campo abierto plagado de peligros, en tanto que nada aseguraba que estos caracteres fueran favorables para el bienestar individual y colectivo. Desde esta perspectiva, la salud se representaba como el producto de una lucha constante y absolutamente necesaria para el progreso, la felicidad, la prosperidad y la civilización de la nación. Lucha que atañía a todos y cada uno de los ciudadanos, y también al Estado. Era, en definitiva, un ejercicio de biopoder, en el cual se cruzaban la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones, con la serie población-procesos biológicos- mecanismos regularizadores-Estado⁴⁴⁹.

⁴⁴⁸ Stepan, Nancy Leys, *"The Hour of Eugenics"*.

⁴⁴⁹ Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, p. 226. Véase también: Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población*.

Para intelectuales como Alfonso Castro, los médicos de su tiempo eran científicos que tenían como responsabilidad iluminar a sus sociedades, para lo que

Es menester empezar el estudio del hombre mucho antes de que hombre sea, en el momento en que óvulo y el espermatozoide se unen para constituir un nuevo sér, sin olvidar, por supuesto, la potencialidad de esas dos células incompletas, y las modalidades hereditarias y ancestrales que soportan. Luégo seguirlo en todas las etapas de la vida, asistiendo al desarrollo del espíritu y al borbotar de las pasiones, estudiarlo con mirada escrutadora, sin perder detalle, anotando todos los referentes a la vida en sus múltiples facetas, para corregir las causas que la amplían haciéndola bella y racional⁴⁵⁰.

La labor médica se debía extender durante toda la vida de los seres humanos, al tiempo que debía expandirse por todos los emplazamientos donde los hombres y mujeres permanecieran: hogar, escuela, taller, fábrica, campo, cárcel, manicomio; sólo así la medicina podría cumplir su misión, el mejoramiento indefinido de la especie, tal como lo postuló Castro.

En este contexto, el problema sanitario o higiénico, como era frecuentemente llamado, se transformaba en un asunto público de magna importancia. Mariano Ospina Pérez⁴⁵¹ planteó, desde su posición como presidente de la Federación Nacional de Cafeteros, que gobernar, antes que poblar, educar o construir ferrocarriles, era sanear; puesto que los países más avanzados no habían sido nunca los más ricos sino los más vigorosos. Afirmación que es posible complementar con la opinión de uno de sus rivales políticos: “Buscar gente inteligente y capaz; gente honrada y sociable en organismos débiles y enfermos, atacados de todas las taras atávicas herenciales y circunstanciales, es un imposible metafísico⁴⁵²”.

⁴⁵⁰ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*, p. 160.

⁴⁵¹ Ospina Pérez, Mariano, “El problema sanitario es el primero”, en Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*, Cali, Editorial América, 1935, s.p.

⁴⁵² Gaitán, Jorge Eliécer, “Sobre el problema antropológico” [1937], en Villaveces, Jorge (ed.), *Los mejores discursos, 1919-1948*, Bogotá, Editorial Jorvi, 1968, p. 242.

El problema higiénico se transformó en una *lingua franca*, a través de la cual se podían comunicar los diferentes espectros políticos sin suprimir sus diferencias. Había, pues, un cierto consenso en que todo programa político debía realizar propuestas concretas en la defensa y el mejoramiento de la vida⁴⁵³. Estamos, entonces, de frente ante una nueva etapa de la modernidad biológica en Colombia⁴⁵⁴.

Las estrechas relaciones entre eugenesia e higiene hicieron que el debate se concentrará en lo que se ha denominado eugenesia preventiva o blanda, mientras que las discusiones sobre la eugenesia positiva, que buscaba fomentar la reproducción dirigida científicamente de individuos poseedores de rasgos deseados, para que estas características se expandieran en la población fue minoritaria, muchísimo más la eugenesia negativa que buscaba impedir la reproducción de los grupos considerados indeseables. La eugenesia preventiva cobró generalmente la forma de una serie de campañas, que fueron definidas por Alfonso Castro de la siguiente manera: higiene de la infancia (puericultura), higiene de las escuelas, higiene tropical (lucha contra las enfermedades tropicales), campaña antivenérea, campaña antituberculosa, campaña anticancerosa, campaña antialcohólica, legislación científica sobre las viviendas de los obreros y las clases desvalidas, saneamiento de puertos y ciudades⁴⁵⁵.

La retórica militar empleada en términos como campaña o lucha contra los venenos raciales, que fueron recurrentes, refuerza la idea de que la salud de una nación con una población racialmente heterogénea, que habitaba un medio tropical, no era un hecho que debía ser dejado a merced del azar, sino que implicaba un arduo trabajo. Se encuentra aquí una transformación importantísima en relación con el siglo XIX, pues se da el tránsito de un énfasis en el dejar morir –

⁴⁵³ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica*, p. 267.

⁴⁵⁴ Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad*. Pedraza Gómez, Zandra, *En cuerpo y alma*.

⁴⁵⁵ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*.

a través del mestizaje— al hacer vivir a través de una dirección más decidida de los procesos biológicos de la población y del adiestramiento de los cuerpos. Claro está que la gestión de estos procesos fue limitada, si se compara con la exuberancia retórica, pero esto no invalida su fortalecimiento, si se compara con las prácticas de décadas anteriores.

De forma similar a la higiene, la educación fue considerada indispensable para el mejoramiento de la población nacional. El acento recayó, de nuevo, en la necesidad de una formación práctica y científica, que hiciera posible la aparición de individuos útiles a la sociedad y productivos, por un lado; y en la implementación de la educación física para crear cuerpos sanos, por el otro. La educación “tradicional” fue el blanco privilegiado de las críticas, puesto que se consideraba que disminuía la capacidad de luchar por la vida⁴⁵⁶. La nación en su conjunto fue calificada de ignorante y esto se constituía en una acusación contra la desidia del Estado⁴⁵⁷.

Las instituciones educativas fueron concebidas como lugares privilegiados en la medicalización de la sociedad. Dentro de este proceso, las campañas a favor de la temperancia ocuparon un importante lugar. El alcoholismo fue uno de los venenos raciales más temidos a comienzos del siglo XX. La denominación de veneno racial no disminuía su carácter social, sino que lo aumentaba. Al respecto Luis López de Mesa planteó que éste era una enfermedad social en tres sentidos: consentida impunemente por casi todos los sectores del país, transmitida por contagio social y creada por desequilibrios presentes en la sociedad⁴⁵⁸.

⁴⁵⁶ Araújo, Simón, “*Séptima conferencia*”. Caballero, Lucas, “*Octava conferencia*”. López de Mesa, Luis, “*Segunda conferencia*”.

⁴⁵⁷ Lanao Loaiza, J. R., *La decadencia de la raza*. López, Libardo, *La raza antioqueña. Breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento, y educación*, Medellín, Imprenta de “La Organización”, 1910. Cf. Helg, Aline, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política*, Bogotá, CEREC, 1987.

⁴⁵⁸ López de Mesa, Luis, “El problema del alcoholismo y su posible solución”, en *Cultura*, vol. 2, No. 12, Bogotá, 1915, pp. 233-234.

Se consideró que el consumo excesivo de alcohol, sobre todo de chicha, no afectaba sólo al alcohólico, sino que se transmitía a su descendencia hasta extinguir la familia al cabo de unas pocas generaciones, poniendo en riesgo a la población en su conjunto⁴⁵⁹. El potencial degenerativo del licor se multiplicaba, porque los padres alcohólicos transmitían a sus hijos otras afecciones, sobre todo si la fecundación se realizaba bajo el influjo de estas bebidas⁴⁶⁰.

Bajo este punto de vista, la dependencia gubernamental de los impuestos sobre las bebidas iba en contravía de las campañas de temperancia y despojaban al Estado de toda autoridad moral. Se debía proteger a ciertos grupos de sus propios instintos, atávicamente depravados y esto no se hacía vendiéndoles licor, lo que los convertía en criminales potenciales, gracias al envenenamiento a que se encontraban sometidos. Si bien este es un tema que puede ser rastreado en épocas anteriores, redobló su fuerza en el contexto particularmente fértil de comienzos del siglo XX. Ya en 1910, Rafael Uribe Uribe había lanzado la tesis de que el 80% de las agresiones personales tenían como causa principal la embriaguez⁴⁶¹.

De esta manera, el consumo de bebidas alcohólicas fue asociado a la criminalidad, a la miseria, a la locura, a la inmoralidad y a la desunión familiar⁴⁶². Como buen veneno racial, la acción de estas bebidas se iba agravando de generación en generación. Los hijos de padres alcohólicos serían ineptos para el trabajo, tendrían numerosas enfermedades, no podrían cumplir sus deberes

⁴⁵⁹ Calvo Isaza, Óscar Iván y Marta Saade Granada, *La ciudad en cuarentena*. Noguera, Carlos Ernesto, *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, Eafit, 2003.

⁴⁶⁰ Torres Umaña, Calixto, "Cuarta conferencia".

⁴⁶¹ Uribe Uribe, Rafael, "Los problemas nacionales" [1910], en Eastman, Jorge Mario (comp.), *Obras selectas*, tomo 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, pp. 221-261.

⁴⁶² López de Mesa, Luis, "El problema del alcoholismo y su posible solución". Mendoza, Diego, "Alcoholismo y criminalidad" [1909], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 273-279. Robledo, Emilio, *¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?* Sánchez Santamaría, I. M., *Vicios de la raza*.

sociales y serían propensos al delito: “esos males, sin embargo, palidecen ante los que ocasiona por herencia en las generaciones subsiguientes. El delincuente nato no es más que el delincuente por herencia; y de todas las herencias mórbidas no hay ninguna que en importancia y extensión pueda compararse con la alcohólica”⁴⁶³.

Para Laurentino Muñoz⁴⁶⁴, los bebedores compulsivos cometían actos que llevaban a su familia a la ruina, atentaban contra la economía nacional por los jornales perdidos y generaban onerosos gastos al Estado por la asistencia médica y la represión policial demandadas. Atacar el consumo de alcohol, era también luchar contra la prostitución, herida abierta en la sociedad que degeneraba a las mujeres, corrompía a los niños y acababa los hogares, puesto que las casas de lenocinio vivían en buena medida de las ventas de ese veneno, que además incitaba a un ejercicio desenfadado de la sexualidad.

La importancia de la lucha contra la prostitución aumentaba, puesto que las meretrices fueron acusadas de ser el principal agente transmisor de otros dos venenos raciales: la sífilis y la blenorragia⁴⁶⁵. A pesar de la ausencia de estadísticas que lo comprobaran, estas enfermedades fueron representadas como graves epidemias que atacaban el futuro de la nación, pues traían consigo el aumento de la mortalidad prenatal y natal, y de las enfermedades y debilidades orgánicas de los niños de padres contagiados⁴⁶⁶.

⁴⁶³ Camacho, Martín, “Criminología”, en *Cultura*, vol. 3, No. 17, Bogotá, 1916, p. 296.

⁴⁶⁴ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica*.

⁴⁶⁵ Obregón, Diana, “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)”, en *História, Ciências, Saúde. Manguinhos*, vol. 9 (Suplemento), 2002, pp. 161-186.

⁴⁶⁶ Gaitán, Jorge Eliécer, “Sobre el problema antropológico”, en Villaveces, Jorge (ed.), *Los mejores discursos, 1919-1948*, Bogotá, Editorial Jorvi, 1968, pp. 237-246.

El Estado debía asumir la profilaxis de los infectados, la lucha contra los remedios que prometían curar estos males⁴⁶⁷, pero no lo hacían, y la educación e información, en alianza con la prensa, para evitar que los hombres jóvenes, blancos privilegiados de estas enfermedades fueran educados sexualmente en las cantinas, los burdeles y los cines. Incluso el hogar podía transformarse en una fuente de peligros⁴⁶⁸.

Los niños y las mujeres se veían implicados generalmente como víctimas de la lubricidad de los hombres. Los primeros cargaban sobre sus cuerpos un sinnúmero de taras, mientras las segundas eran contagiadas por terribles enfermedades:

La mujer en nuestro País concurre a la unión del hogar sin Blenorragia ni Sífilis adquirida, las dos enfermedades sociales que más desgracias ocasionan en la familia, sin vicios destructores, Alcoholismo, pereza, juego, concurre, por consiguiente con un capital humano en capacidad de afrontar con denuedo y victorioso la lucha en la nueva etapa de su vida⁴⁶⁹.

Las mujeres fueron representadas como el capital humano que sostenía la célula primaria de la sociedad, la cual no era otra que la familia. Pero esta célula y su pilar estaban en peligro. Para Javier Sáenz, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina⁴⁷⁰, la invención de lo social tuvo como objetivo dar el paso de un gobierno

⁴⁶⁷ García García, Víctor Manuel, *Remedios secretos, drogas heroicas y medicinas de patente. Una historia de la regulación de los medicamentos en Antioquia (1900-1940)*, Medellín, tesis para optar al título de magíster en historia, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2007.

⁴⁶⁸ Zalamea, Jorge, *Esquema para una interpretación sociológica del departamento del Nariño*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.

⁴⁶⁹ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica*, p. 215. Al respecto Luis López de Mesa planteaba: “La esposa envilecida en un ambiente de dolor y de miseria ve descorrerse los días sin esperanza; ve llegar con horror la noche en que el borracho, inmundo de la cabeza a los pies, ocupará su lecho, y torpemente lascivo, en un entusiasmo fugaz le dejará en el cuerpo un desgraciado y en el alma un asco profundo”, véase: “El problema del alcoholismo y su posible solución”, p. 255. Sobre la infancia y sus cuidados véase: Bejarano, Jorge, *La delincuencia infantil en Colombia y la profilaxis del crimen*, Bogotá, Editorial Minerva, 1929. Jiménez López, Miguel, *La escuela y la vida*, Lausana, Impriméries Réunies, 1928.

⁴⁷⁰ Sáenz, Javier, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia*. Véase también: Donzelot, Jacques, *La policía de las familias*, Valencia, Pre-textos, 1998. López Oseira, Ruth, “Inventar a la madre. Política, prácticas y representaciones de la maternidad en Medellín, 1930-

desde las familias a un gobierno de las familias; esto implicaba que estas unidades sociales debían ser intervenidas por los médicos, las maestras, las damas notables y el Estado, desde una posición que articulaba reformas sociales modernizadoras y tradicionalismo católico, articulación que hacía del ejercicio del biopoder un asunto casi indistinguible del poder pastoral, de los gobernantes unos pastores y de los ciudadanos un rebaño que debía estar en permanente actividad.

Para médicos higienistas como Laurentino Muñoz, era necesario que las mujeres dejaran de ser esclavas de las fuerzas genésicas de los hombres, quienes debían asumir las responsabilidades que el matrimonio traía consigo. Estas responsabilidades implicaban unos dictámenes morales y biológicos diferenciados según el género, y además necesarios para la prosperidad no sólo de la familia sino de la población en su conjunto:

[...] el naturalista explica de modo irrefutable la diferencia entre los dos sexos y el sociólogo aplica esta diferenciación al orden social; es decir, el sociólogo fundado en las enseñanzas del naturalista afirma que la mujer debe ante todo cumplir con los deberes de la maternidad y el hombre debe cumplir también primero que todo con los deberes del trabajo: de consiguiente, aquella sociedad díscola a esta conducta trazada por la Naturaleza; no podrá cumplir jamás con su verdadera misión en la vida, será una sociedad no sólo desquiciada sino pervertida⁴⁷¹.

Hombres y mujeres se distinguían, desde este punto de vista, por sus caracteres anatómicos y sexuales primarios y secundarios. El sexo masculino estaba constituido para la acción desde su misma constitución ósea y muscular; el carácter interno de los órganos sexuales femeninos demostraban que la función social primaria era un asunto completamente íntimo en las mujeres. Alejarse del

1960", en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849–1960*, Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2009, pp. 191-200.

Muñoz, Cecilia y Ximena Pachón, *La niñez en el siglo XX. Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección*, Bogotá, Planeta, 1991. Reyes Cárdenas, Catalina, *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín, 1890-1930*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.

⁴⁷¹ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica*, p. 281.

sendero trazado por la biología llevaba a la infelicidad. En la opinión de Muñoz, en el matrimonio, la más perfecta y, sobre todo, la más higiénica de las uniones sexuales posibles, ambos ponían el amor, el hombre el trabajo y la mujer la salud, la armonía de estos tres componentes era la única garantía de la felicidad familiar.

La defensa de las mujeres en este contexto, más que una transformación en los roles de género, implicaba una justificación nueva de las obligaciones tradicionales, en un momento en el cual la sociedad estaba cambiando aceleradamente y las mujeres conformaban una capa importante de los trabajadores fabriles, al tiempo que algunas de éstas accedían a los deportes y a otras diversiones modernas no exentas de polémica⁴⁷². También los hombres siguieron siendo representados de una forma tradicional, que les asignaba la figura de proveedores, ya no sólo por obligación moral, sino también biológica, lo que hacía que quien no cumpliera con sus deberes fuera señalado como prototipo del criminal. Se hacía necesaria, entonces, la paternidad consciente, que no era más que el cumplimiento del sentido común y las leyes naturales, que eran lo suficientemente claras en que quien no podía mantener hijos no los debía engendrar⁴⁷³.

Quienes escribieron estos relatos de salud y enfermedad colectiva, consideraban obvio que la mayoría de progenitores colombianos eran mediocres padres, como era de esperar de un conjunto de individuos sifilíticos, blenorragicos, tuberculosos, alcohólicos, miserables e ignorantes. La supervivencia de las familias y de la nación dependía, por ende, del arraigo de la moral biológica en cada una de ellas. Para intelectuales como Alfonso Castro⁴⁷⁴, la síntesis de la moral era el aumento de la vida y todo lo que fuera contra ella era inmoral; esto no implicaba

⁴⁷² Atuesta, Gustavo, *La mujer moderna ante Dios en la sociedad y ante el derecho. Pugna cruel entre su instinto y las costumbres*, Bucaramanga, Editorial Marco A. Gómez, 1940. Cf. Arias, Ricardo, *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2003, pp. 86-95.

⁴⁷³ Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica*.

⁴⁷⁴ Castro, Alfonso, *Juegos malabares*, Medellín, Tipografía Industrial, 1926.

necesariamente un incremento en la reproducción, sino el esmerado cuidado de los niños. La moral biológica se basaba fundamentalmente en el fortalecimiento de la familia como la trinchera de avanzada en la defensa de la sociedad nacional, estrategia clave dentro de la eugenesia preventiva. Medidas como la esterilización fueron abiertamente rechazadas⁴⁷⁵ y otras como el certificado médico prenupcial fue defendido en algunas ocasiones, pero nunca se llegó a aplicar⁴⁷⁶.

La mujer–madre fue descrita como el núcleo de la familia y la personificación del orden social. No obstante, los intelectuales descubrieron que las mujeres no sabían ser buenas madres y que había que formarlas para serlo; mediante la asistencia de los médicos, los manuales de puericultura, las escuelas y las viviendas higiénicas y las damas notables. El cuerpo de las mujeres, de forma similar al territorio patrio, debía ser colonizado y civilizado por la acción racional masculina. Esta acción era indispensable, pues en las mujeres se encontraba la salvación nacional, tal y como lo planteaba Alfonso Castro:

Debe vigilarse sobremanera la educación femenina, abriendo nuevos derroteros a las aspiraciones y actividades de la mujer y procurando vincular íntimamente su corazón a la patria, de modo que se tengan madres admirables, capaces de formar ciudadanos ilustres y fuertes; en las madres se alberga el esplendor o decadencia de los pueblos⁴⁷⁷.

Aspiraciones que no debían ser malinterpretadas como el acceso a la ciudadanía plena, pues si bien ellas tenían derecho al estudio y a influir sobre la vida pública, transformándose en verdaderos elementos civilizadores, lo debían hacer desde su rol de madres, concentrado en el cuidado de sus hijos⁴⁷⁸.

⁴⁷⁵ Pujiula, Jaime (S. J.), “Estudios biológicos”, en *Revista Javeriana*, vol. 9, No. 42, Bogotá, 1938, pp. 92-102. Arango M., Gabriel, “Origen de la raza antioqueña”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 5, No. 59, Bogotá, 1909, pp. 656-658.

⁴⁷⁶ Rico, Edmundo, *El debate sobre el certificado médico prenupcial obligatorio en la Cámara*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.

⁴⁷⁷ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*, p. 269. Cf. Feder, Ellen K., “The Dangerous Individual(s) Mother: Biopower, Family, and the Production of Race”, en *Hypatia*, vol. 22, No. 2, 2007, pp. 60-78.

⁴⁷⁸ Bejarano, Alfonso, “Sexta conferencia”. Osorio, Luis Enrique, *Los destinos del trópico*.

La protección de la infancia era el primer paso y tal vez el más necesario, pero no el único, en la formación de una población y unos individuos sanos. Esta tarea comenzaba mucho antes del nacimiento y se postergaba durante toda la vida, como ya se ha planteado. Ésta era la única forma de garantizar el cumplimiento de la obligación de mejorar indefinidamente la especie en su conjunto y las razas nacionales⁴⁷⁹.

Jorge Eliécer Gaitán⁴⁸⁰ señaló que esta obligación se imponía ineluctablemente en la política mundial y los excesos alemanes eran sólo una expresión, no la única de lo que Luis López de Mesa denominó un nuevo estado de conciencia surgido de las condiciones sociales emergentes:

En lo antiguo el hombre podía reproducirse más. En los tiempos actuales la balanza ha cambiado, y es el indeseable el que más se reproduce por falta de control, de orgullo de su “standard” de vida y de moralidad. [...] Antiguamente la mortalidad de los inferiores, y la acción benéfica del campo sobre la especie en general, equilibraba en mucho este desnivel. [...] Estudios de psicología experimental anuncian la existencia de un cuarenta por ciento de individuos cuya inteligencia es inferior a la normal en países tan privilegiados como la América del Norte. De este bajo fondo surge la mayor delincuencia y, desgraciadamente, la mayor reproducción de la raza. Si tales cosas son así, como lo parece, en pocas generaciones la imbecilidad se apoderará del mundo, y hará regresar al hombre al tiempo de las cavernas, sin la esperanza que aportaba entonces el vigor primigenio de los trogloditas⁴⁸¹.

Ante esta virtual catástrofe este intelectual señalaba que en un futuro el instinto social de previsión llevaría a favorecer la reproducción de los más aptos, “limitando la reproducción de los desechos sociales que crece y crece”⁴⁸². Lo

⁴⁷⁹ Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio*.

⁴⁸⁰ Castro, Alfonso, “Meliorismo”, en *Cultura*, vol. 2, No. 8, Bogotá, 1915, pp. 97-114. Gaitán, Jorge Eliécer, “Sobre el problema antropológico”.

⁴⁸¹ López de Mesa, Luis, *Civilización contemporánea*, París, Agencia Mundial de Librería, 1926, pp. 115-116.

⁴⁸² López de Mesa, Luis, *Civilización contemporánea*, p. 114.

interesante de esta posición es que, a pesar de conocer y apoyar tesis eugenésicas relativamente radicales, éstas se planteaban como soluciones hipotéticas postergadas al futuro, a diferencia de la educación, la lucha contra los venenos, el mestizaje de las razas nacionales o la inmigración, que eran pensadas como hechos necesarios en el presente.

La reproducción y, por ende, la sexualidad fueron problematizados y representados como el hecho que permitía el contacto entre individuos y razas incompatibles. Como planteó Michel Foucault⁴⁸³, en el sexo, convergen la anatomopolítica y la biopolítica. Esta convergencia no es indiferente a las variables de género. El cuerpo femenino reducido a su expresión de cuerpo materno fue entonces el campo de batalla en donde se jugaba el futuro del organismo nacional y los límites de los grupos que lo componían. Sin embargo, la escasez de los recursos médicos y pedagógicos postergó y debilitó la colonización del cuerpo femenino, que sufriría una nueva arremetida con el auge de la contracepción a partir de la década de 1960.

En Colombia, la narración de la nación y el lugar que en ella ocupaban las diferencias raciales y de género no estuvo exenta de incertidumbre y tuvo, además, como contexto la emergencia de un conjunto de procesos modernizadores, que buscaron hacer ingresar a la república al concierto de las naciones civilizadas, a través de la plena explotación de sus riquezas, de la estabilización de sus cepas raciales y de la apropiación de las formas de producción y propiedad capitalistas. Pero, para cumplir estas metas, se reconocía como indispensable la transformación del pueblo, de los Otros e incluso de las mismas elites, sin desmantelar un orden social abiertamente jerarquizado.

Se pretendía, entonces, crear sujetos de saber y de poder modernos, sin los problemas que buena parte de los intelectuales consideraban inherentes a la

⁴⁸³ Foucault, Michel, *La historia de la sexualidad*.

modernidad: disolución de la familia, liberación de la mujer, lucha de clases, conflicto agrario, secularización y consumismo. Se ha mostrado la importancia que en el discurso tuvo el desplazamiento del gobierno desde las familias a un gobierno de las familias, en el cual la tríada Estado–Iglesia–familia se veía relativamente subordinada a la trilogía Estado–familia–población⁴⁸⁴.

Estos cambios aparecen en medio de la consolidación de la intensificación del temor al pueblo luego de la revolución bolchevique, la revolución mexicana y el surgimiento de pequeños grupos socialistas en Colombia, aunque las medidas eugenésicas también hacían parte del arsenal discursivo de los grupos de izquierda en nuestro país⁴⁸⁵. En este contexto, los intelectuales pertenecientes a los partidos tradicionales demandaron que el Estado fundara, instituyera, unificara, administrara y controlara racionalmente la población nacional, al tiempo que se construía o gubernamentalizaba a sí mismo en este proceso⁴⁸⁶. Al respecto, es ilustrativa la combinación de técnicas disciplinarias y de regulación, que caracterizarían el arte de gobernar según Camacho:

El buen gobierno es el más eficaz de todos los medios preventivos, no tanto porque él vigile -que sí vigila- a los posibles delincuentes, sino porque ejerce una acción sedante imponderable sobre los nervios de las masas que están sujetas a él. Esa acción es callada, continua y lleva sosiego a los espíritus, como las noches serenas. Para la humanidad, en su larga peregrinación, la sociedad civil ha llegado a ser un estado natural. El gobierno bueno es armónico con esa sociedad, la hace posible, traba con ella una verdadera correlación biológica y todas las correlaciones de ese género dejan un saldo de placer cuando son sanas⁴⁸⁷.

Estas palabras muestran la preocupación por gobernar de acuerdo con la naturaleza de la sociedad, lo que instauraba un constante vaivén entre la minimización o la maximización del gobierno. Si la correlación biológica se

⁴⁸⁴ Sáenz, Javier, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia*.

⁴⁸⁵ Archila Neira, Mauricio, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991.

⁴⁸⁶ Pécaut, Daniel, *Orden y violencia*.

⁴⁸⁷ Camacho, Martín, "Criminología", en *Cultura*, vol. 3, No. 17, Bogotá, 1916, p. 300.

consideraba actual, el gobierno debería reducirse; si, como pareció primar, esta correlación era virtual, la sociedad debía ser reformada para que se ajustara a su verdadera naturaleza. El énfasis en la higiene y la educación, presentes particularmente en los intelectuales de origen liberal, que participaron o continuaron las discusiones impulsadas por las conferencias del Teatro Municipal, pueden ser pensados simultáneamente como esfuerzos por lograr este amoldamiento y como gérmenes del intervencionismo estatal, puesto parcialmente en marcha durante la presidencia de Alfonso López Pumarejo, momento en el cual la población empezó a ser descrita menos en términos raciales y más como un pueblo objeto de ciertos derechos a través de la mediación estatal.

Un proyecto ilustrativo al respecto fue la campaña de Cultura Aldeana impulsada justamente por uno de los intelectuales más importantes dentro de las discusiones sobre las razas colombianas: Luis López de Mesa, él en su papel de ministro de Educación entre 1934 y 1935 fue la cabeza visible de esta campaña en la cual se privilegió el mejoramiento infraestructural de los pequeños poblados, la educación para niños y adultos, la higiene y la producción, al tiempo que se consignaban como objetivos explícitos la defensa de la raza, la producción de conocimiento sociológico sobre el campo colombiano, el acceso de los campesinos a prácticas productivas modernas, todo dentro de un discurso que enfatizaba los fines culturales y políticos de la instrucción pública⁴⁸⁸.

Este intelectual, considerado en su momento, uno de los eruditos y de los políticos más importantes del país, refleja la complejidad y la porosidad de las opciones intelectuales de la época: gramático y literato, defendió la idea de que el estado de pureza o impureza de la lengua castellana era un signo de la decadencia o

⁴⁸⁸ Díaz Soler, Carlos Jilmar, *El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. El caso de la Campaña de Cultura Aldeana en Colombia (1934-1936)*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional y Fundación Francisca Radke, 2005. Green, W. John, "Left Liberalism and Race in the Evolution of Colombian Popular National Identity", en *The Americas*, vol. 57, No. 1, 2000, pp. 95-124. Silva, Renán, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2004.

fortaleza de la raza colombiana; como médico psiquiatra, impulsó la realización de test psicológicos para medir la inteligencia y difundió la eugenesia; finalmente, fue uno de los principales promotores de la sociología antes de su profesionalización y de la intervención social por parte del Estado. Esta combinación entre saberes letrados, saberes biomédicos y saberes sociales dará también su matiz singular a la Campaña de Cultura Aldeana.

En definitiva, desde los planteamientos de Rafael Uribe Uribe a principios de siglo, realizados todavía en medio de la hegemonía de la teología, la gramática, la filología y la jurisprudencia, hasta el intervencionismo estatal de los gobiernos liberales de la década del treinta, pasando por la polémica sobre la degeneración racial de la década del veinte, es posible afirmar que la gestión de la población fue una preocupación central por parte de los intelectuales y que dentro de ésta las mujeres y los grupos marcados como no-blancos ocuparon un lugar importantísimo, que hizo del deseo de homogeneizar, un asunto complejo e inacabado, ante la continua fuga de la diferencia.

4. REFLEXIONES FINALES

Preocuparse por las heterologías sobre la población implica adentrarse en múltiples historias entrelazadas, pero al mismo tiempo discontinuas. La alteridad no existe como una diferencia estable, sino como un diferenciarse permanente, que quiebra la posibilidad de cualquier relato unificado, a la par que establece un infinito número de cruces e interferencias entre los cuales el investigador debe escoger cuáles va a seguir. En esta tesis, se decidió rastrear las articulaciones entre el pasado, los territorios utópicos y heterotópicos y la marcación sociorracial en los discursos sobre la alteridad poblacional.

A pesar de la claridad del carácter político de estos discursos, que se vinculaban a procesos tan vitales para la conformación y la consolidación de los Estados nacionales, como la construcción de una historia patria, la conquista y el control del territorio y la integración de la población, los letrados y los intelectuales comprometidos con estos discursos velaron su carácter político a través de una retórica que se autoproclamaba como neutral y, generalmente, científica. Se trataba, entonces, de una práctica mítica, en tanto transformaba la historia en naturaleza y la contingencia en necesidad⁴⁸⁹.

Pero el carácter político de éstos no se debía exclusivamente a su compromiso con los Estados nacionales y, por ende, con la política tal como se entiende tradicionalmente; provenía sobre todo de su compromiso con la escritura, técnica política por excelencia, como se planteó en la introducción⁴⁹⁰, o, como ya lo habían planteado Claude Lévi-Strauss⁴⁹¹ en su lección de escritura entre los nambiquara, retomada luego por Jacques Derrida⁴⁹².

⁴⁸⁹ Barthes, Roland, *Mitologías*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1986, p. 238.

⁴⁹⁰ Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*.

⁴⁹¹ *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 321.

⁴⁹² *De la gramatología*, México D. F., Siglo XXI, 1998, p. 133 y ss.

El vínculo inmanente entre la escritura y el poder, unido a una ligadura de igual naturaleza entre la escritura y la ciencia en la modernidad, hace insostenible cualquier tipo de separación entre lo político y lo científico, tal como parece subyacer en la noción de *Efecto Montesquieu*⁴⁹³. Estas relaciones más que remitirnos a un intento normativo por separar ciencia de ideología, nos llevan a la noción de “economía política de la verdad”, es decir, las formas de producción, distribución y apropiación de la verdad en las sociedades modernas que tendrían cinco rasgos básicos: 1) su concentración en el discurso científico y en las instituciones que lo producen; 2) la necesidad que tienen de ella la producción económica y el poder político; 3) su inmensa difusión y consumo a través de aparatos de educación y de información; 4) su control, no total pero si importante, por parte de instituciones y prácticas como la universidad, el ejército, la escritura y los medios de comunicación; 5) su preeminencia en todos los debates políticos y en los enfrentamientos sociales⁴⁹⁴.

Los letrados y los intelectuales colombianos no produjeron unas verdades estables y definitivas, sino verdades continuamente rebatidas, que se transformaban en el juego infinito de la *différance*; palabras que parecían tener un sentido claro en la dimensión pedagógica, se convertían en palabras completamente diferentes en la dimensión performativa; de este modo, *los Llanos* podía significar el lugar sobre el cual el deseo civilizador avanza o la zona en la cual la barbarie repele toda traza de orden y progreso. Es en la dimensión performativa en la que se ha concentrado esta tesis, dadas las peculiaridades de su objeto de estudio y la consideración de que es en ésta, en la cual se puede realizar un mayor aporte a la disciplina histórica.

⁴⁹³ Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. En el capítulo titulado “La retórica del cientifismo: contribución a un análisis del efecto Montesquieu”, queda la sensación de que podría haber una ciencia libre de cualquier proyección de los fantasmas sociales. La utilización de la noción de *Efecto Montesquieu*, tal como fue utilizada en el primer capítulo, resalta su carácter mítico, de despolitización y de autorización de una retórica científica. En este sentido, la distinción entre cientifismo y científico no es un asunto de preocupación aquí.

⁴⁹⁴ Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.

En el cruce de lo pedagógico y lo performativo, los Otros devienen en sujetos fuera de lugar. Su lugar no está claro, pero se sabe que ése en el cual están, no es el adecuado. Los primitivos habitan paradójicamente el presente, por eso mismo deben ser señalados como primitivos, la conjuración de su poder maligno requiere ubicarlos en otro tiempo; aunque sean contemporáneos de los letrados y los intelectuales, si pertenecen a otra temporalidad, aunque estén aquí pronto tendrán que quedar rezagados y desaparecer, porque *a priori* ya son rezagos, remanentes de otras eras.

Los individuos y grupos marcados por la alteridad sociorracial se expanden por donde no deberían, se mestizan sin control alguno, se niegan a alimentarse bien, a ser limpios, a educarse; son objetos de administración por parte del Estado y las elites intelectuales, pero al mismo tiempo son sujetos con capacidad de acción, pero una capacidad desordenada, salvaje e improductiva, que no se dirige al progreso de la nación, sino a la dilapidación de la energía y de los recursos y a la prolongación, en el tiempo y en el espacio, y a la expansión, en el cuerpo social, de los elementos patógenos.

Los esfuerzos por dirigir ordenadamente la alteridad incontrolada e incontrolable, hicieron que todo documento de civilización fuera un documento de barbarie, en tanto, la imposición de la civilización implicó el uso desmedido de la fuerza contra aquéllos que se oponían a su propio bien; pero, también, en cuanto la condición de posibilidad de la civilización es la atracción de los bárbaros y los salvajes: sin la existencia de éstos, no hay civilización posible.

El deseo de transformar a los Otros trajo consigo una intensificación de la representación de su diferencia en el presente, acompañada por la postulación de su homogeneización en un plazo indefinido. Quienes se autodefinían como blancos y civilizados le decían al resto de la población: ustedes serán como

nosotros pero todavía no. La ambivalencia del proyecto nacional(ista) operaba, pues, de forma tal que producía un exceso de alteridad y un déficit en la identidad necesaria para consolidar, aunque no para producir, una comunidad política imaginada, caracterizada justamente por esa tensión presente hasta nuestros días, la cual se concretaba en la escritura de la nación como una entidad desgarrada, heteróclita e incompleta, aunque existente.

Los letrados y los intelectuales, al describir, prescribir y proscribir a los Otros, estaban también escribiendo sobre ellos mismos, sus características eran la inversión de las características de los Otros. El ardid retórico, mencionado en la segunda parte, que veló el carácter tropical de las zonas altas es un buen ejemplo de esto, en tanto permitió sustituir el ser *el Otro* de las zonas templadas a ser *otro*, es decir, transformarse en algo equivalente a Estados Unidos y Europa, pero no exactamente lo mismo, pues la distancia entre ser, por ejemplo, europeo y ser europeizado era imborrable⁴⁹⁵.

Muchas de las cuestiones planteadas en esta tesis todavía son objeto de discusión. Sin embargo, hay una discontinuidad clara, la emergencia de los discursos sobre la biodiversidad y el multiculturalismo han transformado radicalmente la situación; la diversidad hoy es celebrada y convertida en un verdadero patrimonio y activo nacional, lo que no es óbice para que los esfuerzos por administrarla estén al orden del día. En el campo concreto de la diferencia poblacional, la transformación más importante ha sido la apropiación de la retórica culturalista, que ha reemplazado las nociones de tipo o raza y que busca fijar las posiciones de los Otros, postulando, en no pocos casos, la existencia de tradiciones inmutables. Hoy como antes, la dimensión performativa rompe en añicos las seguridades que la dimensión pedagógica brinda.

⁴⁹⁵ Véase la noción de mimetismo colonial en: Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*, p. 112.

5. ANEXO. OTRAS FUENTES CONSULTADAS

Primera parte

- Acosta de Samper, Soledad, "Breves reflexiones sobre la ciencia antropológica" en *Lecturas para el Hogar. Revista Literaria, Histórica e Instructiva*, Bogotá, 1905, pp. 331-341.
- Acosta de Samper, Soledad, *Catecismo de historia de Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
- Acuña, Luis Alberto, *El arte de los indios colombianos. Ensayo crítico e histórico*, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1935.
- Arango Cano, Luis, *Recuerdos de la guaquería en el Quindío*, Publicaciones Galeria Cano, Armenia, 1918.
- Arciniegas, Germán, *América, tierra firme*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937.
- Caro, Miguel Antonio, "La conquista", en *Artículos y discursos*, Bogotá, Librería Americana, 1888, pp. 168-192.
- García, Antonio, *Pasado y presente del indio*, Bogotá, Centro, 1939.
- Groot, José María, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 2 [1869], Bogotá, Editorial ABC, 1953.
- Groot, José María, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 3 [1869], Bogotá, Editorial ABC, 1953.
- Hernández, Juan C., *Raza y patria. Conferencias culturales dictadas en el Teatro Municipal de Tunja*, Bogotá, Dulima, 1931.
- Hernández, Juan C., *Prehistoria de Colombia*, Bogotá, Minerva, 1936.
- Hernández de Alba, Gregorio, *Etnología guajira*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.
- Posada, Eduardo, *El Dorado*, Bogotá, Minerva, s. f.
- Quiñones Pardo, Luis, *Los bárbaros (crónicas de la conquista)*, Bogotá, Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1940.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la república Colombia*, tomo 2 [1858], Medellín, Bedout, 1969.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la república Colombia*, tomo 5 [1858], Medellín, Bedout, 1969.
- Restrepo, Juan Pablo, *Compendio de historia patria*, Bogotá, Casa Editorial de J. J. Pérez, 1891.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Descubrimiento y conquista de Colombia*, tomo 2, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.

Segunda parte

- Arboleda, Sergio, *Rudimentos de geografía*, Bogotá, Imprenta El Tradicionalista, 1872.
- Brisson, Jorge, *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1899.
- Camacho Roldán, Salvador, *Escritos varios*, vol. 2, Bogotá, Librería Colombiana, 1893.
- Codazzi, Agustín, “Descripción de la provincia de Casanare” [1856], en Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, pp. 75-159.
- Lisboa, Miguel María, *Relación de un viaje a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador* [1866], Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1984.
- Nieto Caballero, Luis Eduardo, *Vuelo al Orinoco*, Bogotá, Librería Colombiana, 1935.
- Olaya Herrera, Enrique, *Cuestiones territoriales*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.
- Pombo, Manuel, *De Medellín a Bogotá* [1914], Bogotá, Colcultura, 1992.
- Reclus, Elisée, *Viaje á la Sierra Nevada de Santa Marta* [1861], Bogotá, Colcultura, 1992.
- Restrepo Canal, Carlos, “Prólogo”, en *La libertad de los esclavos en Colombia*, Bogotá, 1938, pp. IV-XXIX.
- Rosales, José Miguel, *Colombia tierra de humanidad. Reflexiones sobre su geografía física y económica*, Bogotá, Editorial Santafé, 1930.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo* [1845], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Serret, Félix, *Viaje a Colombia 1911-1912*, Bogotá, Colcultura, 1994.
- Tello Mejía, Salvador, *Selvas colombianas*, Medellín, Imprenta Editorial, 1930.
- Triana, Miguel, *Al Meta*, Bogotá, Casa Editorial “El Liberal”, 1913.
- Uribe Ángel, Manuel, *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, tomo 1 [1885], Medellín, ITM, 2004.
- Uribe Uribe, Rafael, *Porvenir de Colombia. La patria y la libertad. Discurso por Santander*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1910.
- VVVV., *Museo de cuadros de costumbres. Variedades y viajes*, cuatro tomos [1866], Bogotá, Banco Popular, 1973.

Tercera parte

- Acosta de Samper, Soledad, *La mujer en la sociedad moderna*, París, Librería Garnier, 1895.

- Ancízar, Manuel, *Lecciones de psicología*, Bogotá, Imprenta del Neogranadino, 1851.
- Arguedas, Alcides, *Pueblo enfermo* [1909], La Paz, Gisbert & Cía. S. A., 1975.
- Bernal Jiménez, Rafael, *La cuestión social y la lucha de clases: el liberalismo, el comunismo, el fascismo y el orden social cristiano ante el conflicto clasista y la estructura del Estado moderno*, Bogotá, Editorial Centro, 1940.
- Bunge, Carlos Octavio, *Nuestra América*, Barcelona, Imprenta de Henrich, 1903.
- Camacho Roldán, Salvador, *Escritos varios*, vol. 1, Bogotá, Librería Colombiana, 1892.
- Castro, Alfonso, *Juventud enferma*, Medellín Tipografía Industrial, 1919.
- Codazzi, Agustín, “Viaje y descripción del territorio del Caquetá [1857]”, en Domínguez, Camilo, Augusto Gómez y Guido Barona (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado del Cauca, territorio del Caquetá. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Coama, FEN-Colombia, IGAG, 1996, pp.
- Codazzi, Agustín, “Geografía física y política: Estado del Istmo de Panamá [1854]”, en Domínguez, Camilo, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Augusto Gómez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado del Istmo de Panamá, provincias de Chiriquí, Veraguas, Azuero y Panamá. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2002, pp. 97-162.
- Codazzi, Agustín, “Geografía física y política [1850]”, en Domínguez, Camilo, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Augusto Gómez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá, antiguas provincias de Tunja y Tundama y de los cantones de Chiquinquirá y Moniquirá. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2003, pp. 43-405.
- Codazzi, Agustín, “Geografía física y política: Estado de Cundinamarca y Bogotá [1858]”, en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá, - antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín -*. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, pp. 135-242.
- Codazzi, Agustín, “Informe sobre vías de comunicación del Estado de Cundinamarca [1858]”, en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá, - antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín -*. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, pp. 243-255.
- Codazzi, Agustín, “Geografía física y política [1850-1851]”, en Domínguez, Camilo,

- Augusto Gómez y Guido Barona (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Santander, antiguas provincias de Vélez, Socorro, Soto, Ocaña, Santander y Pamplona. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 31-498.
- Codazzi, Agustín, "Provincias del Estado de Antioquia [1852]", en Barona, Guido, Augusto Gómez y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Antioquia, antiguas provincias de Medellín, Antioquia y Córdoba- Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia y Universidad Eafit, 2005, pp. 81-333.
- Comisión de Cultura Aldeana, *El departamento del Huila. Estudio de la Comisión de Cultura Aldeana*, Bogotá. Imprenta Nacional, 1935.
- Cortes, Enrique, *Escritos varios*, vol. 2, París, Imprenta Sudamericana, 1896.
- Gaitán, Jorge Eliecer, "El problema social [1920]", en Villaveces, Jorge (ed.), *Los mejores discursos, 1919-1948*, Bogotá, Editorial Jorvi, 1968, pp. 61-68.
- Galton, Francis. *Herencia y eugenesia* [1869], Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- García, Antonio, *Geografía económica de Colombia de Caldas* [1937], Bogotá, Banco de la República, 1978.
- García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América. La creación de un continente* [1912], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1987.
- González-Prada, Manuel, *Nuestros indios* [1908], Caracas, UCV, 1983.
- Ingenieros, José, *El hombre mediocre* [1913], Bogotá, Panamericana, 1993.
- Jiménez López, Miguel, *La actual desviación de la cultura humana: discursos y ensayos*, Tunja, Imprenta Oficial, 1948.
- Le Bon, Gustave, *Psicología de las masas* [1895], Madrid, Ediciones Morata, 1985.
- Mariátegui, José Carlos, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], Barcelona, Crítica, 1976.
- Martí, José, *Nuestra América* [1891], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Mora, Luis María, *El alma nacional*, Bogotá, Cromos, 1922.
- Posada, Eduardo, *Discursos y conferencias*, París, A. Roger y F. Chernoviz Editores, 1908.
- Reyes, Rafael, *España y América*, Ginebra, Imprenta de Ch. Zoellner, 1911.
- Reyes, Rafael, *Las dos Américas: excursión por varios países de las dos Américas, su estado actual, su futuro*, Nueva York, F. A. Stoke, 1914.
- Robledo, Emilio, "Prefacio", en Arango Mejía, Gabriel, *Genealogías de Antioquia y Caldas. Segunda Edición notablemente aumentada y corregida*, tomo 1, Medellín, Librería y Tipografía Buffalo, 1932, pp. I-XXVII.
- Rodó, José Enrique, *Ariel – Motivos de Proteo* [1900], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Conflictos y armonías de las razas en América*, Buenos

Aires, La Cultura Argentina, 1915.

Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del sur*, vol. 2, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908.

6. FUENTES

- Acosta de Samper, Soledad, *Memorias presentadas en congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, en 1892*, Chartres, Imprenta de Durand, 1893.
- Acosta, Joaquín, *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada en el siglo decimosexto*, París, Imprenta de Beau, 1848.
- Acosta, Joaquín, “Ruines découvertes près de Tunja, dans L’Amérique Centrale”, en *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. 8, París, No. 73-78, 1850, pp. 299-303.
- Álvarez Lleras, Jorge, *El Chocó. Apuntamientos de viaje a esta interesante región del país*, Bogotá, Editorial Minerva, 1923.
- Ancízar, Manuel, *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 i 1851*, Bogotá, Echeverría, 1853.
- Ancízar, Manuel, *Editoriales del Neo-Granadino* [1848], Bogotá, Editorial Minerva, 1936.
- Arango M., Gabriel, “Origen de la raza antioqueña”, en *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 5, No. 59, Bogotá, 1909, pp. 656-658.
- Araujo, Simón, “Séptima conferencia”, en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 255-287.
- Arboleda, Sergio, *La República en la América Española*, Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869.
- Balderrama, Jenaro, “El Meta y las llanuras de San Martín [1869]”, en Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín en diciembre de 1869*, Bogotá, Banco de la República, 1955, pp. 279-320.
- Batis, Joaquín, *Inmigración. Apreciaciones sobre tan importante negociado que para su consideración presenta Joaquín Batis a sus conciudadanos*, Barranquilla, Imprenta de los Andes. 1875.
- Bejarano, Jorge, “Quinta conferencia”, en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 185-212.
- Bejarano, Jorge, “Sexta conferencia”, en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 213-254.
- Bejarano, Jorge, *La delincuencia infantil en Colombia y la profilaxis del crimen*, Bogotá, Editorial Minerva, 1929.
- Brisson, Jorge, *Exploración en el alto Chocó*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1895.
- Brisson, Jorge, *Casanare*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1896.
- Caballero, Lucas, “Octava conferencia”, en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 289-329.
- Caldas, Francisco José de, *Semanario de la Nueva Granada: miscelánea de ciencias, literatura, artes é industria* [1808-1810], París, Librería Castellana, 1849.

- Camacho, Martín, "Criminología", en *Cultura*, vol. 3, No. 17, Bogotá, 1916, pp. 261-304.
- Camacho Roldán, Salvador, *Notas de viaje (Colombia y Estados Unidos de América)* [1890], París y Bogotá, Garnier Hermanos y Librería Colombiana, 1897.
- Cané, Miguel, *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* [1907], Bogotá, Colcultura, 1992.
- Caro, Miguel Antonio, "El darwinismo y las misiones" [1887], en Isaacs, Jorge, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951, pp. 293-354.
- Carrasquilla Hernández, Tomás, *Inmigración y colonización. Informe que presenta Tomás Carrasquilla H. al señor Ministro de Obras Públicas y Fomento*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1906.
- Casement, Roger, "Reportaje sobre el Putumayo" [1911], en Gómez, Augusto, Ana Cristina Lesmes y Claudia Rocha, *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios, 1904-1934*, Bogotá, Coama y Unión Europea, 1995, pp. 139-196.
- Castro, Alfonso, "Meliorismo", en *Cultura*, vol. 2, No. 8, Bogotá, 1915, pp. 97-114.
- Castro, Alfonso, *Juegos malabares*, Medellín, Tipografía Industrial, 1926.
- Castro, Alfonso, *Lucerna de estudio. Crónicas y estudios*, Medellín, Librería de A. J. Cano, 1936.
- Codazzi, Agustín, "Descripción de la provincia de Casanare" [1856], en Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, pp. 75-159.
- Codazzi, Agustín, "Estado del Cauca" [1853-1855], en Barona, Guido, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán - provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, pp. 49-455.
- Codazzi, Agustín, "Provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán [1853-1855]", en Barona, Guido, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Figueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán - provincias de Pasto, Túquerres y Barbacoas. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, pp. 49-270.
- Codazzi, Agustín, "Antigüedades indígenas. Ruinas de San Agustín, descritas y explicadas por Agustín Codazzi" [1857], en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá - antiguas provincias*

- de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín - Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, pp. 267-293.
- Codazzi, Agustín, "Informe sobre vías de comunicación del Estado de Cundinamarca" [1858], en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá, - antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín - Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, pp. 243-255.
- Comisión Corográfica, *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*, Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.
- Cortes, Enrique, *Escritos varios*, vol. 1, París, Imprenta Sudamericana, 1896.
- Cuervo Márquez, Carlos, *Estudios arqueológicos y etnográficos (segunda edición, corregida y aumentada)*, tomo 1 [1893], Madrid, Editorial América, 1920.
- Cuervo Márquez, Carlos, *Estudios arqueológicos y etnográficos*, tomo 2, Madrid, Editorial América, 1920.
- Cuervo Márquez, Luis, *Geografía médica y patología de Colombia. Contribución al estudio de las enfermedades intertropicales*, Bogotá y Nueva York, Librería Colombiana, 1915.
- Cuervo Márquez, Luis, "Ligeras apuntaciones sobre climatología colombiana", en *Revista Médica*, Serie 10, No. 102, Bogotá, 1886, pp. 23-33.
- Delgado de la Virgen del Rosario, Daniel, *Excursiones por Casanare*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1909.
- Díaz Escobar, Joaquín, *Bosquejo estadístico de la región oriental de Colombia; medios económicos para su conquista, sometimiento y desarrollo industrial y político*, Bogotá, Imprenta de Zalamea, 1879.
- Escobar, Pablo Emilio, *Bahías de Málaga y Buenaventura: la costa del Pacífico*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1921.
- Escobar Larrazábal, Melitón y José Eustasio Rivera, "Informe de la Comisión de límites con Venezuela al Ministro de Relaciones Exteriores [1923]", en Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá, Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990, pp. 127-139.
- Esguerra, Domingo, *Memoria sobre las fiebres del Magdalena*, Santana, Imprenta de D. Díaz, 1872.
- Gaitán, Jorge Eliécer, "Sobre el problema antropológico" [1937], en Villaveces, Jorge (ed.), *Los mejores discursos, 1919-1948*, Bogotá, Editorial Jorvi, 1968, pp. 237-246.

- Gómez, Josué, "Contribución al estudio de las fiebres del Magdalena", en *Anales de Instrucción Pública de los Estados Unidos de Colombia* (8 entregas), No. 48, Bogotá, 1886, pp. 239-246.
- Gómez, Laureano, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia. Conferencias dictadas en el Teatro Municipal de Bogotá* [1928], Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1970.
- González, Fernando, *Los negroides. Ensayo sobre la Gran Colombia* [1936], Medellín, UPB, 1995.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 1 [1869], Bogotá, Editorial ABC, 1953.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 4 [1869], Bogotá, Editorial ABC, 1953.
- Groot, José Manuel, *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo 5 [1869], Bogotá, Editorial ABC, 1953.
- Hettner, Alfred, *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*, Bogotá, Banco de la República, 1976.
- Isaacs, Jorge, *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* [1884], Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1951.
- Jiménez López, Miguel, "Lo inconsciente en la educación", en *Cultura*, vol. 1, No. 6, Bogotá, 1915, pp. 376-387.
- Jiménez López, Miguel, "La locura en Colombia y sus causas", en *Cultura*, vol. 3, No. 16, Bogotá, 1916, pp. 216-232.
- Jiménez López, Miguel, "Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 3-39.
- Jiménez López, Miguel, "Primera conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 41-78.
- Jiménez López, Miguel, *La escuela y la vida*, Lausana, Imprimeries Réunies, 1928.
- Jiménez López, Miguel, *La inmigración amarilla a la América*, Bogotá, Minerva, 1929.
- Lanao Loaiza, J. R., *La decadencia de la raza*, Santa Marta, Tipografía Mogollón, 1920.
- Laverde Liévano, Manuel, "Decadencia actual de la raza en Colombia?", en *Revista Moderna*, vol. 4, No. 28, Bogotá, 1916, pp. 180-187.
- López, Alejandro, *Problemas colombianos*, París, Editorial París-América, 1927.
- López, Libardo, *La raza antioqueña. Breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento, y educación*, Medellín, Imprenta de "La Organización", 1910.
- López de Mesa, Luis, "El problema del alcoholismo y su posible solución", en *Cultura*, vol. 2, No. 12, Bogotá, 1915, pp. 233-264.
- López de Mesa, Luis, "Presentación", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 5-8.

- López de Mesa, Luis, "Segunda conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 5-8.79-110.
- López de Mesa, Luis, "Tercera conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 111-149.
- López de Mesa, Luis, *Civilización contemporánea*, París, Agencia Mundial de Librería, 1926.
- López de Mesa, Luis, "La inmigración y el fomento agrícola", en *Progreso*, vol. 1, No. 12, Medellín, 1927, pp. 191-193.
- López de Mesa, Luis, *El factor étnico*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1927.
- López de Mesa, Luis, *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, Bogotá, s. e. 1930.
- López de Mesa, Luis, *De cómo se ha formado la nación colombiana*, Bogotá, Librería Colombiana, 1934.
- López de Mesa, Luis, *Disertación sociológica*, Bogotá, Casa Editorial "El Gráfico", 1939
- Merizalde del Carmen, Bernardo, *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*, Bogotá, Imprenta del Estado Mayor General, 1921.
- Mendoza Pérez, Diego, "Alcoholismo y criminalidad" [1909], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 273-279.
- Mendoza Pérez, Diego, "Inmigración de japoneses a Colombia" [1920], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 285-294.
- Mendoza Pérez, Diego, "¿Decaen nuestras razas?" [1920], en Cataño, Gonzalo (comp.), *Evolución de la sociedad colombiana. Ensayos escogidos*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 1994, pp. 295-303.
- Mora, Luis María, *El alma nacional*, Bogotá, Cromos, 1922.
- Morel, Bénédicte, *Traité des dégénérescence de l'espèce humaine*, París, Baillière, 1857.
- Montclar, Fray Fidel de, *Misiones católicas en el Caquetá y el Putumayo dirigidas por los RR. PP. Capuchinos*, Bogotá, Imprenta de la Cruzada, 1911.
- Mosquera, Tomás Cipriano, *Compendio de geografía general, política, física y especial de los Estados Unidos de Colombia*, Londres, Imprenta Inglesa y Extranjera de H. C. Panzer, 1866.
- Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*, Cali, Editorial América, 1935.
- Nieto Caballero, Luis Eduardo, *Vuelo al Amazonas*, Bogotá, Editorial Minerva, 1933
- Olarte Camacho, Vicente, *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá* [1911], Bogotá, Imprenta Nacional, 1932.

- Ortega, Eugenio, *Historia general de los chibchas*, Bogotá, Samper Matiz, 1891.
- Osorio, Luis Enrique, *Los destinos del trópico*, Bogotá, Cromos, 1932.
- Ospina Pérez, Mariano, "El problema sanitario es el primero", en Muñoz, Laurentino, *La tragedia biológica del pueblo colombiano. Estudio de observación y de vulgarización*, Cali, Editorial América, 1935, s.p.
- Pérez, Felipe, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo primero, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1862.
- Pérez, Felipe, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo segundo, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863
- Pérez, Felipe, *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1865.
- Pérez, Felipe, *Episodios de un viaje* [1865], Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.
- Pérez, Santiago, *Selección de escritos y discursos de Santiago Pérez*, Bogotá, Academia de Historia, 1855-1950, pp. 45-46.
- Pérez Triana, Santiago, "Prólogo", en Triana, Miguel, *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*, París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1907, pp. VII-XXIII.
- Pérez Triana, Santiago, *De Bogotá al Atlántico por la vía de los ríos Meta, Vichada y Orinoco* [1897], Madrid, Est. Tip. De la "Rev. de Archivos, Bibl. y Mus.", 1905.
- Pinell, Gaspar de, *Un viaje por Putumayo y el Amazonas. Ensayo de navegación*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1924.
- Pinell, Gaspar de, *Excursión apostólica por los ríos Putumayo, San Miguel de Sucumbíos, Cuyabeno, Caquetá y Cagúan. Abundancia de datos históricos, etnográficos, geográficos, botánicos y filológicos de las regiones visitadas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1928.
- Plaza, José Antonio de, *Memorias para la historia de la Nueva Granada desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1850.
- Posada Arango, Andrés, *Ensayo etnográfico sobre los aborígenes del Estado de Antioquia*, París, Imprenta de Rouge, 1871.
- Pujiula, Jaime (S. J.), "Estudios biológicos", en *Revista Javeriana*, vol. 9, No. 42, Bogotá, 1938, pp. 92-102.
- Quito, Fray Jacinto María de, *Relación de viaje en los ríos Putumayo, Caraparaná y Caquetá y entre las tribus güitotas*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1908, pp. 93.
- República de Colombia, *Ley 89 de 1890*, en *Diario Oficial*, No. 8263, Bogotá, 1890.
- Restrepo, Antonio José, *El cancionero de Antioquia: de la tierra colombiana*, Barcelona, Editorial Lux, 1930, p. 442.
- Restrepo Echavarría, Emiliano, *Una excursión al territorio de San Martín en diciembre*

- de 1869, Bogotá, Banco de la República, 1955.
- Restrepo Euse, Álvaro, *Historia de Antioquia (departamento de Colombia) desde la conquista hasta el año 1900*, Medellín, Imprenta Oficial, 1903.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la República Colombia*, tomo 1 [1858], Medellín, Bedout, 1969.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la República Colombia*, tomo 4 [1858], Medellín, Bedout, 1969.
- Restrepo, José Manuel, *Historia de la revolución de la República Colombia*, tomo 6 [1858], Medellín, Bedout, 1970.
- Restrepo, Roberto, *¿Degenera la raza? Contribución al estudio de este importante problema en lo referente a nuestra Facultad de Medicina*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1920.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Estudios sobre los aborígenes de Colombia*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Los quimbayas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1912.
- Restrepo Tirado, Ernesto, *Descubrimiento y conquista de Colombia*, tomo 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1917.
- Restrepo, Vicente, *Crítica de los trabajos arqueológicos del Dr. José Domingo Duquesne*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1892.
- Restrepo, Vicente, *Los chibchas antes de la conquista española*, Bogotá, Imprenta de la Luz, 1895.
- Reyes, Rafael, *A través de la América del sur: exploraciones de los hermanos Reyes*, Barcelona, R. de S. NO. Araluce, 1902.
- Rico, Edmundo, *El debate sobre el certificado médico prenupcial obligatorio en la Cámara*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.
- Rivas, Medardo, *Los trabajadores de tierra caliente* [1899], Bogotá, Banco Popular, 1972.
- Rivera, José Eustasio, *La vorágine* [1924], Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Robledo, Emilio, *¿Existe una degeneración colectiva en Colombia?* Medellín, Tipografía Industrial, 1920.
- Roca Castellanos, Manuel, *Diez luces sobre el futuro* [1935], Bogotá, Editorial Nueva, 1936.
- Rocha, Joaquín, *Memorandum de viaje*, Bogotá, El Mercurio, 1905.
- Röthlisberger, Ernst, *El Dorado* [1897], Bogotá, Colcultura, 1993.
- Ruiz Barreto, Emilio, "Estudiémonos", en *La Revista: Política-Literatura-Historia*, vol. 1, No. 2, Bogotá, 1909, pp. 47-58.
- Ruiz Barreto, Emilio, "Estudiémonos", en *La Revista: Política-Literatura-Historia*, vol. 1, No. 3, Bogotá, 1909, pp. 70-79.
- Saffray, Charles, *Viaje a Nueva Granada* [1872-1873], Bogotá, Editorial Incunables,

- 1984.
- Samper, José María, *Apuntamientos para la historia política i social de la Nueva Granada desde 1810 i especialmente de la administración del 7 de marzo*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1853.
- Samper, José María, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*, París, Imprenta de E. Thunot y C^a, 1861.
- Samper, Miguel, *La miseria en Bogotá*, Bogotá, Imprenta de Gaitán, 1867.
- Sánchez Santamaría, I. M., *Vicios de la raza*, Bucaramanga, Tip. Mercantil, 1919.
- Solano, Armando, *La melancolía de la raza indígena y glosario sencillo* [1929], Bogotá, Biblioteca del Banco Popular, 1972.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente* [1918], Madrid, Espasa Calpe, 1966.
- Thomson, Norman, *El libro rojo del Putumayo. Precedido de una introducción sobre el verdadero escándalo de las atrocidades del Putumayo* [1913], Bogotá, Planeta, 1995.
- Torres Umaña, Calixto, "Cuarta conferencia", en AAVV, *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá, El Espectador, 1920, pp. 153-183.
- Triana, Miguel, *Por el sur de Colombia. Excursión pintoresca y científica al Putumayo*, París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 1907.
- Triana, Miguel, *La civilización chibcha*, Bogotá, Editorial Salesiana, 1922.
- Uribe Ángel, Manuel, *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia*, tomo 2 [1885], Medellín, ITM, 2004.
- Uribe, Antonio José, *Estudio y explotación del territorio nacional*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1929.
- Uribe Piedrahita, César, "Toá. Narraciones de caucherías" [1933], en *Toá y Mancha de aceite*, Medellín, Colección de Autores Antioqueños, 1992, pp. 21-180.
- Uribe Uribe, Rafael, *Colombia. Conferencia cuyo resumen fue leído ante la Sociedad de Geografía de Río de Janeiro*, Río de Janeiro, Typ. do Jornal do Commercio, 1907.
- Uribe Uribe, Rafael, *Por la América del sur*, vol. 1, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908.
- Uribe Uribe, Rafael, "Los problemas nacionales" [1910], en Eastman, Jorge Mario (comp.), *Obras selectas*, tomo 1, Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, pp. 221-261.
- Uribe Uribe, Rafael, "Notas para un ensayo sobre el estado de alma nacional", en Eastman, Jorge Mario (comp.), *Obras selecta*, tomo 2, Bogotá, Imprenta Nacional, 1979, pp. 227-233.
- Uricoechea, Ezequiel, *Memoria sobre las antigüedades neo-granadinas*, Berlín, Librería de F. Schneider i C^{ia}, 1854.
- Uricoechea, Ezequiel, *Gramática, vocabulario, catecismo i confesionario de la lengua chibcha, según antiguos manuscritos anónimos e inéditos, aumentados i corregidos*,

- París, Maisonneuve y Cia., 1871.
- Urrutia, Francisco José, *Los crímenes del Putumayo. Circular del ministro de Colombia a los cónsules de Colombia en Bolivia*, La Paz, Tipografía La Verdad, 1912.
- Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo democrático: estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, Caracas, Empresa El Cojo, 1919.
- Vargas, Pedro Fermín de, *Pensamientos políticos. Seguidos de una Memoria sobre la población de la Nueva Granada* [1789], Bogotá, Procultura, 1986.
- Vela, José de Calasanz, "Memoria de un viaje por los ríos Guaviare y Orinoco hecho en 1889", en *Dos viajes por la Orinoquia colombiana, 1889-1988*, Bogotá, Fondo Cultural Cafetero, 1988, pp. 19-180.
- Vélez Barrientos, Manuel, "Notice sur les antiquités de la Nouvelle-Grenade (1)", en *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. 8, No. 43-48, París, 1847, pp. 97-109.
- Vergara y Velasco, Francisco, *Nueva Geografía de Colombia. Escrita por regiones naturales* [1892], Bogotá, Imprenta de Vapor, 1901.
- Vergara y Vergara, José María, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Echeverría Hermanos, 1867.
- Villegas, Silvio, *La democracia en los trópicos*, Bogotá, El Voto Nacional, 1924.
- Yacup, Sofonías, *Litoral recóndito*, Bogotá, Renacimiento, 1934.
- Zalamea, Jorge, *Esquema para una interpretación sociológica del departamento del Nariño*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.
- Zerda, Liborio, *El Dorado*, tomo 1 [1882-1884], Bogotá, Banco Popular, 1972.
- Zerda, Liborio, *El Dorado*, tomo 2 [1882-1884], Bogotá, Banco Popular, 1972.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Almario García, Óscar, *La invención del suroccidente colombiano. Independencia, etnicidad y Estado Nacional entre 1780 y 1930*, Medellín, Universidad Pontificia Bolivariana, 2005.
- Alonso, Ana María, "Conforming Disconformity: "Mestizaje", Hybridity, and the Aesthetics of Mexican Nationalism", en *Cultural Anthropology*, vol. 19, No. 4, 2004, pp. 459-490.
- Álvarez Torres, Jair Hernando, "Educación, raza y progreso en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín", en *Educación y Pedagogía*, vol. 18, No. 45, 2006, pp. 143-155.
- Álzate Echeverri, Adriana, *Sociedad y Orden, Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada, 1760-1810*, Bogotá, Universidad de El Rosario, Universidad de Antioquia e ICANH, 2007.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Appelbaum, Nancy P., *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas 1846-1948*, Bogotá, ICANH, Universidad de los Andes y Universidad del Rosario, 2007.
- Appelbaum, Nancy, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt, "Introduction. Racial Nations", en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 1-31.
- Archila Neira, Mauricio, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991.
- Arcila, María Teresa, "El elogio de la dificultad como narrativa de la identidad regional en Antioquia", en *Historia Crítica*, No. 32, 2006, pp. 38-66.
- Arias, Ricardo, *El episcopado colombiano. Intransigencia y laicidad (1850-2000)*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2003.
- Arias Vanegas, Julio, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005.
- Arias Vanegas, Julio, "Seres, cuerpos y espíritus del clima, ¿pensamiento racial en la obra de Francisco José de Caldas", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27,

pp. 16-30.

- Arnold, David, *La naturaleza como problema histórico. El medio, la cultura y la expansión de Europa*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Bagley, Bruce Michael y Gabriel Silva Luján, “De cómo se ha formado la nación colombiana: una lectura política”, en *Estudios Sociales*, No. 4, 1989, pp. 7-36.
- Barthes, Roland, *Mitologías*, México D. F., Siglo XXI Editores, 1986.
- Bataille, Georges, *La parte maldita: ensayo de economía general*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2007.
- Benjamin, Walter, “Sobre el concepto de historia”, en Benjamin, Walter, *Obras*, Libro I, vol. 2, Madrid, Abada Editores, 2008, pp. 303-318.
- Bernand, Carmen, “Mestizos, mulatos y ladinos en Hispanoamérica: un enfoque antropológico de un proceso histórico”, en León-Portilla, Miguel (coord.), *Motivos de antropología americanista. Indagaciones en la diferencia*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, pp. 105-133.
- Bhabha, Homi K., “Narrando la nación”, en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 211-219.
- Bhabha, Homi K., *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.
- Botero, Clara Isabel, “Ezequiel Uricoechea en Europa: del naturalismo a la filología”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 19, No. 59, 2002, pp. 3-27.
- Botero, Clara Isabel, *El redescubrimiento del pasado prehispánico en Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas 1820-1945*, Bogotá, ICANH y Universidad de los Andes, 2007.
- Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2001.
- Bourdieu, Pierre y J. D. Loïc Wacquant, *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995.
- Bushnell, David, *Colombia, una nación a pesar de sí misma. De los tiempos precolombinos a nuestros días*, Bogotá, Planeta, 2003.
- Cadena, Marisol de la, *Indigenous Mestizos. The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*, Durham y Londres, Duke University Press, 2000.
- Cadena, Marisol de la, “Are Mestizos Hybrids? The Conceptual Politics of Andean Identities”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 37, No. 2, 2005, pp. 259-

284.

- Cadena, Marisol de la, "Introducción", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envió Editores, 2007, pp. 7-35.
- Calvo Isaza, Óscar Iván y Marta Saade Granada, *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.
- Caponi, Sandra, "Para una genealogía de la anormalidad: la teoría de la degeneración de Morel", en *Scientiæ Studia*, vol. 7, No. 3, 2009, pp. 425-445.
- Cardona Rodas, Hilderman, "La antropología criminal en Colombia: el rostro y el cuerpo del criminal revelan su conducta anormal", en Márquez, Jorge, Álvaro Casas y Victoria Estrada (dirs.), *Higienizar, medicar, gobernar. Historia, medicina y sociedad en Colombia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 203-220.
- Castañeda, Luzia Aurelia, "Eugenia e casamento", en *História, Ciências, Saúde. Manguinhos*, vol. 10 No. 3. 2003, pp. 901-930.
- Castañeda Medina, Sandra Lucía, "Una genealogía del racismo en Colombia: continuidades y discontinuidades del siglo XIX al XX", en Castro Gómez, Santiago (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2004, pp. 286-319.
- Castrillón Aldana, Alberto, *Alejandro de Humboldt, del catálogo al paisaje*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.
- Castro-Gómez, Santiago, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Castro-Gómez, Santiago, *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítico en Bogotá (1910-1930)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- Castro-Gómez, Santiago, "Latinos y sajones. Identidad nacional y periodismo en los años veinte", en *Nómadas*, No. 30, 2009, pp. 66-73.
- Castro-Klaren, Sara, "The Nation in Ruins: Archaeology and the Rise of the Nation", en Castro-Klaren, Sara y John Charles Chasteen (eds.), *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, Washington, Woodrow Wilson Center Press, 2003, pp. 161-195.
- Ceballos Gómez, Diana Luz, *Hechicería, brujería e Inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1994.

- Ceballos Gómez, Diana Luz, “*Quyen tal haze que tal pague*”. *Sociedades y prácticas mágicas en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.
- Ceballos Gómez, Diana Luz, “Iconografía y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: una mirada a la representación”, en AAVV, *Ganarse el cielo defendiendo la religión: guerras civiles en Colombia, 1840-1902*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 157-210.
- Ceballos Gómez, Diana Luz, “Desde la formación de la República hasta el radicalismo liberal (1830-1886)”, en AAVV, *Historia de Colombia. Todo lo que hay que saber*, Bogotá, Taurus, 2006, pp. 165-216.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, México D. F., Universidad Iberoamericana e ITESO, 2006.
- Certeau, Michel de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México D. F., Universidad Iberoamericana e ITESO, 2007.
- Certeau, Michel de, *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*, Buenos Aires, Katz, 2007.
- Chakrabarty, Dipesh, *Al margen de Europa ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?*, Barcelona, Tusquets Editores, 2008.
- Clark, A. Kim, “Race, ‘Culture’ and Mestizaje: the Statistical Construction of the Ecuadorian Nation, 1930-1950”, en *Journal of Historical Sociology*, vol. 11, No. 2, 1998, pp. 185-211.
- Clark, A. Kim, “Género, raza y nación: la protección a la infancia en el Ecuador (1910 – 1945)”, en Herrera, Gioconda (ed.), *Estudios de género*, Quito, FLACSO, 2001, pp. 183-210.
- Colin, Philippe, *Du paysage de l’un à l’autre du paysage. Discours du paysage, identité(s) et pouvoir en Colombie au 19e siècle*, Nanterre, Tesis de doctorado presentada ante la Universidad de París–Ouest–Nanterre–La Défense, 2009.
- Colmenares, Germán, “La “Historia de la Revolución” por José Manuel Restrepo: una prisión historiográfica”, en VVAA, *La independencia: ensayos de historia social*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1986, pp. 7-23.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Universidad del Valle, Banco de la República y Colciencias, 1997.
- D’Allemand, Patricia, “Of Silences and Exclusions. Nation and Culture in Nineteenth-Century Colombia”, en Hart, Stephen and Richard Young (eds.), *Contemporary*

- Latin American Cultural Studies*, Londres, Arnold, 2003, pp. 215-227.
- D'Allemand, Patricia, "Quimeras, contradicciones y ambigüedades en la ideología criolla del mestizaje: el caso de José María Samper", en *Historia y Sociedad*, No. 13, 2007, pp. 45-63.
- Dávila, Luis Ricardo, *La América noble y republicana de fronteras intelectuales y nacionales*, Medellín, UPB, 2005.
- Deas, Malcolm, "Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia", en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (segunda edición), Bogotá, Taurus, 2006, pp. 27-61.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1997.
- Derrida, Jacques, *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1989.
- D'Allemand, Patricia, *De la gramatología*, México D. F., Siglo XXI, 1998.
- Díaz, Daniel, "Raza, pueblo y pobres: las tres estrategias biopolíticas del siglo XX en Colombia (1873-1962)", en Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 42-69.
- Díaz Soler, Carlos Jilmar, *El pueblo: de sujeto dado a sujeto político por construir. El caso de la Campaña de Cultura Aldeana en Colombia (1934-1936)*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional y Fundación Francisca Radke, 2005.
- Diköter, Frank, "Race Culture: Recent Perspectives on the History of Eugenics", en *American Historical Review*, vol. 103, No. 2, 1998, pp. 467-478.
- Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá, Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990.
- Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *Nación y etnias. Los conflictos territoriales en la Amazonia, 1750-1930*, Bogotá, Disloque Editores, 1994.
- Donzelot, Jacques, *La policía de las familias*, Valencia, Pre-textos, 1998.
- Dube, Saurabh, "Sujetos de la modernidad", en *Boletín de Antropología*, vol. 20, No. 37, 2006, pp. 358-367.
- Dussel, Enrique, *1492: el encubrimiento del Otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*, La Paz, Plural Ediciones, 1994.

- Dussel, Enrique, "Más allá del eurocentrismo: el sistema-mundo y los límites de la modernidad", en Castro-Gómez, Santiago et al., (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999, pp. 147-161.
- Dussel, Enrique, "Europa, modernidad y eurocentrismo", en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 41-53.
- Earle, Rebecca, "Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX", en Andermann, Jens y Beatriz González Stephan (eds.), *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 2006, pp. 27-64.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Escobar Villegas, Juan Camilo, *Progresar y civilizar. Imaginarios de identidad y élites intelectuales de Antioquia en Euroamérica, 1830-1920*, Medellín, EAFIT, 2009.
- Espinosa Arango, Mónica, "El indio lobo. Manuel Quintín Lame en la Colombia Moderna", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, 2003, pp. 139-172.
- Dussel, Enrique, *La civilización montés. La visión india y el trasegar de Manuel Quintín Lame en Colombia*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2009.
- Eze, Emmanuel Chukwudi, "El color de la razón: la idea de "raza" en la antropología de Kant", en Mignolo, Walter (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2001, pp. 201-251.
- Fabian, Johannes, *Time and the Work of Anthropology. Critical Essays 1971-1991*, Chur, Harwood Academic Press, 1991.
- Feder, Ellen K., "The Dangerous Individual ('s) Mother: Biopower, Family, and the Production of Race", en *Hypatia*, vol. 22, No. 2, 2007, pp. 60-78.
- Ferrer, Ada, *Insurgent Cuba. Race, Nation, and Revolution, 1868-1898*, Chapel Hill y Londres, The University of North Caroline Press, 1999.
- Figuroa Pérez, José Antonio, *Del nacionalismo al exilio interior: el contraste de la experiencia modernista en Cataluña y los Andes americanos*, Bogotá, CAB, 2001.

- Flórez Bolívar, Francisco J., “Representaciones del caribe colombiano en el marco de los debates sobre la degeneración de las razas: geografía, raza y nación a comienzos del siglo XX”, en *Historia y Espacio*, No. 31, 2008, pp. 35-59.
- Foote, Nicola, “Race, State and Nation in Early Twentieth Century Ecuador”, en *Nations and Nationalism*, vol. 12, No. 2, 2006, pp. 261-278.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI Editores, 1991.
- Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992.
- Foucault, Michel, *Nietzsche, la genealogía, la historia*, Valencia, Pre-textos, 1997.
- Foucault, Michel, “Espacios diferentes”, en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales*, vol. 3, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 431-441.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Foucault, Michel, *Nacimiento de la Biopolítica. Curso del Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel, *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Fuente, Alejandro de la, *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en Cuba. 1900-2000*, Madrid, Editorial Colibrí, 2000.
- Gamboa Hineirosa, Pablo, *El tesoro de los quimbayas. Historia, identidad y patrimonio*, Bogotá, Planeta, 2002.
- García, Claudia Mónica, “Las ‘fiebres del Magdalena’: medicina y sociedad en la construcción de una noción médica colombiana, 1859-1886”, en *Historia, Ciências, Saúde – Manguinhos*, vol. 14, No. 1, 2007, pp. 63-89.
- García Botero, Héctor, “¿Qué hay en un nombre? La Academia Colombiana de Historia y el estudio de los objetos arqueológicos”, en *Memoria y Sociedad*, vol. 13, No. 27, 2009, pp. 41-60.
- García García, Víctor Manuel, *Remedios secretos, drogas heroicas y medicinas de patente. Una historia de la regulación de los medicamentos en Antioquia (1900-*

- 1940), Medellín, tesis para optar al título de magíster en historia, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2007.
- Gayon, Jean, “Eugenics: an Historical and Philosophical Schema”, en *Ludus Vitalis*, vol. 5, No. 8, 1997, pp. 81-99.
- Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988.
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Gibson-Graham, J. K., “Intervenciones postestructurales”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 38, 2002, pp. 261-286.
- Gnecco, Cristóbal, *Multivocalidad histórica: hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.
- Gnecco, Cristóbal, “Territorio y alteridad étnica: fragmentos para una genealogía”, en Herrera Gómez, Diego y Carlo Emilio Piazzini (eds.), *(Des)territorialidades y (No)lugares. Procesos de configuración y transformación social del espacio*, Medellín, La Carreta y Universidad de Antioquia, 2006, pp. 221-246.
- Gómez, Augusto, “Raza, ‘salvajismo’, esclavitud y ‘civilización’: fragmentos para una historia del racismo y de la resistencia indígena en la Amazonia”, en Franky Calvo, Carlos y Carlos Zárate Botía (eds.), *Imani mundo: estudios en la Amazonia colombiana*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2001, pp. 199-228.
- Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez, “Territorios ausentes: razón y civilización”, en Gómez, Augusto, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, pp. 17-37.
- Gómez Müller, Alfredo, “Las formas de la exclusión. La perspectiva de J. M. Samper”, en *Gaceta*, No. 11, 1991, pp. 31-34.
- González Gómez, Lina Marcela, “Imágenes y contraimágenes: territorios y territorialidades en la construcción del Estado-Nación”, en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*, Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2009, pp. 51-76.
- González Gómez, Lina Marcela, “Conocimiento y control en los confines del territorio nacional: hacia la construcción de un saber territorial, 1850-1950”, en *Historia y Sociedad*, No. 19, 2010, pp. 123-142.

- Gould, Stephen Jay, *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Granados, Aimer, "Hispanismos, nación y proyectos culturales Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada", en *Memoria y Sociedad*, vol. 9, No. 19, 2005, pp. 5-18.
- Green, W. John, "Left Liberalism and Race in the Evolution of Colombian Popular National Identity", en *The Americas*, vol. 57, No. 1, 2000, pp. 95-124.
- Grimson, Alejandro, *Interculturalidad y comunicación*, Bogotá, Norma, 2000.
- Guarín Martínez, Óscar, "De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX", en Gómez Londoño, Ana María (ed.), *Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005, pp. 228-246.
- Guerrero, Andrés, "The Construction of Ventriloquist's Image: Liberal Discourse and the "Miserable Indian Race" in Late 19th-Century Ecuador", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 29, No 3, 1997, pp. 555-590.
- Gutiérrez Ramos, Jairo, "Acción política y redes de solidaridad étnica entre los indios de Pasto en tiempos de la Independencia", en *Historia Crítica*, No. 33, 2007, p. 10-37.
- Gutiérrez Flórez, Felipe, *Un cuerpo para el alma. Frenología, fisiognomía, craneometría, en el siglo XIX en Colombia*, Tesis para optar al título de historiador, Medellín, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 1998.
- Gutiérrez Flórez, Felipe, *Rutas y el sistema de hábitats de Colombia. La ruta como objeto: epistemología y nuevas cartografías para pensar el hábitat*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2007.
- Hannaford, Ivan, *Race. The History of an Idea in the West*, Washington, Baltimore y Londres, The Woodrow Wilson Center Press y The John Hopkins University, 1996.
- Helg, Aline, *La educación en Colombia 1918-1957. Una historia social, económica y política*, Bogotá, CEREC, 1987.
- Helg, Aline, "Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina", en *Estudios Sociales*, No. 4, 1989, pp. 37-53.
- Helg, Aline, "Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, Politics, and Popular Reaction", en Graham, Richard (ed.), *The idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 37-69.

- Helg, Aline, *Liberty & Equality in Caribbean Colombia 1770-1835*, Chapel Hill y Londres, The University of North Caroline Press, 2004.
- Herrera, Martha Cecilia, “Debates sobre raza, nación y educación: ¿hacia la construcción de un ‘hombre nacional’?”, en Herrera, Martha Cecilia y Carlos Filmar Díaz (comps.), *Educación y cultura política: una mirada* multidisciplinaria, Bogotá, Plaza y Janés, 2001, pp. 117-142.
- Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, Barcelona, 1997.
- Hobsbawm, Eric, “Introducción: la invención de la tradición”, en: Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-21.
- Jadgmann, Anna-Telse, *Del poder y la geografía: la cartografía como fuente de legitimación en Colombia*, Berlín, Tesis doctoral inédita de la Universidad Libre de Berlín, 2006.
- Jaramillo Uribe, Jaime, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Universidad de los Andes, Banco de la República, Colciencias y Alfaomega, 2001.
- Kalmanovitz, Salomón, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Norma, 2003.
- Knight, Alan, “Racism, Revolution, and *Indigenismo*: Mexico, 1910-1940”, en Graham, Richard (ed.), *The idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 71-113.
- Kristeva, Julia, *Poderes de la perversión*, México, Siglo XXI Editores, 2004.
- Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*, Bogotá, Colciencias, 2003.
- Langebaek Rueda, Carl Henrik, “La ambigüedad de la diferencia: liberales y conservadores en la conformación de la antropología y la arqueología colombianas”, en *Arqueología en Latinoamérica: historias, formación académica y perspectivas temáticas*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2008, pp. 85-108.
- Langebaek Rueda, Carl Henrik, *Los herederos del pasado. Indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*, 2 tomos, Bogotá, Universidad de los Andes, 2009.
- Larson, Brooke, *Indígenas, elites y Estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850-1910*, Lima, IEP y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002.

- Larson, Brooke, "La invención del indio iletrado: la pedagogía de la raza en los Andes bolivianos", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Enviñon Editores, 2007, pp. 121-152.
- Lasso, Marixa, "Un mito republicano de armonía racial: raza y patriotismo en Colombia, 1810-1812", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 32-45.
- Larson, Brooke, "Race War and Nation in Caribbean Gran Colombia, Cartagena, 1810-1832", en *American Historical Review*, vol. 111, No. 2, 2006, pp. 336-361.
- Leal León, Claudia, "Un puerto en la selva. Naturaleza y raza en la creación de la ciudad de Tumaco, 1860-1940", en *Historia Crítica*, No. 30, 2005, pp. 39-65.
- LeGrand, Catherine, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988.
- Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Barcelona, Paidós, 1987.
- Larson, Brooke, *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Lleras, Roberto, "Los muisca en la literatura histórica y antropológica. ¿Quién interpreta a quién?", en *Boletín de Historia y Antigüedades*, vol. 92, No. 829, 2005, pp. 307-338.
- Loaiza Cano, Gilberto, *Manuel Ancizar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia y Universidad EAFIT, 2004.
- Londoño Blair, Alicia, *El cuerpo limpio. Higiene corporal en Medellín, 1880-1950*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2008.
- López Oseira, Ruth, "Inventar a la madre. Política, prácticas y representaciones de la maternidad en Medellín, 1930-1960", en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, territorios y representaciones en Colombia 1849-1960*, Medellín, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2009, pp. 191-200.
- Maldonado-Torres, Nelson, "Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto", en Castro Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores, Universidad Central y Pontificia Universidad Javeriana, 2007, pp. 127-167.
- Márquez Valderrama, Jorge, *Ciudad, miasmas y microbios: la irrupción de la ciencia*

- pasteriana en Antioquia*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2005.
- Martínez, Frédéric, “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la exposición del Centenario?”, en Sánchez Gómez, Gonzalo y María Emma Wills Obregón (comps), *Museo memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000, pp. 315-332.
- Martínez, Frédéric, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República e IFEA, 2001.
- Martínez-Echazabal, Lourdes, “Mestizaje and the Discourse of National/Cultural Identity in Latin America, 1845-1959”, en *Latin American Perspectives*, vol. 25, No. 3, 1998, pp. 21-42.
- McGraw, Jason, “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”, en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 62-75.
- McGuinness, Aims, “Searching for “Latin America”. Race and in the Americas in the 1850s”, en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, pp. 87-107.
- Mejía Macía, Sergio Andrés, *La Revolución en Letras—La Historia de la Revolución de José Manuel Restrepo (1781-1863)*, Bogotá, Universidad de los Andes y Universidad EAFIT, 2007.
- Mejía Pavony, Germán, “La ciudad observada. Agustín Codazzi en Bogotá, 1849-1858”, en Gómez, Augusto, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá—antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín—Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, pp. 63-82.
- Melgarejo Acosta, María del Pilar, “Trazando las huellas del lenguaje político de *La Regeneración*: la nación colombiana y el problema de su heterogeneidad excepcional”, en Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Restrepo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 204-221.

- Melo, Jorge Orlando, "Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)", en Ocampo Gaviria, José Antonio (comp.), *Historia económica de Colombia. Edición revisada y actualizada*, Bogotá, Planeta y Fedesarrollo, 2007, pp. 135-194.
- Mignolo, Walter. D., "Globalización, procesos civilizatorios y la reubicación de lenguas y culturas", en Castro-Gómez, Santiago *et al.* (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999, pp. 55-74.
- Mignolo, Walter. D., "La colonialidad a lo largo y ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad", en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 55-85.
- Mignolo, Walter. D., *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.
- Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo, "Presentación", en Miranda, Marisa y Gustavo Vallejo (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005, pp. 11-19.
- Múnera, Alfonso, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1998.
- Múnera, Alfonso, *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá, Planeta, 2005.
- Muñoz, Cecilia y Ximena Pachón, *La niñez en el siglo XX. Salud, educación, familia, recreación, maltrato, asistencia y protección*, Bogotá, Planeta, 1991.
- Muñoz Gaviria, Diego Alejandro, "El evolucionismo social y la sociobiología especulativa en los autores de la degeneración de la raza: raza y evolución en Colombia entre 1900 y 1940", en *Revista Educación y Pedagogía*, vol. 17, No. 42, 2005, pp. 131-144.
- Navarro Floria, Pedro, Leonardo Salgado y Pablo Azar, "La invención de los ancestros: el 'patagón antiguo' y la construcción discursiva de un pasado nacional remoto para la Argentina (1870-1915)", en *Revista de Indias*, vol. 64, No. 231, 2004, pp. 405-424.
- Nieto Olarte, Mauricio, *Orden social y orden natural: ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Madrid, CSIC, 2007.
- Noguera, Carlos Ernesto, *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*, Medellín, Eafit, 2003.

- Nouzeilles, Gabriela, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Nouzeilles, Gabriela, "Introducción", en Nouzeilles, Gabriela (comp.), *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 2002, pp. 11-38.
- Nuti, Lucia, "Mapping Places: Chorography and Vision in the Renaissance", en Cosgrove, Denis (ed.), *Mappings*, Londres, Reaktion Books, 1999, pp. 90-108.
- Obregón, Diana, "Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886-1951)", en *História, Ciências, Saúde. Manguinhos*, vol. 9 (Suplemento), 2002, pp. 161-186.
- Palacio, Germán, "Introducción", en Palacio, Germán (ed.), *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850-1995*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2001, pp. 15-35.
- Palacio, Germán, *Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850-1930*, Bogotá, ILSA, 2006.
- Palacios, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia: 1875-1994*, Bogotá, Norma, 2002.
- Palacios, Marco y Frank Safford, *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá, Norma, 2002.
- Páramo Bonilla, Carlos Guillermo, "Decadencia y redención. Racismo, fascismo y los orígenes de la antropología colombiana", en *Antípoda*, No. 11, 2010, pp. 67-99.
- Pécaut, Daniel, *Orden y violencia. Evolución socio-político de Colombia entre 1930-1953*, Bogotá, Norma, 2001.
- Pedraza Gómez, Zandra, "El debate eugenésico: una visión de la modernidad en Colombia", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 9, No. 1-2, 1996-1997, pp. 115-159.
- Pedraza Gómez, Zandra, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999.
- Pedraza Gómez, Zandra, "Y el verbo se hizo carne... Pensamiento social y biopolítica en Colombia", en Castro Gómez, Santiago (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia*, Bogotá, Pontificia Universidad

- Javeriana, 2004, pp. 185-199.
- Pedraza Gómez, Zandra, "El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social", en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, vol. 4, No. 15, 2004, pp. 7-19.
- Pena, Eduardo Spiller, *Pajens da Casa Imperial, jurisconsultos, escravidão e a lei de 1871*, Campinas, Unicamp, 2001.
- Pineda Camacho, Roberto, "La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950)", en Arocha, Jaime y Nina S. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social*, Bogotá, Etno, 1984, pp. 197-251.
- Pineda Camacho, Roberto, *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*, Bogotá, Espasa, 2000.
- Poole, Deborah, *Vision, Race, and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World*, Princeton, Princeton University Press, 1997.
- Poole, Deborah, "An Image of 'our Indian': Type Photographs and Racial Sentiments in Oaxaca, 1920-1940", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 84, No. 1, 2004, pp. 37-82.
- Poole, Deborah, "Mestizaje, distinción y presencia cultural: la visión desde Oaxaca", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Enviñón Editores, 2007, pp. 201-237.
- Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992.
- Prieto, Mercedes, *Liberalismo y temor. Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895-1950*, Quito, FLACSO y Abya Yala, 2004.
- Quijada, Mónica, "Imaginado la homogeneidad: la alquimia de la tierra", en Quijada, Mónica, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 179-217.
- Quijano, Aníbal, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Lander, Edgardo (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000, pp. 201-246.
- Quijano, Aníbal, "Colonialidad del poder y clasificación social", en Castro-Gómez, Santiago y Ramón Grosfoguel (eds.), *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre

- Editores, Universidad Central y Pontificia Universidad Javeriana, 2007, pp. 93-126.
- Rahier, Jean Muteba, "Introduction. Mestizaje, Mulataje, Mestiçagem in Latin American Ideologies of National Identities", en *Journal of Latin American Anthropology*, vol. 8, No. 1, 2003, pp. 40-51.
- Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, "El septentrión mexicano entre el destino manifiesto y el imaginario territorial", en *Journal of Iberian and Latin American Studies*, vol. 11, No. 1, 2005, pp. 1-39.
- Rajchenberg S., Enrique y Catherine Héau-Lambert, "Para una sociología histórica de los espacios periféricos de la nación en América Latina", en *Antípoda*, No. 7, 2008, pp. 175-196.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Santiago de Chile, Tajarar, 2004.
- Rausch, Jane, *La frontera de los llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1999.
- Rhenals Doria, Ana Milena y Francisco J. Flórez Bolívar, "Entre lo árabe y lo negro: raza e inmigración en Cartagena, 1880-1930", en *Sociedad y Economía*, No. 15, 2008, pp. 123-144.
- Restrepo, Eduardo, "Imágenes del 'negro y nociones de raza'", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 27, 2007, pp. 46-61.
- Restrepo, Eduardo, "'Negros indolentes' en las plumas de los corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX", en *Nómadas*, No. 26, 2007, pp. 28-43.
- Restrepo, Olga, "Un imaginario de la nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 26, 1999, pp. 30-58.
- Restrepo, Olga, "El darwinismo en Colombia: visiones de la naturaleza y la sociedad", en *Acta Biológica Colombiana*, vol. 14, 2009, pp. 23-40.
- Reyes Cárdenas, Catalina, *Aspectos de la vida social y cotidiana de Medellín, 1890-1930*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.
- Rojas, Cristina, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana y Norma, 2001.
- Rojas López, José J., "Agustín Codazzi y los paisajes de una geografía imaginaria en Venezuela", en *Revista Geográfica Venezolana*, vol. 48, No. 2, 2007, pp. 299-308.

- Rozo, Esteban, "Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 11, No. 1-2, 1999, pp. 71-116.
- Rufer, Mario, "La temporalidad como política: nación, formas de pasado y perspectivas poscoloniales", en *Memoria y Sociedad*, vol. 14, No. 28, 2010, pp. 11-31.
- Runge Peña, Klaus y Diego Alejandro Muñoz Gaviria, "El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: el cuerpo en las estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda", en *Revista Iberoamericana de Educación*, No. 39, 2005, pp. 127-168.
- Sáenz Obregón, Javier, Óscar Saldarriaga y Armando Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, vol. 2, Medellín, Colciencias, Foro Nacional por Colombia, Universidad de los Andes y Universidad de Antioquia. 1997.
- Safa, Helen, "Introduction", en *Latin American Perspectives*, vol. 25, No. 3, 1998, pp. 3-20.
- Safford, Frank, *El ideal de lo práctico. El desafío de formar una élite técnica y empresarial en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia y El Áncora Editores, 1989.
- Safford, Frank, "Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, No. 1. 1991.
- Said, Edward, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2004 [1978].
- Saldarriaga Vélez, Óscar, "Saber pedagógico, sistema educativo e invención de lo social en Colombia, 1870-1970", en Castro-Gómez, Santiago (ed.), *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2000, pp. 327-347.
- Sánchez, Efraín, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1999.
- Sánchez Silva, Luisa Fernanda, "Almas para el cielo y cuerpos para la república. Imágenes de degeneración y regeneración en las misiones capuchinas del Putumayo y Caquetá (1912-1947)", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 14, 2003, pp. 121-143.
- Sanders, James E., *Contentious Republicans. Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*, Durham, Duke University Press, 2004.

- Santoyo, Álvaro Andrés, "Paisajes presentes y futuros de la Amazonia colombiana. La lectura de Miguel Triana en 1907", en *Revista de Antropología y Arqueología*, vol. 11, No. 1-2, 1999, pp. 117-154.
- Savage, Rowan, "'Disease Incarnate': Biopolitical Discourse and Genocidal Dehumanisation in the Age of Modernity", en *Journal of Historical Sociology*, vol. 20, No. 3, 2007, pp. 404-440.
- Schneider, Arnd, "Inmigrantes europeos y de otros orígenes", en Quijada, Mónica, Carmen Bernand y Arnd Schneider, *Homogeneidad y nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC, 2000, pp. 141-178.
- Segato, Rita Laura, *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Serje, Margarita, *El revés de la nación. Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005.
- Serna Dimas, Adrián, *Ciudadanos de la geografía tropical: ficciones históricas de lo ciudadano*, Bogotá, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2006.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Silva, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Universidad Eafit y Banco de la República, 2002.
- Silva, Renán, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, Medellín, La Carreta, 2004.
- Skidmore, Thomas E., "Racial Ideas and Social Policy in Brazil, 1870-1940", en Graham, Richard (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Austin, University of Texas Press, 1990, pp. 7-36.
- Smith, Anthony D., "¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones", en Fernández Bravo, Álvaro (comp.), *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, Buenos Aires, Manantial, 2000, pp. 185-209.
- Sommer, Doris, *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Steiner, Claudia, *Imaginación y poder. El encuentro del interior con la costa en Urabá, 1900-1960*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2000.
- Steiner, George, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, México

- D. F., Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Stepan, Nancy Leys, *"The Hour of Eugenics". Race, Gender, and Nation in Latin America*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1991.
- Stepan, Nancy Leys, *Picturing Tropical Nature*, Ithaca, Cornell University Press, 2001.
- Stern, Alexandra, "From Mestizophilia to Biotypology. Racialization and Science in Mexico, 1920-1960", en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, pp. 187-210.
- Taussig, Michael, *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*, Bogotá, Norma, 2000.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Argucias de la historia. Siglo XIX, cultura y "América Latina"*, México D. F., Paidós, 1999.
- Turner, Mark, "Peruvian Genealogies of History and Nation", en Andrés Guerrero, y Mark Turner (eds), *After Spanish Rule: Postcolonial Predicaments of the Americas*, Durham y Londres, Duke University Press, 2003, pp. 141-175
- Tobar, Aquileo, "La conquista de la Huitocia", en Domínguez, Camilo y Augusto Gómez, *La economía extractiva en la Amazonia colombiana, 1850-1930*, Bogotá, Tropenbos Colombia y Corporación Colombiana para la Amazonia Araracuara, 1990, pp. 201-226.
- Todorov, Tzvetan, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, México D. F., Siglo XXI Editores, 2000.
- Torres Gutiérrez, Manuel, "Un psiquiatra decimonónico en el siglo XX, Miguel Jiménez López (1875-1955)", *Revista Colombiana de Psiquiatría*, vol. 30, No. 2, 2001, pp. 113-140.
- Trouillot, Michel Rolph, *Global Transformations: Anthropology and the Modern World*, Nueva York, Palgrave, 2003.
- Uribe Vergara, Jorge, "Sociología biológica, eugenesia y biotipología en Colombia y Argentina (1918-1939)", en Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2008, pp. 204-221.

- Urrego, Miguel Ángel, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*, Bogotá, Ariel y Universidad Central, 1997.
- Urrego, Miguel Ángel, *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la Guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores y Universidad Central, 2002.
- Urueña, Jaime, “La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano: una mirada histórica”, en *Análisis Político*, No. 22, 1994, pp. 5-25.
- Vásquez Valencia, María Fernanda, *Clima, espacio y enfermedad en la medicina colombiana a finales del siglo XIX y principios del siglo XX*, Medellín, Tesis para optar al título de magíster en historia, Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, 2008.
- Vázquez García, Francisco, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009.
- Villegas Vélez, Álvaro, “Raza y nación en el discurso de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940”, en *Estudios Políticos*, No. 26, 2005, pp. 209-232.
- Villegas Vélez, Álvaro, “La elite intelectual colombiana y la nación imaginada: raza, territorio y diversidad (1904-1940)”, en *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol. 11, 2006, pp. 45-71.
- Villegas Vélez, Álvaro, “Los desiertos verdes de Colombia: nación, salvajismo, civilización y territorios-Otros en las novelas, relatos e informes sobre la cauchería en la frontera colombo-peruana”, en *Boletín de Antropología*, vol. 20, No. 37, 2006, pp. 11-26.
- Villegas Vélez, Álvaro, “Nación y alteridad en Colombia: la población negra y la colonialidad del poder”, en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 44, No. 1, 2008, pp. 71-94.
- Villegas Vélez, Álvaro, “Heterologías y nación: proyectos letrados y alteridad radical en la Colombia decimonónica”, en *Signo y Pensamiento*, No. 53, 2008, pp. 24-37.
- Villegas Vélez, Álvaro, “Civilización, alteridad y antigüedades: el territorio, el pasado y lo indígena en Colombia, 1887-1920”, en Ceballos Gómez, Diana Luz (ed.), *Prácticas, saberes y representaciones en Colombia 1849–1960*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 33-49.
- Villegas Vélez, Álvaro y Catalina Castrillón Gallego, “Territorio, enfermedad y población en la producción de la geografía tropical colombiana, 1872-1934”, en *Historia Crítica*, No. 32, 2006, pp. 94-117.

- Wade, Peter, "The language of Race, place and nation in Colombia", en *América Negra*, No. 2, 1991, pp. 41- 66.
- Wade, Peter, *Raza y etnicidad en Latinoamérica*, Quito, Abya-Yala, 2000.
- Wade, Peter, *Música, raza y nación. Música tropical en Colombia*, Bogotá, Vicepresidencia de la República de Colombia, DNP y Programa Plan Caribe, 2002.
- Wade, Peter, "Afterword. Race and Nation in Latin America. An Anthropological View", en Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America*, Chapel Hill y London, The University of North Carolina Press, 2003, pp. 263-281.
- Wade, Peter, "Images of Latin American *Mestizaje* and the Politics of Comparison" en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, No. 3, 2004, pp. 355-366.
- Wade, Peter, "Rethinking *Mestizaje*: Ideology and Lived Experience", en *Journal of Latin American Studies*, vol. 37, No. 2, 2005, pp. 239-257.
- Wade, Peter, "Identidad racial y nacionalismo: una visión teórica de América Latina", en Cadena, Marisol de la (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envión Editores, 2007, pp. 379-402.
- Wilson, Fiona, "Indian Citizenship and the Discourse of Hygiene/Disease in the Nineteenth-Century Peru", en *Bulletin of Latin America Research*, vol. 23, No. 2, 2004, pp. 165-180.
- Zambrano Pantoja, Fabio, "De la Atenas Suramericana a la Bogotá moderna. La construcción de la cultura ciudadana en Bogotá", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 11, 2002, pp. 9-16.
- Zimmermann, Eduardo A., "Racial Ideas and Social Reform: Argentina, 1890-1916", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, No. 1, 1992, pp. 23-46.
- Zulawski, Ann, "Hygiene and 'the Indian Problem': Ethnicity and Medicine in Bolivia, 1910-1920", en *Latin American Research Review*, vol. 35, No. 2, 2000, pp.107-129.
- Zuluaga, Francisco, "El discurso abolicionista de las elites hacia 1852", en AAVV, *150 años de la abolición de la esclavización en Colombia. Desde la marginalidad a la construcción de la nación*, Bogotá, Ministerio de Cultura y Aguilar, 2003, pp. 391-412.